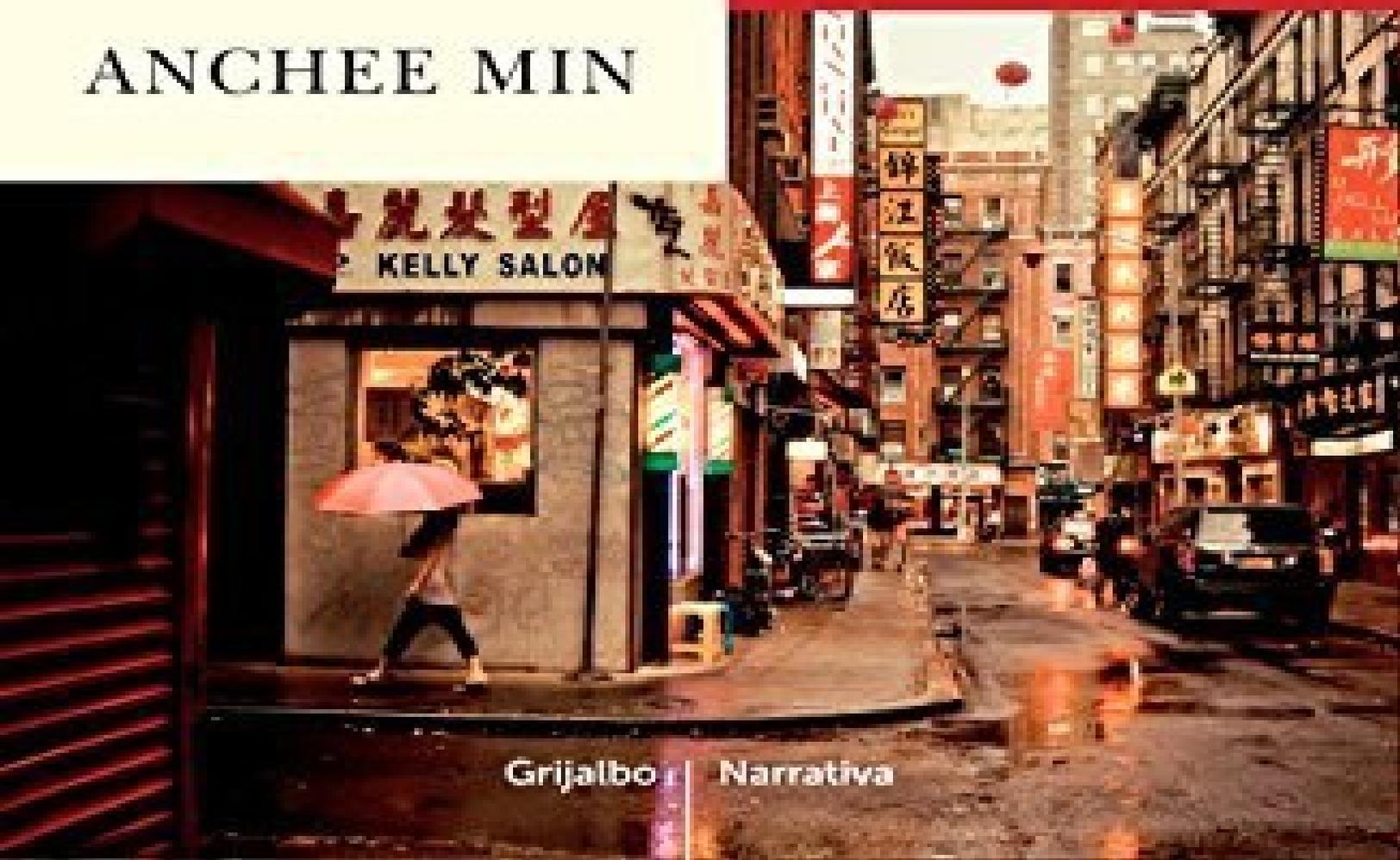




La
BUENA
lluvia
SABE
cuándo
CAER

ANCHEE MIN



Grijalbo | Narrativa

ANCHEE MIN

La buena lluvia sabe
cuándo caer

Traducción de
Ángeles Leiva Morales

*Para Lauryann.
Gracias por hacerme escribir este libro*

PRIMERA PARTE

Era el 31 de agosto de 1984. Medianoche en China, por la mañana en Estados Unidos. Estaba a punto de caer del cielo y aterrizar en Chicago. Lo que hacía que estuviera nerviosa y asustada era el hecho de que no hablaba inglés y no tenía dinero. Los quinientos dólares que llevaba en el monedero eran prestados. Pero no podía dejarme llevar por el miedo. Tenía veintisiete años y la vida había terminado para mí en China. Era la escoria de madame Mao, 四人帮的残渣余孽, lo que significaba que no merecía ni que me escupieran. Había trabajado durante ocho años en empleos de baja categoría en el Estudio de Cine de Shanghai. Se me consideraba una «semilla seca»; no tenía posibilidad alguna de germinar.

Sentada en el avión que atravesaba el océano Pacífico, sentía como si soñara con los ojos bien abiertos. Intenté imaginar la vida que me esperaba, pero mi mente retrocedió al pasado. Me vi de niña, en el parvulario, donde todos me llamaban Peste. Mi madre estaba enferma de tuberculosis y nunca tenía ocasión de lavarme la manta que yo llevaba a casa todos los meses.

—Solo es cuestión de tiempo —decía madre.

Tenía treinta y un años y no confiaba en durar mucho. Al verla respirar con fatiga y al pensar en que mi abuelo había muerto de tuberculosis a los cincuenta y cinco y mi abuela a los cuarenta y nueve, no tenía el valor de seguir pidiéndole que me lavara la manta.

Cuando volvía a clase con la prenda sin lavar, la maestra ponía los ojos en blanco. «¡Y mira ese par de zarpas!», exclamaba apartándose con cara de asco. Yo me moría de vergüenza. Habría deseado decirle que había tratado de hacerlo yo misma, pero que las tijeras no cortaban porque estaban oxidadas. Tampoco podía contar con la ayuda de mi padre. Rara vez estaba en casa. Se pasaba el tiempo llamando a puertas ajenas para pedir dinero prestado, vestido con harapos remendados en las rodillas y los codos. La gente lo evitaba en cuanto lo veía acercarse.

Con el calor y la humedad del verano, comenzaron a salirme granos en la frente, los cuales, al infectarse, se hinchaban y supuraban. Las moscas se posaban en mi cabeza. Yo intentaba no rascarme los granos, pero el picor era insoportable. Para reducir el riesgo de pasar microbios a los demás, me limitaban el juego y en clase me mantenían alejada del resto de mis compañeros, sobre todo cuando nos explicaban un cuento.

Supliqué a mi madre que me llevara al médico. Para entonces uno de los granos era del tamaño de una uva. Mi madre me respondió que no tenía dinero. De sus cuatro hijos, yo era la única que no estaba enferma.

—Tu padre ha agotado a todos nuestros parientes —dijo madre—. Ya no hay nadie dispuesto a ayudarnos.

Todos los meses veía a mis padres enfrentarse al pago atrasado de las deudas contraídas con familiares, amigos y compañeros de trabajo. Ni siquiera teníamos una toalla. Llevábamos años compartiendo los seis el mismo trapo mugriento. La conjuntivitis se extendió entre todos los miembros de nuestra familia. Al final mi madre me dijo que los granos no me matarían.

En Shanghai se nos consideraba de clase media. Yo deseaba que mis padres fueran proletarios como nuestros vecinos, para así tener derecho a una asistencia médica gratuita. Por desgracia, los dos eran maestros y, por lo tanto, los tenían por simpatizantes de la burguesía. Había que

reformularlos. Cuando estalló la Revolución Cultural en 1965, mi madre fue enviada a una fábrica. Su cometido consistía en seleccionar botas de goma de moldes en una cadena de montaje. Para llegar allí tenía que coger tres autobuses todas las mañanas, con lo que tardaba una eternidad. Mi padre trabajaba aún más lejos, en una imprenta.

Un día me mandaron a casa con una nota del parvulario. Al inspector de la oficina de salud pública le preocupaba que mi infección pudiera propagarse. Ordenaron a mis padres que «tomaran medidas» o el gobierno lo haría por ellos. Mi madre optó por no responder.

Una tarde de lunes un triciclo azul con estrellas rojas pintadas a los lados vino a buscarme. Me llevaron a un hospital, donde un cirujano me quitó los granos infectados. La intervención me dejó una cicatriz de dos dedos de largo en el lado izquierdo de la frente.

Mi madre se quedó horrorizada cuando me retiró los vendajes. Se quejó de que no había dado su consentimiento para que me operaran.

—Pero ¡si le han destrozado la cara a mi hija!

Le contestaron que el físico de una chica no significaba nada en una sociedad del proletariado. «¡Debería estar agradecida de que la operación no le haya costado nada, gracias al Partido Comunista y al sistema socialista!»

Cuando terminé la escuela primaria, seguía sin amigos. Llevaba la ropa llena de remiendos y los zapatos medio destrozados. Los matones competían entre ellos para darme en la cabeza con paraguas y ábacos y parecían disfrutar con el sonido que hacían las bolas al golpearme el cráneo. Cuanto más me encogía, más entusiasmo provocaba. Nunca les conté a mis padres lo que me ocurría en el colegio, pues pensaba que solo serviría para empeorar la situación.

—Te voy a dejar en la calle —me amenazó mi maestra de parvulario—. ¡Son las diez de la noche! Tu madre se está aprovechando de mí. ¡Yo también tengo tres niños pequeños a los que atender!

Me asusté. Al final mi madre apareció. Estaba tan flaca que parecía un fantasma bajo la tenue luz de la calle.

El día que mi madre cobraba, yo iba con mis hermanos a esperarla a la parada del autobús número 24 de la carretera de Shanxi. Llevábamos días hambrientos. Yo limpiaba el tarro del arroz a lametazos. También cogía corazones de manzana y chupaba palos de polo de los cubos de basura de la calle. Pensar en madre comprando pan nos ayudaba a soportar los dolores de estómago. En cuanto la veíamos bajar del autobús, gritábamos de alegría. Una vez llegó con malas noticias: le habían robado el monedero durante el trayecto.

Esperar a mi madre en el hospital era otra cosa que hacía a menudo. Mi madre estaba tan desesperada por que le concedieran un permiso para descansar que casi se alegraba cuando se mareaba, pues sabía que su enfermedad podría valerle la anhelada autorización. Yo la veía devolver el medicamento para asegurarse de que su estado no mejorara.

Mi madre antes era una belleza. Aunque nunca le interesó su propia hermosura, la elogiaban por tener unos «ojos indios» brillantes de párpado doble y una silueta esbelta. Le encantaba la poesía china antigua y el canto, si bien con sus pobres pulmones le resultaba casi imposible mantener las notas altas.

Otro recuerdo muy vivo que conservo es el de esperar a mi madre en una casa de empeños. Había una puerta negra enorme y un mostrador alto. Mi madre se ponía de puntillas y levantaba las manos con el bolso hacia el mostrador. La noche anterior se había dedicado a remendar ropa y coser botones. Empeñaba las prendas de invierno en verano y las de verano en invierno. Al final

se quedó sin cosas para empeñar. Nunca olvidaré la cara de desilusión que ponía cuando no aceptaban los objetos que llevaba.

En una ocasión vi cómo se le iluminaba la mirada cuando un familiar nos regaló a los niños de la casa unas chaquetas para el Año Nuevo. Yo esperaba estrenar la mía al día siguiente para ir a la escuela. Sin embargo, desaparecieron. Mi madre nunca nos contó qué fue de aquellas chaquetas. Yo sabía que las había empeñado. Debió de convencerse de que podría recuperarlas antes del día de vencimiento, pero no consiguió el dinero necesario.

Recuerdo el rastro de sangre en la nieve que iba dejando mi madre a su paso. Se le agrietaban las heridas congeladas y le sangraba la parte trasera de los pies. Llevaba un calzado de plástico que cortaba como un cuchillo en invierno. No podía comprarse unos zapatos o unos calcetines de algodón.

Yo caminaba detrás de ella, siguiendo sus huellas ensangrentadas. Me asombraba que nunca se quejara de dolor. De vez en cuando hacía una mueca y soltaba un grito apagado.

En los días previos a mi partida a Estados Unidos acudí a una peluquería de la carretera de Shanxi. Se llamaba el Jazmín Blanco de Shangai. Me preguntaron sobre la naturaleza de la «ocasión».

—El peinado debe ir acorde con la ocasión —afirmó la peluquera.

Le expliqué que me iba al extranjero, a América. La peluquera me miró de arriba abajo, incrédula. Yo saqué mi pasaporte y le mostré el visado estadounidense.

—¡América! —gritó la peluquera para que lo oyera todo el salón. Las empleadas abandonaron a sus clientes y se apiñaron a mi alrededor.

—¡No puedes ir a América con pintas de campesina! —dijo una de ellas.

—¡Ni se te ocurra pasearte por las calles de Estados Unidos con ese pelo liso que parece una mopa! —añadieron otras.

Asentí.

Tras un serio debate, las peluqueras me sugirieron un peinado llamado Esmeralda.

Yo no tenía ni idea de qué significaba «Esmeralda». Me explicaron que era el peinado de moda en Shangai y que estaba inspirado en una hermosa gitana llamada Esmeralda, protagonista de una película extranjera recién estrenada en el país, *El jorobado de Notre Dame*.

Corrí a ver la película para asegurarme de que el peinado Esmeralda era lo que yo quería. El cine se hallaba a una manzana de la peluquería, así que me venía bien.

Me quedé prendada de Esmeralda. Regresé a la peluquería y pedí el peinado que llevaba su nombre. Siete horas más tarde la peluquera anunció que había terminado. Durante el proceso tuve que soportar que me tiraran, rizaran y secaran el pelo con secador de mano y cepillo. Los productos químicos que utilizaban olían peor que el estiércol. Los rulos calientes de cerámica que tenía puestos en la cabeza pesaban. Al final me llevaron de nuevo a mi asiento. Cuando vi mi reflejo en el espejo, casi me caigo de la silla.

—¡Esto no tiene nada de Esmeralda! —grité—. ¡Es una cesta de algas!

La voz del comandante de vuelo se oyó a través de los altavoces. No entendí lo que decía. Miré a mi alrededor y, al ver que los pasajeros situados a mi izquierda y a mi derecha se abrochaban el cinturón de seguridad, hice lo propio.

El avión comenzó a descender. Vi un mar de luces por la ventanilla. La belleza me dejó

atónita. «El capitalismo se pudre y el socialismo prospera» fue la frase que me vino a la mente. ¿Acaso era aquello el resultado de la putrefacción?

El aparato traqueteó al tocar tierra. Los pasajeros gritaron con entusiasmo cuando por fin se detuvo. Uno tras otro, todos se levantaron, cogieron sus pertenencias y salieron.

—¿Chicago? —le pregunté a la azafata.

—No. —Sonrió.

—¿No Chicago? —Saqué mi billete.

—Esto es Seattle.

Y me hizo señas para que no impidiera el paso. El resto de sus palabras no las entendí.

Seguí a los pasajeros que avanzaban hacia una sala grande. El nerviosismo creciente que sentía comenzó a asfixiarme. La mano con la que sujetaba el pasaporte estaba mojada de sudor.

No tenía la sensación de que me llevaban mis propias piernas. El sonido dentro de mi cabeza era más alto que el del exterior. Era el ruido de un tractor con los tornillos flojos recorriendo una carretera llena de baches.

Temía que me cogieran. No era la persona que había afirmado ser, una estudiante con la preparación necesaria para ir a una universidad americana. Pero ¿qué alternativa tenía? No me habrían expedido un pasaporte si no hubiera mentido descaradamente y manifestado lealtad eterna al Partido Comunista. El consulado estadounidense en Shangai no me habría concedido el visado si no hubiera hecho trampas y no me hubiera presentado en inglés como quien canta una canción. Arremetí hacia delante como un toro ensangrentado. No había tenido tiempo de asustarme hasta aquel momento.

Mi padre estaba muerto de miedo por mí. Pensaba que no lo lograría. Nadie con un poco de sentido común, o que tuviera algo que perder, haría lo que yo me había propuesto. Pero yo no tenía nada que perder. Era una rana atrapada que daba sus últimas patadas. Salté los obstáculos que tenía delante.

Una vez fuera del avión, fui en busca del servicio de señoras. Ver todos los letreros en inglés me confundía. Seguí a una mujer hasta una sala con un símbolo que mostraba a una señora con falda. Me alegré de que fuera el lugar que buscaba. No había nadie haciendo cola. Miré a mi alrededor para asegurarme de que estaba donde yo pensaba. Entré en uno de los retretes y cerré la puerta. Nunca había visto un váter tan limpio y espacioso. Saltaba a la vista un rollo de papel. Era de un blanco inmaculado y suave al tacto. Me pregunté cuánto costaría. No pensaba utilizarlo si había que pagar por ello. Me senté y tiré del papel unos centímetros. Miré alrededor y agucé el oído. No sonó ninguna alarma. No tenía claro si podía hacer uso del papel. Saqué un palmo más, y luego otro.

Me lo acerqué a la nariz y percibí un leve aroma embriagador. Tal vez fuera gratis, concluí. Me pasé el papel por detrás con cuidado. No me rascó las nalgas. Qué sensación tan increíble. Me había criado con un papel higiénico que parecía de lija. De hecho, era el que había metido en la maleta, papel hecho de paja.

La presencia de personas con distinto color de piel, cabello y ojos confirmaba que ya no estaba en China. Confié en que mi peinado de algas no ofendiera a nadie. Avancé lentamente hacia la cola que había para pasar por inmigración. Oí al hombre situado detrás de la cabina gritar: «¡Siguiente!». Sentí que el corazón se me salía del pecho.

Me obligué a dar un paso adelante. Todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Me hallaba

frente a un funcionario de inmigración. Quería sonreírle y decir: «¡Hola!», pero se me trabó la mandíbula. En mi mente seguía viendo una única imagen, la de un grupo de campesinos tratando de tirar de un Buda hecho de barro a través de un río. La estatua se rompía y se disolvía en el agua.

Alargué la mano derecha, toda temblorosa, para entregarle mi pasaporte.

El funcionario era un hombre blanco de mediana edad con bigote. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro mientras me recibía con unas palabras que más tarde aprendí que eran «¡Bienvenida a América!».

Mi mente se quedó en blanco. Intenté respirar. ¿Me estaba haciendo una pregunta o me estaba saludando? ¿Había dicho «¿De dónde es usted?» o «¿Cómo está?»?

Yo había estudiado con un libro titulado *English 900 Sentences (900 frases en inglés)*. Según ese libro, «Mucho gusto» era lo primero que uno decía cuando conocía a alguien. Estaba claro que aquello no era lo que me había dicho el funcionario. ¿Cómo debía responderle? ¿Diciendo: «Bien, gracias, ¿y usted, cómo está?» o «Soy de China»?

¿Y si se trataba de un saludo? ¿Había dicho «América»? Eso me parecía haber oído. Y «América» significaba «Estados Unidos», ¿no? ¿Acaso me había preguntado: «¿Por qué está usted en América?»?

Noté la mirada del funcionario mientras sus ojos se clavaban en mí. Opté por darle la respuesta que tenía preparada.

Levantando la barbilla, esboqué una sonrisa forzada. Saqué las palabras del pecho lo mejor que pude.

—¡Muchas gracias!

El funcionario cogió mi pasaporte y lo examinó.

—¿An... ah Q? —dijo—. ¿Ah... Q? ¿A... Kee? ¿A...Q?

En mi pasaporte, mi nombre figuraba escrito como «An-Qi». No me dieron la opción de elegir la transcripción fonética. El sistema de transliteración *pinyin* fue inventado por el gobierno comunista. Si el verdadero nombre se pronunciaba «Anchee», en *pinyin* debía escribirse «An-Qi». El funcionario comunista responsable de la reforma lingüística del chino pensaba que un extranjero diría «Chee» al leer «Qi». Ningún ciudadano chino podía escribir su nombre de otra manera en su pasaporte.

¿Debería haber respondido: «Sí, soy Ah-Q»? No lo creo. «Ah-Q» era el nombre de un famoso idiota chino. Si hubiera sido «Ah-B» o «Ah-C», con mucho gusto habría contestado que sí. Pero no había ido a Estados Unidos para que me llamaran idiota.

El hombre volvió a hablar. Esta vez no logré entender una sola palabra. El funcionario se quedó esperando mi respuesta. Le oí decir:

—¿Me entiende?

Cada vez subía más el tono de voz. El hombre estaba perdiendo la paciencia.

El Buda de barro se disolvió. El río se lo tragó.

El funcionario me miró de arriba abajo con recelo.

Haciendo acopio de todo mi valor, dije de nuevo:

—¡Muchas gracias!

El hombre me hizo señas para que me acercara y comenzó a hablar deprisa.

Presa del pánico, grité:

—¡Muchas gracias!

La sonrisa del hombre desapareció. No me hizo más preguntas, pero me quitó el pasaporte.

Señaló una sala situada a su espalda, a unos seis metros, con una puerta que tenía una ventana de cristal de gran tamaño.

—Mi mundo quedó en silencio. Me fallaron las rodillas.

Me llevaron a una sala de color marrón. Apareció una señora, que se presentó como intérprete, y comenzó a hablar en mandarín con mucho acento.

—No sabe ni una palabra de inglés, pero está aquí para ir a la universidad. ¿Cómo explica eso, señorita Min?

—Le conté que había mentido y que era culpable.

—Según sus papeles, habla usted inglés con fluidez —prosiguió la intérprete—. Supongo que no los rellenó usted, ¿verdad? Tenemos que deportarla, señorita Min.

—Me vine abajo.

—He venido a América porque no tengo futuro en China. Si no hubiera habido tanta gente en plena noche en el Bund del río Huangpu, me habría suicidado. No estaría aquí, causándoles molestias.

—Lo siento, señorita Min. —La mujer apartó la vista.

—No tuve la suerte de morir en China —dije llorando—. Si me deportan, será como si estuviera muerta. Solo el billete de avión me ha costado como quince años de salario. Mi familia se ha endeudado por mí. ¡Le suplico que me dé una oportunidad!

—Señorita Min, usted no podría salir adelante en este país. —La intérprete negó con la cabeza—. Aunque la soltáramos, no sería capaz de sobrevivir en una universidad americana. ¿Lo entiende? ¡Se convertirá en una carga para nuestra sociedad!

—No seré una carga para nadie. No necesito mucho para vivir. Soy una trabajadora excelente. ¡Si dentro de tres meses no hablo inglés, yo misma me deportaré!

—Señorita Min...

—¡Se lo ruego, estoy en suelo americano! Puede que no sepa comunicarme, pero sé dibujar. Haré que la gente me entienda. Mire, aquí tengo unas imágenes de mis cuadros. Voy a ir al Instituto de Arte de Chicago...

La intérprete miró mis cuadros sin inmutarse.

—¡Ayúdeme! Le estaré eternamente agradecida.

La mujer se mordió el labio y miró la hora en su reloj.

—Siento muchísimo molestarla —añadí entre lágrimas.

La intérprete se me quedó mirando en silencio; luego salió repentinamente de la sala.

Fui cuidadosamente seleccionada por los cazatalentos de madame Mao mientras deshierbaba un algodón a golpe de azada. Corría el año 1976. Me hallaba en un campo de trabajo situado cerca del mar de China Oriental. La mitad de los jóvenes del país habían sido enviados a zonas rurales para trabajar en lugares como aquel. Mao había ganado la Revolución Cultural. Valiéndose de los estudiantes, a los que llamaba los Guardias Rojos, había logrado eliminar a sus opositores políticos. Pero la juventud había comenzado a provocar disturbios en las ciudades, de modo que Mao decidió enviarla al campo. Nos dijo que para tener «una verdadera educación debíamos aprender de los campesinos».

No tardamos mucho en darnos cuenta de que estábamos en el infierno. Creíamos estar cultivando arroz para ayudar a Vietnam, pero apenas cosechábamos lo suficiente para cubrir nuestras propias necesidades. La salinidad de la tierra la hacía hostil. Durante las temporadas de siembra trabajábamos dieciocho horas al día. En los campos próximos al mar de China Oriental había cien mil jóvenes de entre diecisiete y veinticinco años. El Partido Comunista gobernaba con mano dura. A aquellos que se atrevían a desobedecer las normas, se les aplicaban severos castigos, incluida la ejecución. No había fines de semana, vacaciones, días de baja por enfermedad ni citas. Vivíamos en barracones de estilo militar sin duchas ni váteres. Trabajábamos como esclavos. Desde niños nos habían inculcado la idea de que debíamos nuestra vida al Partido Comunista.

Como si fuera un paquete, me enviaron al Estudio de Cine de Shangai. Debía formarme como actriz para protagonizar las películas propagandísticas de madame Mao, aunque yo no sabía nada de interpretación. Me habían elegido únicamente porque mi aspecto se correspondía con la imagen que madame Mao tenía de una heroína del proletariado. Tenía un rostro curtido y un cuerpo musculoso capaz de cargar con kilos y kilos de estiércol. Me quedaba paralizada en cuanto oía que la cámara comenzaba a rodar, pero puse todo mi empeño para así poder escapar del campo de trabajo.

En 1976 la nación se vio conmocionada por partida doble. El presidente Mao falleció el 9 de septiembre, y sumidos como estábamos aún en un hondo pesar por su pérdida, madame Mao fue derrocada. Mi estatus cambió de la noche a la mañana. Pasé a ser considerada «la escoria de madame Mao», culpable por asociación. Mi «belleza proletaria» era «prueba del gusto y la maldad de madame Mao».

¿Cómo podía ser desleal a Mao si era leal a madame Mao? Nunca en mi vida había tenido una opinión propia. Los libros de texto de la escuela me enseñaron a admirar a aquellos que morían en pro del comunismo. La gente se lanzaba desde edificios, se colgaba, ingería pesticida, se ahogaba en ríos, tomaba somníferos y se cortaba las venas solo para demostrar su lealtad a Mao.

Descubrí que suicidarse era más complicado de lo que pensaba. Me sentía indigna de la muerte, porque no era culpable. Yo no tenía la culpa de que madame Mao me hubiera elegido. Ella quería «un papel en blanco en el que pintar con el color que fuera de su agrado». Yo me limité a seguir sus órdenes. En el Estudio de Cine de Shangai me enseñaron incluso a beber agua «al estilo proletario».

—No, no bebes agua como es debido, camarada Min —me gritaba mi instructor—. Levantas el meñique, y eso es de señorita burguesa. ¡Tienes que coger el vaso, beberte toda el agua de un trago y limpiarte la boca con las dos mangas!

Carecía de talento para la interpretación. El ayudante de cámara tenía que sujetarme con alfileres la punta del traje para que no se me viera temblar. La espalda se me empapaba de sudor en cuanto oía la palabra «¡Acción!». Una y otra vez imaginaba que me enviaban de nuevo al campo.

No podía dormir. Recordaba el gélido invierno en el campo de trabajo, cuando me desperté y descubrí que una rata había parido a mis pies. Me aterraba el sabor del agua salada del estanque artificial. Me cepillaba los dientes con agua que contenía organismos vivos, los cuales iban a parar al fondo de mi taza. Tenía las uñas de los pies y las manos manchadas de marrón de los fertilizantes químicos y la piel agrietada debido a los hongos y las infecciones, que se extendían entre los dedos de mis pies y hacían que me sangraran. La cara se me pelaba a lo largo de las arrugas de sudor que tenía a ambos lados de la nariz.

El estercolero era el lugar donde hacíamos nuestras necesidades. Para ello tenía que ponerme en cuclillas sobre una tabla de madera mojada. Tardé una semana en dar con la manera de mantener el equilibrio como un acróbata mientras evacuaba. Tenía que mover los brazos de un lado a otro detrás de la espalda para impedir que me atacaran los mosquitos..., unos mosquitos con una trompa provista de un aguijón capaz de atravesar una lona recia. Si caía, me esperaba un lecho de estiércol plagado por millones de gusanos.

Lo que temía no eran las penurias, sino la permanencia de ellas. Podía soportar cargar con cincuenta kilos de estiércol equilibrados sobre los hombros con una pértiga de bambú y un cubo colgado de una cuerda en cada extremo. Recorría infinidad de arrozales con el agua hasta las rodillas. Trabajaba en turnos de día y de noche. Estaba orgullosa de las callosidades que me habían salido entre el cuello y los hombros. Entonces me lesioné la médula espinal en un accidente; una soga de las que sujetaban los cubos estaba podrida y se rompió, lo que me hizo perder el equilibrio y caer al canal. A partir de entonces no pude doblar la espalda. Tenía que arrodillarme en las aguas turbias para seguir plantando arroz.

Señalada como culpable, me ordenaron que asistiera a las concentraciones públicas de denuncia contra madame Mao. Por el escenario desfilaron las víctimas de la ex primera dama para dar su versión de la tortura que habían soportado. Nadie mencionó a Mao. Su esposa fue considerada la única responsable de los millones de muertes que se habían producido durante la Revolución Cultural. Fue sentenciada a la pena capital.

Ví el juicio por televisión. Madame Mao ofreció su última actuación como la heroína de su ópera de propaganda. Agitando los brazos en el aire, gritó: «¡Soy el perro de Mao! ¡Mao me pidió que mordiera, y yo mordí!».

Mientras me miraba con una sonrisa triunfal, una de las actrices más veteranas reveló que, en su lucha contra madame Mao, no me había enseñado ni una sola lección valiosa a nivel interpretativo. «Me aseguré de que el tiempo que pasamos juntas fuera en vano. Min no es una recién llegada inocente. Madame Mao la tenía como un soldado de infantería.» Su rostro arrugado floreció como un crisantemo en otoño. «Mirad la cara colorada y exhausta de Min. Seguro que tramaba algo. Esas ojeras que tiene indican que es plenamente consciente de su papel, el de una burguesa individualista. ¡Abajo con ella, por fin!»

Llevaba mucho tiempo sin cartearme con Yan, mi mejor amiga en el campo de trabajo. Lo último que quería era perjudicarla con mi estatus negativo. Mi madre me contó que los funcionarios del estudio de cine se habían presentado en casa para anunciar mi caída. Mi padre creía que mi madre había empeorado las cosas al reivindicar mi inocencia.

Mi madre era conocida en su unidad de trabajo por ser atrasada en términos políticos. No solo no sabía recitar correctamente las enseñanzas de Mao, sino que negaba todo aquello que no deseaba que ocurriera. Por ejemplo, no quiso perseguir a un hombre que intentó abusar de mí cuando yo tenía siete años. Por entonces iba a segundo, y un día que volvía caminando del colegio a casa se me acercó un joven para pedirme que le ayudara a leer un directorio de un bloque de pisos. Como yo era demasiado baja para poder llegar al panel y ver lo que ponía, el hombre me aupó. Cuando terminé de identificar los caracteres no me dejó en el suelo. «En el panel del primer piso hay otro carácter con el que necesito que me ayudes», me dijo.

Fuimos al piso de arriba, pero allí no había ningún panel. Le pedí que me soltara, pero él se negó. Me abrazó y me sentó en la escalera. Le dije que quería irme a casa. Él me contestó que solo me dejaría marchar si yo le dejaba ver mi ropa interior. Yo estaba dispuesta a complacer a un adulto, pero mis braguitas estaban demasiado rotas y sucias para enseñárselas a nadie. El hombre me forzó. Yo forcejeé para zafarme de él. El sonido de un portazo en la otra punta del pasillo me permitió escapar.

En cuanto llegué a casa, le conté lo ocurrido a mi madre. Ella me dijo que no quería oír nada de aquello, lo cual me desconcertó. Cuando le hablé del interés que había mostrado por mi ropa interior, mi madre gritó: «¡No! Eso no ha pasado. ¡No puede ser!».

Puede que mi madre fuera una persona impotente y desvalida, pero era una figura dominante en mi vida. Me amenazó con renegar de mí cuando el director de mi escuela primaria me honró por acatar su orden de denunciar a mi profesora favorita por ser una espía americana. Mi madre se negó a colgar en la pared el diploma con el que premiaron mi acción, en el que ponía BUENA NIÑA DE MAO. Otros padres se habrían sentido honrados y emocionados.

Mi madre decía que el colegio estaba convirtiendo a sus hijos en unos monstruos. No creía que los libros de Mao tuvieran que ser la única lectura de los niños. Yo me preguntaba si debía denunciarla a las autoridades. Me parecía una broma que mi madre se hubiera sacado un título universitario en enseñanza primaria. Ella me contaba que nunca había tenido la oportunidad de impartir una clase de verdad porque era incapaz de disciplinar a sus estudiantes. Madre era trasladada una y otra vez de escuelas malas a escuelas peores. Al final fue a parar a un centro lleno de adolescentes atribulados y presidiarios.

En su unidad de trabajo la apodaban «Maestra Idiota». Se apellidaba Dai, que también puede pronunciarse *dai*, es decir, «retrasado» o «idiota». Yo me peleaba con ella y trataba de convencerla de que se comportara como una persona «normal». No me importaba hacerle sufrir cuando le decía que merecía el apodo de Maestra Idiota. No cejé en mi empeño hasta que un día mi tío, el hermano menor de mi madre, reveló la causa de la enfermedad mental de mi madre.

Mi tío me explicó que mi madre había sufrido un trauma con ocho años. Sucedió durante un viaje en 1938. Su familia se hallaba en un barco que había zarpado de la provincia de Shandong rumbo a Shangai huyendo de los japoneses. Los hermanos más próximos a mi madre se estaban muriendo de fiebre tifoidea. La superstición llevó a la gente a creer que la embarcación se hundiría si los niños perecían a bordo. Mi madre vio cómo su hermana y su hermano eran arrojados al mar estando aún con vida.

Yo recordaba la obsesión de mi madre con el agua. Se pasaba horas enteras sentada frente al

mar, ya fuera en el Bund de Huangpu o en un estanque del Parque del Pueblo. Si no había agua cerca, se sentaba ante un cuadro que representara el agua. Se quedaba contemplando la escena, con la barbilla apoyada en la mano. Una vez me planté detrás de ella para ver cuánto rato permanecía allí. Esperaba que se diera la vuelta y me viera, pero no fue así. Fue a mí a quien se le acabó la paciencia. La explicación de mi tío tenía sentido.

Madre nunca me aclaró el motivo por el que teníamos que ofrecer pan cocido al vapor a un viejo sastre sin hogar que vivía bajo una escalera en la casa de al lado. El hombre tenía un tumor del tamaño de una patata en la nuca. Supliqué a mi madre que antes me dejara darle un mordisco al pan. Me dijo que no. «Dar a los demás lo que a uno le sobra no se llama bondad.»

Un día mi madre nos recogió del colegio temprano. Llevaba una mascarilla de algodón, y no hacía frío. Le pregunté por qué tenía que llevarla. Me respondió que su tuberculosis había empeorado. Los médicos la habían declarado contagiosa. Por eso le habían dado permiso para abandonar el trabajo durante tres meses.

—Vamos a celebrarlo —dijo mi madre—. ¡Por fin puedo ver a mis hijos de día!

Cuando llegamos a casa, madre se dedicó a limpiarla con una alegría absoluta. Yo estaba contentísima de poder disfrutar de su compañía.

Madre comenzó a vestir de negro. Cuando le pregunté por qué, me explicó: «Así estaré vestida como es debido si mañana no despierto». Lo dijo con una sonrisa en los labios, pero sus palabras me hicieron tener pesadillas. Soñé que mi madre, tumbada en su lecho de muerte, me pedía que cuidara de mis hermanos. Cuando le pregunté sobre los hombres y el amor por primera vez, iba a cumplir los diecisiete y estaba a punto de partir para el campo de trabajo. Madre se sintió incómoda. «Debería darte vergüenza», fueron sus únicas palabras. Es un recuerdo que desearía no tener. Nunca más volví a hacerle una pregunta de esa índole. Durante todos los años de colegio, me habían sentado junto a una «niña mala» para que ejerciera influencia sobre ella y la ayudara. Se la consideraba «moralmente corrupta», lo que significaba que había tenido una relación impropia con un hombre. Todo el mundo la menospreciaba. Yo aprendí de su lección y evité la atención de cualquier persona del sexo masculino. Aun así, tenía curiosidad por saber cómo tendría lugar un matrimonio. Mi madre me dijo: «El hombre que esté llamado a ser tu marido te buscará cuando llegue el momento».

Por desgracia, el hombre llamado a ser mi marido nunca apareció, lo cual no supuso un problema hasta que cumplí los veintisiete. Si algo había descubierto de mí misma, era mi incapacidad para atraer a los hombres. No sabía cómo acercarme a ellos, cómo expresarme y mostrar mi interés. Me fallaba tanto la confianza en mí misma que dejé de intentarlo. Sin embargo, la necesidad de afecto me apenaba.

Yo no sabía que mi madre sufriera por mí. Le desconcertaba el hecho de que ningún joven hubiera llamado a mi puerta. Muchos años más tarde, después de que ella falleciera, mi padre reveló los extraordinarios esfuerzos que había realizado. Mi madre iba a los campus universitarios de Shangai y merodeaba por los edificios de la facultad de medicina. Cuando aparecía un hombre atractivo, lo abordaba con mi foto y le preguntaba si estaba interesado en salir conmigo. Los guardias de seguridad del campus la perseguían hasta echarla del recinto.

Se me saltaron las lágrimas al imaginar a mi madre en una situación tan humillante. Era la única manera que se le ocurría para poder ayudarme. Imaginé su sufrimiento y su valentía. Solo entonces me di cuenta de la profundidad de su amor.

Mi padre no soportaba verse arrastrado por mi madre y sus hijos en una salida de ningún tipo.

Su única pasión era la astronomía. Entre semana trabajaba en la imprenta y no tenía tiempo de dedicarse a su propio proyecto. El domingo era el único día que tenía para ello. Le molestaba hacer cualquier otra cosa que no fuera sentarse delante de su pequeño escritorio a trabajar en sus mapas estelares. Yo veía a mi padre contemplar el firmamento y le preguntaba por qué le interesaba. Él contestaba que era porque las estrellas no le harían daño.

Mi madre decía que a mi padre le quedaban pocas «agallas», o valor. La primera vez que perdió las agallas fue cuando los soldados japoneses invadieron su pueblo en 1937. El jardín delantero de la casa de su familia se convirtió en un campo de instrucción militar. Al principio, a los soldados japoneses adolescentes les daba miedo matar. Fueron entrenados hasta que se transformaron en máquinas asesinas. Mi padre presencié cómo ataban a su primo a un poste y lo mataban a bayonetazos. Después de aquello nunca volvió a ser el mismo.

La segunda vez que mi padre perdió las agallas fue por una postal a Rusia. En aquel momento tenía veintisiete años y había estado en contacto con un catedrático ruso que lo animó a ir a la Universidad de Moscú a estudiar astronomía. Mi padre deseaba saber si aún le permitirían ir, ya que China estaba rompiendo sus relaciones con Rusia. No quería que lo acusaran de actuar con reserva, de modo que decidió comunicarse de una manera abierta, pensando que sería la opción más segura. Envié una postal para que todo el mundo viera la pregunta que dirigía al catedrático a través de la embajada rusa en China.

Cuarenta años más tarde se enteró de que la postal nunca llegó a la embajada rusa. En lugar de ello fue a parar a la mesa del jefe de seguridad de la unidad de trabajo de mi padre. Lo tacharon de «traidor en potencia», aunque él nunca fue informado de ello. Mi padre no entendía la razón por la que nunca ascendía de puesto por muy bien que realizara su cometido.

Mis padres esperaban de mí que fuera fuerte y formal. Por muy asustada que estuviera, tenía que llevar una máscara de valentía. Me convirtieron en cuidadora en cuanto aprendí a caminar. Me encargaba de cerrar las ventanas para que los vecinos no se quejaban a mi madre del llanto de mi hermana pequeña. Cuando los cuatro pequeños de la familia nos hicimos mayores, pasamos a compartir una sola habitación los seis. No había intimidad. Nos estorbábamos los unos a los otros constantemente. Compartíamos un baño con veinte vecinos más. Evitar las prisas matutinas siempre era un reto. Las relaciones entre vecinos eran tensas debido a que el cuarto de baño servía además de cocina, lavadero y fregadero. Yo podía estar esperando a que la madre de mi vecino saliera del retrete mientras veía a su hermana preparando el desayuno en el fuego, a su hija cepillándose los dientes en el fregadero y a otra vecina lavando sábanas en la tina que tenían al lado. Cuando me tocaba a mí utilizar el baño, siempre me daba apuro. Le tenía terror al mal olor. Que alguien se duchara suponía que nadie podía hacer uso del espacio.

Vi la sombra de una chica frente a mi mosquitera. Despuntaba el día y hacía un frío glacial. La oí bajar de su cama, salir al baño y volver. Se llamaba Chen Chong. Más tarde, en Hollywood, se convertiría en Joan Chen, una mujer que encarnaba la belleza, la elegancia y el glamour. Sería un icono sexual de Asia. Pero por aquel entonces acababa de cumplir los quince y era una más de mis compañeras de cuarto. El día que la conocí apareció con su abuela. Era una muchacha de rostro ovalado, tez suave como el marfil y ojos grandes, almendrados y cristalinos. Me recordaron a una libélula. Tenía una nariz recta y unos labios carnosos como pétalos. Llevaba una camisa blanca sin mangas hecha en casa. Me fijé en sus hombros fuertes. Según su madre, era nadadora y miembro del equipo de tiro con carabina en su escuela de secundaria. La había descubierto un cazatalentos del Estudio de Cine de Shangai. La joven era tímida y vergonzosa. Encorbaba la espalda para ocultar su pecho en pleno desarrollo. Su abuela la empujó con suavidad hacia nosotras y le pidió que se presentara.

La chica mostró sus hermosos «dientes de tigre» al sonreír. Llevaba el pelo recogido en dos cuernos de búfalo. No se presentó con una frase típica de nuestra época, de esas que sonaban a eslogan, tales como «Estoy aquí para responder a la llamada del Partido Comunista, para aprender de mis camaradas y servir al pueblo en cuerpo y alma». En lugar de eso, deletreó el nombre de su padre, seguido del de su madre y, por último, el suyo propio.

—Su abuela debe de haberle inculcado lo que debe hacer si se pierde en la ciudad — comentaron las compañeras de habitación entre risitas. Cuando le preguntaron cómo era que estaba allí, la muchacha respondió que le habían ordenado ir a clases de interpretación. Le habían asignado el papel de una niña comunista en una película de propaganda de madame Mao, pero la producción se había cancelado, y no sabía qué hacer ni adónde ir. Llevaba consigo el trabajo escolar porque a sus padres nos les hacía ninguna gracia que perdiera horas de clase.

Cuando le pidieron que explicara el significado de su nombre de pila, respondió: «*Chong* significa cargar hacia delante». Me enteré de que sus padres eran médicos y su abuela, la redactora jefe del conocidísimo libro *La medicina familiar*. La anciana nos pidió a todas que ayudáramos a su nieta a madurar. Como solo quedaban libres las literas de arriba, la abuela eligió una situada frente a la mía. Ató ramas de bambú alrededor de la estructura de la cama para colocar una mosquitera. Cuando terminó, sacó unos rollos de cuerda, con la que cercó la cama a modo de barricada. Temía que Chong se cayera al suelo por la noche. «La niña nunca ha dormido en una litera, y es de las que se mueven mucho.»

Chen Chong, que estaba chupando unas ciruelas secas agridulces, apremió a su abuela para que se marchara. Más tarde nos acompañó a la clase de entrenamiento de artes marciales y luego a un acto público de denuncia contra madame Mao.

El Estudio de Cine de Shangai cambió de manos en menos de una semana. Había una nueva producción a punto para su rodaje en exteriores. Oímos que el director buscaba una «imagen fresca» para protagonizar la película. El nuevo rostro representaría un fuerte contraste con los gustos de madame Mao. Sería la cara de la belleza china clásica con un toque de modernidad. La

producción ya se había iniciado y el director se había convertido en una mosca drogada que iba dando tumbos sin rumbo fijo en una búsqueda desesperada de su protagonista.

El director y sus hombres se presentaron en nuestro destartado dormitorio y se fijaron en Chong. Cuando se reunieron todos para analizar las facciones de la joven, el operador jefe comentó que su rostro tenía la posibilidad de funcionar de ambas maneras, como una belleza clásica tradicional y una proletaria, según el ángulo de la cámara y el maquillaje. «Una chica con la que podemos trabajar», concluyeron.

Se llevaron a la pequeña Chen Chong para unas tomas de prueba. Cuando regresó a la habitación, me enseñó un montón de instantáneas en blanco y negro. Le pregunté qué pensaba de aquellas fotos. Ella negó con la cabeza. «Hacen que parezca una niña.»

Las imágenes eran de una belleza increíble. La luz, las sombras y la perspectiva hacían que pareciera una joven diosa. No me cupo la menor duda de que sería una estrella.

—Perdona que te moleste —susurró Chen Chong plantada frente a mi mosquitera.

Me explicó que había bajado de la litera para ir al baño y que no sabía cómo volver a subir. Temía quedarse enredada entre las cuerdas. No quería despertar a todo el mundo encendiendo la luz de la bombilla desnuda. Pero sin luz no podía regresar a su cama.

—¿Tienes frío? —le pregunté al tiempo que me sentaba.

La muchacha asintió entre tiritones.

Abrí la cortina de la mosquitera.

—Podemos compartir mi cama si quieres.

Se metió en la cama de un salto, la mar de contenta.

La cama era estrecha. La dejé dormir junto a la pared para que no tuviera que preocuparse por la posibilidad de caerse al suelo. Cuando acabó de ponerse cómoda, tiré de las mantas hacia arriba para taparla. En pocos minutos se quedó profundamente dormida.

Pensé en el campo de trabajo y en Yan. La echaba de menos. En sus últimas cartas no mencionaba el sufrimiento, las penurias, la desesperanza. Siempre conseguía sonreír ante la adversidad. Con todo, yo sabía que estaba llegando al límite de sus fuerzas. El campo de trabajo era la guarida de una bestia. Me explicó que se sentía mejor cuando sufría sola. A mí me daba vergüenza no poder rescatarla. Me sentía como si la hubiera traicionado.

El cuerpo de la chica entró en calor. Mientras dormía, Chen Chong se quitó los gruesos pantalones de deporte dando patadas y se le resbaló la cabeza de la almohada. Entonces comenzó a agitarse, buscaba la comodidad de una almohada. Intenté levantarle la cabeza para ponerle debajo la mía, pero ella me agarró el brazo como si estuviera ahogándose. Traté de que me soltara, pero no lo logré.

Con los ojos cerrados, Chong pegó la cabeza a mi brazo como si fuera una almohada. No pude hacer nada más que limitarme a escuchar el sonido rítmico de su respiración. Menuda criatura, pensé.

Al rayar el día, el sonido del tráfico de la ciudad se coló a través de la ventana. Se me había dormido el brazo derecho. Noté el peso del cuerpo de Chong. Intenté que me soltara, pero se aferró a mi brazo. La empujé suavemente. Era una roca inamovible.

Con la luz del alba se perfiló su silueta. Chong se volvió otra vez y dejó al descubierto su cuello de cisne. Llevaba un sujetador apretado. Me pregunté cómo podía respirar con aquel sostén que parecía la tela con la que se vendaban los pies. En cuestión de unos meses se vería elevada a la categoría de superestrella y convertida en objeto de adoración y obsesión. Chen Chong

protagonizaría películas estadounidenses. Interpretaría el papel de la emperatriz en *El último emperador* de Bernardo Bertolucci, que ganaría nueve premios Oscar, incluido el de mejor película.

La muchacha que reposaba sobre mi brazo tenía unas hermosas pestañas de un negro aterciopelado. Se la veía en todo su esplendor, dormida como estaba. Me pregunté si me recordaría en el futuro. Íbamos por distintas vías y en dirección contraria. Resultaba extraño que pudiéramos compartir aquel momento.

Los primeros rayos del sol atravesaron la mosquitera. Chong abrió los ojos y sonrió. Sus pestañas revolotearon como las alas de una mariposa. Le costó un instante recordar dónde estaba. Al darse cuenta de que había utilizado mi brazo de almohada, me pidió disculpas. Me siguió hasta el patio trasero, donde nos cepillamos los dientes. Me dio la sensación de que tenía algo que decirme.

Escupí el agua y le pregunté:

—¿Qué pasa?

—¿Te gustaría venir conmigo a mi casa? —dijo con timidez.

Yo titubeé porque no sabía si estaba al corriente de mi estatus.

—Te invitaré a un tomate. —Hizo un ademán para describir el tamaño del tomate—. ¡Y a arroz con azúcar!

Le advertí de mi condición social. Me dijo que ya sabía lo de mi deshonra.

La miré.

—¿Y aun así me invitas? ¿Por qué?

Chong sonrió con picardía.

A mí no me parecía buena idea ir con ella.

—Podemos escabullirnos juntas —sugirió con una vocecilla—. Nadie se dará cuenta.

—¿Por qué no invitas a otra persona? A alguien que sea una buena influencia para ti.

—Tú me caes bien.

—¿Y si nos cogen? Tendrás problemas.

—Si nos cogen, me haré la inocente. Me burlaré de ellos. No veo por qué no podría aprovecharme del hecho de que todos piensen que soy demasiado joven para según qué cosas.

La seguí hasta su casa. Su abuela me dio una cálida bienvenida. Chen Chong me ofreció unos tomates enormes y dulces y arroz con azúcar. Descubrí que a mi joven amiga le encantaba reír, y que tenía una risa contagiosa. Consiguió que por un momento olvidara mis problemas. Cuando me comentó que era una gran lectora, le pregunté por sus libros preferidos. Para mi sorpresa, no eran chinos. Me contó que había estudiado inglés, lo que me impresionó muchísimo, y que acababa de leer una novela estadounidense titulada *Love Story*. Yo le dije que había leído la traducción china.

—Conozco a gente como los amantes de la novela —me explicó Chong—. La chica es mi vecina de abajo. Compartimos la cocina. Ella estaba enamorada de un chico que se estaba muriendo de una enfermedad. Su único deseo era llevar en su seno un hijo de él, ¡y su deseo se cumplió! Pero el niño nació delicado y bizco. La muchacha lo crió sola después de que su amado muriera. Oigo llorar al pequeño y a la madre gritar y maldecir. No sé qué pensar de la historia de amor, ¿y tú?

Llevé hasta el estudio un triciclo cargado con dos contenedores gigantes de agua helada. Corría el verano de 1978. Al regresar al dormitorio compartido, vi que habían desocupado la

litera de arriba; Chong se había marchado a Pekín. En unos pocos meses se convirtió en un nombre muy conocido en todo el país y recibió el premio de China a la mejor actriz cinematográfica.

Contemplé las aguas del río Huangpu desde el Bund. Llevaba varios fines de semana yendo sola en bicicleta hasta el Crematorio del Dragón. Mientras observaba cómo salía el humo de su chimenea colosal, me sentí engullida por la oscuridad eterna.

Un día, cuando terminé de limpiar entre bastidores, descubrí seis pastelitos de arroz envueltos en hojas dentro de mi cajón. Me contaron que Chen Chong había regresado de Pekín para rodar una película cerca de Shanghai. «Se ha vuelto tan arrogante que no se ha dignado saludarnos..., a nosotras, sus maestras», la criticaron las actrices veteranas.

Yo hacía todo lo posible por evitar que me enviaran de vuelta al campo de trabajo. Con los equipos que me contrataban de forma temporal, me esforzaba por demostrar mi valía al frente de cualquier tarea que desempeñara en el plató. Como script, memorizaba cada toma de la película y cada frase del guión. Redactaba las órdenes de rodaje diarias para los asistentes de dirección y producción. A los equipos de camarógrafos les facilitaba mapas de filmación detallados que daban una idea general de los ángulos de cámara más complicados. A los responsables de iluminación, vestuario, utilería y sonido, así como a los editores, les proporcionaba copias escritas a mano del calendario de rodaje. Cuando se filmaba en exteriores, me quedaba trabajando hasta medianoche mientras los demás dormían. Muchas veces ayudaba a salir del apuro a los productores, que de otra manera corrían el riesgo de rebasar el presupuesto. Impresionaba a mis jefes y colegas. Se corrió la voz. Los equipos de filmación comenzaron a «pedirme prestada». Les salía barata, y podía realizar el trabajo de cinco personas.

Los responsables de los equipos hablaban a mi favor ante el jefe del partido en el estudio explicando lo útil y eficiente que era. Al final me contrataron a tiempo completo con dos condiciones. La primera, que el estudio se reservaba el derecho de «devolverme» al campo de trabajo en cualquier momento; la segunda, que seguiría teniendo la condición de empleada de plató durante el resto de mi vida laboral.

Aunque nunca me quejé de que me hicieran trabajar demasiado, sabía que estaba enferma. Me pasé cinco años ocupándome de las tareas que nadie quería. Cuando Deng Xiaoping se convirtió en dirigente de China y el país comenzó a transformarse, me detectaron unas sombras en el hígado y los pulmones. Durante un rodaje en exteriores contraí una infección intestinal. En lugar de dejarme ir al médico, el jefe del equipo me amenazó con despedirme si me atrevía a marcharme.

Me quedé en los huesos y sufrí un colapso en plena filmación. Cuando salí de urgencias, me ordenaron que partiera para el Tíbet para otro trabajo. Yo estaba tan débil que no podía levantarme de la cama. El jefe del partido se presentó en mi casa. Era un día de verano y las temperaturas habían alcanzado los cuarenta y dos grados. Yo temblaba sin control bajo gruesas capas de mantas. Las ventanas estaban cerradas porque tenía frío.

—Tienes un expediente con mancha —me recordó—. Eras la escoria de madame Mao.

El jefe del partido no era un hombre carente de amabilidad. En una ocasión había hablado bien de mí. Además, había iniciado el proceso para sacarme de la situación de «trabajadora prestada».

—O presentas un parte médico que certifique tu enfermedad o tendrás que ir al Tíbet. De lo contrario, me veré obligado a despedirte.

Tras examinarme, el médico del consultorio me dijo:

—¿Por qué te molestas en venir? ¿Crees que soy mago? Ya se te ha recetado todo lo que se te podía recetar.

—Haré todo lo que me diga, doctor.

—Prepárate para morir —soltó sin rodeos mientras se apartaba de mí—. La diarrea y la deshidratación grave en un estado tan avanzado no tienen cura. Incluso la emperatriz regente Tzu Hsi murió de eso.

—Me han ordenado que trabaje en las montañas del Tíbet, doctor. Ayúdeme, por favor.

—¡Sé una mártir!

De camino a casa, choqué contra un poste de la calle y me caí de la bicicleta. La médula espinal, que ya me había lesionado antes, resultó dañada por segunda vez. Tuve que pararme a respirar hondo mientras subía las escaleras. Comencé a sufrir desmayos. Sabía que me esperaba un nuevo colapso. Normalmente, los médicos eran reacios a expedir un parte de «prueba de enfermedad», pero esta vez enseguida me dieron uno. El jefe del partido me borró de la lista del Tíbet.

El Partido Comunista hizo pública una nueva política en virtud de la cual todos los diplomas de educación secundaria expedidos durante la Revolución Cultural pasaban a considerarse «no válidos». Para conservar un empleo, todo trabajador debía aprobar un examen de materias básicas de secundaria. Tuve que compaginar turnos de catorce horas diarias con la asistencia a clases nocturnas. A duras penas alcancé la puntuación necesaria para obtener el título. Saqué sesenta y seis sobre cien en chino y sesenta y cuatro en matemáticas.

En el invierno de 1984 recibí una carta con unos curiosos sellos postales extranjeros. Era de mi amiga Chen Chong, que se había marchado a Estados Unidos para ir a la universidad tras convertirse en una estrella en China. Junto con la carta venía un globo con la imagen de Mickey Mouse. Chong me contó que su nuevo nombre en inglés era Joan Chen. Me sentí agradecida por el hecho de que se acordara de mí. Deseé tener algo interesante que explicarle. No podía decirle que me había planteado acabar con mi vida. Tenía veintiséis años.

Antes de contestar a Joan Chen, pedí una cámara prestada y le dije a mi hermana que me hiciera una foto inflando el globo de Mickey Mouse. Quería enseñarle a Joan que me había gustado su regalo. A medida que soplabla, las orejas pintadas de negro de Mickey comenzaron a aumentar de volumen. Como no tenía fuerzas para inflarlas del todo, se quedaron como dos pechos incipientes. Mis hermanas se cayeron al suelo de la risa. En la foto que envié a Joan Chen parecía que me estaba divirtiendo de lo lindo hinchando el globo.

En su siguiente carta, Joan Chen me explicó que ni llevaba una vida de princesa ni la trataban como lo habían hecho en China. Se veía obligada a trabajar de camarera para ganarse la vida y pagar la matrícula de la universidad. Cuando me contó que aquella era la situación de la mayoría de los chinos que estudiaban en Estados Unidos, se me encendió la bombilla.

Quería escribir a Joan Chen. Dudaba porque tenía la sensación de que iba a pedirle demasiado. Deseaba contarle que cada vez me costaba más seguir viviendo en China y que estaba al límite. Al final me decidí a enviarle una carta. Mi pregunta fue: «¿Existe alguna posibilidad de que una persona como yo se convierta en estudiante en Estados Unidos?».

Le aseguré que estaba dispuesta a trabajar veinticuatro horas al día siete días a la semana para saldar mis deudas. Redacté muchos borradores antes de escribir la carta definitiva. Sabía que podía contar con una respuesta sincera por parte de mi amiga. Me constaba que tenía muy pocas posibilidades, pues para estudiar en el extranjero antes había que licenciarse en una universidad china. Yo a duras penas había obtenido el diploma de educación secundaria, y no hablaba inglés.

Joan Chen contestó a mi carta. Me dijo que no sabía la respuesta, pero que estaba dispuesta a averiguarlo por mí. Cuando volvió a escribirme, me informó de que no había ninguna universidad en Estados Unidos que aceptara a un estudiante sin que este acreditara su competencia lingüística en inglés. La prueba oficial para los alumnos internacionales se llamaba TOEFL, *Test of English as a Foreign Language* (examen de inglés como lengua extranjera). Para aprobarla, se exigía una puntuación mínima de quinientos.

Localicé varias escuelas en Shangai que ofrecían clases de inglés para principiantes. Me monté en la bici y las visité una por una para ver si podía matricularme en alguna. Sin embargo, todas en las que probé suerte me rechazaron. Me enteré de que no existía un «nivel inicial». La gente a la que aceptaban en las clases para principiantes tenía un nivel avanzado en comparación conmigo.

Un día, mientras esperaba en una parada de autobús local, vi un anuncio del tamaño de la palma de la mano en un poste de electricidad. Se ofrecían clases de inglés de nivel inicial impartidas por un profesor particular. En caracteres subrayados se leía NO HAY QUE SABER EL ABECÉ PARA INSCRIBIRSE. Aunque la matrícula me costaría el sueldo de un mes, decidí intentarlo. Para dar con la dirección que figuraba en el anuncio, recorrí oscuros callejones y subí cuatro pisos por unas escaleras completamente a oscuras. El aula se hallaba en una buhardilla. El espacio medía un metro veinte por uno y medio. Los estudiantes tenían que sentarse en la cama del profesor.

No había que hacer ninguna prueba de nivel. En cuanto pagué en metálico, me dijeron que tomara asiento. A mi lado había seis personas más con cara de cansancio. Estábamos tan apretujados que nuestros hombros se rozaban. El profesor era un anciano desdentado. Nos contó que lo habían criado misioneros occidentales y que había trabajado para una empresa petrolera americana afincada en Shangai antes de la liberación. No nos ofreció ningún libro de texto ni hojas de ejercicios. Sus clases eran lentas y soporíferas. Tras varias semanas de estudio, no había pasado de deletrear «Hola», «Buenos días» y «Soy de Shangai, China».

Oí hablar de un lugar llamado el Rincón del Inglés, en el Parque del Pueblo, al que acudían personas interesadas en practicar su destreza oral en dicho idioma. Lo que me atraía era que no costaba dinero. Una mañana de invierno me abrigué con un par de bufandas al cuello y fui en bici hasta el Parque del Pueblo. Encontré una multitud, pero solo participaban unos pocos. La mayoría

observaba en silencio. Había dos hombres intentando mantener una conversación en inglés. Por mucho que agucé el oído, no logré entender nada. Al cabo de una hora desistí.

Comencé a escuchar un programa de radio de inglés para principiantes. Como perdía lecciones debido al trabajo, no tardé en quedarme rezagada y me vi incapaz de seguirlo. Me compré un libro titulado *English 900 Sentences*, decidida a aprender inglés por mi cuenta. Al llegar a la décima lección, me quedé atascada. La gramática me resultaba del todo incomprensible, en especial el uso correcto de los tiempos verbales. Cuanto más me esforzaba en aprender inglés, más insegura me sentía. Cuando le conté a mi padre que me carteaba con Joan Chen, me dijo que estaba loca.

—¡Te estás creando falsas esperanzas! ¡Lo único que conseguirás es darte un batacazo!

—Seguiré intentándolo hasta mi último suspiro —contesté.

Con todo, la desesperanza comenzó a ahogarme. Resultaba difícil no tirar la toalla. Me sentía débil y enferma, pero aun así me obligaba a levantarme todos los días al amanecer y me sentaba en un taburete de madera en el césped del vecindario. Trataba de memorizar vocabulario de un diccionario de inglés. «A-p-p-l-e... *apple* (manzana); a-d-j-e-c-t-i-v-e... *adjective* (adjetivo); a-b-a-n-d-o-n... *abandon* (abandonar).»

«¿Tienes algún tipo de talento? ¿En arte, por ejemplo? —me escribió Joan Chen—. De ser así, podrías probar suerte en una escuela de arte.»

«Me crié pintando murales de Mao con fines propagandísticos —le contesté—. Mi caligrafía china estaba dentro de lo normal.»

Joan Chen me puso en contacto con un amigo suyo que me explicó el proceso de admisión en una facultad de arte estadounidense. Lo que necesitaba era una «carpetita de trabajos». Yo me preguntaba qué esperarían ver. No tenía ningún tipo de formación. No me veía capaz de copiar las obras maestras de la pintura tradicional china con pincel ni a los grandes artistas occidentales. De todos ellos, solo conocía a Miguel Ángel. A una amateur como yo le resultaría imposible imitarlo. Había oído hablar de una nueva exposición de arte occidental en Shanghai titulada *Impresionismo y cubismo*. Decidí ir a verla.

Una vez allí, me sentí confundida e ilusionada al mismo tiempo. Confundida por el hecho de que la sociedad occidental hubiera abandonado a Miguel Ángel por unos cuadros infantiles; ilusionada porque el denominado arte moderno me resultaría fácil de imitar. Allí fue donde oí por primera vez los nombres de Picasso, Monet, Van Gogh, Gauguin, Matisse y Andy Warhol. Contemplé sus obras, dudé de si me gustaban o no. Las pinceladas me parecían toscas, y los temas que trataban, poco claros e irreconocibles. Lo único que suscitó mi entusiasmo fue pensar que si los americanos preferían cuadros infantiles como aquellos, cabía la posibilidad de que lograra engañarlos.

Cuando volví a casa, cogí lienzos, pinceles y tintas de color y me pasé la noche pintando. Resultó que me lo pasaba bien. No tenía ante mí la obra de ningún maestro. Me dejé llevar por mi propia naturaleza.

Me sentía como un niño al que le hubieran dado un pincel mágico. Pinté tierra, árboles, arbustos y agua de formas abstractas. Pinté mis temores más profundos mediante pinceladas oscuras y rotas mezcladas con gotas de tinta con forma de lágrimas. Volqué mis sentimientos en los lienzos. Mi madre dijo que veía locura y muerte en mis cuadros.

Tres meses después recibí un sobre voluminoso con un catálogo y una solicitud. Era de la

Escuela del Instituto de Arte de Chicago. Al ver aquel catálogo satinado me asusté, pues sabía que no podría permitírmelo. Aun así, no me dejé llevar por el desánimo, ya que recordaba lo que me había dicho Joan Chen: la mayoría de los estudiantes chinos conseguían pagar la matrícula trabajando y contaban con tener ingresos en un futuro para saldar las deudas.

Traté de rellenar la solicitud por mi cuenta, pero me quedé atascada en el primer renglón. Tenía que escribir mi nombre, pero yo no tenía un nombre en inglés. ¿Debía poner «An-Qi», basándome en el sistema *pinyin*? ¿Lo reconocerían en Estados Unidos? Acudí al sabio del vecindario en busca de consejo. Me sugirió que escribiera mi nombre como «Angel», ángel, pues era un nombre americano. Copié con cuidado los caracteres correspondientes en la solicitud, pero no me di cuenta de que había puesto «Angle», ángulo.

En el siguiente renglón se leía «sexo». Busqué dicha palabra en el diccionario inglés-chino. No existía. Volví a visitar al sabio para pedirle ayuda. Me indicó que marcara «mujer» con un círculo.

Después de «sexo» venía «área de interés». Debía elegir una de las siguientes opciones: dibujo, pintura, escultura, diseño, arquitectura, música o cine. No sabía cuál marcar. Eché un vistazo a las páginas restantes e intuí que no sería capaz de rellenar toda la solicitud yo sola.

Consciente de que necesitaba ayuda, fui a visitar a una amiga de Joan Chen después del trabajo, a las diez de la noche, pero no la encontré en casa, así que la esperé en su puerta. Apareció pasada la medianoche. Era intérprete y guía turística. En aquel momento regresaba de trabajar en Suzhou. Sentí molestarla. Acabó de rellenar mi solicitud entre bostezos.

Al cabo de tres meses recibí una carta de admisión de la Escuela del Instituto de Arte de Chicago. Joan Chen me había advertido que el hecho de que una universidad estadounidense me admitiera no significaba que pudiera entrar en el país. Solo era el primero de muchos pasos. A continuación, tenía que obtener un pasaporte de las autoridades de seguridad de Shangai, y después solicitar un visado en el consulado de Estados Unidos en China, visado que concedían únicamente a aquellos que demostraran predisposición y potencial para ser de utilidad al país.

Si me hubiera parado a pensar, nunca habría llegado a tener las agallas para intentarlo. Todo el mundo me decía: «¿De dónde has sacado el valor?». Yo me obligaba a centrarme en saltar el siguiente obstáculo y nada más. En la misma carta la escuela me pedía un documento importante. «A fin de proporcionarle el formulario I-20, que necesitará para conseguir un visado de entrada en Estados Unidos, debemos recibir primero una declaración jurada de apoyo firmada», rezaba el texto.

Joan Chen me había informado de que debía encontrar a alguien dispuesto a asumir el papel de patrocinador. Yo tendría que convencer a esa persona de que devolvería todo lo que hubiera pedido prestado. Pensé en la hermana de mi madre, que vivía en Singapur. El problema era que yo no la conocía muy bien. Durante la Revolución Cultural mi padre se aseguró de que negáramos su existencia para evitar que el gobierno sospechara que éramos espías.

Mi madre no quiso escribir una carta a su hermana de mi parte. «Es pedir demasiado», me dijo con firmeza. Así pues, decidí hacerlo yo a sus espaldas. Fue la carta más difícil que había escrito en mi vida. En ella prometía a mi tía que no sería una carga. Por suerte, accedió a echarme una mano. Cuando recibí la declaración jurada de apoyo firmada no pude sentirme más agradecida.

Me hallaba en el despacho del jefe del Partido Comunista. Había pedido permiso para solicitar un pasaporte. Era un veterano de guerra que fumaba un cigarrillo tras otro. Hablaba con acento del norte y no me miraba a los ojos. Me pidió que explicara la diferencia entre Estados

Unidos y Albania. La pregunta me desconcertó. Temía no dar la respuesta correcta. En lugar de contestarle, saqué la carta de admisión de la Escuela del Instituto de Arte de Chicago. Deslicé los papeles hacia él sobre el escritorio y le pedí que los examinara. Él los apartó.

—¿Qué diferencia hay entre Estados Unidos y Albania? —insistió.

Me pregunté a qué estaba jugando.

—Explíquemelo, se lo ruego —dije con cuidado y humildad—, que yo no entiendo de temas internacionales.

—Sabemos que en Albania hay proletarios, ¿no es así? —dijo.

—Así es.

—¿Y en Estados Unidos hay proletarios, camarada Min?

Aliviada, le contesté con firmeza.

—Sí, por supuesto, naturalmente, sin duda. En Estados Unidos hay muchos proletarios, muchísimos. Los hay a cientos, a miles, a millones quizá.

—¡Excelente! —Se le iluminó la mirada—. Sabemos lo que tenemos que hacer. Dime, camarada Min, ¿eres miembro de la Liga de la Juventud de China?

—Sí.

—¿Piensas promover la revolución en Estados Unidos?

—Por supuesto.

—¿En el nombre de la Liga de la Juventud Comunista de China?

—¡En el nombre de la Liga de la Juventud Comunista de China!

El jefe quedó satisfecho.

—Sellaré tu solicitud y la enviaré al Departamento de Seguridad para que la tramiten. No obstante, necesito que me respondas a una pregunta más. Quiero que me digas el verso final del poema que voy a recitar. —Y sonriendo, como si estuviera contento consigo mismo, añadió—: «Basta una sola chispa...»

—«¡Para provocar el mayor de los incendios!»

Me alegré como nunca de haber recibido una sólida formación en las enseñanzas y el recitado de poemas de Mao.

Salí corriendo del estudio como un criminal que consigue huir por un descuido. Temía que el jefe del partido cambiara de opinión o tuviera otra pregunta a la que yo no supiera responder. Me sorprendió que no hubiera mencionado que yo era la escoria de Mao, y me pregunté si habría mirado mi expediente. Era un hombre impredecible, según había oído decir a muchos. Por lo visto, había sufrido una lesión en la cabeza, y cuando estaba de mal humor no reconocía a nadie. Se describía a sí mismo como un «perro fiel del comunismo» y se enorgullecía de ser implacable. Di las gracias por haberlo puesto de buen humor ese día.

Resultaba desalentador ver la larga cola que daba la vuelta a la manzana ocupada por el consulado de Estados Unidos en Shangai. Se trataba de una antigua mansión medio oculta entre el follaje de los grandes árboles que flanqueaban el bulevar Huai Hai oeste. La entrada se hallaba custodiada por soldados chinos armados que vigilaban a la multitud subidos en pedestales. Yo quería saber cómo podía obtener un visado estadounidense. Desde que nuestro nuevo dirigente, Deng Xiaoping, había abierto las puertas de China, la visión que la gente tenía de América había cambiado de manera radical. Cuando veíamos en los noticiarios las protestas de los pobres en las calles de Estados Unidos, nos chocaba que muchos de ellos fueran obesos. Iban vestidos mejor que los ricos de China. Durante medio siglo nos habían inculcado la idea de que los americanos eran esqueléticos y harapientos. Si una imagen valía más que mil palabras, el noticiario provocó una revolución silenciosa en la mentalidad del pueblo chino. Las películas estadounidenses recién importadas como *Blancanieves* y *Sonrisas y lágrimas* alimentaban nuestras dudas y nuestro asombro. Yo comenzaba a entender que los estadounidenses no eran los demonios que habíamos creído que eran.

Cada vez había más universitarios deseosos de viajar a Estados Unidos para verlo por sí mismos. La oficina de visados estaba atestada de solicitantes. La zona cercana a la entrada del consulado se convirtió en un lugar de moda entre los jóvenes con inquietudes. Durante las horas de atención al público, era como un campo de refugiados. Vendedores ambulantes ofrecían comida, agua y aspirinas. Había ancianas que alquilaban taburetes, gorros y gafas de sol, abanicos y sombrillas, y sabios y adivinos que daban sus opiniones y predicciones. La muchedumbre fue en aumento a finales del verano, antes del inicio del curso académico en Estados Unidos.

Los que acudían allí se dividían en dos grupos. En el grupo A estaban aquellos cuya solicitud de visado había sido denegada formalmente y querían volver a intentarlo. El grupo B lo formaba gente como yo, que se disponía a probar suerte por primera vez. La novedad era que el gobierno estadounidense había elevado el listón de requisitos para la obtención del visado. Tener un título de máster ya no te garantizaba que te lo concedieran. Para ello había que estar estudiando un doctorado en el ámbito de las ciencias y las matemáticas.

La gente me decía: «¿Que vas para sacarte una licenciatura en arte? ¡En otra vida será!».

Comencé a toser sangre otra vez. Mi médico me aseguró que no era tuberculosis, aunque no supo decirme qué era. El médico chino tradicional me contó que tenía el «chi» o la respiración «gravemente perturbada». Mi cuerpo había perdido su capacidad para curarse. Mis intestinos ya no funcionaban bien. Sufría de diarrea crónica. Cuando vi unas espinacas no digeridas flotando en la taza del váter, me eché a llorar.

En los trayectos de ida y vuelta del trabajo en autobús aprovechaba para estudiar con *English 900 Sentences*. En comparación con el chino, el inglés me parecía un idioma que tenía más sentido. Por ejemplo, en inglés el pronombre «I» (yo) se escribía con uno solo trazo, a diferencia de los siete necesarios para su equivalente en chino, «[我]», que se asemejaba a una persona andando con un recargado atuendo. El inglés parecía ser una herramienta más eficaz, mientras que

el chino existía para ser admirado.

Era evidente que el «yo» inglés era el resultado del capitalismo. Tiempo era igual a dinero. Acogí de buen grado el «yo» inglés. En China nunca dejábamos de hablar de «Servir al pueblo en cuerpo y alma», pero el pueblo, en su mayoría, era analfabeto e inculto.

En previsión de una entrevista con un funcionario de visados estadounidense, redacté el borrador de una «presentación propia». Primero lo escribí en chino y luego lo traduje al inglés. Los sabios que se congregaban en la entrada del consulado de Estados Unidos me habían dicho que una «presentación propia» debía centrarse en tres puntos:

1. ¿Quién eres?
2. ¿Por qué quieres ir a América?
3. ¿Cómo serás capaz de sobrevivir en Estados Unidos?

«Si no consigues impresionar al cónsul, te estamparán en el pasaporte un sello de denegación llamado código B-14. No intentes mentir, los cónsules están adiestrados como detectores de mentiras. Pueden leerte el pensamiento.»

Cuando la gente se enteraba de que yo no hablaba ni una palabra de inglés, me decía: «¡Qué valor! Ni que te hubieras comido las entrañas de un león. ¿Cómo te atreves a pensar siquiera en engañar al cónsul?».

No tenía posibilidad alguna de impresionar al cónsul, pero habría sido un suicidio por mi parte decirle la verdad: «Hola, me gustaría ir a América porque quiero escapar de una vida de sufrimiento en China». Un cónsul estadounidense en su sano juicio nunca expediría un visado a una persona desesperada como yo. ¿Acaso sería mejor decir: «Me gustaría ir a América para estudiar. Puede que me sirva para invertir mi mala suerte en China»?

Contestar a la pregunta de cómo sobreviviría en Estados Unidos sería difícil sin saber inglés. No podía permitirme ser sincera y contarle al cónsul que había memorizado el discurso.

¿Por qué privarme de la única oportunidad que tenía? De haber estado el cónsul en mi lugar, ¿no habría mentido él también? Yo no le hacía daño a nadie. Tuve que dominar mi sentimiento de culpa. Mi madre no me había criado para ser una embustera. Ella habría preferido morir a contar una mentira. Para ella sería una decepción y una deshonra que su hija eligiera mentir. Me amenazaría con repudiarme. ¿Qué ocurriría si me daba por vencida? Acabaría llevando la misma vida que mi madre. Sentí que aquello sería peor que arriesgarme a que descubrieran que mentía.

¿Y si el cónsul me interrumpía? ¿Y si me hacía una pregunta? Yo no lo entendería y no sabría qué responder. Decidí que recitaría mi presentación tan rápido que le sería difícil interrumpirme.

Comencé a entrenarme después del trabajo. En casa estaban todos irritables. Mi padre había sufrido un colapso en el trabajo debido a una hemorragia interna estomacal. No hacía mucho lo habían trasladado de la imprenta a un puesto como monitor de astronomía en el Centro de Niños de Shanghai. En agradecimiento a su nuevo jefe del partido, trabajaba muchas horas y estaba agotado. Lo llevaron a toda prisa al hospital, donde le diagnosticaron cáncer de estómago. La noticia hizo que cundiera el pánico entre nuestra familia.

En el quirófano le extirparon cinco sextas partes del estómago. Luego lo sometieron a quimioterapia. Nos turnábamos para cuidar de él. Yo me dedicaba a estudiar *English 900 Sentences* con una linterna bajo su cama de hospital. A mi madre nunca se le había dado bien

ocuparse de sus propias dolencias, pero tuvo que aprender a cuidar de su marido. Mis hermanas y mi hermano eran veinteañeros y trabajaban en fábricas donde sus perspectivas de futuro no eran nada halagüeñas. Yo temía que tuviera que dejar la casa en breve. Tradicionalmente, las hijas no debían permanecer en la vivienda familiar si esta solo contaba con una habitación. Una vez que mi hermano se casara, yo no tendría adónde ir.

Si bien el desánimo de mi padre me desesperaba, mi madre predijo que yo lograría lo que anhelaba mi corazón con solo creer en ello.

—¿Cómo? —grité—. Ya no tengo edad para cuentos de hadas, ¿no te parece?

Por orden gubernamental, me vi obligada a renunciar a mi empleo antes de solicitar un pasaporte. Mi padre se quedó destrozado cuando se enteró de que me había quedado sin trabajo. A su modo de ver, yo había cometido un error garrafal y arruinado mi vida. Me entraron ganas de llorar cuando vi su rostro pálido y fantasmal. Tenía un aspecto cadavérico por culpa de la quimioterapia. Sin pelo y esquelético. Me dirigió una mirada cargada de temor.

Nunca en mi vida había tenido tanto miedo como el día en que salí de casa para ir al consulado de Estados Unidos. Temblaba de tal manera que fui incapaz de pedirles a mis padres que me desearan buena suerte. Ellos se apoyaron uno en el hombro del otro para darse ánimos. Ambos tenían cincuenta y pocos años y habían perdido casi todos los dientes. Ya no quedaba el menor rastro de la gran belleza que había sido mi madre. Me miraron nerviosos, incapaces de decirme nada.

—¿Me puedes prestar tu ropa? —le pedí a mi madre.

—¿Por qué? —replicó ella, desconcertada.

Quise explicarle lo asustada que estaba.

—¿Para qué quieres la ropa de una anciana? —preguntó—. Mi camisa de algodón blanca se ha lavado tantas veces que se ha vuelto marrón. La tela del cuello está deshilachada. Mi falda tiene veinticinco años. Está manchada y apolillada por todas partes. ¿Estás segura?

En cuanto me puse la ropa de mi madre, me sentí mejor.

De camino al consulado no dejaba de pensar en lo que haría si me denegaban el visado. No podría recuperar mi antiguo empleo. Lo último que quería era convertirme en una carga para mi familia. La idea del suicidio acudió de nuevo a mi mente. Me di cuenta de que no tenía miedo. La vida no merecería la pena. La muerte sería una solución.

Antes de subir al autobús, sentí una debilidad repentina. La duda se apoderó de mí. ¿Estaba pecando de insensata? ¿Era una locura seguir adelante sabiendo que no estaba estudiando un doctorado, sabiendo que sería como golpear una piedra con un huevo, sabiendo que llevaba las de perder?

No recordaba cómo bajé del autobús y recorrí varias manzanas hasta llegar al consulado de Estados Unidos. No recordaba la multitud, a la señora que alquilaba taburetes, al vendedor ambulante de comida y bebida, al de abanicos y sombrillas, al de aspirinas, a los sabios y adivinos. Tampoco recordaba cómo presenté mi pasaporte a los guardias. Lo que sí recordaba —de hecho, fue lo único que se grabó en mi memoria— era el sonido del fuerte palpitar de mi corazón.

La imagen del cónsul estadounidense plantado detrás de la ventanilla se veía bastante borrosa. Era un hombre de tez blanca y pelo castaño. No prestó atención a los documentos que pasé por la ranura que había debajo de la ventanilla. Se me quedó mirando en silencio.

Me costaba respirar y enfocar la vista. Sabía que había llegado el momento de actuar, pero era

incapaz de representar mi papel. El cuerpo no me respondía. Puedes hacerlo, Anchee. Lánzate al vacío. ¡Ya!

Se activó el simulacro. El flujo de sílabas inglesas salió de mi boca como una cascada. Ignoraba en qué punto del discurso me hallaba.

El cónsul seguía con la mirada fija en mí.

Mi mente daba vueltas como una rueda engrasada. Mi boca se abría y se cerraba por su cuenta. Yo era la heroína que corría por el bosque hacia el enemigo cargada con un paquete de explosivos.

Me obligué a devolver la mirada al cónsul. Me imaginé enzarzada en un combate cuerpo a cuerpo con un soldado americano. Estaba preparada para ser una mártir.

El cónsul pestañeó. Su expresión se suavizó y su rostro se humanizó de nuevo. Entonces levantó un dedo como si quisiera hacer una pregunta.

¡No dejes que te interrumpa! Mi lengua se movió con más rapidez. De repente me vi en el pasado, actuando como una niña que recitaba las citas de Mao en público. Mis manos se restregaron contra la tela de la falda de mi madre. Me estaba quedando sin aire en los pulmones.

Entonces oí un «¡Vale!», y me pregunté si eran alucinaciones mías. ¿Había dicho el cónsul aquel «vale» o era fruto de mi imaginación? Dejé de hablar y me entró el pánico. El hombre dijo algo más, pero no entendí una sola palabra.

Empuñando un lápiz, el cónsul hojeó los documentos que le había presentado. En una de las páginas marcó algo y luego asintió.

Me preparé para lo peor.

—Siento haberle molestado —dije en chino.

Para mi desconcierto, el hombre bajó la cortina en mi cara. «¡Siguiente!», le oí gritar.

¿Había rechazado mi solicitud?

Entonces oí una voz femenina pronunciando mi nombre en chino. Procedía de la ventanilla de al lado. Recobré la calma y me moví de sitio. Me vi frente a una secretaria china, que adoptó un aire despectivo.

—¿Crees que has engañado al cónsul? Has tenido suerte, nada más —dijo recogiendo los papeles dispersos.

—¿Podría explicarme qué quiere decir? —le pregunté.

—¿Cómo que qué quiero decir?

—¿Tengo o no tengo visado?

—¿No acabo de decirte que has tenido suerte?

—Sí, pero ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir que al cónsul le has caído bien. A los americanos les gusta la gente con una determinación disparatada.

—Pero con eso no sé si... me refiero a que... dígame... ¿tengo o no tengo visado?

—¡Tienes visado! —gritó apartando la cabeza con una mueca de asco.

La felicidad me embargaba. Nunca había sentido los pies tan ligeros como cuando subí las escaleras de mi casa. Mis padres abrieron la puerta con cara de haberse mentalizado para consolarme tras la mala noticia.

Mi padre separó los pies, como si se preparara para recibir un golpe. Mi madre se aferró a su brazo. No tuvieron el valor de preguntarme: «¿Has conseguido el visado?».

Se me saltaron las lágrimas al sacar el pasaporte. Les mostré un papel en el que se me

notificaba que debía recoger mi visado al cabo de siete días.

Mi madre se desplomó en el suelo y arrastró a mi padre en su caída.

—¡No puede ser! —dijo mi madre—. ¡No puede ser!

—¡Voy a ir a América! —exclamé con un gorgorito.

Mi madre soltó un grito de júbilo.

Mi padre sonrió. Un instante después volvía a ser él.

—¡En cuanto llegues allí te cogerán y te deportarán! No puedes cambiar el hecho de que no hablas inglés.

—¡No me estropees el momento, padre, te lo ruego!

Tarareando una melodía, fui corriendo a la Oficina Central de Correos y Telégrafos de Shangai, desde donde envié un telegrama de dos palabras a mi tía de Singapur: CONSEGUÍ VISADO. Si dichas palabras no me hubieran costado ya la paga de un mes, hubiera añadido más para expresar mi gratitud. Después de todo, mi madre había dicho: «Tu tía apenas te conoce».

Madre me hizo prometer que pagaría la deuda contraída con mi tía en cuanto fuera capaz. Las palabras «ser capaz» me sonaron abstractas en aquel momento, pero yo estaba decidida a satisfacer el deseo de mi madre.

Escribí una carta a Joan Chen, en Los Ángeles, para darle las gracias por su ayuda. Le conté que tenía previsto partir con destino a Chicago en cuestión de un mes.

Mi salud mejoró como por arte de magia. En menos de una semana dejé de toser sangre y se me pasaron los dolores de estómago. Podía consumir tofu y huevos sin que me entrara diarrea. También me ayudó la amarga sopa de hierbas chinas que llevaba tiempo tomando. Cuando recibí la carta de Joan en la que me decía «Felicidades. Nos veremos en América», ya estaba recuperada del todo.

Escribí treinta y tres cartas de despedida a mis amigos, compañeros de trabajo y familiares. No las envié porque aún existía el riesgo de que me cogieran y me deportaran de vuelta a China. Pedí a mi hermana que las guardara hasta que recibiera noticias mías desde Estados Unidos informándole de que lo había logrado.

En el plató de cine donde yo trabajaba nadie conocía mis intenciones de abandonar el país. Las cosas podían torcerse en el último momento. El jefe del equipo podía enfadarse conmigo, denunciarme y echarlo todo a perder. Yo había vivido lo suficiente para saber que no era más que una hormiga que todo el mundo podía pisar. Mantenía la boca cerrada y obedecía órdenes. Esto no tardará en quedar atrás, pensaba triunfal.

El día en que salí para Estados Unidos mi familia me acompañó al aeropuerto de Shangai. El rostro de mi padre reflejaba su preocupación. Había estado imaginando mi deportación y estaba tan tenso que fue incapaz de darme un abrazo y decirme adiós. Mi madre me abrazó en silencio, como lo hicieron mi hermano y mis hermanas. En mi mano tenía un billete de ida. Intenté no pensar en el tiempo que tardaría en volver a ver a mi familia. Me preocupaba la salud de mi madre y que mi padre se recuperara de su cáncer.

El sonido del avión al despegar se convertiría en un recuerdo imborrable. El ruido era ensordecedor, pero sonaba a música celestial para mis oídos. Antes de entrar en el edificio de salidas, me despedí de mi familia con la mano por última vez.

Llevaba esperando casi una hora en la pequeña sala marrón cuando la intérprete volvió. Se encaminó hacia mí con paso brioso y cara solemne. Entonces vi claramente que no era china. Su

pelo era oscuro, pero no negro. Tenía los ojos hundidos y una boca grande. Sentí que la sangre se me helaba en las venas. Lo que transmitiera la intérprete decidiría mi destino. Llevaba una pila de documentos. Entre ellos debían de estar mi pasaporte y mi formulario I-20.

—Señorita Min, sígame, por favor —dijo en chino mientras abría la puerta.

Hice lo posible por no desplomarme. La intérprete me llevó de nuevo ante el funcionario que me había enviado a la sala de interrogatorio. Los vi cruzar unas palabras. Ella sacó una hoja de la pila de documentos, se la mostró y señaló algo en el papel. El funcionario lo examinó y asintió. Tras otro intercambio de palabras, se agachó y escribió algo rápidamente en el papel. Luego se separaron con un gesto de despedida. La intérprete regresó entonces a mi lado.

—*Ni tai jin zhang la!* —me dijo en chino.

Eso sí que lo entendí. Significaba «¡Está usted demasiado nerviosa!». Pero ¿qué querría decir? La intérprete repitió la frase y volví a oír «¡Está usted demasiado nerviosa!».

Le rogué que se explicara, ya que estaba demasiado desorientada para entenderla.

—Significa que hemos decidido dejar que se marche. —Sonrió.

—¿Quiere decir que puedo ir a Chicago? ¿Eso es lo que acaba de decir? ¿He entendido bien? ¿Significa que no van a deportarme?

La intérprete asintió.

—No vamos a deportarla, señorita Min. Felicidades.

Me ahogaba de alegría. Me cogí los brazos con las manos para no tirarme al suelo y postrarme ante la señora.

Le pregunté qué había ocurrido. La intérprete me explicó que había encontrado una cláusula en mis papeles según la cual mi escuela preveía meterme en un curso lingüístico intensivo en la Universidad de Illinois si a mi llegada se comprobaba que mi inglés era insuficiente. Me darían seis meses para que pudiera alcanzar el nivel exigido y aprobar la prueba de acceso. Si no lograba mejorar mi dominio del idioma, la escuela se haría cargo de denunciarme a inmigración, lo que significaría mi deportación.

¡Seis meses! ¡Si yo solo había pedido tres!

Yo no conocía a mi primo, el hijo de mi tía. Ella me había dicho que él iría a recogerme al aeropuerto de Chicago. Salí de la terminal sujetando sobre mi cabeza un papel con su nombre. Nos encontramos, pero fuimos incapaces de comunicarnos. Yo hablaba mandarín, y él, cantonés. Fue lo bastante amable como para dejar que me quedara un tiempo en su piso de estudiante. Prometí a mi tía que me iría en cuanto pudiera.

El asesor de alumnos extranjeros de la Escuela del Instituto de Arte de Chicago estaba disgustado. Yo había mentido acerca de mis «conocimientos lingüísticos» en la solicitud. Allí donde decía «Describe su nivel de inglés», yo había indicado «Excelente». Me confesé culpable y dispuesta a aceptar el castigo.

Me enviaron al curso intensivo que se impartía en el campus Circle de la Universidad de Illinois. Costaba quinientos dólares. Yo ya sentía el peso de la deuda y lamenté tener que pedir prestado más dinero a mi tía. Me dolía pagar la residencia de estudiantes. Habría preferido dormir en la calle.

Me llevaron a dar una vuelta por la escuela y la ciudad de Chicago. Yo intentaba leer los letreros con los nombres de las calles y memorizar los números y recorridos de los autobuses. Pero al mirar hacia atrás para contemplar la torre Sears, lo único que oía en mi cabeza era la banda sonora de una ópera china.

A la pregunta de qué clase de compañera de habitación prefería, yo había contestado: «Cualquiera que hable inglés y a quien no le importe mi silencio».

Así fue como conocí a Takisha, mi primera amiga americana.

La habitación de la residencia era demasiado lujosa para mí. Lo primero que pensé al entrar en ella fue que tenía que buscarme un lugar más barato para vivir.

El invierno en Chicago era atroz, pero la habitación contaba con calefacción. Había una ventana que daba a un árbol. La entrada estaba recién pintada y los baños compartidos eran espaciosos. Que hubiera agua caliente disponible las veinticuatro horas del día me parecía increíble. Me sentía como una princesa, por primera vez en mi vida iba a dormir en un colchón. Cada estudiante tenía su propio escritorio y armario. Me atormentaba pensar en el dineral que me costaba aquello. Me veía rebuscando en el contenedor de escombros cada vez que pasaba por al lado. No necesitaba un colchón. No me habría importado dormir en el suelo de cemento.

Oí risas y un fuerte golpe en la puerta seguido del sonido de una llave girando en la cerradura. La puerta se abrió y entró una persona de piel oscura.

Una luchadora por la libertad africana, pensé. Takisha tenía exactamente el mismo aspecto que la chica que había visto durante toda mi infancia en el cartel de propaganda comunista que hacía un llamamiento para la unidad de todos los proletarios del mundo.

Takisha me cautivó. Era una escultura viviente de tez color chocolate y ojos grandes con forma de higo. Tenía la nariz ancha, los labios rosados y los dientes más blancos que había visto en mi vida. Su cabello era una bola de rizos encrespados que semejava un pastel alto. Medía más o menos como yo, un metro sesenta y siete.

Me fijé en que Takisha era una tullida. Caminaba renqueando de un lado al otro. Me sorprendió que no se comportara como una minusválida. En China los tullidos se mostraban tímidos y asustados porque se veían sometidos a la falta de respeto y el acoso más cruel. Takisha en cambio reía con ganas y sin reservas.

No esperaba que Takisha me tratara como a una amiga de toda la vida, lo que hizo que me sintiera de maravilla y muy agradecida.

—Soy Takisha —dijo abriendo los brazos—. Tengo dieciocho años, y soy de Alabama.

No fui capaz de recordar ni una palabra en inglés. Lo único que pude hacer fue sonreír.

—Jo, ¿cómo es? ¿A.Q., An-Qu o An-Qui? —Takisha soltó una risita—. Vaya, cuánto lo siento. Perdóname si no pronuncio tu nombre correctamente.

Intenté deducir lo que decía. Saqué el diccionario y le dije:

—Inglés. Ayuda.

—¿De dónde eres? —preguntó Takisha haciendo gestos con los brazos—. ¿Este, oeste, sur o norte?

Abrí mi libro *English 900 Sentences*.

—Mi llamar... me llamo...

—Ah, vale, es que no hablas inglés. —Takisha sonrió de oreja a oreja—. No pasa nada. Tú sígueme. ¿De... dónde... eres? De dónde..., fijate en mi boca..., dón-de. —Me señaló con la mano—. No mires el libro. Mírame a mí. Venga, dime dónde está tu casa. Casa. ¿Entiendes? ¿Casa? Papá, mamá, leche, perro. ¿Entiendes lo que digo?

—No entender...

—¡Eh, presta atención! —Takisha se señaló—. Casa Alabama.

La señalé.

—Tu casa.

—¡Eso es! Mi casa, Alabama. Ahora dime tú. Tu casa.

—¿Casa? ¿Quieres decir c-a-s-a?

Takisha se rió.

—Quiero decir tu patria...

Sí, conocía la palabra «patria». Formaba parte de una de las pocas consignas en inglés enseñadas en China en 1972 con motivo de la visita del presidente estadounidense Nixon. Aprendimos a decir «Amo mi patria», así como «Viva el presidente Mao», «Viva el Partido Comunista de China» y «Albania es un gran país socialista».

—Patria es China —dije.

—¡Mira cómo hablas!

—China, papá, mamá, es China.

—¡Eres de China! ¡Qué maravilla! Quiero que me lo cuentes todo de China.

—Mi inglés pobre.

—Ya aprenderás.

Takisha quería saber qué me había parecido Estados Unidos hasta entonces. Deseé poder decirle que me gustaban las habitaciones climatizadas, el agua caliente que salía del grifo, estar sentada en un inodoro y, por supuesto, el gran cuarto móvil, es decir, el ascensor. Me encantaban las noches en una ciudad americana, con las calles y los edificios llenos de luz, aunque no quería ni pensar en lo que gastarían en electricidad. Y sobre todo me gustaba ella, por el modo en que me aceptaba sin reservas.

Takisha quería saber qué me había llevado a Estados Unidos, y cómo era la vida para mí en

China. Con ayuda de mi diccionario, escribí mi respuesta: «Era como estar ahorcado, tienes el cuello partido, pero la muerte no llega».

—¿Cómo? —dijo Takisha con el ceño fruncido.

Takisha me anotó unas palabras para que las buscara en el diccionario. Así fue como descubrí que estaba estudiando para ser médico. Le pregunté qué le movía a estudiar medicina. Me respondió que quería encontrar una cura para su madre, que sufría una grave diabetes.

—Mi madre está muy fastidiada —me contó Takisha—. ¿Sabes qué es «fastidiada»? Su médico quiere cortarle las piernas. Yo le dije que de eso nada. No permitiré que nadie le corte las piernas a mi madre. «Conservarás las piernas», le aseguré. «Yo seré tu médico.»

Mientras yo buscaba las palabras para expresar mi admiración, oí un timbre y vi que había un teléfono en la habitación. Takisha lo cogió.

—Perdona, ¿es mi madre!

—Mi compañera IQ es de China —le oí decir—. Eh, IQ, saludos de mi madre. Espera un momento. Ay, que no se llama IQ. Es A.Q. A... An... Qui... Bueno, no importa, lo siento. ¿Cómo se pronunciaba tu nombre? ¿Ah-Choo? ¿Ah-Chi? ¿Ann? ¿Qué? Ah, vale, An como Ann. Chee como Chist, las «ee» suenan como una «i». Ann-Chist. Eso es. Ya lo tengo. Ann-Chist, ¡sin «st» al final! ¿Lo he dicho bien esta vez? ¿Cómo? Que es A-n, no A-n-n. An-chee. A ver, una vez más. Vale, Anchee. ¿Es así? ¡Sí, lo he conseguido! ¡Anchee!

Volví la atención a mi libro de inglés mientras Takisha seguía hablando por teléfono. Con el ruido me costaba concentrarme. Salí de la habitación y fui a sentarme en el suelo del pasillo. Me sumergí en la lectura de *English 900 Sentences* durante horas y horas. Lo que más me desconcertaba del inglés era la estructura de las oraciones, completamente distinta del chino. Por ejemplo, un policía podría decir: «Tú no eres un ladrón». Y preguntar: «Tú no has robado, ¿verdad?». En inglés se respondería: «No, no he robado». Sin embargo, en China habría que contestar con una afirmación, es decir: «Tiene usted razón, no he robado». Pero en inglés no estaría bien decir: «Sí, no he robado».

También tenía muchas dificultades con el artículo determinado, ciertas preposiciones y la conjugación del verbo «ser» en presente y pasado. Nunca me quedaba claro cuándo y dónde debía emplearlos. Asimismo, me creaba dudas el uso de las formas verbales compuestas con el verbo haber.

—Buenas noches, Ann Chee —dijo Takisha apagando la luz de su lado.

Yo tapé mi lámpara con la chaqueta y la habitación quedó a oscuras y en silencio al instante. Tenía sueño y deseé poder dormir, pero sabía que no podía perder ni un minuto.

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada por el sonido de un portazo, seguido de una frase de Takisha dicha en voz alta: «¡Ay, lo siento muuucho!».

Aquel sería mi despertador a partir de entonces. Takisha tenía la costumbre de dar un portazo y luego decir «¡Ay, lo siento muuucho!».

Fuera aún estaba oscuro después de que Takisha se duchara. Se secó con una toalla delante de mí. No parecía preocuparle que una desconocida viera su cuerpo desnudo.

Salí de la residencia en cuanto lo hizo Takisha. Para aquel día me había propuesto la tarea de ir al centro de Chicago. Quería buscar trabajo de camarera o lavaplatos. Llamaría a las puertas de los restaurantes chinos.

Los altos edificios de la ciudad eran fantásticos a mis ojos. No me sentía real caminando entre

ellos. Tomé conciencia de lo lejos que me hallaba de casa y de que mis pies pisaban realmente suelo americano. Recordé las imágenes de los noticiarios que mostraban a los pobres de Estados Unidos cuando pasé por delante del ayuntamiento de Chicago, donde había un piquete formado por un pequeño grupo de personas. Era como si hubiese entrado en la escena misma de la televisión, salvo que no era en blanco y negro.

Me sorprendió lo lujosa que era la oficina de correos, sobre cuya entrada colgaba una enorme bandera estadounidense. Quería hacerme una foto bajo aquella bandera y enviarla a casa. Mis padres estarían preocupados por mí. La carta que les había escrito tardaría tres semanas en llegar a China.

En Michigan Avenue encontré un letrero en el que ponía RESTAURANTE CHINO y entré.

Me recibió una señora que me preguntó:

—¿Cuántos son?

Yo puse mi mejor sonrisa y contesté con educación en chino:

—¿Necesitan una camarera o una lavaplatos?

La señora pareció decepcionada. Negó con la cabeza y me hizo señas para que me marchara.

Probé suerte en otro restaurante y recibí la misma respuesta. Seguí intentándolo. Lo de pedir era lo que más me costaba. Me dije que tendría que aprender a acostumbrarme a ello.

Llegué todo lo lejos que me lo permitieron las piernas. Al final del día, estaba agotada y muerta de hambre. Había visitado todos los restaurantes chinos del centro de Chicago, pero no tuve suerte. El propietario del único restaurante chino de comida preparada para llevar que tenía un anuncio en la ventana ofreciendo empleo me dijo: «No inglés, no trabajo».

En la acera me cerró el paso una señora gorda que parecía un luchador. Llevaba un abrigo marrón hasta la rodilla, mugriento y sucio de grasa. Se acercó a mí con un letrero de cartón. Su maraña de pelo naranja emanaba un fuerte olor a perfume barato. Me dijo algo, pero no la entendí.

—Perdón, yo inglés no —me disculpé.

Me puso el letrero delante de la cara y tendió la mano.

—¿Me da una monedita?

Saqué mi diccionario y busqué las palabras escritas en el letrero: TENGO HAMBRE Y NO TENGO CASA.

—¡Sí inglés, sí trabajo! —le dije.

En mi clase de inglés había estudiantes de todo el mundo. Como me costaba pronunciar y memorizar sus nombres, intenté memorizar sus caras. No me resultó fácil, ya que los negros se parecían mucho entre sí, al igual que los blancos y los hispanos. Mis compañeros de clase me dijeron que tenían un problema similar: para ellos los orientales éramos todos iguales.

Un hombre de Italia con el pelo negro y ondulado se sentaba a mi derecha, y a mi izquierda tenía a una hermosa y altiva joven de Grecia. Tratábamos de comunicarnos con muchos gestos y palabras inventadas. Por desgracia, nadie entendía a nadie.

Nuestras profesoras eran estadounidenses. Una era corpulenta y de pelo rubio y rizado y la otra era delgada y de pelo castaño y corto. Me resultaba más fácil llamarlas para mis adentros Cabeza Clara y Cabeza Oscura. También ponía nombres secretos a mis compañeros. Al italiano lo llamaba Miguel Ángel y a la chica griega, Diosa Helena; a otro hombre que parecía de Oriente Próximo, Alí Babá, y a un ruso, Camarada Lenin.

Lo que me fascinaba no era la forma de enseñar de las profesoras, sino lo que enseñaban. Por ejemplo, el libro de texto mostraba un mundo que me parecía irreal. Describía una pequeña

población estadounidense donde todos sus habitantes podían votar y la gente decidía si dar permiso o no a una promotora inmobiliaria para construir un centro comercial cerca de la plaza mayor. Además del alcalde, había otros funcionarios elegidos por sus conciudadanos.

Allí de donde yo venía, cada uno era «una rueda más del engranaje comunista». A menos que quisieras que te detuvieran y pasar el resto de tu vida en una cárcel o un campo de trabajos forzados, nunca se te ocurriría expresar tu opinión en contra de las autoridades. Cuando pregunté si el mundo descrito en el libro de texto era un fiel reflejo de la realidad americana, la profesora, Cabeza Oscura, se volvió hacia mí y me contestó: «Más o menos».

Yo no quería ser demasiado dura con mis profesoras, pero esperaba que mi dinero sirviera de algo, y no estaba satisfecha con el ritmo al que enseñaban. No presionaban para obtener resultados y dejaban que la clase avanzara a su propio ritmo. Apenas ponían deberes, y eran pocos los estudiantes que los entregaban. A las profesoras les parecía bien; era como si no les importara. Parecía que yo era la única que se empleaba a fondo en aprender la gramática.

La señorita Cabeza Clara estuvo unos días resfriada. Llevaba una caja que cualquiera habría dicho que estaba llena de papel higiénico. Lo llamaba «pañuelos de papel». No paraba de estornudar. A mí me daba la risa cuando la veía taparse la nariz con papel higiénico.

Cada vez que se sonaba la nariz, la profesora decía «Perdón». Yo me preguntaba por qué lo haría. No había nada que perdonar; estornudar era algo que no se podía evitar.

En China, para que uno pidiera perdón, tenía que haber cometido un delito, como limpiarse el trasero con un papel de periódico en el que apareciera la imagen de Mao, como mi madre había hecho sin querer en una ocasión. No había querido faltar el respeto al presidente, ni tramaba una acción contra él. Simplemente se había quedado sin papel higiénico y en su lugar utilizó papel de periódico. Era difícil evitar a Mao, cuyo retrato salía impreso en todas las páginas.

El «perdón» inglés me pareció muy útil. Era casi como un saludo. No solo se decía cuando uno estornudaba, sino también al entrar en un edificio, al ponerse en una cola, al adelantar a alguien o al bajar de un tren. Comencé a poner en práctica dicha fórmula de disculpa.

Llegó un momento en que me salía sin pensar. No podía evitarlo. «Perdón», le decía al hombre que me abría la puerta. «Perdón», le decía al conserje de la escuela. La gente me miraba con una expresión de lo más amable cuando les decía «Perdón». Me encantaba pronunciar aquella palabra.

No me importaba que la señorita Cabeza Clara dijera «Perdón», lo que me importaba era que dejara a los estudiantes que asumieran el papel de docentes. Ella parecía agotada de tanto estornudar y tanto perdón, así que se sentaba frente a su mesa y los tullidos idiomáticos se hacían con la clase. ¡Y yo no pagaba para escuchar a unos tullidos!

A Miguel Ángel le encantaba hablar en clase. Tenía mucho acento italiano y tardaba una barbaridad en terminar una frase. Aunque me alegraba la vista por lo guapo que era, no entendía casi nada de lo que decía. No me sonaba en absoluto a inglés.

La Diosa Helena también se expresaba con un fuerte acento griego. Le contó a la clase que acababa de celebrar su vigésimo cumpleaños. «Feliz cumpleaños» fueron las únicas palabras inteligibles en inglés que salieron de su boca. Levantó los brazos e intentó interrumpir al italiano. Se enzarzaron en una pelea. Al final dejaron de hablar en inglés y se pasaron a sus lenguas maternas.

La gente comenzó a dispersarse. El Camarada Lenin se excusó para ir a tomar un café y Alí Babá hizo su pausa habitual para fumar. Un francés le dijo a una chica coreana que se sentaba delante de él «¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!», como un loro. Una hispana envuelta en un chal de vivos colores inició una conversación acalorada con un negro que vestía ropa con estampados

en amarillo y parecía el jefe de una tribu africana. La mujer le dijo que el secreto para dominar el inglés estaba en cantarlo, y que estaba segura de que eso a él se le daría bien porque era de África. El negro del estampado en amarillo explicó que él no era de una tribu africana. Había nacido en Alemania y se había criado en Francia. La mujer no le hizo caso y siguió con lo de cantar en inglés hasta que él comenzó a gritarle en francés. Un polaco con una barba poblada le dijo a un egipcio que tenía una barba aún más grande: «¡Inglés es... eh... disífil!».

A mí me habían puesto con un asiático bajito llamado Suzuki. Se suponía que teníamos que deducir de dónde era el otro.

—¿Japón? —dije yo, y él asintió.

—¿China? —dijo él, y yo asentí.

Y eso fue todo. Nos quedamos en silencio, perdiendo el tiempo mientras esperábamos a que los demás terminaran.

La última semana de clase la profesora salió de su encantamiento estornudatorio. Por primera vez sonrió con afecto y tomó las riendas de la clase.

—Vamos a jugar a un juego llamado «Pasa el mensaje» —anunció.

Acto seguido, susurró algo al oído de un estudiante, quien a su vez repitió lo que había oído al siguiente alumno.

Cuando llegó mi turno, escuché con suma atención, pero me costó entender el acento griego de la Diosa Helena. Hice lo posible por adivinar lo que había dicho. La única palabra que entendí fue «buey».

Me tocaba pasar el mensaje a Miguel Ángel, pero como no había logrado captarlo todo, decidí poner algo de mi propia cosecha. Le susurré al oído una historia sobre un héroe nacional chino conocido como el Buey del Pueblo.

—Murió tirando de su carro desvencijado hacia el comunismo —le dije al oído.

Miguel Ángel asintió como si me hubiera entendido, y luego se volvió hacia el estudiante que tenía al lado.

Cuando se cerró el círculo, la profesora anunció que el mensaje original se había perdido.

Estaba entusiasmada con un anuncio que había visto en un periódico gratuito. En la descripción se leía: «No se requiere ningún conocimiento». Con la ayuda de mi diccionario y de Takisha, llegué a entender que el trabajo formaba parte de un «ensayo clínico con un fármaco en fase experimental».

Takisha me dijo que si estuviera en mi lugar ella no lo haría.

—Te utilizarán de cobaya humana, de conejillo de Indias... ¿Sabes a lo que me refiero? El medicamento te dañará órganos vitales.

—Pero ¡pagan ciento ochenta dólares a la semana! —repuse.

—Venga ya, Anchee, ¡no me digas que te vas a vender por dinero! ¡Está claro que eso es mala idea!

Cualquier cosa que me ayude a pagar mi deuda es buena idea, pensé yo.

Tras coger el metro para ir a la zona noroeste de Chicago, localicé la dirección que había visto en el periódico. No telefoneé antes porque no quería poner de manifiesto que no hablaba inglés.

Me recibió una señora de mediana edad. Estaba sentada entre pilas altas de papeles amontonados contra la pared. Una vez que rellené un formulario con mi nombre y mi dirección, me leyó un documento que supuse que estaría relacionado con el fármaco. La señora tenía una voz aflautada de niño. Cada vez que acababa una frase, yo asentía. Respondía «De acuerdo» a sus «¿De acuerdo?».

Cuando terminó, sacó una caja de un estante alto y me entregó un paquete con frascos llenos de pastillas. Me explicó cuándo tomarlas y me proporcionó un folleto con formularios en los que debía anotar mi dosis diaria del medicamento.

—Estaremos en contacto. —Sonrió—. Recibirá el pago por correo.

Me levanté y le hice una leve inclinación.

—Gracias y adiós.

—Un momento, señorita Min, necesito que firme este contrato.

—No hace falta, no hace falta —me apresuré a decir mientras recogía mis cosas.

—Me temo que sí hace falta, señorita Min.

—¿Qué es?

—Son los términos y condiciones.

—Vale, firmo.

—Antes debe leerlo.

—No leo inglés. Firmo. Ya.

La señora retiró el documento y me miró con suspicacia. Cuando quise darme cuenta de mi error ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera salir por la puerta, la señora se abalanzó desde su mesa para agarrarme del brazo y quitarme el paquete con los frascos.

—Por favor —le supliqué—. Necesito el dinero.

La señora señaló la puerta.

—Márchese. Ya.

Kate era mi vecina de al lado en la residencia de estudiantes. Su belleza me recordaba a Esmeralda. Cuando iba maquillada, parecía una modelo de portada de una revista de moda. Siempre que hablaba con Takisha en el pasillo, yo escuchaba. Aunque entendía muy poco de lo que decían, me gustaba oír las conversar. Y mientras lo hacían, yo no paraba de consultar el diccionario.

Kate tenía los ojos más brillantes que había visto en mi vida y una sonrisa libre de preocupaciones. Era ingenua y confiada. No parecía haber sufrido ninguna dificultad en la vida. Era un poco más alta que Takisha y que yo. Le encantaba decirme: «¿Te vienes a pasar el rato, Anchee?».

Mi diccionario recogía el significado de «pasar» y de «rato», pero no de «pasar el rato». Así que le pregunté qué quería decir. Al igual que a Takisha, a Kate no le molestaba que yo fuera una tullida con el inglés. No le importaba explicarme y repetirme las cosas hasta que entendía el significado.

«¿Adónde... vas?», me decía, por ejemplo. Si yo no la entendía, me cogía el diccionario, buscaba la página y me señalaba la palabra. Kate me presentó a otras personas de la residencia. Para entonces yo ya sabía decir con fluidez: «Me llamo Anchee, pronunciado “An-Qi”, y soy de China».

Me fijé en que Kate y los demás nunca decían «¿Cómo estás?».

En lugar de eso, se saludaban con un «¿Qué pasa, colega?». Le dije a Kate que no encontraba esa expresión ni en mi diccionario ni en mi libro *English 900 Sentences*.

Ella se rió.

—Es una expresión tonta, una manera divertida de decir lo mismo.

A partir de entonces cambié mi saludo de «¿Cómo estás?» a «¿Qué pasa, colega?».

Takisha no veía con buenos ojos que me juntara con Kate. Trató de convencerme de que había algo de ella que no le cuadraba. «Es rica —argumentó Takisha—. Sus padres deben de tener mucho dinero, de lo contrario no podría permitirse tener una habitación para ella sola.» La otra prueba de que Kate era rica, según Takisha, era que tenía una televisión.

Yo quería explicarle a Takisha que iba con Kate porque eso me daba la oportunidad de practicar inglés. Sabía lo aburrida que debía de ser mi compañía para Kate. Era como intentar mantener una conversación con un bebé. A mí no me habría gustado estar con alguien que hablara chino como un niño. Me sentía culpable por aprovecharme de Kate. Takisha expresaba sus ideas y opiniones, pero no le interesaba nada de lo que yo tuviera que decir. Mi inglés infantil tampoco ayudaba. En cierto modo, Kate se había convertido en mi mejor amiga de la residencia.

—¿Qué significa «hacer el ganso»? —le pregunté en una ocasión.

Ella se rió y me dijo que significaba pasárselo bien.

—¿Qué se supone que haces cuando haces el ganso?

Ella se rió de nuevo y respondió:

—¡Nada!

Yo tomaba notas y escribía las frases que aprendía de Kate.

—¿Sabes que eres muy divertida, Anchee Min? —me dijo.

—¿Qué significa «divertida»?

La tarde se convirtió en noche. Me quedé en la habitación de Kate buscando palabras en el

diccionario mientras ella hacía sus deberes. Le pregunté cómo era un aula de verdad de una universidad estadounidense y si, por casualidad, podría enseñarme una.

—Eso es fácil —dijo Kate—. Mañana por la mañana ven conmigo a clase de marketing empresarial.

La idea me hizo mucha ilusión.

—¿Estás segura de que no molestaría? ¿No se tomará a mal tu profesor que no sea alumna suya?

—Nadie se fijará en ti —contestó Kate—. Es una conferencia. Se imparte en una sala con cientos de personas.

—¿Una conferencia? ¿Me pillarán por no hablar inglés?

—Bueno, finge que lo hablas.

Acompañé a Kate a la cafetería porque tenía curiosidad por ver qué comía. Se sentó con un plato de lo que llamaba «ensalada». Era la primera vez que yo veía una ensalada que no fuera de patata. En la China continental, «ensalada» significaba comida rusa, que era más que nada patata. Kate me contó que los estadounidenses no tenían una norma estricta de lo que constituía una ensalada.

—Puede ser una mezcla de lechuga con trocitos de pepino, zanahoria, cebolla y frutos secos, verduras de hoja verde y, por supuesto, patata. En fin, todo lo que uno quiera.

No pude evitar reír cuando vi comer a Kate. Masticaba las hojas crudas como si fuera un conejo.

—¿Hay ensaladas en la cocina china?

—No —respondí—. En China es peligroso comer verduras crudas. Puedes coger enfermedades como la malaria.

—¿Así que lo cocináis todo?

—Sí, casi todo.

—Toma, come de mi ensalada, por favor —me ofreció Kate pasándome un tenedor—. Esta será tu primera experiencia americana. Insisto.

A fin de agilizar el aprendizaje del inglés, me compré un televisor de nueve pulgadas de segunda mano. Los únicos programas que podía seguir eran *Barrio Sésamo* y *Mister Rogers' Neighborhood* (*El vecindario del señor Rogers*). Nunca había visto nada parecido en China. El amable señor Rogers me encandiló. Cada día aprendía frases nuevas con él; siempre decía «Listo para salir» cuando terminaba de atarse los zapatos. Los anuncios de la televisión también se convirtieron en una enseñanza práctica. Mis preferidos eran los de McDonald's y los de moquetas de Empire Carpet. Con el tiempo acabaría aborreciéndolos. Vi que mejoraba tanto en tan poco tiempo que decidí dejar de ir al curso intensivo de inglés para ahorrar dinero.

Una hora en compañía de Kate resultaba más efectiva. Tenía la sensación de estar saliendo de las tinieblas y encaminarme hacia la luz. Comencé a entender fragmentos de conversaciones. Asimismo, me notaba con menos miedo. Un día vi a un joven en el ascensor. Recordé que era Steve, un amigo de Kate. Cuando quedé con ella, le dije: —He visto a Steve en el congelador.

Kate tardó un instante en entender lo que quería decir.

—Ah, te refieres a que has visto a Steve en el ascensor, ¿no?

El hecho de que la terminación de ambas palabras tuviera un sonido similar me confundía. Cuando Steve se pasó a ver a Kate, esta le dijo en broma: —Eh, Steve, ¿qué hacías en el

congelador? Mi amiga Anchee te vio allí. Sí, sí, en el congelador. ¿Cómo que no? Un momento, eh, Anchee, ¿este es el chico que viste en el congelador?

No me di cuenta del problema que había causado hasta que oí que aporreaban la puerta. Yo estaba con Kate en su habitación. Ella se levantó y fue a abrir. Era Takisha, y tenía cara de disgustada. Se negó a pasar cuando Kate la invitó. Takisha se apoyó en el marco de la puerta y me dijo: —¿Qué haces aquí, señorita Anchee? Permíteme que te recuerde que tienes tu propia habitación y tu propia compañera de cuarto.

Yo sonreí y contesté:

—Estoy pasando el rato con Kate.

—Eso ya lo veo —repuso Takisha.

—Estoy practicando inglés —le dije.

—Ya es hora de que vuelvas a tu habitación —contestó Takisha.

Me despedí de Kate y seguí a Takisha hasta nuestro cuarto. Después de cerrar la puerta con llave, mi compañera de habitación me indicó con un gesto que me sentara en mi cama.

—Tenemos que hablar —dijo, y fue a sentarse en su cama, frente a mí—. Gracias por volver conmigo.

—De nada.

—¿Puedes prestarme atención? —me pidió Takisha—. Toda tu atención, ¿entendido? Quiero que me escuches.

—Atención, sí. Tú hablas, yo escucho.

—Voy a explicarte algo que forma parte de la historia de Estados Unidos, y que no creo que sepas —dijo Takisha—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí.

—Sí, lo entiendo.

Takisha escribió la palabra «esclavo» para que yo la buscara en el diccionario. Esperó pacientemente hasta que la localicé.

—Me gustaría que comprendieras que hubo un tiempo en el que los negros de América éramos esclavos.

—En mi diccionario pone que «esclavo» significa «proletario» —respondí.

—¡Exacto! ¡Los esclavos son proletarios!

—¡Proletarios del mundo, uníos! —recité—. Es el lema de Mao.

—¿Qué Mao?

—Mao Zedong, el padre fundador del Partido Comunista de China.

Me chocó que Takisha no tuviera ni idea de quién era Mao. Le pregunté si conocía a un famoso africano de raza negra que afirmaba ser el líder de los esclavos negros del mundo y que había ido a China en los años sesenta a estudiar la guerra de guerrillas. Takisha negó con la cabeza.

Me puse a buscar en mi diccionario. Tardé un buen rato en encontrar las palabras que necesitaba. Takisha pareció impacientarse.

—El líder de los esclavos negros quería conocer en persona a Mao, pero este se negó —le expliqué finalmente—. En China, Mao era Dios. Mao era «el sol más rojo del universo». Adorábamos a Mao. Un cuarto de la población mundial. ¿Entiendes lo que significa eso? ¡Más de mil millones de personas! ¿Cómo iba nadie, como aquel negro africano, a programar un encuentro con Dios?

—¿Y qué pasó?

—Pues que el líder de los esclavos negros tomó la iniciativa —proseguí—. Para demostrar su afecto por Mao, se clavó una insignia suya en el pecho desnudo, se hizo una foto con el pecho sangrando y se la envió a las autoridades de China.

—¿Funcionó?

—¡Ya lo creo!

—Pero ¡es horrible! —exclamó Takisha.

—Yo era incapaz de clavarme una insignia de Mao en el pecho desnudo —dije—, ¡y eso que también quería a Mao! En fin, que a los dirigentes del Partido Comunista les gustó tanto la historia que se empeñaron en que fuera contada en las escuelas de toda la nación. Así fue como la conocí. Con dicha historia nos convencimos de que nuestro presidente Mao era popular en el mundo entero.

—¿Y al final el líder negro se reunió con Mao?

—Se dijo que a Mao le conmovió tanto que lo recibió en su propia residencia en la Ciudad Prohibida.

A Takisha le costó hacerme entender que había diferencias entre los negros africanos y los negros americanos.

—Todos lucháis por la misma libertad, ¿no es así? En China veíamos a todos los negros como nuestros camaradas de armas. Teníamos miedo de los blancos y hasta hace poco los considerábamos enemigos. Había alguna que otra excepción, claro está. Uno era el periodista estadounidense llamado Edgar Snow, y el otro un físico canadiense comunista, Norman Bethune. Ambos fueron a China y dedicaron su vida a nuestra revolución.

Le pedí a Takisha que identificara a los amigos y enemigos de Estados Unidos.

—Mao decía que dicha identificación era fundamental para ganar una revolución.

Esperé a que Takisha respondiera, pero ella pestañeó y me miró con expresión de desconcierto.

—Por ejemplo, China es amiga de Corea del Norte, Albania y Vietnam —expliqué—. Rusia también lo era antes, pero desde que los rusos nos traicionaron, los dejamos de lado.

Takisha dijo que el único líder negro famoso al que conocía y admiraba era el doctor Martin Luther King.

—¿Conozco a Martin Luther King! —dije.

Takisha se emocionó.

—Cuéntame cómo conociste a nuestro King.

—Salía en los libros de texto escolares de China —contesté.

—¿En los libros de texto escolares chinos? ¿Me tomas el pelo?

—Mao escribió un artículo de apoyo a Martin Luther King cuando este fue asesinado. Protestó en nombre de los proletarios del mundo. Dijo que la muerte de Luther King demostraba que la sociedad norteamericana era malvada.

—Lo es —aseguró Takisha.

—Lo creas o no, Takisha, crecí gritando «¡Abajo el imperialismo americano!», pero no sabía dónde se hallaba América.

—Qué extraño —dijo Takisha mirándome.

—¿Qué significa «extraño»?

—Pues «extraño» significa... extraño. —Takisha se rió—. Ay, lo siento..., es broma. «Extraño» es como «raro», ¿vale?

—Vale. Gracias.

—De nada —dijo Takisha sonriendo—. Total...

—¿Qué quiere decir «total»?

—Oh, no, otra vez no.

La luz del día se desvaneció y la habitación quedó a oscuras. Me senté derecha en la cama mientras escuchaba a Takisha. Esperé a que acabara de hablar. Quería preguntarle si Martin Luther King había alcanzado su sueño.

Takisha me contó que sus antepasados eran esclavos. Yo tenía dudas con los tiempos verbales de su relato. No estaba segura de si había dicho «son» o «eran».

Mientras Takisha hacía una pausa para coger aire, yo aproveché para interrumpirla.

—¿Tú eres una esclava?

—Yo no soy una esclava, pero...

Esperé.

—Es que es muy difícil de explicar.

—Inténtalo, Takisha, por favor. Quiero aprender.

—No puedo hablar contigo —dijo ella. Por extraño que parezca, su voz sonaba llorosa.

—Lo siento, Takisha, no pretendía ofenderte. Habla conmigo, edúcame.

—No lo entenderías.

—Si hablas conmigo, lo entenderé. Escribiré las palabras. Mi diccionario es bueno. Puedo comprenderte.

—Mira, nunca entenderías lo que es ser propiedad de otro. Nunca has sido propiedad de nadie y nunca lo serás.

Yo sí sabía lo que era ser propiedad de otro. De hecho, no sabía lo que era no serlo. El Partido Comunista de China y Mao nunca se declararon propietarios, sin embargo todos y cada uno de los habitantes de China sabían que uno nunca era dueño de sí mismo. A uno no se le permitía hacer lo que quería. Desobedecer a Mao y al partido significaba el castigo y el infierno.

Takisha estaba demasiado agitada como para salir de su propio mundo. Las palabras manaban de su boca como el agua de una cañería rota. Concluí que ella quizá no fuera una esclava, pero sus familiares de Alabama tal vez sí lo fueran. Eso explicaría la ira que sentía. Takisha no soportaba que yo pasara el rato con una persona de raza blanca como Kate. Si mi amistad con Kate hería a Takisha, yo estaba dispuesta a renunciar a ella. Lo que no alcanzaba a entender era el hecho de que Takisha estudiara medicina en aquella universidad.

Takisha me contó que le habían concedido una «beca completa» para hacer la carrera de medicina. Cuando le pregunté quién ofrecía dichas becas, me respondió: —El gobierno.

A mi pregunta de quién dirigía el gobierno, si blancos o negros, me contestó: —Gente de todos los colores.

Yo me vi pensando: «Me encantaría ser una esclava para que me dieran una beca completa y así poder estudiar medicina y convertirme un día en médico».

Takisha describió con lágrimas en los ojos cómo habían vendido, golpeado, colgado y quemado a sus antepasados cuando estos se habían visto tentados de escapar. Me pregunté qué tendría eso que ver con Kate.

Interrumpí a Takisha para contarle que cuando vivía en China no se me permitía ir al médico si me encontraba mal. No me dejaron abandonar el campo de trabajo cuando me lesioné la médula espinal. No tenía fines de semana libres ni vacaciones. No se me permitía aspirar a tener una educación. El precio por quedar con un chico en el campo de trabajo solía ser la humillación, el castigo y la tortura.

—¿Has oído el dicho chino de «Matar a la gallina para asustar a los monos»? Era la táctica que adoptaba el gobierno proletario para tenernos controlados.

Le conté a Takisha lo que fue presenciar la revolución. Los pobres y las clases bajas se hicieron con el gobierno. Fue realmente la Democracia del Pueblo. En cuestión de semanas la economía de China se paralizó por completo. Fábricas, escuelas, hospitales y otros centros de servicios públicos se convirtieron en edificios fantasma. Incluso en los pueblos más remotos, los campesinos abandonaron las tierras para sumarse a la rebelión.

Ser analfabeto se convirtió en algo maravilloso. Resultaba emocionante desafiar los cinco mil años de tradición de China. Los campesinos se pusieron al frente de las mesas de operaciones de los hospitales. Creían que cualquiera podía ejercer de médico. Lo único que uno necesitaba era surtir su cabeza de citas de Mao.

No tardaron en formarse facciones. Para consolidar un poder mayor se celebraban actos multitudinarios en estadios, que a menudo acababan en sangrientas batallas. Cada día había funerales en Shangai. Los muros de la ciudad se llenaban de fotos de «nuevos mártires».

—Mis padres nos advertían que no pisáramos la calle porque gente que tenía acceso a camiones grandes estaba robando las armas de los complejos militares. Oíamos disparos en plena noche. —Entonces le hablé a Takisha del día en que un grupo de Guardias Rojos de Pekín se presentaron en mi casa—. Recibieron una propina de nuestro vecino de abajo, quien les contó que nosotros éramos capitalistas y teníamos dinero. Los Guardias Rojos comenzaron a saquear la casa, pero al cabo de unos minutos lo dejaron.

—¿Por qué? —quiso saber Takisha.

—Vieron que éramos tan pobres que no había nada que saquear. Nuestro vecino de abajo siempre nos había envidiado porque teníamos más espacio que él. Al final consiguió echarnos de nuestra casa.

—¿Hay algo positivo en el hecho de que los pobres tengan el control de su poder? —preguntó Takisha—. ¿Su vida mejoró?

—Yo diría que no. La mayoría de la gente tenía que levantarse antes de que amaneciera para ir al mercado —contesté—. Había que hacer largas colas para comprar comida. La gente se ponía irritable y violenta después de estar varias horas haciendo cola nevara o hiciera calor para que luego le dijeran que se marcharan a casa porque ya estaba todo vendido. Yo me peleaba con otros niños por una col o una patata podrida. Algunos simplemente se convertían en ladrones.

Le expliqué a Takisha que mis padres nos mandaron con mis abuelos paternos en verano. El pueblo se hallaba en la provincia de Jiangsu, a orillas del río Yangtsé. Pensábamos que así podríamos escapar de los Guardias Rojos, pero no; allí también había. Nuestra llegada coincidió con la celebración de un acto de denuncia contra mi abuelo, que yacía postrado en la cama aquejado de un derrame cerebral. Los Guardias Rojos no lograron arrancar una sola respuesta al anciano, que era un maestro ya jubilado. Se enfurecieron con mi abuela, porque ella tampoco se mostró dispuesta a colaborar. Era sordomuda. Llevaba los pies vendados y apenas podía caminar. No veía diferencia entre la nueva sociedad y la anterior.

Buenos días, solete!» Me encontraba pequeñas notas como esta en mi puerta escritas por Kate. Era su forma de enseñarme inglés. Hacía que me sintiera bien recibida en este país. «¡Que tengas un buen día!» «¡Pásate después de cenar!»

Me gustaba pasar el rato con Kate. Cuanto más se empeñaba Takisha en frenarme, más provocaba mi curiosidad y rebeldía. Lo que me parecía «extraño» era que tanto Takisha como Kate compartieran la misma pasión por lo que ellas denominaban «música pop». Ambas estaban locas por un cantante llamado Michael Jackson.

Yo no conocía la música de Michael Jackson. Tampoco me sonaba de nada otra gran estrella llamada Mick Jagger. La música que hacían me removía por dentro. Ya no miraba la torre Sears mientras escuchaba canciones chinas. Los ritmos electrizantes de Michael Jackson expulsaron de mí ser las melodías de las óperas chinas. Imitaba a Takisha y Kate y dejaba que mi cuerpo se balanceara al son de la música. Caminaba a lo largo de Lake Michigan Avenue al ritmo de «Beat It».

Un día Kate me dijo que fuera a su habitación y me presentó a su nuevo cantante favorito. Se llamaba Prince.

—¿Prince? ¿Príncipe, como los de los castillos? —pregunté.

Kate sonrió y me pasó el álbum. En la portada había una foto de un negro vestido con un traje púrpura y cubierto de joyas. Era la primera vez que veía un príncipe negro.

—El cantante se hace llamar Prince —explicó Kate—. En Estados Unidos puedes ponerte el nombre que quieras. Reina, Rey, Princesa o Príncipe.

—¿No importa que no tenga sangre real?

—No.

Yo no me imaginaba haciéndome llamar Princesa, o Reina. En China, si un hombre se hubiera puesto el nombre de Mao Zedong, lo habrían enviado a una institución para enfermos mentales.

Aquella noche las amigas de Kate eran todas de distintas razas. Ponían música y movían las caderas de un lado a otro. Tenían los ojos medio cerrados, como si estuvieran extasiadas. Con un rizador de pelo en la mano a modo de micrófono, Kate se quitó los zapatos de un puntapié y cantó mientras sonaba el álbum de Prince.

*I don't want to stop
Hill I get to the top
Woo...**

Kate y sus amigas caían encima de las camas y rodaban por el suelo entre risas. Me contaron que la canción de Prince hablaba de sexo.

Unos jóvenes apuestos subieron desde la planta donde tenían sus habitaciones. Le dijeron a Kate que se habían pasado a «ver qué ocurría allí dentro». No se marcharon. Su entusiasmo animó a las chicas, que daban vueltas mientras sus largas melenas ondeaban en el aire.

Un muchacho me miró con una botella de cerveza en la mano.

—Me llamo Don.

Yo me sentí halagada, pero no supe qué decir.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó.

Le dije mi nombre, pero el chico frunció el ceño al oírlo.

—¿Ho Chi Minh? ¿Eres de Vietnam?

—Ho Chi Minh no —contesté—. Anchee Min. Se pronuncia «A-n-q-i». Viene del *pinyin*. ¿Has oído hablar del sistema *pinyin* chino?

—Encantado de conocerte, Chi Minh —respondió antes de alejarse.

Me di cuenta de que yo era demasiado mayor para aquella gente; una de veintiocho rodeada de chicos de dieciocho. En lugar de sentirme emocionada y entretenida, me sentía sola y fuera de lugar.

Me veía incapaz de desmelenarme en compañía de aquel grupo. Mientras observaba cómo las chicas volvían locos a los chicos y se divertían, no dejaba de pensar en la deuda que había contraído y en el poco tiempo que tenía para salvarme.

No fue mi intención ofender a Takisha cuando hice un dibujo de Ronald Reagan en mi cuaderno de bocetos.

—¡Reagan es un perro! —gritó Takisha—. ¡Y lo odio!

Le expliqué que había elegido a Reagan no porque lo adorara como había adorado a Mao, sino para poner a prueba la precisión de mis aptitudes para el dibujo. Si lo hacía bien, la gente reconocería lo que había dibujado.

—Nunca me han enseñado a dibujar —le expliqué a Takisha—. Tengo miedo de que me echen de la escuela de arte que me proporcionó el I-20. Estaba buscando algo que pudiera copiar y encontré por casualidad una revista *Time* con la imagen de Reagan en la portada.

Lo que no le dije fue lo estupefacta que me quedé cuando la oí llamar «perro» a su presidente. En China llamar «perro» a Mao tendría como resultado la pena de muerte. De hecho, en cuanto oí decir eso a Takisha, fui corriendo hacia la puerta y me asomé al pasillo. Quería asegurarme de que no la había oído nadie.

Tras cerrar la puerta, le pedí que me explicara a qué se debía su odio hacia el presidente Reagan. Takisha no tenía mucho que decir salvo que era «un republicano y un hombre blanco malvado».

Deseé haber podido compartir los sentimientos de Takisha. Sin embargo, a mí me habían permitido entrar en Estados Unidos siendo Ronald Reagan su presidente. Siempre estaría en deuda con la amabilidad de dicho país, amabilidad que representaba el señor Reagan.

Kate y yo recorrimos los caminos nevados del campus y entramos en la sala de conferencias, donde se habían dado cita cientos de estudiantes. Me encantó el ambiente. Aunque no entendí ni una palabra de la conferencia, me alegré de poder estar entre el público. Fue una clase de técnicas de marketing. Nos pusieron un vídeo en una pantalla grande. Era de un anuncio de McDonald's. A la salida me vi tarareando la cancioncilla de la famosa cadena de hamburgueserías.

Kate dijo que le gustaría ser la primera en llevarme a un McDonald's. A mí me hacía mucha ilusión. Me explicó que cogeríamos el metro para ir al centro de Chicago. Le pregunté si tenía que ponerme elegante. Ella me respondió que me ayudaría a vestirme como una chica americana. Me llevó a una tienda de ropa de la zona, donde todo era demasiado caro para mí. Al final pagué diez dólares por una prenda en liquidación, un top de nailon con rayas de cebras blancas y negras. Pensé

que con él tendría un aspecto desenfrenado. Por primera vez tenía ganas de dejarme llevar por el desenfreno.

Kate me maquilló. Me arregló el pelo y me puso laca. Me prestó un collar, unos pendientes de clip y un pañuelo de colores. Todos los que estaban presentes en la habitación aplaudieron al ver cómo me había dejado Kate. Cuando me miré en el espejo, me llevé un chasco. Tenía los ojos pintados con sombra azul y delineador y la cara cubierta de base de maquillaje. El pintalabios rojo fuerte me recordó a una prostituta de una película de propaganda china.

Cuando me puse mis tejanos de pata de elefante, Kate me dijo que estábamos en 1985. Yo no entendía qué quería decir. Kate me explicó que los pantalones de pata de elefante estaban pasados de moda. Eran setenteros. Yo le dije que eran los únicos tejanos que tenía.

Cogimos un metro hasta el centro y nos bajamos en la estación de Chicago. Seguí a Kate hasta el McDonald's situado cerca de la Torre del Agua. Kate me pidió una hamburguesa, patatas fritas y una Coca-Cola. Me fascinó el sabor. Solo deseaba que pudiera permitírmelo.

Kate fue incapaz de dar respuesta a mis preguntas de por qué en inglés a las patatas fritas se les llamaba *french fries*, es decir, «fritos a la francesa», y a la salsa de tomate *catch up*, o sea, «ponerse al día».

El teléfono sonó en plena noche. Takisha lo cogió y comenzó a gritar.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté, pero ella no me contestó.

Estuvo horas al aparato, sin parar de llorar. Encendí la luz y la vi hecha un ovillo en su cama.

Cuando por fin colgó el teléfono, volví a preguntarle qué había sucedido. Me respondió que habían violado a su hermana pequeña.

—¿Ha sido un dueño de esclavos blanco? —le pregunté.

—No. —Negó con la cabeza—. Mi hermana y mi madre están muy mal de salud.

A la mañana siguiente Takisha se fue sin la mochila ni los libros de texto, que se hallaban esparcidos por su mesa y su cama. Regresó al cabo de dos días con cara preocupada. Dijo que no le apetecía hablar.

Yo permanecí en silencio.

Takisha siguió yendo a clase, pero no hacía los deberes. De hecho, nunca la había visto muy atareada en ese sentido. Dado el objeto de estudio de su carrera, medicina, yo suponía que habría de tener un montón de deberes.

Una semana más tarde llevó a la habitación un gato que había encontrado en la calle.

—Voy a adoptarlo —anunció.

Me pidió que lo mantuviera en secreto, ya que según las normas de la residencia no se podía tener mascotas. Takisha alimentaba al animal con leche de la cafetería. Pasaba tiempo cepillándolo, abrazándolo y hablando con él pacientemente. A la hora de acostarse llamaba a su madre, en Alabama, y permanecía al teléfono un buen rato.

Antes de que terminara el semestre, Takisha anunció que había decidido cambiar el enfoque de sus estudios. Ya no aspiraba a ser médico. En vez de eso, se decantaría por la enfermería. Aun así, nunca la vi hacer deberes. Un día me dijo que estaba lista para desprenderse de su gatito adoptado. Llevó al animal al centro y regresó con un joven negro. Me lo presentó como su novio y me dijo que era fotógrafo. Más tarde, descubrí que no era un fotógrafo de verdad cuando me pidieron prestada la cámara. Takisha me llamó para que diera instrucciones a su novio sobre cómo cargar el carrito en la cámara.

Takisha parecía tan feliz que resplandecía. Un día desapareció con su pareja a la hora de

comer y ya no regresó a la residencia a dormir.

Volvió a aparecer una mañana. Me contó que estaba allí para despedirse y recoger sus cosas. Regresaba a Alabama. Lo que me sorprendió fue que no parecía ni un poco disgustada por no acabar sus estudios de medicina.

Le di las gracias por su amabilidad, sus sonrisas y su amistad. Le dije que la echaría de menos.

Una señora blanca de mediana edad se me acercó estando yo en la parada del autobús. Iba enfundada en un abrigo de plumas y llevaba un libro. Hacía tanto frío que apenas podía mover los labios para hablar. De ahí que me dijera:

—... eeliz Na-iidad.

Cuando quise devolverle el saludo, me di cuenta de que yo tenía el mismo problema para articular las palabras.

—¿Quiere que le cuente una historia de la Biblia? —me preguntó la señora.

Antes de que pudiera decirle que no, comenzó con su relato. Yo deseé poder replicar que el comunismo había sido mi religión, Mao, mi Dios, y su Libro Rojo de citas, mi Biblia. Me daba pena dejarla plantada en mitad de su historia, pero ya había dejado pasar varios autobuses. Se me echaba el tiempo encima. Llegaría tarde a clase.

Cuando llegó el siguiente autobús, subí a él. Para mi sorpresa, la señora me siguió. Sin borrar la sonrisa de su cara, se sentó a mi lado. Me preguntó hasta qué punto conocía al Dios cristiano. Le respondí que me hacía un lío con la Virgen, María y la Madre de Dios. La señora me dijo que me ayudaría a aprender. Me vi atrapada.

—Estoy resfriada —dije—. No querrá usted resfriarse, ¿no?

—Vivo para honrar a nuestro Señor —contestó ella.

—Yo también vivía para honrar a mi Señor —repliqué—. ¿Conoce usted al Jesucristo chino? Era un soldado mártir llamado Dong Chunrui. Nuestro Señor le encomendó la misión de volar un puente donde el enemigo tenía su arsenal. Cuando Dong logró llegar al puente, no encontró nada que le sirviera de soporte para sujetar el fardo de explosivos, así que utilizó su propio cuerpo como poste y cumplió con la misión. Así es como honró a Mao, nuestro Señor.

La señora me preguntó si temía a los demonios.

—A los demonios no, pero sí a los sueños —contesté.

En mis sueños nunca conseguía sujetar los explosivos. Había saltado por los aires en pedazos cientos y miles de veces en mis sueños.

No tenía adónde ir durante las vacaciones. Llevaba casi cuatro meses en Estados Unidos y deseaba poder permitirme el lujo de llamar a casa. Echaba en falta oír las voces de mis padres e imaginaba lo contenta que se pondría mi madre. En mi mente veía a la señora que trabajaba en la cabina de teléfonos de nuestro barrio en el momento de recibir la llamada. La imaginaba gritando el nombre de mi madre bajo su ventana. «¡Una llamada de larga distancia para la familia Min! ¡Es vuestra hija desde el extranjero! ¡Daos prisa!»

Imaginaba a mi madre dejando las verduras picadas para recorrer el estrecho pasillo, bajar por la escalera de madera y, por último, salir a la calle en dirección a la cabina de teléfonos. ¡Qué alegría le daría!

Escribí a casa, llené una hoja de papel por ambas caras. Procuré hacer los caracteres lo más pequeños posible para ahorrar en sellos. Le pedí a mi hermana que siguiera guardando mis cartas

de despedida, ya que aún no sabía cuál era mi situación como inmigrante. Todavía no había regresado a la escuela que me había proporcionado el formulario I-20, si bien llevaba esperando poder hacerlo desde el día de mi llegada.

Recibí una carta de respuesta de mi familia. En ella mi madre no decía que me echara de menos. A su modo de ver, mostrar cualquier sentimiento solo habría servido para debilitarme. Eso me hizo recordar la vez que mi madre vino a verme al campo de trabajo y puso fin a su visita de forma repentina. Sencillamente no pudo enfrentarse a las horribles condiciones en las que yo vivía. Huyó de allí pese al hecho de que acababa de llegar, tras ocho horas de trayecto, cinco viajando de pie en un autobús atestado y tres más caminando por carreteras llenas de baches. Mi madre temía que si perdía la compostura, mi propio coraje para seguir adelante se vería afectado. Recuerdo cómo lamenté que no se hubiera quedado a pasar la noche. La echaba de menos. Su presencia me habría reconfortado y dado fuerzas.

Kate dijo que le encantaría llevarme con ella a su casa para que pasara las Navidades con su familia. Aunque a mí me ponía nerviosa verme entre desconocidos, me propuse ir. Eso me daría la oportunidad de practicar la comprensión auditiva del inglés. Además, nunca había vivido la experiencia de estar con una familia americana de verdad, en su propia casa. Y necesitaba descansar de la preocupación constante por las deudas que tenía.

La casa de los padres de Kate se hallaba en una zona residencial de las afueras de Chicago. Era una familia grande, con hermanos, padres y abuelos encantadores. Fue una experiencia reveladora observar cómo se saludaban afectuosamente, cómo se agasajaban con regalos y cómo desayunaban, se reían y conversaban juntos. Me resultó difícil no echar de menos mi hogar.

Puse una sonrisa en mi cara y aparenté interés. Al mismo tiempo, conocí una soledad como nunca había sentido. Una soledad por la que me noté acosada. Y consumida.

La familia de Kate me trató con afecto y amabilidad. Me preguntaron si me lo había pasado bien y si me había gustado la cena. Yo respondí con el mismo entusiasmo.

—¡Gracias! Ha sido fantástico —dije—. Me ha gustado todo muchísimo.

Lo que tenía realmente en la cabeza era a mi propia familia, allá en China, que contaban conmigo para que les salvara la vida.

De vuelta ya en la residencia, Kate tenía una noticia para mí. Quería presentarme a un grupo de estudiantes de la China continental.

—¡Es gente de tu tierra! —exclamó con entusiasmo.

Cuando le dije que no podía permitirme el lujo de hablar con personas de mi país ya era demasiado tarde. No podía permitirme el lujo de hablar chino. De haber querido estar con un compatriota, me habría quedado con Joan Chen en Los Ángeles. Yo le había pedido a Joan que hablara inglés conmigo, pero dijo que sería difícil. Estábamos acostumbradas a hablar entre nosotras no ya en mandarín, sino en el dialecto de Shangai.

Pero Kate tenía razón al pensar que necesitaba relacionarme. El hecho de verme rodeada de estudiantes chinos me permitió quitarme la máscara, y me sentó bien. Ellos tenían las mismas cargas que yo. Bromeábamos diciendo que éramos como el techo de una choza de bambú bajo el peso de la nieve.

Los estudiantes chinos hablaban del vencimiento de los visados y la deportación en lugar de acerca de Michael Jackson, Michigan Avenue y los Chicago Bears. Compartíamos el mismo sentimiento de añoranza, aunque no hablábamos de ello. Como saltamontes al final del verano, nos preocupaba el gélido invierno que teníamos por delante. Un estudiante me contó que hacía años que no había vuelto a China. No tenía garantías de que le concedieran el visado de regreso.

—En China, un cónsul estadounidense puede denegarte el reingreso sin problemas —me explicó—. Puedes perderlo todo.

De lo que más hablaban los estudiantes chinos era del «período de formación práctica». Significaba que el estudiante a punto de titularse tenía un año, el último, para encontrar un empleo en Estados Unidos, lo que le llevaría a obtener un permiso de trabajo y de residencia permanente, conocido como *green card* (literalmente, «tarjeta verde»). Dicho empleo debería ofrecerlo una empresa estadounidense de confianza con un salario decente, y daría derecho al estudiante a tener un visado de trabajo H-1 como inmigrante. La dificultad radicaba en que debía tratarse de un puesto que ningún ciudadano estadounidense quisiera o fuera capaz de ocupar, un puesto para el que se pagara un sueldo mínimo pero que requiriese la cualificación de un doctorado.

Los estudiantes chinos soñaban con obtener la tarjeta verde y, con ella, la residencia permanente en Estados Unidos. La competencia se situaba en torno a los setecientos aspirantes a un solo puesto. «Tienes que superar a tus rivales en cualificación y destreza —aseguraba un estudiante de doctorado—. Aun en el caso de que ganes, si la empresa contratante no quiere pasar por el proceso de inmigración, puede que no consigas el empleo. A menos que estén desesperados, no pagarán los honorarios de un abogado especializado en inmigración.»

En mandarín hablábamos de nuestro «estado de decapitación».

Sacaras o no la cabeza, te la cortarían igualmente. Para mí el fracaso estaba servido tanto si no conseguía obtener el permiso de residencia como si regresaba a casa con la deuda acumulada. «En tal caso, más vale que te suicides.»

Fue la primera vez que oí expresiones como «pasar a la clandestinidad» e «inmigrante ilegal». Los estudiantes chinos lo llamaban «la última opción». «Si los mexicanos tienen el coraje de arriesgarse a ser tiroteados al cruzar la frontera, ¿por qué nosotros no podemos?»

En el momento en que nuestro visado de estudiante caducara, estaríamos infringiendo la ley estadounidense. Nadie quería acabar pasando a la clandestinidad. Eso supondría vivir como un murciélago en una cueva.

«¿Puedes soportar no ver a tu familia nunca más? ¿Puedes aguantar ser una “persona desaparecida de forma permanente”? ¿Y si tus padres enfermaran y te necesitaran?»

Aunque en la sala estaba puesta la calefacción, nadie se quitó la chaqueta de plumas. Al cabo de un rato un estudiante señaló a una chica y le dijo:

—Si yo fuera tú, me vendería. Me casaría con un abuelo o un moribundo para conseguir el permiso de residencia. Me lo plantearía muy en serio.

—Tú también puedes hacerlo —replicó la estudiante—. Puedes casarte con un hombre y conseguir lo mismo.

Otra joven sugirió:

—O podéis casaros los dos y tener un hijo en suelo estadounidense. ¡Ciu-da-da-no! El bebé sería legal y podría criarse aquí para salvaros el culo.

Me enteré de que todos ellos contaban con algún tipo de beca o subvención, además del dinero que ganaban como ayudantes de cátedra y participantes en programas de trabajo para estudiantes. Aunque no les pedí que me revelaran las fuentes de sus becas y subvenciones, al final entendí que era información pública y que podía acceder a ella en la biblioteca de la universidad.

Comencé mi búsqueda de becas y subvenciones. Permanecía despierta toda la noche traduciendo los textos y rellenando solicitudes, además de redactando propuestas.

Mi madre me escribió para decirme que si bien mi tía nunca había mencionado el dinero que

le había costado, eso no me daba derecho a aprovecharme de ella. Yo le respondí por carta que lo entendía y que hacía lo que podía. Me sacaba de quicio avanzar a un paso tan lento.

Un día hice un gran salto con el inglés. Por primera vez comprendí una frase completa. Se lo debí al programa infantil del señor Rogers, que en un momento dado dijo: «El mejor regalo que puedes ofrecer es tu honestidad».

Al ver que entendía todas las palabras, rompí a llorar. ¡Qué emoción sentir que vales la pena! Nunca se me había ocurrido pensar que mi honestidad podía ser el mejor regalo para nadie.

Estaba atónita ante lo que era capaz de lograr. Mi empeño por traducir menguó. El problema se dio por vencido. Por primera vez comencé a pensar en inglés. Mi mundo se abrió como las flores de primavera que brotan todas a la vez.

SEGUNDA PARTE

Mi puntuación en el examen TOEFL no llegó a quinientos, pero tras entrevistarme por teléfono, la doctora Barbara Guenther, de la Escuela del Instituto de Arte de Chicago, decidió admitirme. A modo de premio, me permití dos horas más de sueño.

El día de adaptación me sentí como Alicia en el país de las maravillas. Jamás había visto maneras de vestir, peinados y maquillajes tan raros. Allí la gente parecía competir por llamar la atención, empezando por el pelo. Un chico lo tenía teñido con los colores del arcoíris y aplastado como una hamburguesa. Una chica llevaba el suyo de un verde intenso y con la forma del Everest. El de un joven muy alto parecía la cresta de un gallo. Estaba sentado al lado de un barbudo cuyo pelo era un abanico amarillo gigante. Me chocó la cantidad de aros en cejas, orejas, nariz y ombligos de chicas y chicos. Me pregunté por qué querría nadie imitar a una vaca. En China, la vida de una vaca simbolizaba la mala suerte. Tras toda una vida de trabajo, la vendían o la mataban como alimento. ¿Por qué una existencia tan triste fascinaba a la juventud estadounidense?

Sentados a mi izquierda había un grupo de estudiantes vestidos completamente de negro, de los pies a la cabeza. Llevaban trajes teñidos de negro, pantalones, faldas y botas de caña alta hasta las rodillas, también negras. Lucían cinturones, collares, brazaletes y pulseras de plata batida con púas. Utilizaban sombra de ojos violeta, por lo que parecía que los tuviesen amoratados. Una de las chicas llevaba un atuendo tan ajustado que se le notaban los pezones. Cuando me fijé mejor no pude creer lo que estaba viendo: ¡iba desnuda! Se había pintado todo el cuerpo simulando la piel de una serpiente. Debo admitir que había realizado un trabajo increíble. Ningún guardia de seguridad acudió a llevársela de allí.

Hice un gran esfuerzo por entender el discurso de bienvenida del presidente. Dijo algo sobre el hecho de que el noventa y nueve por ciento de los que se graduasen en aquella escuela no conseguirían empleo. También habló de las decisiones y sacrificios que debía afrontar un artista. «Todavía estáis a tiempo de cambiar de opinión», vociferó al público. Pero nadie se puso en pie ni se marchó.

Yo me hubiera puesto en pie y me hubiera marchado de allí si alguna otra universidad americana me hubiera aceptado con mi puntuación del TOEFL.

Comencé a buscar una escapatoria incluso antes de que comenzaran las clases. La ley de inmigración establecía que debía permanecer en la escuela que me expidiera el formulario I-20 si quería conservar el visado. Con un diccionario en la mano, visité la oficina de colocación laboral de la universidad. Me detuve delante del mural en el que colgaban las ofertas de empleo. Por desgracia, la mayoría requerían hablar inglés. Solicité un trabajo de modelo en el departamento de moda de la escuela. Me enviaron a la oficina de modelos, donde me recibió una anciana menuda. Tras echarme un vistazo, dijo que el trabajo era mío.

Estaba encantada. Pagaban siete dólares la hora, más de lo que ganaba al mes en China. Cambié todas mis clases a la tarde para poder buscar otros empleos. Enseguida tuve la agenda llena. Me convertí en celadora de la galería de estudiantes y en ayudante en la oficina de admisiones. Llenaba, cerraba y etiquetaba sobres mientras contaba y registraba a los visitantes que se paseaban por la galería.

Busqué un lugar más barato en el que vivir. Un anuncio en el que ponía «alquiler negociable» me llamó la atención. Escribí el guión de una llamada telefónica. Practiqué su lectura hasta que la lengua me obedeció. Marqué el número. La persona que había al otro lado de la línea me explicó que también era estudiante. Quedamos en vernos en la cafetería de la facultad.

Se llamaba Stella y tenía dieciocho años. Tenía el pelo dorado, ojos marrón claro y llevaba un corte de pelo a lo chico. Era una belleza asombrosa con un punto de masculinidad. Se quitó el abrigo de terciopelo color azul océano y dejó a la vista su atuendo de confección casera, a juego. La parte de arriba parecía una blusa y un vestido al mismo tiempo, y la llevaba sobre unos tejanos salpicados de pintura de vivos colores. El estampado de la tela, de inspiración árabe, me hizo pensar en *Las mil y una noches*.

Como estudiante de escultura, Stella trabajaba con metales y objetos encontrados. Motosierras, martillos y taladros constituían sus herramientas. Describió su apartamento como «ideal para un artista». No la interrumpí. El precio del alquiler era mi única preocupación. Estuve a punto de levantarme y marcharme cuando anunció que ascendía a un total de mil dólares. Le hice saber que no podía permitirme pagar quinientos dólares.

—Soy de China —alegué.

—¿China? ¿La China roja? ¿La China comunista? ¡Qué guay! —Stella me propuso hacer un buen trato. Me dejaría pagar lo que yo quisiera—. No tienes que pagar ni un céntimo si de verdad no te lo puedes permitir. Me encantaría tenerte de compañera de piso. Lo único que tienes que hacer es compartir conmigo tu experiencia y explicarme cómo es crecer en China.

Me contó que sentía un profundo interés por el comunismo, el socialismo y las revoluciones.

—Mi presupuesto es de cien dólares al mes —dije.

—Hecho —respondió.

Colgué una nota de despedida en la puerta de Kate y dejé el dormitorio del campus Circle de la Universidad de Illinois. Al compartir piso con Stella reduciría dos tercios mis gastos. Estaba encantada y aliviada. Me mudé al estudio de Stella, situado sobre una tienda de Wicker Park. Se trataba de un único espacio sin ventanas ni habitaciones separadas, salvo un diminuto baño improvisado. Había un viejo hornillo junto a la puerta trasera y una nevera de las antiguas al lado. No había cocina.

La estancia apestaba a animal. Estaba oscuro. El lugar se hallaba abarrotado de restos de metal, piezas de máquinas, llantas de coches, telas usadas, bloques de madera, botes de pintura abiertos y pinceles mojados. En la pared había una obra de arte de grandes dimensiones sin terminar. También había lienzos a medio pintar y dibujos en papel. Una escultura metálica ensamblada con una rueda colgaba del techo por una cuerda.

Mientras miraba fijamente la escultura, dos criaturas que parecían ratas saltaron sobre mí desde el aire.

—¡Ratas! —grité.

—¡No son ratas! —Stella se rió—. Son hurones, mis mascotas. Mis dulces y cariñosos mustélidos.

Orgullosa, Stella me mostró la casa que les había construido a los hurones. Se trataba de una red aérea de túneles conectados entre sí que iban del techo al suelo y de punta a punta del estudio. Me llevó por detrás de su pila de cosas para enseñarme una jaula enorme que había construido con alambre. Trataba a los hurones como si fueran sus bebés.

—Tócalos —me animó.

Los acaricié con mucho cuidado. Se parecían demasiado a las ratas que tanto me habían asustado en los campos de trabajo de China. No pude evitar asociarlas con las enfermedades y la inmundicia. Para mostrarme su afecto por los hurones, Stella dejó que se le metieran por el cuello de la camisa y le salieran por la manga.

—Te gustarán —anunció.

Le pregunté dónde dormía ella. Señaló un colchón desnudo en el suelo en mitad de la sala, bajo los túneles de los hurones. Comentó que tenía un colchón de sobra para mí.

Le di las gracias. Arrastré el colchón y lo coloqué junto al de Stella. Dejé mis cosas y me dirigí al baño. Me costó entrar en él. Tras apretujarme en su interior, descubrí que la puerta no cerraba. Me senté en el retrete y reparé en que el lavabo estaba lleno de platos sucios. Un rollo de papel higiénico colgaba del techo. Stella me explicó que era para evitar que los hurones lo hicieran pedazos. Me advirtió que no dejara comida donde ellos pudieran alcanzarla.

En mitad de la noche los hurones se colaron bajo mi manta. Entraron por los pies y se me subieron al pecho. Estaba horrorizada. Levanté la manta y salieron de mi cama. Saltaron al túnel situado encima y desaparecieron.

Stella se rió y me dijo que los hurones no mordían. «Deja de pensar en ellos como si fueran ratas», me aconsejó.

Tras la cena me dispuse a compartir con Stella mi vida anterior como comunista. Stella no me dijo cuándo debía empezar, así que esperé. Pasaron los días. Mi compañera estaba tan ocupada que apenas nos veíamos. Sentía que me estaba aprovechando de su generosidad. Un día decidí abordar el tema. Le comenté que estaba lista cuando ella tuviese tiempo. Stella sonrió y dijo: «No te preocupes».

¿Significaba aquello que se lo debía o que ya no estaba interesada? Si me daban a elegir, no explicaría mi historia jamás. Lo último que quería era revivir el pasado. Evitaba evocar mis recuerdos. Prefería que siguieran enterrados. Sin embargo, era en Estados Unidos, en plena soledad, donde más me atormentaban. Acudían en sueños, o cuando estaba en clase o en el metro. Cualquier cosa podía desenterrarlos. Por ejemplo, un copo de nieve hecho de espuma en el escaparate de los grandes almacenes Marshall Field's me recordaban aquellos días en que era demasiado difícil romper la tierra helada en el campo de trabajo. Un maniquí desnudo en una tienda de ropa me recordaba nuestros cuerpos jóvenes privados de todo contacto humano. Un anuncio de ropa interior de Victoria's Secret me recordaba una flor bordada por la que fue mi camarada en el campo, una joven muerta hacía mucho tiempo, que había pagado con su vida el haberse enamorado. Cuando vi en un anuncio una boca femenina con un cerco de leche, me acordé de los cercos de sal en la espalda de mis camaradas mientras cargábamos cubos de estiércol. Aquellos círculos blancos se formaban por el sudor tras cientos de idas y venidas.

A Stella no le interesaba mi vida anterior. Le pregunté si podía hacerle algunas preguntas y me contestó que estaría encantada de responder a ellas.

—¿Qué opinas sobre lo que dice Mao de que el imperialismo americano es un tigre de papel? —le pregunté.

—¡A quién le importa eso! —Fue su respuesta.

En un principio me quedé muda de asombro, y luego desperté a la realidad. Me maravillaba la idea de que ni un solo chino de entre mil millones se atrevería a insinuar lo que Stella acababa de decir.

—¿Cuál es tu siguiente pregunta? —inquirió Stella.

—Bueno... —Consulté mis notas—. ¿Cuánto dinero les das a tus padres cada mes?

—¿Te estás quedando conmigo? —Stella rió.

—¿Cuánto?

—¡Nada!

De nuevo, me quedé pasmada.

—¿Eso lo hace todo el mundo o solo tú?

—Todo el mundo.

—¿No mantenéis a vuestros padres? Cuando yo gano dinero, se espera que destine una tercera parte a cuidar de mis padres.

—¡Estamos en Estados Unidos! Los padres están en deuda con sus hijos —señaló Stella—. Los hijos no pidieron nacer. Además, mis padres no necesitan mi ayuda. Son dueños de un aeropuerto.

—¿Dueños de un aeropuerto? —No podía creer lo que acababa de oír.

—¿Alguna otra duda? —preguntó Stella como si tuviera prisa.

—Bueno, me gustaría saber cuáles son tus metas.

—¿Mis metas?

—Tus metas..., por ejemplo, mi meta es llegar a ser ciudadana estadounidense.

—No sé. Estoy trabajando para conseguir una licencia de piloto.

Tuve que buscar la palabra «piloto» en el diccionario.

—¿Te refieres a algo así como un permiso para conducir un avión en vez de un coche?

—¡Ajá! —Stella imitó el vuelo de un avión con las manos.

Me sentí rara. Stella era amable, cariñosa y generosa, pero no teníamos nada en común. Compartía dos clases con ella. Una era escritura poética, la otra, arte y economía. No me habría matriculado en ninguna de las dos si no hubieran sido obligatorias para obtener el título. Mientras Stella era la reina de ambas asignaturas, yo apenas conseguía seguir las. Nunca había oído la palabra «economía» y era incapaz de entender el concepto. Stella me explicó que la economía era el tema de conversación de sus padres durante la cena cuando ella era pequeña. En mi vida había escuchado las palabras «demanda» ni «suministro». Cuando le pregunté cómo podría sacarme aquella asignatura, me sugirió que negociara un intercambio con el profesor.

—Tienes algo que ofrecer, algo sobre lo que los americanos no sabemos nada y estaríamos interesados en aprender, y ese algo es China —respondió Stella.

Resultó ser un excelente consejo. En vez de entregar un trabajo sobre la economía estadounidense, presenté uno sobre «La economía en la China comunista». Con la ayuda de Stella, redacté un informe sobre cómo funcionaba, y cómo no, el socialismo en China. Conseguí un aprobado.

Le hice saber a Stella que necesitaba rodearme de gente de mi mismo nivel económico. Dijo que lo entendía. Tras un semestre, nos separamos de manera amistosa. Seguimos siendo amigas. Busqué una vez más un lugar más barato en el que vivir. Consulté periódicos y tableros de anuncios en los centros de estudios superiores de la zona.

En menos de un mes encontré a un grupo de estudiantes chinos dispuestos a compartir un apartamento cerca de Logan Square, en un barrio menos atractivo y más apartado del centro de Chicago. Nos mudamos cinco personas a un piso de tres habitaciones. Estaba contenta por no tener que pagar más de sesenta dólares al mes de alquiler.

Mi trabajo temporal consistía en limpiar edificios en obras y recintos destinados a eventos. No me estaba permitido excederme en el trabajo ni ayudar a otros empleados con el suyo. Mi jefe

me explicó que los baños públicos y la cafetería no eran para los estudiantes, sino para los conserjes, que estaban afiliados a los sindicatos. «Es difícil de explicar a un extranjero», dijo.

Mi empleo como modelo para las clases de ilustración de moda daba para poco. El único trabajo disponible aparte de aquel consistía en posar desnuda para el departamento de dibujo y pintura.

—¡Hola de nuevo! —me saludó la administrativa de la oficina de modelos—. A los profesores de dibujo les encantaría contar contigo. Jamás han tenido de modelo a una joven asiática.

Me tentó lo que pagaban. ¡Catorce dólares la hora! El doble de lo que ganaba en el departamento de moda. Firmé un contrato.

No dejaba de repetirme que no había nada malo en trabajar posando desnuda. Aun así, no conseguía creérmelo. Al día siguiente me desperté con los ojos hinchados tras haber pasado toda la noche llorando. No podía dejar de imaginarme quitándome la ropa en medio de una clase llena de gente. Sentía vergüenza y deseé tener otras opciones. ¡Es dinero ganado honradamente!, me dije tratando de convencerme.

A las ocho y media de la mañana me presenté ante la joven de la oficina de modelos. Me ofreció una estufa.

—La necesitarás —dijo—. La clase está en la tercera planta.

Rompí a llorar y mis piernas se negaron a obedecerme.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la chica—. ¿Estás enferma?

Negué con la cabeza entre lágrimas.

—¡Seguro que tienes la regla! ¿A que sí? No te preocupes, si es eso, puedes irte a casa. No estás obligada a hacerlo, en serio. Es algo normal, créeme. A las chicas les viene la regla en el último momento. Por eso siempre cuento con una modelo de reserva. La puedo llamar. No hay ningún problema. ¿Quieres que la llame?

Me abandonó el valor y asentí con la cabeza.

La mujer volvió a coger la estufa.

—No pasa nada, cariño. Llámame cuando se te acabe la regla y te buscaré otra fecha.

Nunca tuve el valor de volver.

La doctora Barbara Guenther era una pintora impresionista andante. Enseñaba introducción a la redacción de ensayos. Vestía una chaqueta moderna de llamativo color con falda a juego. Mitad alemana, mitad inglesa, era una mujer blanca de mediana edad, alta, esbelta, con el pelo castaño y los ojos azul verdosos. El tono de su pintalabios siempre iba a juego con el color de su ropa. Nos advirtió: «Podéis llamarme doctora Guenther, o Barbara Guenther, o Barbara, pero nunca Barb».

Busqué en mi diccionario las palabras que la doctora Guenther había escrito en la pizarra. Mientras comenzaba a explicar las raíces del sufijo «-cida», escribió «fungicida», «pesticida» y «suicida». Mi mente desconectó al instante. Miraba fijamente la pizarra y copiaba lo que escribía la doctora Guenther, pero no registraba las palabras. Al deletrear «suicida», vi el río Huangpu, de Shangai, donde había considerado en una ocasión la posibilidad de morir ahogada. Di rienda suelta a mi imaginación: vi los cables de la electricidad de mi casa que había planeado tocar, los somníferos que había acumulado, la cocina de gas que estuve a punto de encender pero no lo hice porque mi vecina había tenido un ataque de asma esa misma noche y el gas podría haber pasado por el amplio hueco que había debajo de su puerta y llevársela antes que a mí.

«Suicida» fue la primera palabra de todas que aprendí de la doctora Guenther.

Virginia Woolf, George Orwell, E. B. White, Lewis Thomas, James Baldwin, Edward Hoagland, Joan Didion, Alice Walker... nunca había oído aquellos nombres, pero estaba fascinada. La doctora Guenther nos habló de ellos. A la que más recuerdo es a Joan Didion, porque la doctora nos contó que era su preferida. El libro que utilizaba como texto se titulaba *Eight Modern Essayists*.

Una de mis compañeras se quejó de la rigurosidad de la doctora Guenther. No entendí qué esperaba de ella. ¿Cómo iba a comportarse una profesora de otra manera? Años después llegué a la conclusión de que los estudiantes se consideraban artistas maduros y creían que no necesitaban mejorar en nada, sobre todo en lo concerniente a sus aptitudes para la escritura en inglés.

Solo faltaba a las clases de la doctora Guenther cuando coincidían con mi horario de trabajo. Mi prioridad era pagar mi deuda. Mi buena educación y el hecho de que yo fuera la estudiante extranjera preferida de la doctora Guenther no sirvieron de nada: me suspendió. La doctora Guenther estaba decidida a desempeñar su trabajo. Los estudiantes esperaban que hiciera lo mismo que los demás profesores y que «no se pasara demasiado» con las notas. Ella dejó claro que todo el mundo iba a tener que trabajar duro si quería aprobar su asignatura. Escribía cartas de advertencia, realizaba llamadas de teléfono y suspendía a los estudiantes.

A la doctora Guenther no le importaba que sus alumnos la evaluaran negativamente. Le apasionaba enseñar y su clase la adoraba. No dudaba en mostrar sus sentimientos hacia quienes consideraba unos vagos o unos mimados. Siendo liberal y de mentalidad abierta, se negaba a soportar tonterías. «¡Mi trabajo es enseñar, no complacer!», decía.

Nunca le conté a la doctora Guenther que el hecho de que me hubiera suspendido fue la razón por la que tanto deseé seguir estudiando con ella. Respetaba su sentido de la responsabilidad hacia sus estudiantes. Me inscribí en más clases suyas. Para entonces había recibido una beca de estudios por parte de una fundación asiática que cubría mi matrícula. Aunque tenía que seguir ganando dinero para pagar mis gastos, la enorme presión que pesaba sobre mí se redujo. Ahora podía permitirme concentrarme en los estudios. Estaba decidida a no decepcionar a la doctora Guenther, ya que ella había sido quien me había admitido sin la puntuación del examen de TOEFL requerida. Sentía que se lo debía.

Por entonces leer me resultaba sumamente difícil, si no imposible. Cada página de mi libro de texto tenía unos veinte renglones y trece palabras por renglón. Y desconocía diez de cada trece palabras. Eso quería decir que tenía que abrir el diccionario doscientas veces por página. Para cuando conseguía llegar a la tercera página, me encontraba mentalmente agotada.

En los días malos lloraba. Me salpicaba la cara con agua helada, me daba cachetes en las mejillas y me pellizcaba los muslos para mantenerme despierta. Sin querer encontré una buena estrategia. Primero leía el final de la historia de modo que con suerte era capaz de adivinar el argumento y las palabras que desconocía. Mi diccionario estaba tan usado que tenía las esquinas gastadísimas y habían comenzado a caérsele las páginas.

Cada día que conseguía sobrevivir en clase lo consideraba un triunfo. Me llevé a mi terreno los temas sobre los que debíamos escribir, con la cultura e historia chinas como telón de fondo, para poder establecer comparaciones y comentarios inteligentes. Uno de mis primeros éxitos fue una reflexión sobre el ensayo «City Rat» de Edward Hoagland. Describí las vidas de unas «ratas de ciudad» diferentes: los chinos pobres. Escribí muy despacio con mi inglés básico, pero salió bien.

Comencé a repetir mi logro. Cuando nos pidieron que copiáramos el estilo de Virginia Woolf y transmiéramos la lucha interior de una mujer, escribí acerca de mi abuela. Llevaba los pies

vendados, pero aun así logró sobrevivir a la invasión japonesa, a la guerra civil china y a la liberación comunista. Para imitar *El viejo y el mar* de Hemingway, evoqué la historia de mi camarada Pequeña Verde en el campo de trabajo. Se volvió loca y murió porque se enamoró de un chico y ambos pagaron caro el hecho de vivir su aventura amorosa. Para imitar «Matar un elefante» de George Orwell, describí mi propia experiencia cuando me presionaron para que denunciara a mi profesora favorita durante la Revolución Cultural. Para la redacción inspirada en «Retrato de un familiar», narré cómo había sobrevivido mi madre bajo la dictadura de Mao. Para elaborar el boceto de un personaje, utilicé a mi padre como tema. Describí su pasión por la astronomía y conté la historia de que lo denunciaron por explicar en sus clases las manchas solares. Mao era considerado el sol más brillante del universo, y mi padre fue acusado de atacarlo al señalar sus «manchas», lo que podía ser interpretado como imperfecciones.

El profesor Stalin era un hombre grande y alto de ascendencia rusa. Le apodé Stalin porque era incapaz de pronunciar su apellido. Tenía los ojos hundidos, una frente prominente con una nariz espléndida, bigote y el pelo castaño y ondulado amontonado en forma de nido. El profesor Stalin enseñaba introducción a la cinematografía. Cursé la asignatura no porque estuviera interesada en ella, sino porque poseía cierta experiencia previa de mi paso por el Estudio de Cine de Shangai. Confiaba en sacármela sin problemas.

Elegí el último asiento junto a la puerta y evité el contacto visual. Tras la primera clase, supe que me había metido en un buen lío. Era incapaz de entender el setenta y cinco por ciento de lo que decía el profesor Stalin. Quise cambiar de asignatura, pero no encontré ninguna que fuera más fácil.

Me puse nerviosa cuando el profesor Stalin fijó la vista en mi dirección. En cuanto me vio, me miró con suspicacia. Me escondí tras un estudiante alto simulando tomar notas. Temía que me preguntara algo.

Las películas que el profesor proyectaba en clase carecían de argumento. El estilo cinematográfico que enseñaba se llamaba «cine experimental». El profesor Stalin señalaba la técnica. Un camarógrafo ataba una cuerda a su cámara y la hacía oscilar en el aire mientras filmaba la secuencia. La finalidad era «quebrar» los «hábitos de visualización» de los espectadores. El concepto era el «expresionismo abstracto».

Yo buscaba palabras en el diccionario mientras el profesor Stalin daba clase. Mi cerebro se mantenía ocupado en traducir del inglés al chino. Tomaba apuntes en inglés escribiendo tan rápido como me era posible. Las traducciones chinas eran «cuantitativamente», «cualitativamente», «personificación», «por lo cual», «resonancia», «tangible», «sinfonía», «eliminar», «iluminar», «dualista», «cósmico», «manifiesto», «transparencia», «duplicar», «triplicar»...

Me quedé atascada en el término «*f-stop*». No lo encontré en mi diccionario. Decidí dejarlo para más tarde. Durante el descanso fui al lavabo. Al volver, vi que alguien había escrito en mi libreta. Junto a la palabra «*f-stop*» que yo había escrito antes, habían puesto «sexo». Parecía la letra de un niño.

Miré a mi alrededor. Un estudiante sentado justo detrás de mí esgrimía una sonrisita de suficiencia. Al verme tachar la palabra «sexo», se echó a reír, lo que distrajo al profesor Stalin, quien se volvió hacia mí.

Dijo algo, pero mi oído no llegó a captar sus palabras. Las repitió mirándome directamente. La clase guardaba silencio. A mí me costaba respirar. El profesor Stalin volvió a decir lo mismo una vez más. Agaché la cabeza y le miré los pies. Le oí decir:

—Señorita Min, responda a mi pregunta, por favor. ¿Cuál es la definición de círculo?

Mi cabeza se llenó de palabras en chino. Sabía cuál era la definición de círculo. Abrí la boca, pero había olvidado cómo hablar en inglés.

Una chica sentada a mi lado intentó ayudarme y me susurró: «La definición de círculo es...».

El profesor Stalin levantó la mano.

—Por favor, le estoy preguntando a la señorita Min.

Sacudí la cabeza, avergonzada.

El profesor Stalin soltó una sarcástica risotada.

—¿Qué hacías en el colegio de pequeña?

¿Tendría sentido para el profesor Stalin lo que pudiera explicarle sobre mi infancia? Primero, me instruyeron para defender a mi país de los estadounidenses, que ya estaban en Vietnam. Después me destinaron a un campo de trabajo a cultivar arroz y algodón para apoyar a Vietnam. Deseé poder espetarle al profesor Stalin que quizá no fuera capaz de expresar en inglés la definición de círculo, pero que sin duda podría mostrarle un movimiento de combate que derribaría a un estadounidense de su tamaño.

La clase me observaba en silencio cuando el profesor caminó hacia mí. Pude oír el sonido de la respiración de Stalin sobre mi cabeza.

—¡Esto no es una escuela de inglés! —dijo con ira controlada.

Cerré el diccionario y salí corriendo del aula. No culpé al profesor Stalin. La clase estaba perdiendo el tiempo por mi culpa y no le faltaba razón para estar enfadado. Yo no tenía ningún derecho a hacerles algo así. Parecía que no había manera de evitar ser una carga. Temí que el profesor Stalin me denunciara ante la oficina de admisiones y que sancionaran a la doctora Guenther por haberme admitido.

Una chica salió detrás de mí al acabar la clase. Estaba sentada a mi lado en el aula y había intentado ayudarme con la respuesta a la pregunta de Stalin. Era menuda y tenía la piel suave y blanca como el marfil y una melena castaña hasta los hombros. Su mirada rebosaba simpatía.

—¡La escuela debería avergonzarse por el modo en que te trata el profesor! —dijo—. Si quieres presentar una queja, te acompaño. Es un gilipollas. ¡Me pone enferma!

Secándome las lágrimas, le pregunté qué significaba «gilipollas».

Me lo explicó. Abrí el diccionario.

—¿Cómo se escribe «gilipollas»?

—Oh, no —dijo sacudiendo la cabeza—. No te molestes en buscar esa palabra. No te conviene aprenderla. Por cierto, me llamo Irene.

Fue así como conocí a Irene. Nos hicimos amigas enseguida. Irene me explicó la relación entre el arte moderno y el cine experimental, que, según dijo, era su pasión. Yo todavía no sabía lo extraordinaria que era como cineasta, dotada de un talento que en el futuro le merecería los mayores honores como artista. Quince años después, Irene Smith exhibiría sus películas en el Lincoln Center de Nueva York. Y yo me encontraría entre el público cuando ella presentase sus películas en el prestigioso Teatro Egipto de Los Ángeles.

Irene acababa de cumplir los dieciocho cuando nos conocimos. Se afaná en intentar hacerme entender que la narrativa cinematográfica no era el único modo de rodar una película. Además de Leonardo da Vinci y Miguel Ángel, Irene me enseñó quiénes eran Sargent, Picasso, Dalí y Matisse. El arte ya no era considerado una herramienta que complacía, entretenía y pertenecía a los ricos y poderosos. El arte se había vuelto accesible a cualquier ser humano como medio de expresión personal.

Irene me mostró su «trabajo en curso». El filme era un raudal de imágenes compuestas, descompuestas y recompuestas, tomadas de breves secuencias de material de archivo que aparentemente no tenían nada que ver entre sí. Aunque no entendí lo que vi, sentí su pasión. Ver su proyecto me obligó a reconsiderar mis viejas ideas y puntos de vista. Se me abrieron nuevas perspectivas.

No era que careciera del deseo de expresarme. Me pesaba la presión de sobrevivir. Solo soñaba con adquirir la ciudadanía estadounidense y ganarme la vida. Sin embargo, parecía un sueño inalcanzable. Me resultaba doloroso sentarme entre los jóvenes estudiantes de arte y fingir que me interesaban sus discusiones acerca de la expresión personal.

Los martes trabajaba hasta las ocho en la galería de estudiantes. Había pocos visitantes después de las seis. Irene venía y se sentaba a mi lado. Un día mi amiga apareció con un libro de regalo que podría ayudarme a mejorar mi vocabulario. Se titulaba *Psicopatología*. Irene insistió en que me lo quedara. Dijo que ella ya estaba harta del tema. Su familia la había obligado a acudir a la consulta de un «loquero» desde los siete, y llevaba años sometiéndose a terapia. Yo no tenía ni idea de qué me hablaba.

Abrí mi diccionario e intenté localizar la palabra «loquero». Irene me advirtió que no la encontraría porque la palabra correcta era «psiquiatra». Yo estaba confusa. Mi diccionario traducía «psiquiatra» como un médico para enfermos mentales. Mi amiga no me parecía mentalmente enferma, ¿o acaso estaba juzgándola mal?

Le pregunté cuánto costaba un psiquiatra. Irene quiso saber por qué lo quería saber. Le respondí que me sentía como una enferma mental.

—No eres la única. Mira a nuestro alrededor. ¡Todo el mundo es patético! —dijo Irene.

Le di la razón. Al observar las obras de arte que vigilaba, y que pertenecían a la exposición de los de primero titulada *Autorretrato*, me quedé estupefacta ante la manera en que se expresaban mis compañeros de escuela. Los autorretratos solo plasmaban agonía, dolor y odio hacia uno mismo. Un artista había pintado su cabeza convertida en un monstruo peludo, otro, en una vagina, y junto a ella había el glande de un pene. En uno de los autorretratos se veía una cabeza sumergida en agua, y el de al lado representaba un vampiro con los dientes afilados.

No obstante, por extraño que parezca, lo que me llegó al alma no fue solo la sinceridad de las obras, sino también la libertad que despedían.

Acudí a la oficina de empleo para una entrevista. La mujer con la que hablé me preguntó si sabía escribir a máquina. Le dije que estaba dispuesta a aprender.

—¿Significa eso que no se le da muy bien? —me preguntó.

—Aaa... aprendo muy rápido. —Sonreí—. ¿Qué tal si no cobro hasta que lo haga bien?

La mujer me explicó que «en Estados Unidos las cosas no funcionan así».

Rebusqué en el contenedor de una zapatería Payless y encontré una caja de zapatos vacía. Dibujé el teclado de una máquina de escribir con una serie de círculos. Me llevé la caja a la oficina de admisiones de la escuela y observé cómo escribía la secretaria. Durante su hora del almuerzo le pedí que me explicara qué dedos correspondían a cada tecla. Practicaba en el teclado de la caja de zapatos siempre que me era posible: en el metro, en el autobús o mientras lo esperaba sentada en la parada.

Dos semanas más tarde regresé a la oficina de empleo. Le dije a la mujer que estaba preparada. Me sentó delante de su máquina de escribir y me dio una página de periódico para que la copiara.

La mujer miró su reloj y anunció:

—¿Lista? ¡Ya!

Me lancé al ataque. Los dedos no parecían pertenecerme. Los caracteres en inglés que tenía

delante se tornaron borrosos. Antes de que me diera tiempo a terminar una sola frase, la mujer anunció que la prueba había acabado. Saqué un menos trece.

Cuando encontré un empleo como pintora sobre tela, ya había trabajado de repartidora para el centro de cine de la escuela, de cajera en la caseta de equipamiento, de celadora en la galería y de clasificadora del correo en la oficina de admisiones.

Salí a primera hora de la mañana y me dirigí a la zona nordeste de Chicago para presentarme en el nuevo trabajo. Cogí el metro y tuve que hacer transbordo dos veces, de la línea A a la B, después coger el autobús y, por último, caminar cuarenta minutos. Eran las diez de la mañana cuando llegué frente a una casa enorme situada en un barrio agradable. Me sorprendió que me recibiera una mujer asiática. Me pidió que la llamara señora Lueng.

—¿Es usted china? —le pregunté.

La mujer me explicó que era china pero que solo hablaba cantonés, lo que significaba que debíamos comunicarnos en inglés.

La señora Lueng me condujo al sótano, donde se amontonaban rollos y rollos de seda. En el centro había una mesa enorme cubierta de tela. Me contó que confeccionaba ropa interior femenina, pijamas y batas. Mi trabajo consistiría en pintar flores en dichas prendas. Me proporcionó una cesta llena de tubos de pintura para tela.

Agradecí a la señora Lueng que me hubiera contratado. Ella se mantuvo seria y me dijo que no quería que me hiciera una idea equivocada.

—Quiero ser sincera contigo —dijo—. He tenido una mala experiencia con una joven coreana que trabajaba aquí antes que tú. Le pagaba cuatro dólares por hora. Pintaba demasiado despacio, una flor por hora. Y tenía que parar para fumar. Yo no quería pagarle las pausas que hacía para fumarse un cigarrillo. Tú no fumas, ¿verdad?

—Oh, no. No fumo.

—Bien, te pagaré por pieza, no por hora. ¿Entendido? Te pagaré tres dólares por pieza. Espero que seas capaz de pintar un poco más rápido que la coreana.

—Lo intentaré —respondí.

—Por cierto, nada de pausas para tomar café, llamar por teléfono o almorzar. Al baño sí puedes ir.

—Claro.

Pinté flores de estilo impresionista. No me resultó nada difícil, utilicé la técnica china de pintura a pincel, la cual me permitía mezclar los colores en el pincel en lugar de en la tela. La señora Lueng estaba impresionada. Además de rosas, me pidió lirios, camelias, peonías, glicinias y hojas de bambú en diferentes composiciones. Pintaba las flores de manera que siguieran el contorno de las prendas.

De pie, junto a mí, la señora Lueng me comentó: «La coreana pintaba al estilo occidental, pincelada a pincelada, y por eso era tan lenta. Tú mezclas las pinturas en el pincel mientras pintas. ¿Cómo lo haces?».

Le expliqué que antes de mojar el pincel en los botes de colores, mi cabeza ya sabía el efecto que tendrían las pinceladas en la seda.

Cuando me marché, había ganado veinticuatro dólares. Estaba contentísima. La señora Lueng me preguntó si quería llevarme trabajo a casa. Me pagaría cincuenta centavos por cada prenda de ropa interior. Acepté su oferta encantada y me llevé una pila de tela.

Era medianoche cuando llegué a mi piso compartido. Me quedé despierta y pinté hasta que mis

ojos se negaron a seguir abiertos, sobre las cuatro de la madrugada.

Una vez que supe cuáles eran los gustos de la señora Lueng, puse en práctica mi destreza con ahínco. Estaba tan motivada por el dinero que podía ganar, que evitaba beber agua para no tener que ir al baño. Era capaz de pintar seis prendas por hora, lo que significaba dieciocho dólares.

La señora Lueng me pidió que pintara un vestido de novia, del que ella más tarde acabó obteniendo un beneficio del trescientos por ciento. Me alegraba de que la señora Lueng estuviera contenta conmigo. Ganaba noventa dólares al día, sin contar el tiempo invertido en el trayecto, en total tres horas. Tras pagar el metro y el autobús, todavía me quedaban setenta dólares. Me sacaba una media de catorce dólares por hora.

Por desgracia, mi felicidad no duró mucho. Una semana más tarde, la señora Lueng quiso reducirme el sueldo. Me dijo que había cometido un error. Ya no iba a pagarme por pieza. Quería pagarme por hora.

—Cuatro dólares por hora. Lo mismo que le pagaba a la coreana.

—¿Quiere que pinte una flor por hora? —le pregunté, disgustada.

—No —respondió—. Espero la misma productividad. Seis piezas o más por hora.

—¿Por cuatro dólares por hora en vez de catorce?

—Exactamente.

—Pero...

—O lo tomas o lo dejas —replicó ella con frialdad.

Era la primera vez que era testigo del funcionamiento del capitalismo.

—Espera que pinte seis prendas por cuatro dólares, lo que significaría sesenta y seis centavos por pieza. Me dijo que la chica coreana solo hacía una pieza por hora. ¿A ella le pagaba cuatro dólares por hora y a mí quiere pagarme solo sesenta y seis centavos?

—Eres más rápida. Sigues ganando cuatro dólares por hora por pintar seis prendas.

Le expliqué que el transporte me costaba tiempo y dinero. Al final, no me saldría a cuenta, ya que solo me quedarían cinco dólares.

La señora Lueng replicó que ese no era su problema y que no tenía ninguna intención de que mis problemas acabaran siendo suyos.

Pinté seis piezas por hora por cuatro dólares durante el resto del día. Gané ocho dólares y medio limpios por aquel día de trabajo. Intenté no sentirme decepcionada mientras cogía el último metro de vuelta a Chicago, pero no pude evitarlo. Estaba exhausta y hambrienta. Llevaba los ocho billetes de un dólar y las dos monedas de veinticinco centavos apretados en el puño.

La ciudad parecía un gran congelador a medida que la nieve se iba helando en el suelo. Bajo árboles pelados cuyas ramas se retorcían en todas direcciones, un estudiante se exhibía desnudo delante de la entrada de la escuela. Estaba tendido sobre un columpio colgado entre dos troncos. Podía ver el vaho de su aliento. Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí tumbado. ¿Debía informar a las autoridades o pedir ayuda? Miré a mi alrededor. Me sorprendió que la gente pasara a su lado sin prestarle ninguna atención.

Fui a consultar a un guardia de seguridad.

—Ese chico va a coger un resfriado —señalé.

El guardia me explicó que no había nada de lo que preocuparse: ese hombre desnudo estaba en plena representación.

—Esto está a la orden del día —comentó.

¿Qué clase de representación? Recordé el dolor agudo que experimentaba en China cuando tenía que plantar arroz en el agua helada.

Otra multitud se reunió a la entrada de la escuela frente a un retrato del alcalde de Chicago, Washington. En el cuadro lucía un sujetador. Yo había visto en televisión al alcalde de color. No tenía ni idea de lo que había hecho para merecer semejante agravio. A mi juicio, el retrato era mezquino. Un equipo de televisión entrevistaba al artista. El hombre desnudo de la calle se sentiría decepcionado, pensé. Intentaba llamar la atención, pero no parecía interesarle a nadie.

El jefe del sindicato de estudiantes entró en el edificio. Nos informó, entusiasmado, de que fuera había un grupo de veteranos de Vietnam manifestándose. Protestaban porque un estudiante había quemado una bandera estadounidense. «¡Los veteranos amenazan con pegarle un tiro al artista y prender fuego a nuestra escuela! ¡Debemos unirnos y luchar por nuestra libertad!»

Los estudiantes celebraron reuniones para hablar sobre la «esencia de la libertad» mientras el presidente de la escuela defendía los «derechos constitucionales del artista» ante los medios de comunicación. Los estudiantes acabaron decepcionados porque al final no sucedió nada. El hombre desnudo se vistió tras exhibirse sin que nadie se fijara en él.

Me llegó una invitación para que me uniera al Club Comunista. Me emocionaba la idea de conocer a comunistas estadounidenses. La reunión tuvo lugar en el auditorio de la escuela. Los miembros eran un grupo de jóvenes desaliñados, con tatuajes y pelo largo. La voz cantante del grupo hablaba a través de frases que parecían eslóganes. Me contó que había crecido venerando a Mao. Tanto él como el resto de los miembros del club creían que el comunismo era la solución para Estados Unidos.

—El gobierno estadounidense ha cometido infinidad de crímenes —le oí decir—. Tenemos que acabar con el sistema.

Yo no sabía qué esperaban que dijera.

—¡Háblanos de la China roja! —me animaron—. ¡Explicanos tu experiencia de primera mano!

—No funcionó. —Eso fue lo único que pude decir.

Los miembros del club no creyeron que fuera una verdadera comunista. Dudaron de que procediera de la China de Mao. Les dije que podía demostrarlo. Dijeron que había llegado el

momento de poner una película rodada en China sobre la Revolución Cultural. Se titulaba *La desintegración*.

Abrí la boca y canté junto con la banda sonora de la película:

There are green pines all over the hill

There are fat crops to be harvested

It is great to destroy the old system and replace it with a new one

*It is great that peasants are becoming the masters of the university**

Explicué al club que la película era uno de los proyectos de madame Mao. La historia mostraba a una joven campesina china que tomaba las riendas de la universidad. Socavaba el sistema para garantizar el derecho de todos los pobres de China a ir a la universidad.

—Pero era pura propaganda —dije a mis camaradas estadounidenses—. Nunca sucedió nada parecido en la vida real.

A nadie le interesaba lo que yo tuviera que decir. El grupo tenía la mente puesta en China como modelo destinado a reemplazar al «malvado sistema» estadounidense.

Caí en la cuenta de que si bien yo tenía derecho a decir lo que quisiera, los demás tenían el mismo derecho a no prestarme atención. La escuela existía para hacer que todo el mundo se sintiera escuchado y apoyado. La mayor parte del tiempo uno solo escuchaba su propia voz. Casi todos los profesores ofrecían críticas favorables. Su trabajo consistía en fomentar la «expresión personal». Todo estudiante era respetado como «artista maduro». Siempre y cuando pagaras la matrícula, podías ser malísimo en lo que hicieras y aun así te decían: «¡Eres maravilloso!».

Para tener más tiempo y así poder ganarme la vida fuera de la escuela, me matriculé en estudios independientes. Me reunía con los profesores una vez a la semana durante veinte minutos. Hablábamos de semiótica: «el significante» y «el significado». Hice todo lo que pude para simular que me tomaba el arte en serio, pero por dentro me consumía la frustración y la ansiedad.

En la galería de arte, me tocó vigilar una exposición de estudiantes en la que había una bandera estadounidense extendida en el suelo. Aproximadamente a un metro por encima de la bandera, clavado en la pared, colgaba un diario del tamaño de una libreta. Los visitantes tenían que pisar la bandera para poder ver el diario. Las pisadas sobre la bandera parecían manchas de moho.

El creciente número de huellas en la bandera me hacía sentir que estaba descuidando mi deber. Cada vez que se marchaba un visitante, me quitaba la chaqueta y la utilizaba para limpiar las pisadas en la bandera. Me cansé de tanto limpiar. Cuando llegó el siguiente visitante, le pedí con educación: «No pise la bandera, por favor».

Enseguida me enteré de que la intención del artista era que la bandera acabara llena de pisadas. Que yo la limpiara estaba echando a perder el efecto deseado. Al parecer, para el estudiante de arte la bandera estadounidense simbolizaba la maldad. Reaccioné del mismo modo que en el Club Comunista. Aunque abrazaba el concepto de libertad, no podía estar de acuerdo con la manera en que el artista se expresaba. Yo le estaba agradecida a Estados Unidos. Si dicho país no me hubiera aceptado, yo no habría vivido para contarle. Amaba a China, pero no podía mentir y decir que en ella hubiera sido algo más que escoria.

Me enseñaron a odiar a Estados Unidos. De pequeños nos mostraban películas en las que aparecían soldados americanos asesinando a comunistas vietnamitas, a niñas de mi misma edad.

Estando en cuarto, denuncié a mi querida profesora, la acusé de ser una espía estadounidense. Siendo ya adolescente, me dieron un palo de madera para que me ejercitase en la lucha contra el enemigo: un muñeco de paja con un casco de Estados Unidos en la cabeza.

Recuerdo haber soñado con que me enviaran a Vietnam. Sentía celos de los chicos a los que llamaban a filas. Los envidiaba aun si algunos de ellos no volvían. Me encantaba la película propagandística en la que un héroe activaba un artefacto explosivo y se abalanzaba sobre un grupo de soldados estadounidenses. Mientras saltaba, comenzaba a sonar una trepidante música de orquesta y la pantalla se llenaba de humo. Todos los niños de la sala lloraban y juraban venganza. Prometíamos seguir los pasos de los héroes y destruir Estados Unidos. Imaginaba el regreso desde Vietnam de mis cenizas, envueltas en la bandera comunista roja fabricada en seda. Mi lápida indicaría el número de soldados americanos a los que había matado con una sola frase: «Ella derribó la bandera estadounidense».

No conocía a Dios, pero comencé a sentir su gracia en América, donde, a pesar de haber sufrido algunas malas experiencias, me habían tratado con dignidad. Por ejemplo, la señora de las telas pintadas a mano, la señora Lueng, se tomó la molestia de negociar conmigo. No me robó ni acabó conmigo como si yo fuera un bicho. La fiel practicante de la parada de autobús me mostró que en aquel país todo el mundo gozaba de libertad. Se le permitía actuar como una loca en la búsqueda de sus propias creencias. A los indigentes, alcohólicos y drogadictos les dejaban deambular por las calles. Al Club Comunista del campus se le permitía existir. Los estudiantes de arte podían quemar la bandera estadounidense y pintar al alcalde en sujetador con toda libertad.

Comencé a escribir a mis padres poniendo al final de las cartas un «Con cariño». Fue el principio de mi transformación. Los niños chinos de mi generación decían: «Os quiero, presidente Mao y Partido Comunista de China», pero nunca «Te quiero, mamá» o «Te quiero, papá».

Comparé el «capitalismo salvaje» con el «Servir al pueblo en cuerpo y alma» de Mao. Él afirmaba que no tenía ninguna propiedad personal, que no poseía dinero, pero hizo las purgas y robó los millones que quiso. El sistema ferroviario chino se paralizaba cada vez que el tren personal de Mao tenía que pasar. El avión privado de Mao volaba cada vez que él así lo deseaba y aterrizaba en cualquier momento y en cualquier lugar sin previo aviso. Mao era el dueño de China y de sus ciudadanos.

Cuando mi profesor de arte estadounidense del siglo xx nos pasó diapositivas de la serie *Mao* de Andy Warhol, me quedé sorprendida. No podía entender por qué se exponían retratos de Mao en museos americanos y en nuestra clase cuando millones de chinos intentaban retirarlos. Al final logramos arrancar los botones de Mao de nuestras chaquetas, quitar los retratos de Mao de nuestras paredes y eliminar las citas de Mao de nuestras conversaciones.

—¿Por qué Mao? —le pregunté al profesor.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros.

Los profesores dedicaban clases enteras a analizar esbozos, cuadernos y diarios de artistas famosos. Mis compañeros de clase también realizaban esbozos y escribían en cuadernos y diarios como si previeran que fueran a ser famosos. Dibujaban en la cafetería y en los pasillos. Todos y cada uno de ellos creían que algún día su «obra» sería descubierta, estudiada y admirada. Soñaban con que algún día su nombre sería asociado con la historia del arte.

Deseaba poder compartir mis pensamientos, como, por ejemplo, lo mucho que envidiaba a los indigentes. Los envidiaba por el hecho de que hablaran inglés y tuvieran derecho a trabajar. No podía contarle a nadie que me moría de ganas de comer en un McDonald's. Si no me hubiera sentido obligada a guardar las «apariencias chinas», me hubiese comido los restos de

hamburguesas y patatas fritas que dejaba la gente. Me llevé un buen chasco un día que una compañera de clase me invitó a comer con sus padres. Cuando su padre sugirió que fuésemos al McDonald's, la idea me entusiasmó. Por desgracia, mi amiga rehusó la propuesta diciendo: «¡Odio el McDonald's! ¡Odio la comida basura!».

Llevaba casi dos años en Estados Unidos. Todavía no me hallaba donde yo quería en materia de inmigración. Ya había echado a perder la posibilidad de que mi hermana y mi hermano siguieran mis pasos. Ambos habían solicitado un visado de estudiante y a los dos les había sido denegado. ¿Por qué razón? Porque yo vivía allí, lo que revelaba una «tendencia inmigrante». Sellaron sus pasaportes con un «B-14». ¿Qué podía hacer para compensarlos?

Intenté concentrarme en la conferencia. Se trataba de un seminario de cine que se celebraba de seis a nueve de la tarde. Me inscribí en ella porque esperaba matar dos pájaros de un tiro. Mi primer objetivo era practicar la comprensión oral en inglés. Por mucho que me encantase la doctora Guenther, sentía que no estaba mejorando lo suficientemente rápido en sus clases. No podía permitirme tomármelo con calma. Necesitaba sacarme el título lo antes posible.

El segundo objetivo era aprender un oficio que me ayudara a meter el pie en algún negocio. Quería aprender el mecanismo de funcionamiento de una cámara.

Me senté en la primera fila de la clase, frente al profesor, un hombre de unos treinta y cinco años, un cineasta de Los Ángeles llamado Albert. Tenía la piel bronceada y el pelo rizado castaño oscuro. La conferencia del señor Albert no versó sobre cinematografía experimental, sino sobre su retribución.

Sentado en una silla, Albert reclamaba su derecho a cobrar a la escuela por las películas que mostraba en clase. Explicó que era él quien las había filmado, y que le había llevado años hacerlo. Dijo que jugaría limpio. Cobraría un cincuenta por ciento menos que lo que cobraba el Museo Nacional de Cinematografía. «Solo pido que me paguen dos dólares y medio por minuto. ¡Una ganga!», señaló. Me recordó a un vendedor de alfombras de la televisión anunciando: «¡A solo dos dólares y medio el metro cuadrado!».

Transcurrieron dos horas, y el señor Albert seguía con lo suyo. Los estudiantes permanecimos sentados en silencio. El conferenciante pidió el apoyo de los alumnos.

Mi mente comenzó a divagar. La imagen de un anciano con la espalda encorvada me vino a la memoria. Se trataba del señor Cheng, un profesor de la escuela secundaria que daba agricultura. Me cruzaba con él cada sábado por la tarde mientras trabajaba en un periódico mural propagandístico para mi clase. Al verme intentando dibujar a duras penas, el señor Cheng se ofreció a darme clases de dibujo gratuitas. Quería ayudarme, dijo, porque había visto signos de congelación en mis manos. «No te das por vencida, y eso me gusta», señaló.

El señor Cheng me dijo que pidiera permiso a mi madre, así como unos materiales básicos. «Dos plumas, una mediana, lo que te costará siete centavos, y algunas pequeñas, que te saldrán por unos tres centavos —explicó—. Tu madre solo tendrá que poner diez centavos.»

Me convertí en la pupila del señor Cheng durante dos años. En medio de aquella conferencia, me di cuenta de que había subestimado al señor Cheng. Quizá me equivocaba al esperar que el señor Albert fuera tan desinteresado como el señor Cheng o la doctora Guenther. Si alguna vez llegaba a convertirme en profesora, seguiría los ejemplos de estos últimos. No haría a los estudiantes responsables de mis problemas con la administración escolar.

El señor Albert me obligó a cambiar mi forma de ver la relación profesor-estudiante. De repente, un monstruo llamado «dinero» mostraba su rostro ante mí. Comprendí que mi relación con

el profesor estadounidense estaba basada en el dinero. La idea me repugnó. Me perseguía, y yo me veía incapaz de huir de ella. Miré el reloj y sentí que el señor Albert estaba haciéndome perder el tiempo.

La cabina de proyección estaba iluminada, el proyector, encendido y la película, lista para ser proyectada. Pero si no le pagaban lo que él pedía, el señor Albert estaba decidido a no pasar su película.

Transcurrió una hora más. El señor Albert continuó sentado en su silla. La sala no tenía ventanas y el aire se había enrarecido. El profesor propuso que los estudiantes entablaran un debate. Los estudiantes charlaron entre sí. Ellos no tenían ningún problema con su condición de inmigrante. Tiempo y dinero no suponían ningún problema para ellos, pero para mí eran cuestiones de vida o muerte. El monstruo que tenía en mi interior rugió.

La asignatura se llamaba 4-D. Cuando a Jerome le llegó el turno de presentar su proyecto, pidió que desocupáramos el aula. No sé por qué miré a hurtadillas a través de la puerta, pero fui yo quien descubrió lo que Jerome estaba haciéndose a sí mismo. No había detectado nada malo al inicio de la clase. Jerome era un estudiante de posgrado y un chico majo. Mi ejercicio favorito se llamaba «Confianza». Tuve que subirme a una grúa de unas dos plantas de altura. Mis compañeros de clase, que estaban abajo, tenían instrucciones de abrir los brazos y cogerme cuando yo saltase. Me pidieron que me dejara caer de espaldas. No me quedaba más remedio que confiar. Fue estupendo ser capaz de sentir confianza.

No di crédito a lo que veían mis ojos cuando vislumbré a Jerome pendiendo de una cuerda sujeta a la grúa. Los pies le colgaban en el aire, a unos dos metros del suelo. Cuando el rostro comenzó a ponerse morado, comprendí que aquello no tenía nada que ver con el arte. No había nadie junto a él. No veía la manera de que Jerome pudiera deshacer el nudo y liberarse.

Irrumpí en la clase.

—¡Jerome! ¡Yo también deseé morir una vez! La primera noche que pasé en el arrozal. Pero tú no estás en un campo de trabajo comunista. ¡Puedes cambiar de vida! —grité con todas mis fuerzas.

Jerome sacudió el cuerpo y pateó en el aire. La soga se le ajustó más al cuello.

—¡Lárgate de aquí! —gritó asfixiándose.

Yo sabía que tenía que respetar su deseo, pero no podía dejarlo allí.

—¡Lar... go!

Traté de encontrar las palabras adecuadas.

—Me cambiaré por ti. —Fue lo que salió de mi boca. No sabía cuál era la palabra adecuada, si «cambiar» o «sustituir». ¡Me sustituiré por ti! —grité—. ¡Te sustituiré!

No respondió. Su cuerpo continuó dando sacudidas.

¿Habría pronunciado mal las palabras? ¿Acaso «sustituir» carecía de sentido para él? ¿Y si utilizaba «intercambiar»?

—¡Me intercambio en tu sitio! —vociferé—. ¡Campo de trabajo! ¡Agotador! Tú estás en Estados Unidos. ¡Tú contento! Colgarse no es nada bueno. Intercambio en tu sitio. Tú sonríes. Yo sonrío. Los dos contentos. ¡Intercambio!

No recuerdo cómo salí del aula. Estaba histérica. El jefe de departamento acudió y se ocupó del asunto. Muchos años después, un ex compañero de clase me contó que Jerome había sobrevivido. Nunca reveló lo que le pasó por la cabeza aquel día. Corría el rumor de que una joven asiática había hecho vudú chino, algo que tenía que ver con un intercambio de sándwiches.

El recuerdo de los ojos saltones y las venas moradas de Jerome se me quedó grabado en la memoria. Hice un gran esfuerzo por entender su dolor. Me constaba que no estaba fingiendo, pero un dolor que llevaba a un joven americano al suicidio pese a gozar de libertad y ver protegidos sus derechos humanos me resultaba incomprensible. No tenía una frase mejor para describir cómo me sentía: la juventud estadounidense sufría otra clase de privaciones, entre las que podía incluirse la falta de sufrimiento.

El verano de 1986 envié una foto mía a casa. Era una imagen que mi familia estaba esperando: el éxito me sonreía en Estados Unidos. Llevaba puesta una camisa roja sin mangas y una falda corta a juego. El conjunto pertenecía a Joan Chen. Había ido a visitarla a Los Ángeles la Navidad anterior. Joan tuvo la gentileza de pagarme el billete de avión y dejar que me quedara dos semanas con ella. Yo quería aprovechar el viaje para buscar alguna oportunidad de trabajo o contacto que me permitiera encontrar un empleo.

Joan Chen había pasado de la adolescencia a la juventud desde que abandonara China años atrás. Con veinticuatro años, había intentado hacerse un nombre en Estados Unidos. Había conseguido muchos papeles, pero pocos la habían emocionado. Ansiaba interpretar algún papel importante, no simplemente el de una delicada muñeca china. Lo estaba pasando mal intentando evitar que la encasillaran.

Una tarde Joan Chen me ofreció una sesión de maquillaje y peluquería aplicando lo que había aprendido de sus maquilladores. Creía que toda mujer podía transformarse en una modelo de portada. Me vistió con ropa de su armario.

Disfruté al mirarme en el espejo vestida con el conjunto de verano rojo de Joan Chen. Incluso estaba sexy, pensé. Me dijo que podía quedarme el conjunto, y eso me hizo muchísima ilusión. Me hubiera quedado en Los Ángeles de no ser porque mi inglés retrocedió durante mi breve estancia en casa de Joan. Por mucho que quisiera a mi amiga y me gustase el clima californiano, volví a Chicago llevándome conmigo la camisa roja sin mangas y la falda a juego.

Me senté a orillas del lago Michigan vestida con la ropa de Joan. Le pedí a un extraño que me sacara una fotografía. Sonreí a la cámara inclinándome hacia la orilla. Justo antes del disparo, el sonido de un motor retumbó desde el lago. Me volví y vi un velero gigante acercándose. Unos hombres bronceados y atractivos bebían cerveza en la cubierta de la embarcación. Le pedí al amable desconocido que los incluyera al fondo de la imagen. Exhibí la mayor de mis sonrisas mientras el disparador hacía clic.

En la fotografía se me veía guapa y segura de mí misma. El velero situado a mi espalda, con los hombres apostados a bordo, mejoraba el efecto. Quedaba como si fuera una más de la fiesta. Envié a mi familia la imagen de mi yo falso. Mi verdadero yo estaba sumido en la depresión, la soledad y la añoranza. Necesitaba cariño y soñaba con una historia de amor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido contacto íntimo con otro ser humano. No tenía demasiadas ganas de cumplir los treinta. Deseaba haberles gritado a los del barco: «¡Eh, estoy aquí! ¡Os estaba esperando!».

Solo compraba en los supermercados con descuento. Buscaba las ofertas, como dos docenas de huevos por un dólar y una barra de pan por cincuenta centavos. Cocinaba platos con verduras pochadas. Nunca dejaba escapar la leche y la carne que rebajaban de precio porque estaban a punto de caducar o ya pasaban de la fecha indicada. A veces la leche tenía un sabor raro y la carne despedía un olor extraño. Hervía la leche y cocinaba la comida a conciencia. Para camuflar el

olor, marinaba la carne en salsa de soja marrón oscuro y luego la freía con jengibre y ajo. Podía vivir con un presupuesto de treinta dólares al mes.

Antes de Navidad vi un cartel que anunciaba un ochenta por ciento de descuento en los almacenes Woolworth's del centro de Chicago. Entré y me compré siete pares de calcetines de algodón de color naranja con un estampado de calabazas por solo un dólar. ¡Qué suerte!, pensé. También cogí un juego de jersey y pantalón del mismo color con dibujos de murciélagos por solo un dólar con cincuenta. Me gasté otro dólar en un gorro y un par de guantes a juego. Me pregunté por qué era todo naranja y por qué nadie aprovechaba la ganga.

Al día siguiente llegué a la escuela luciendo mi nuevo conjunto. El jersey de color naranja, a juego con los pantalones, el gorro y los guantes. La gente sonreía al verme y me preguntaba: «¿Otra vez es Halloween?». Me di cuenta de que no era solo una persona la que me lo decía. Fue casi todo el mundo.

«¿Qué es Halloween?», pregunté.

Los sofás adosados de la cafetería daban violentas sacudidas. Para entonces ya sabía que el lugar era uno de los favoritos entre los enamorados.

Presenciar aquellas actividades solo servía para que me sintiera más sola. Lo que me había perdido durante mi juventud nunca me había importado hasta aquel momento. Sentía pena de mí misma. Nunca había salido con ningún chico cuando tenía la edad de aquellas jovencitas.

Era una flor que se había saltado su época de floración, hecho que afectaba a la opinión que tenía de mí misma. Al parecer, solo atraía a los melones picados y los melocotones podridos. No es que esperara un príncipe. Había salido con varios estadounidenses aparentemente amables, entre ellos incluso algún que otro profesor, solo para descubrir que estaban «casados, pero con una relación de pareja espantosa». Como en China las drogas y el alcohol no suponían un problema, yo ignoraba lo que significaba la palabra «alcohólico» hasta que se me acercó uno: un príncipe azul a primera vista que fue incapaz de reconocerme al día siguiente.

Otras veces me hacían comentarios extraños después de la cita, como «Eres más americana que una mujer americana», o «¿No te alegras de no llevar los pies vendados?».

Uno me preguntó:

—¿Quieres que paguemos a medias o prefieres pagar toda la cuenta?

Parpadeé incrédula y pensé que la traductora que tenía en mi cabeza me había gastado una broma.

—De verdad, no me importa —añadió el hombre—. Entiendo perfectamente que eres de la China comunista y que prefieras soportar..., ¿cómo lo decís? ¿Conoces la cita de Mao a la que me refiero? Es algo acerca de «sostener la mitad del cielo».

Salí durante seis meses con un asiático. Era un caballero al que le gustaba cuidar de su dama. Yo esperaba a que me comunicara si estábamos yendo a alguna parte. Al final decidió que Estados Unidos no era para él. Regresó a Taiwan porque no encontró trabajo tras sacarse un máster en arquitectura. El visado le había caducado. No sabía qué decirme. Ambos éramos conscientes de que aquella sería la última vez que nos veríamos. A modo de despedida le dije: «Gracias por llenarme el frigorífico de empanadillas de ternera y helado de chocolate».

Aunque entendía que la vida no era arte, anhelaba un poco de pasión en la mía. Un apuesto estudiante rubio y alto llamado George me dejó pasmada al besarme sin previo aviso.

—¡Feliz día de San Valentín! —exclamó con voz cantarina.

—¿Qué es el día de San Valentín? —pregunté apartándolo de un empujón.

Me dijo que estaba encantado de ser el primero en educarme sobre el día de San Valentín.

También adoraba a Justin, que solía venir a sentarse a mi lado mientras yo vigilaba la galería. Era un chico tímido que acababa de cumplir los dieciocho. Tras su cuarta visita decidí desvelarle mi edad. Nunca olvidaré su cara de horror cuando le comenté que tenía diez años más que él.

—¡Hala! —exclamó pegando un salto de la silla—. ¡Eso es... mucho!

Jamás volvió a visitarme. Y aunque mantuve la compostura, la confianza que tenía en mí misma se desmoronó.

De camino a la estación de metro había un videoclub que pertenecía a una pareja de ancianos coreanos, los cuales eran dueños también de la tintorería de al lado. Alquilaba películas al marido desde que había comprado un aparato de vídeo de segunda mano que me ayudaba a aprender inglés. Había descubierto que ver películas era el modo más eficaz de contrarrestar mi soledad mientras mejoraba mi inglés. Le pregunté al coreano si tenían por casualidad filmes rodados en China.

El hombre negó con la cabeza.

—No, nosotros no traer películas de China comunista. Pero traer otra cosa que puede interesar a ti... Déjame ver. —Hizo una pausa, miró alrededor y me llevó a un lado—. ¿Tú ser estudiante?

Asentí.

—¿Vivir sola? ¿Echar de menos casa? —preguntó—. Podemos ayudar.

Le expliqué que sí, que estaba sola. Totalmente sola.

—Nosotros tener algo para ti. Yo verte, pasar, cada día. Venir aquí.

Me condujo a través de los estantes de películas de vídeo hasta un espacio cerrado en el que había una cortina en la entrada y una señal que decía SOLO ADULTOS.

No estaba segura de haberle oído bien. Me había dicho «Gratis, gratis». Me pregunté si no habría dicho «Ahí, ahí». Me animó a entrar y luego corrió la cortina detrás de mí.

Me ardieron las mejillas. Me quedé pasmada ante el despliegue de películas con imágenes de parejas copulando de todas las formas y en todas las posturas posibles. Me sentí fatal y encantada al mismo tiempo. Salí del videoclub y regresé a mi habitación. Vi que era incapaz de pensar en otra cosa. Conté el dinero del que disponía con la esperanza de poder permitirme alquilar una película para adultos.

El viejo coreano me dio la bienvenida de nuevo con una sonrisa de complicidad. Apuntó con la barbilla en dirección a la sección de películas porno y, moviendo los labios en silencio, dijo un «Ahí, ahí». Me morí de la vergüenza. El nieto del dueño estaba haciendo los deberes al lado del mostrador. El anciano avisó a su mujer, que estaba en la tintorería, y la mujer vino y se llevó al niño. El hombre me condujo a la sección y cerró la cortina.

Así se debía de sentir un ratón después de caer en un bote de arroz. Elegí la película que parecía más romántica y salí rápidamente de allí. El viejo mantuvo la cabeza gacha mientras aceptaba mis tres dólares. Metió la película de vídeo en una bolsa de plástico.

—Tú devolver mañana antes de las seis de la tarde —dijo.

Vi la película sin volumen.

Me masturbé por primera vez. Estaba encantada de poder proporcionarme consuelo a mí misma. Cerré los ojos e imaginé que me acariciaba un hombre. Era una sensación agradable no tener que implorar cariño a nadie. Mi ansiedad disminuyó. El deseo se volvió soportable.

Visité el videoclub las noches de Acción de Gracias y de Navidad, en las que me sentía más sola. Me moría de ganas de llamar a China tan solo para escuchar las voces de mi familia. El

coreano estaba encantado con el negocio. Le tomé el gusto a una película titulada *Educación sexual*, que era la más artística de todas. En un principio la escogí por ser menos gráfica y más larga. Las seductoras que la protagonizaban se dejaban puestos sus pañuelos de seda y se quitaban el resto de la ropa. Las escenas de sexo eran menos mecánicas. Las otras cintas de vídeo me hacían pensar en fontaneros intentando desatascar una tubería.

El viejo coreano quiso venderme la cinta *Educación sexual* a un precio rebajado.

—Tú ser buena cliente —comentó—. Nosotros hacer trato. Veinticinco dólares.

—No me lo puedo permitir —repuse.

—A ti salir a cuenta a la larga —afirmó—. Mira, ser la única película que tú alquilar. A ti gustar, ¿no? ¿Por qué gastar más dinero en alquilar cuando puede ser tuya? En siete veces más, tú recuperar el dinero. No tendrás que volver a mi tienda. Sé que tú pasar vergüenza cuando venir. Como he dicho antes, tú buena cliente. Yo no engañarte.

Le pregunté por qué estaba dispuesto a desprenderse de la película. Sonrió y me explicó que *Educación sexual* era la cinta menos popular del videoclub.

—Tú ser la única que la alquila. Yo ser sincero contigo. Otros clientes pensar que es muy lenta. No acción. Demasiado aburrida. ¡Quieren cosas más jugosas! Mucha acción. Vale, ¿qué tal veinte dólares? Mi última oferta. Pierdo dinero. ¡Tú tomar o dejar!

Mientras pagaba la película, pensé que podría utilizarla durante el resto de mi vida.

Muchos estudiantes procedentes de China trabajaban en restaurantes chinos además de en los trabajos que tenían en el campus. Era la forma de financiarse los estudios. Supliqué a mi compañera de piso, Wen Li, que trabajaba de camarera en un restaurante chino situado en una zona residencial de las afueras de Chicago, que estuviera atenta por si en algún momento había una vacante. Le pedí que me trajera una carta del restaurante. Memorice los treinta y cinco platos de la carta en inglés. Me habían rechazado en todos los restaurantes chinos del centro de Chicago y sabía que tendría que impresionarlos.

La noche en que una camarera dejó el trabajo, Wen Li me llamó. Me explicó que su jefa buscaba a alguien que pudiera sustituirla de inmediato ya que en aquel momento el restaurante tenía entre manos el catering para una fiesta organizada por una gran empresa. Dejé lo que estaba haciendo y cogí un tren hasta el restaurante. La dueña me entrevistó allí mismo. La señora Soong era una china taiwanesa de cuarenta y tantos años. Tenía el pelo corto y la cara redonda. Plantada junto a la puerta del restaurante, iba saludando a los clientes mientras me entrevistaba. No dejaba de oírle decir: «¡Feliz Acción de Grasas!» y «¡Grasas por venir!»

Le expliqué a la señora Soong que, aunque no tenía experiencia como camarera, había memorizado la carta del restaurante. Recité sus treinta y cinco platos del mismo modo en que en su día había recitado las citas de Mao. La señora Soong se quedó tan impresionada que olvidó decir: «¡Feliz Acción de Grasas!».

Me concedieron tres días de prueba. Seguí a Wen Li como aprendiz y cumplido el tercer día me contrataron, aunque la señora Soong no me ofreció ningún salario. Ganaría solo lo que consiguiera en propinas. Ahora era una estudiante a jornada completa que hacía malabarismos para combinar cinco empleos al mismo tiempo. Aparte de hacer de camarera, continué pintando tela, aunque con otro jefe, y seguí trabajando en el puesto de material de la escuela de cine, la oficina de admisiones y la galería de estudiantes.

Me las veía y me las deseaba para llegar al restaurante a las cinco y cuarto de la tarde. Mi clase terminaba a las cuatro. Diez minutos antes, me acercaba con disimulo a la puerta. Cuando el profesor se ponía de espaldas, yo salía a hurtadillas y atravesaba a toda prisa el centro de Chicago en dirección a Union Station. Tenía que coger el tren de las cuatro y cinco a Libertyville. El tren llegaba a las cinco en punto, y en cuanto me apeaba salía corriendo hacia el restaurante. Una vez allí, me apresuraba a entrar en el baño de mujeres, donde me maquillaba un poco y me ponía el delantal.

Wen Li me contó que la señora Soong había sido la directora de una escuela de primaria en Taiwan. Dar órdenes y criticar formaba parte de su carácter. La señora Soong se paseaba por el restaurante con ambas manos a la espalda, como un general examinando a sus tropas. Sabía de inmediato si alguno de nosotros no realizaba correctamente su cometido. Antes de convertirse en dueña del restaurante, había trabajado de camarera.

«¡Nuestro objetivo es que los clientes vuelvan!», nos recordaba a diario.

La señora Soong señaló su reloj y dijo que me había retrasado cinco minutos.

—¿No te dije a las cinco y cuarto en punto? No te molestes en regresar si piensas volver a

llegar tarde.

Solucioné el problema maquillándome y cambiándome en el tren.

—¡No quiero que entres en mi restaurante jadeando! —exclamó la señora Soong en cuanto entré por la puerta abriéndola de un empujón—. ¡Ahuyentas a la clientela! ¡Tampoco quiero que muevas los labios! ¡Y está totalmente prohibido masticar! ¡No es mi problema que no hayas comido nada en todo el día!

Éramos cuatro las camareras que trabajábamos en el restaurante al mismo tiempo. Aunque estábamos allí las mismas horas, las propinas que recibíamos eran drásticamente diferentes. Mientras que yo me sacaba veinticinco dólares en propinas cada noche, Sing-Sing, una camarera taiwanesa, podía llegar a ganar ciento cincuenta; JoAnn, la chica americana de pechos generosos, se sacaba unos cien, y Wen Li, entre cincuenta y setenta y cinco. JoAnn creía que el problema radicaba en mi sujetador.

—¡Necesitas uno con relleno para realzar tus atributos! A los clientes les gusta. —JoAnn hacía alarde de su escote—. Así es como se consigue que los clientes vuelvan.

Descubrí que mis bajos ingresos no tenían nada que ver con mis «atributos». La señora Soong manejaba los hilos. Sentaba a los clientes que acostumbraban a ser generosos con las propinas en las mesas de Sing-Sing y JoAnn, mientras que los más tacaños iban a parar a las de Wen Li y a las mías. Había un grupo de clientes filipinos habituales que nunca dejaban más de dos dólares, incluso si eran quince comensales. La señora Soong siempre los conducía a mi mesa.

La señora Soong no ocultaba sus trapicheos. «¡Vosotras no recibisteis una buena educación por parte de los comunistas! —nos decía a Wen Li y a mí—. Necesitáis que os enseñen a tratar bien a un cliente. A tratarlo a la americana. Pobrecitas, el capitalismo es un concepto tan nuevo para vosotras..., ¿no es así? ¡El comunismo os ha convertido en gallinas de madera que no saben comportarse ante un cliente occidental!»

La señora Soong nos explicó que el motivo por el que permitía que Sing-Sing ganase más era que procedía de su misma ciudad natal. Alababa el modo en que la camarera taiwanesa cautivaba a los clientes. «¡Habla inglés con fluidez y es buenísima contando chistes!» Wen Li y yo hacíamos lo posible por impresionar a la señora Soong, pero ella permanecía impasible. Mientras Sing-Sing se tomaba sus descansos, a nosotras nos ordenaba que limpiáramos los frascos de salsa de soja, peláramos guisantes y echáramos una mano al ayudante de camarero fregando el suelo y colocando mesas y sillas.

No me parecía que la señora Soong fuera injusta. Yo creía que tenía que conquistar su respeto mediante mi comportamiento. El problema era que ante semejante paga no valía la pena que malgastase mi tiempo y mi energía. Después de restar los diez dólares del billete de tren a los veinticinco que ganaba, apenas me quedaban quince dólares por noche.

Aguanté. Aprendí a sonreír a los clientes y me convertí en una experta en envolver tortitas rellenas de cerdo *mu shu*. Comencé a ganar mejores propinas con nuevos clientes que la señora Soong aún no había clasificado como generosos o tacaños en función de las propinas que daban. Cuando en verano pasé a trabajar en el turno de la comida, la señora Soong me vigilaba. Me llamaba «gallina de madera» si le parecía que hablaba «demasiado poco» con los clientes, pero si me ponía a charlar con ellos me acusaba de ser una cotorra. Si caminaba deprisa, «susurraba» en voz alta a mi espalda: «¿Acaso se quema el restaurante?». Y cuando aminoraba la marcha, me decía entre dientes: «¡No te he contratado para que hagas el vago!».

No me importaba la mala disposición y brusquedad de la señora Soong. Nunca supe exactamente la razón por la que me castigaban mis jefes en China. En el caso de la señora Soong,

dependía de mí modificar mi conducta y mejorar. Me parecía bien la relación que tenía ella, aunque supiera que me estaba explotando. Para la mentalidad americana, la señora Soong tenía la obligación de pagarme un salario mínimo. Pero ¿a quién iba a exigirle yo tales derechos? La señora Soong era la mano que me daba de comer.

Un día un par de clientes se fueron sin pagar. Cuando me di cuenta y fui corriendo al aparcamiento, ya habían desaparecido. Como castigo, la señora Soong hizo que la pagara yo. Me costó cada centavo de los que gané aquel día.

Una semana después, mientras estaba ocupada envolviendo tortitas, Wen Li me dijo que los clientes a quienes yo acababa de servir se habían marchado sin dejar propina. Se trataba de una amable pareja de ancianos. Yo no sabía qué debía hacer. Lo único que sabía era que no debía correr detrás de los clientes por una propina.

Para mi sorpresa, la señora Soong decidió intervenir. Enfundada en su vestido chino de cuello alto color burdeos y rosa, fue tras la pareja de ancianos. Con una sonrisa abierta y alegre, les preguntó:

—¿Han disfrutado de la cena en mi restaurante?

—Desde luego —respondieron—. De hecho, ¡es la mejor comida que hemos probado nunca!

—Entonces ¿serían tan amables de aclararme el motivo por el que se han marchado sin dejar propina para poder pedirle a mi camarera que mejore su servicio?

—¡Oh, no! ¡Lo sentimos muchísimo!

La pareja había olvidado dejar propina. Se disculparon y se la dieron allí mismo.

Un día, a la hora de la comida, la señora Soong se hizo cargo de una cuenta pagada con tarjeta de crédito. Cuando se percató de que un cliente me había dejado cinco dólares por un plato de seis dólares, se molestó.

—¡Podría haber pedido otro plato! —se quejó—. Espero que no se te haya ocurrido flirtear con él, ¿o sí?

El día de Acción de Gracias apenas tuvimos clientes. Al final de la jornada había perdido diez dólares debido al precio del billete de tren. Aún lo sentí más por la señora Soong. Se pasó el día mirando la nieve a través de los cristales del restaurante. Permaneció en silencio todo el día. Con los labios apretados. Debía de estar pensando en el dinero que perdería con la preparación de la carne, las verduras, el arroz y la sopa, además del alquiler y los sueldos del chef y de sus ayudantes.

Me pasé la clase de historia del arte en el auditorio cabeceando. Estaba tan cansada que cuando el profesor comenzó a proyectar las diapositivas y a recitar su monólogo, me quedé dormida. Me puse bálsamo de tigre chino en los párpados con la esperanza de que el malestar me mantuviera despierta. La clase iba sobre la región mesopotámica hacía tres mil años. Mi inglés apenas daba para captar lo esencial de lo que se estaba explicando.

Suspendí el examen parcial de historia del arte. Fui a ver al ayudante del profesor para pedirle ayuda. Llegamos a un trato. Me aprobaría siempre y cuando supiera el nombre del artista, el título de la obra y la fecha en la que había sido creada. Y si escribía un párrafo sobre la importancia de la obra, me subiría la nota. Para ponérmelo aún más fácil, el ayudante me eximió de memorizar el nombre de pila del artista. Con «Picasso», en vez de «Pablo Picasso», valdría.

En el tren a Libertyville recitaba el nombre, fecha, título e importancia de cada una de las diapositivas. No era consciente de que estaba poniéndome enferma. No hacía caso del agotamiento que llevaba acumulado. Me dije que no tenía tiempo de caer enferma. Pero mi cuerpo

se rebeló. Me sentía débil y me faltaba el aire. Perdí el conocimiento en varias ocasiones yendo en ascensor, y una vez estuve a punto de vomitar en plena clase. «¿Estás embarazada?», me preguntó el profesor.

Intenté tirar adelante con mis trabajos de clase y con mis varios empleos. Cuando me sentía realmente mal, reposaba la cabeza en los brazos. «Aguanta», me decía una y otra vez.

Un día tosí sangre. Lo primero que pensé fue que si tenía tuberculosis podía perjudicar a los clientes. Telefoneé a la señora Soong para explicarle por qué tenía que dejar el trabajo.

Concerté una cita con el médico en un centro de salud de Chicago. A pesar de tener seguro médico estudiantil, se me aplicaba un copago del veinte por ciento, lo que no dejaba de ser una cantidad de dinero enorme para mí.

Me recibió el doctor Dutch, un hombre blanco de aspecto agradable. Me explicó que mi enfermedad era tan grave que tenían que hospitalizarme de inmediato. Me dijo que ya se había puesto en contacto con el hospital Saint Joseph, donde me estaban esperando. Me preguntó si me había acompañado alguien que pudiera llevarme al hospital. Respondí que no tenía a nadie.

—Iré en metro.

—No —insistió el doctor Dutch—, podrías desplomarte.

Miró su reloj y me pidió que esperara un momento. Eran las cinco de la tarde. Me dijo que acababa en media hora y que él mismo me llevaría en coche al hospital.

Dos enfermeros corpulentos aparecieron en cuanto el doctor Dutch me dejó en la entrada del hospital. Me condujeron a una sala de aislamiento, donde una fornida mujer de color montó guardia en la puerta. Por lo que pude entender, iban a comprobar si tenía algún virus.

La noche en el hospital se me hizo larguísima. Me enteré de que me costaría treinta y tres dólares al día mirar la televisión en la habitación. No pude evitar pensar que solo ganaba veinticinco al día. A la mañana siguiente me hicieron pasar por un tubo blanco. Me sentí como si estuviera viviendo una película de ciencia ficción.

Me pusieron una vía intravenosa. Al cabo de unas horas sentí náuseas. Por temor a los gastos médicos, resistí el malestar. Deseaba que alguien me explicara lo que estaba pasando.

Las náuseas empeoraron a la mañana siguiente. Apenas podía pensar, pero hice todo lo posible por no molestar a los médicos. Empecé a tener alucinaciones. Oí sonar el teléfono y a mi tía al otro lado. Sabía que aquello era imposible, pero podía oír su voz: «¿Sabes a cuánto ascienden los gastos médicos en Estados Unidos?».

Traté de superar las náuseas, pero a medida que pasaban las horas me sentía cada vez más enferma. No recordaba haberme desmayado, pero, cuando abrí los ojos, me vi rodeada por un grupo de médicos. Hablaban entre sí. No pude entender nada. De hecho, apenas podía oírlos. Sonaban como mosquitos a lo lejos. Cuando uno de ellos se dirigió a mí, respondí: «No le oigo».

No se me ocurrió que quizá los fármacos me hubieran nublado los sentidos.

Estaba decidida a no causar ningún problema. En China me habían enseñado a soportar el dolor. A la mañana siguiente me desperté ante un grupo distinto de médicos. Me di cuenta de que no oía sus voces..., ni siquiera el sonido de los mosquitos.

Aguanté todo lo que pude y no informé de cómo me sentía realmente. Al final perdí el conocimiento. Cuando desperté, me vi tumbada en el suelo, entre la cama y el baño. Ya no tenía puesta la aguja intravenosa, como si esta se me hubiera salido en la caída. Me sentía mucho mejor. Ahora estaba segura de que se trataba del fármaco. Me levanté y me dirigí a la puerta. La mujer de color apostada fuera me indicó: «¡Vuelva ahora mismo a su habitación, por favor!».

Tras permanecer diez días hospitalizada, me dijeron que los médicos no habían podido

encontrar nada malo en mi organismo. La sangre que había expulsado no procedía de los pulmones, sino de un vaso sanguíneo situado entre el cuello y el hombro derecho. Le pedí al doctor que anotara en un papel lo que me sucedía, pero mi diccionario inglés-chino no incluía la traducción de términos médicos. Le dije entonces que me explicara a grandes rasgos lo que me ocurría. Me contó que quizá se tratase de algo genético y que me podría volver a pasar cuando mi sistema inmunológico se viera debilitado.

Los médicos llegaron a la conclusión de que la «depresión» formaba parte de la enfermedad. Busqué en el diccionario la palabra «depresión», pero no tenía sentido. ¿Cómo podía sufrir una depresión cuando no me sentía deprimida?

Me indicaron que acudiese a ver a la doctora Kelly, una psiquiatra que llevaba una consulta en el sótano de la escuela. Yo no tenía tiempo ni ganas de ir a visitarla. Me bastaba con los problemas que tenía encima. Mis compañeros de piso sospecharon que padecía una enfermedad infecciosa y decidieron echarme de la casa. En aquel momento estaba buscando un nuevo lugar en el que vivir.

Tras pensármelo mejor, decidí ir a ver a la doctora Kelly. Al menos me serviría para practicar inglés. Si mi inglés hubiera sido lo suficientemente bueno como para explicarles a los médicos mi reacción a los fármacos, no hubiera sufrido tanto tiempo ni con tanta intensidad durante mi estancia en el hospital.

La doctora Kelly resultó ser muy distinta a lo que esperaba. Era una mujer blanca que hablaba con una voz suave llena de preocupación. El problema era que ella quería que fuera yo quien hablase todo el rato. Me contestaba con respuestas brevísimas cuando yo le hacía preguntas acerca de ella.

¿Qué motivo tendría yo para perder el tiempo oyéndome chapurrear el inglés? Intenté llevar la conversación de vuelta hacia ella, pero la doctora Kelly se negó a hablar. Me hacía preguntas y esperaba que yo le diera respuestas largas. Empecé a inquietarme. Aquello era una pérdida de tiempo para ambas. La doctora Kelly me decía una y otra vez que lo que debía hacer era «soltarme» y hablar. Creía que me libraría de la depresión si lograba «sacar a la luz» mis problemas.

—No entiendo cómo funciona esto —dije.

La doctora insistió en que yo necesitaba hablar.

—¿Y de qué quiere que hable?

—De lo que sea —replicó—. Mi trabajo consiste en escucharte. Puedes hablar de lo que quieras conmigo; por ejemplo, de tu miedo más profundo. Sería confidencial.

—¿Qué significa «confidencial»?

—Significa que tu secreto estará a salvo conmigo.

¿Por qué querría ella saber mis miedos y secretos? Si no podría ayudarme ni aunque quisiera. La doctora Kelly dijo que en eso consistía su trabajo. ¿Significaba eso que sus servicios estaban incluidos en la matrícula que yo había pagado?

Le expliqué que no quería molestarla con mis miedos y secretos.

—Para eso estoy aquí —respondió.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto.

—Muy bien, pues ahí va: me aterra el día cada vez más cercano en que me caduque el visado, y temo no poder pagar mis deudas.

La doctora escuchó, tomó notas y me miró fijamente.

Esperé su respuesta, pero ella permaneció en silencio.

Decepcionada, me callé.

La doctora sugirió que siguiera hablando.

—Me he soltado —dije—. He «sacado a la luz» mis problemas, y no me siento menos preocupada. Hablar no me ayuda.

La doctora Kelly insistió en que siguiéramos viéndonos. Concertamos otra cita. Quedamos cada martes de las doce del mediodía a la una menos cuarto. Me resultaba económico utilizar mi hora del descanso para comer. Dado que la doctora Kelly cobraría como un médico, me imaginé que la factura sería elevada. Y eso me molestaba muchísimo.

La doctora Kelly me telefoneó. Dijo que había sido muy grosero por mi parte dejar de acudir a una cita sin cancelarla previamente. Yo solo quería evitarla. ¿Que si me gustaría volver a verla? Pues claro que no. ¿Que por qué? Porque odiaba el sonido de mi propia voz en su pequeña consulta. Podía haber pintado una docena de rosas en prendas de ropa interior femenina y ganar tres dólares.

La doctora Kelly me recordó que formaba parte de mi tratamiento médico. «Tu salud es mi prioridad», insistió. Prometí volver. La psiquiatra quería centrarse en el origen de mi depresión. Quería tratar el tema de mi soledad. ¿Debería contarle que había estado utilizando la cinta de vídeo de *Educación sexual*? ¿Que soñaba con hacer el amor con un hombre real? ¿Que lloraba cuando me complacía a mí misma? ¿Debería decirle que aquella película era mejor psiquiatra que ella?

Se me ocurrió un plan con el que matar dos pájaros de un tiro. Le dije a la doctora Kelly que si continuaba viéndola, tenía que prometerme que corregiría mi inglés. Recibiría tratamiento y al mismo tiempo mejoraría mi inglés. La doctora Kelly sonrió, y yo me lo tomé como una promesa. Cuando me presenté en su consulta, respondí a todas sus preguntas. Pero ella no corrigió mi inglés. No me rectificó ni un solo fallo gramatical. Tuve que oír mi voz a lo largo de toda una sesión hasta que yo misma advertí un error en mi discurso.

—No me ha corregido —me quejé—. Así que no voy a volver.

Seguía soñando con mi madre vestida totalmente de negro. Hacía tres años que había abandonado China. Mi nostalgia me encogía el corazón. Había conseguido ahorrar dinero suficiente como para comprar un billete de avión, pero el miedo a solicitar un nuevo visado me frenaba. Me daba miedo no poder volver a entrar en Estados Unidos.

A través de las cartas me enteré de que mi madre había sobrevivido a un derrame cerebral. Mi padre se recuperaba todavía del cáncer de estómago. La de veces que me planteé correr el riesgo de regresar a casa. Había oído hablar de estudiantes que se habían arriesgado y a los que no habían vuelto a conceder un visado para el reingreso.

Recordaba a mi madre siempre vestida con una blusa que ella misma había teñido de azul. En mis sueños sentía el tacto de su mano en mi frente. Volvía a ser una niña que sufría pesadillas en las que ella fallecía. Mi madre se mostraba curiosamente alegre en mis sueños. En palabras de la doctora Kelly, era el «disfraz que le servía para ocultar sus miedos más profundos».

Recuerdo que mi madre me enseñó a lavar las sábanas a mano. Cuando se acababa el jabón y no podía permitirse comprar más, utilizaba un limpiador alcalino. Lo lavábamos todo con ese detergente, incluso el cabello. Una vez me dejé la cabeza en remojo más tiempo de la cuenta y me dañé el cuero cabelludo.

El día en que oí la música de «Noche de paz» a las puertas de los almacenes Marshall Field's,

en Navidad, lloré. Era la canción de mi madre. La recordaba cantando dicha melodía cuando creía estar al borde de la muerte a causa de la tuberculosis. Nunca me explicó que se trataba de una canción occidental, un villancico, ni que ella era cristiana.

Me enamoré de «Noche de paz» de niña porque era distinta de las canciones compuestas con citas de Mao. La tarareaba con madre a pesar de no saber de qué trataba. Al mirar atrás, me di cuenta de que madre había sido muy sensata al no revelarme su identidad cristiana. Si hubiera compartido su fe conmigo la habría denunciado. Me habían programado para depositar mi lealtad en Mao antes que en mi madre.

«Noche de paz» ayudó a mi madre a superar los momentos difíciles. La tarareábamos juntas cuando pasábamos hambre, durante los tórridos veranos en los que yacíamos empapadas en nuestro propio sudor, incapaces de conciliar el sueño, y durante los gélidos inviernos, mientras tiritábamos bajo las finas mantas.

Fue en Estados Unidos, en la estación Union Station de Chicago, mientras esperaba el tren para ir a trabajar, donde oí «Noche de paz» invadiéndolo todo. ¡Por primera vez entendí la letra! Y tenía mucho sentido para mí. Mis ojos se llenaron de lágrimas porque no podía compartir mi alegría con mi madre. Me pregunté cómo estaría. Deseé poder permitirme llamarla. Quería explicarle que había hecho progresos considerables con el inglés, tanto que entendía su canción.

El precio del alquiler fue lo primero que me llamó la atención. «Ochenta dólares al mes, calefacción incluida», rezaba el anuncio. Había estado pagando ciento cincuenta. Mis compañeros de clase pagaban tres veces más. Tras terminar de traducir el anuncio, entendí por qué era tan barato. La ubicación era poco aconsejable; el lugar se hallaba en una zona peligrosa del sur de Chicago, cerca de la avenida Veintiséis y de Wallace Street.

Llamé al número de teléfono. Respondió una voz de hombre. Dijo que se llamaba Peng Xu. Noté su acento y pregunté si era chino. Respondió que era de Pekín. Me alegré. Peng Xu me explicó que se había licenciado en filosofía en China y que quería sacarse un doctorado en ciencias políticas. Me quedé impresionada. Le dije que era una lástima que no pudiésemos compartir habitación ya que éramos hombre y mujer.

Peng Xu respondió que no había razón para que nos comportáramos como si todavía viviésemos en China, una sociedad moderna pero aun así feudal.

—En América un hombre y una mujer de edad universitaria comparten un piso con habitaciones separadas sin problemas. Aquí hay dos dormitorios. Solo compartiríamos el comedor, la cocina y el baño.

Dudé. Me gustaba el precio, pero no estaba segura de que vivir con un extraño fuera lo correcto. Por otro lado, parecía amable y era unos años mayor que yo. Su experiencia no sería muy distinta de la mía. El hecho de que aspirara a sacarse un doctorado significaba que debía de ser un hombre con una formación excelente.

—Según los baremos de China, esto es una mansión —prosiguió Peng Xu al teléfono—. Este apartamento podría haber albergado a tres familias en China. Tendrás total privacidad en tu propia habitación.

Concertamos una cita para ver el piso. Peng Xu me dio la bienvenida. Tenía treinta y pocos años. La mitad del apartamento quedaba por debajo del nivel de la calle, en un sótano. No me importó, porque el lugar se veía limpio y los alrededores parecían seguros. Mi habitación era más espaciosa de lo que esperaba. Observé con satisfacción que tenía una ventana.

Peng Xu me explicó que era el hijo menor de sus padres y el único que había conseguido estudiar una carrera universitaria. Estaba orgulloso de haber proporcionado honor a su familia. Su padre había sido un oficial de alto rango del Partido Comunista que había sido torturado hasta la muerte durante la Revolución Cultural. Peng Xu estaba muy unido a su madre, enferma de cáncer terminal.

Dejé un depósito y me alegré del dinero que me iba a ahorrar. Me mudé al día siguiente. En cuanto dejé las cosas en mi habitación, me di cuenta de que esta no tenía puerta. La habían sacado de sus goznes. Peng Xu me explicó que el dueño, un italiano que vivía en el piso de arriba, había quitado las puertas de todos los dormitorios para asegurarse de que los inquilinos no realquilaban las habitaciones.

—El propietario solo quería alquilárselo a una pareja —dijo Peng Xu—. Espero que no te importe que le haya dicho que somos pareja.

—Pero ¡es que no lo somos! —repuse.

—Se trata de una simple formalidad, nada más.

Plantada entre el comedor y la habitación, me sentí incómoda.

Peng Xu me sugirió que colgara una manta a modo de cortina.

Seguí sin sentirme bien después de colgarla.

—No puedo hacerlo —dije—. No puedo fingir que somos pareja.

—Solo lo he dicho para engañar al propietario —replicó Peng Xu—. Hemos sobrevivido a la Revolución Cultural. ¿A qué no vamos a sobrevivir después de eso? Además, ya le he dicho al propietario que eres mi mujer.

Mi instinto me decía que no siguiera adelante, pero mi mente me convenció de que no tenía más remedio... No vivir por encima de mis posibilidades era una necesidad.

Colgué otra manta sobre el marco de la puerta de mi habitación. Pensé para mí que me quedaría de momento y me trasladaría en cuanto pudiera encontrar un lugar mejor.

Peng Xu llamaba a su madre todos los viernes por la noche. Cuando la operadora internacional conectaba la línea y le preguntaba a su madre: «¿Es usted la señora Xu?», ella respondía, tal como su hijo le había indicado: «No, la señora Xu no está».

Peng Xu me explicó que de este modo evitaba pagar la costosa llamada internacional y al mismo tiempo sabía que su madre seguía viva. Peng Xu se alegraba cuando le oía decir más de una vez: «No, la señora Xu no está». Su madre repetía la frase hasta que la operadora los desconectaba.

Yo evitaba estar cerca de Peng Xu porque su ropa estaba sucia y él raras veces se bañaba. Para poder pagar las facturas, los fines de semana trabajaba de peón en las obras del ferrocarril. En su afán por ahorrar dinero, apenas pisaba la lavandería. Su cabello descuidado le sobresalía de la cabeza. Por suerte, no necesitaba afeitarse. Era imberbe y de piel muy suave. Tenía ojos de carnero, nariz chata y una boca torcida que ladeaba hacia la derecha al hablar. Insistía en que beber cerveza no era una pérdida de tiempo, mientras que hacer la colada sí lo era.

Peng Xu comía mientras trabajaba en sus proyectos de investigación. No le importaba sembrar el suelo de migas de pan, lo que atraía a hormigas y cucarachas. Utilizaba una anticuada pluma de tinta y escribía en inglés al estilo de la caligrafía china. Se enfrascaba en sus proyectos hasta que caía dormido. Llevaba los calcetines manchados de tinta.

El apartamento no estaba amueblado. Peng Xu había recogido unas cuantas sillas del vertedero de la callejuela. «Estados Unidos, la tierra de los tesoros», canturreaba mientras recogía colchones, mantas, ropa, lámparas y utensilios de cocina de los contenedores de basura.

En vísperas de Año Nuevo se llevó un disgusto. Estábamos a las puertas de 1987. Su madre no había respondido a la operadora.

—Su voz no me sonó bien la última vez que hablé con ella —me explicó—. ¡Seguro que su enfermedad ha empeorado! ¡Podría haber muerto! —Golpeó la pared con el teléfono mientras sostenía el auricular en la mano—. Podría haberla consolado. ¡Debería haberle pedido a la operadora que nos conectara! ¡A la mierda la factura del teléfono!

Peng Xu llamó a China y habló con amigos y familiares, a quienes preguntó por su madre.

—Mi madre está en su lecho de muerte esperando noticias de mí —gritó mientras marcaba el número—. ¡Cumpliré su último deseo aunque tenga que robar para ello!

No me hubiera importado ayudarle a pagar la factura de teléfono si el dinero me hubiera alcanzado para cubrir mis propios gastos. Yo también me moría de ganas de llamar a casa. Aparte de su enfermedad pulmonar, mi madre padecía diabetes, una enfermedad coronaria y había sufrido

un derrame cerebral; y mi padre había desarrollado una afección cutánea debido a la quimioterapia.

Peng Xu dio una patada al televisor. Dijo que era la única manera de conseguir que siguiera funcionando. Las imágenes se veían borrosas y las siluetas, deformadas. Lo había encontrado en el contenedor de basura de la callejuela. Puso el volumen alto, como si necesitase ahogar los demás sonidos. A veces se quedaba dormido y lo dejaba toda la noche encendido.

El ruido me tenía en vela. Tumbada en la cama, esperaba a que Peng Xu apagara el televisor para poder dormir. A las tres de la madrugada ya no pude más. Entré en el comedor y me lo encontré durmiendo con el televisor encendido.

Llegó la factura del teléfono: ascendía a cuatrocientos cincuenta dólares. Peng Xu insistió en que pagase la mitad.

—Has sido tú quien ha llamado a China, no yo —protesté.

A pesar de que su petición me puso furiosa, pagué. Mientras tanto, anuncié que iba a mudarme. Le dije que todavía me debía los veinte dólares que le había prestado para pagar el alquiler.

Peng Xu encendió un cigarrillo y dio una calada profunda.

—Como ya te dije, al firmar el contrato le conté al propietario que eras mi esposa. ¿Cómo voy a explicarle que te vas?

—No es mi problema si le mentiste —repuse.

—Mi madre ha muerto —dijo Peng Xu mirando fijamente la pantalla del televisor—. No volveré a llamar a China nunca más.

—¿Ha muerto? ¿Cuándo? —pregunté.

—Anoche.

Aunque fuese algo esperado, la noticia me dejó estupefacta. Imaginé la infinita tristeza que debía embargarle.

—Lo siento, Peng Xu. Lamento mucho que hayas perdido a...

—Yo no te haría lo que me estás haciendo tú a mí si supiese que tu madre acaba de morir —me interrumpió.

Si tuviera dinero, pensé.

—No vas a mudarte a ningún sitio. —Peng Xu aplastó la colilla del cigarrillo entre las grietas de una baldosa del suelo—. No puedo permitirme vivir aquí yo solo.

Desperté de un profundo sueño de una sacudida. Peng Xu estaba encima de mí. Sujeté la manta con fuerza.

—¿Qué haces? —le pregunté.

En lugar de responder, me abrazó.

—He soñado con mi madre. —Estaba llorando—. ¿Preguntaba por mí! ¡No dejaba de preguntar por mí!

La habitación estaba fría como una nevera. La pared se veía negra. Cuanto más trataba de apartarlo, más fuerte me sujetaba él, sollozando como un niño indefenso. Permití que me rodeara los hombros con sus brazos.

Me dije que me mudaría en una semana y que ya no tendría que aguantarlo más. Sería amable con él por última vez. No habría más peleas, ni discusiones por las facturas del teléfono o porque dejara el televisor encendido toda la noche. Pronto podría dormir. Peng Xu había perdido a su madre. No había llegado a despedirse de ella. «No soy la señora Xu» fueron las últimas palabras que le oyó decir.

Sus manos empezaron a manosearme. Intentó besarme.

—No, Peng Xu, por favor.

Se negó a parar e insistió con violencia. Se aferró a mis senos y dijo:

—¡Chis! No se va a enterar nadie.

Lo empujé.

—¡Para, por favor!

Se disculpó, pero continuó con su propósito.

Intenté llegar a la luz, pero me sujetó los brazos. Me estaba aplastando con el peso de su cuerpo.

—Te necesito —dijo enterrando su cara en mi pecho—. Te lo suplico.

—¡Déjame en paz, por favor!

—Mi madre me envió ropita de bebé hecha por ella —dijo con una voz extraña—. Cosía muy bien. Solía citarme a Confucio: «De todos los actos de impiedad, no procrear es el peor»... Me encantaría darle nietos, pero tú y las de tu calaña no se dignarían fijarse siquiera en alguien como yo. Ninguna mujer desea a un hombre pobre, no en una sociedad capitalista, por muy rico que uno sea intelectualmente.

Empecé a gritar.

Me tapó la boca con la mano.

Me resistí.

Su mano me presionó la cara con más fuerza.

—No me obligues a hacerte daño. —Me agarró la oreja con los dientes—. Sé buena chica.

Se me saltaron las lágrimas al darme cuenta de que no podía luchar contra él.

—¡Podrías dejarme embarazada! —repliqué en tono de súplica—. No uso protección.

Siguió adelante.

—No despiertes al propietario. Por favor, haz como si fuéramos amantes. Finge, solo una vez.

En mi cabeza vi un agua reluciente bajo la luz del sol. Era el río Huangpu de Shangai, donde una vez me había imaginado ahogándome.

Peng Xu lanzó un grito encima de mí. Se levantó y salió de la habitación. Le oí encender la televisión.

No me vino la regla. Llamé a planificación familiar y pregunté cuánto costaba un aborto. «Quinientos dólares», fue la respuesta. Solo tenía trescientos.

Casualmente me encontré con Stella en la entrada de la escuela. Cuando me preguntó cómo estaba, intenté parecer agradable, pero Stella notó algo.

—¿Seguro que estás bien?

—Llego tarde al trabajo, tengo que darme prisa —respondí. Temía derrumbarme y romper a llorar.

—Si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy —dijo Stella—. Me he comprado un coche. Es un trasto, pero va de maravilla.

Recorrí State Street en dirección a la parada de autobús de Wallace. Me tentó el anuncio de McDonald's de una hamburguesa por noventa y nueve centavos en la esquina de Jackson Street, pero pasé de largo. Recé por no estar embarazada. Recé mucho.

El autobús iba con retraso. El viento se me clavaba en la piel como miles de agujas, y los

dedos de los pies se me estaban durmiendo. Me cubrí la cabeza con una bufanda. Pronto, la humedad de mi aliento hizo que se me pegaran las pestañas.

Decidí ahorrarme el dinero del billete del autobús y volver a pie al apartamento. Anduve tan rápido como pude. Era imposible escapar a la idea de que quizá estuviera embarazada. Se hizo el silencio en la calle cubierta de nieve en cuanto dejé atrás el centro de la ciudad. Cuando llegué a Chinatown, ya se habían encendido las luces de la calle.

Vi a una anciana que caminaba delante de mí. Aminoró la marcha; parecía tener algún problema. Ante mis propios ojos, se le cayó el monedero.

Lo recogí y la llamé a gritos.

—¡Señora, se le ha caído el monedero!

Era una anciana negra muy amable. Me dio las gracias.

—Ni te imaginas lo que podría pasarme si perdiera esto —dijo abriendo el monedero.

Me mostró varios cientos de dólares en metálico y tarjetas de identidad. La mujer sacó un papel con puntitos de color rosa impresos en él. Me explicó que era un billete de lotería y que acababa de ganar cincuenta mil dólares.

La anciana me dijo que quería compartir conmigo parte del premio como gesto de gratitud.

—No creo merecer su dinero —señalé.

—¡Es un regalo! —insistió—. No sería mucho, dos mil dólares.

—No puedo aceptarlo, pero gracias.

—Insisto. —La mujer me cogió la mano y sonrió con afecto—. Estoy segura de que ese dinero te vendría muy bien.

Por supuesto que sí. Pensé en lo que costaba un aborto. Los dos mil dólares no solo cubrirían el coste del aborto, sino que también me ayudarían a escapar de Peng Xu.

Como si me leyera el pensamiento, la anciana comentó:

—Cielo, quiero que te lo quedes. Que Dios te bendiga. Te lo mereces.

La mujer me explicó que existía un procedimiento para cobrar el billete de lotería.

—Es un procedimiento estándar. —Me contó que estaba esperando a que sus dos sobrinas pasaran a buscarla para llevarla a la oficina de cambio—. ¿Te suena la oficina de cambio que hay entre South Halsted y la calle Treinta y uno, al otro lado de la biblioteca pública?

Respondí que no estaba segura.

—Sígueme, cariño.

Un coche color burdeos aparcó junto al arcén. La anciana me presentó a sus sobrinas, Clara y Mimi, dos mujeres negras bien vestidas que pasaban de los treinta. Clara iba al volante y me invitó a que me sentara a su lado. Agradecieron mi buena obra y me pidieron que aceptara el regalo de su tía.

—Vayamos a la oficina de cambio —dijo Clara.

Aparcamos enfrente. Mimi cogió el billete de lotería de manos de su tía.

—Ahora vuelvo. —Se despidió con la mano y me sonrió.

La vi entrar en la oficina. El hecho de estar en el coche de unas desconocidas hacía que me sintiera incómoda. Me volví a mirar a la anciana y a Clara, que charlaban en tono afectuoso. Clara le preguntó a su tía si había seguido las instrucciones del médico y se había tomado el medicamento para la artritis.

—No vas a poder disfrutar del dinero si no puedes caminar.

Vi que Mimi regresaba al coche. Entró en él.

—La oficina de cambio necesita los números de serie para poder cobrar el billete de lotería.

—Se dirigió a mí—. ¿Puedes prestarnos dinero para conseguir los números de serie? No tengas miedo, es así como funciona el sistema de loterías. Créeme. ¿Dónde está tu banco? Solo se trata de una cuestión técnica de la que tenemos que encargarnos antes de darte los dos mil dólares. Tienes que ir al banco y sacar dinero. El dinero que saques tendrá unos números de serie impresos en él. El número es invisible al ojo humano, pero está ahí. Para conseguir cien dólares, tienes que sacarlos primero.

No entendía nada. Yo no tenía dos mil dólares en el banco.

—Gracias, pero me parece demasiada molestia —repliqué—. Adiós.

—No es ninguna molestia —dijeron las tres al unísono.

—¿Cuál es tu banco? —preguntó Clara.

—Citibank.

—Oh, hay uno justo a la vuelta de la esquina.

—Vamos.

Clara arrancó el coche.

—No importa, de verdad —insistí.

—No te vayas sin mi regalo. —La anciana posó una mano en mi hombro—. Solo será un minuto.

Clara y Mimi me acompañaron hasta el interior del Citibank. Nos acercamos al mostrador y pedí sacar todo el dinero que tenía en mi cuenta corriente.

—El total son trescientos dólares con sesenta y un centavos —comentó un joven empleado de ojos alegres—. ¿Quiere dejar los sesenta y un centavos para mantener la cuenta abierta?

—Perfecto.

—¿Solo tienes trescientos dólares? —Clara parecía decepcionada—. ¿Tienes otra cuenta?

—No —respondí.

—Es un dólar por dólar —me recordó Mimi—. Con los trescientos solo podrás conseguir seiscientos. Para los dos mil dólares, necesitas al menos mil.

Le di a Clara mis trescientos dólares y le dije que era cuanto tenía.

Salimos de la sucursal bancaria y nos dirigimos de nuevo a la oficina de cambio. Esta vez Mimi volvió diciendo que el dinero estaba listo. No obstante, para cobrarlo teníamos que desplazarnos hasta una oficina de cambio situada en la otra punta de la ciudad.

—El tráfico es horrible a esta hora del día —comentó Clara—. ¿Qué tal si te dejamos aquí y quedamos dentro de dos horas en la biblioteca pública para darte el dinero?

Antes de que me diera tiempo a decir nada, las tres cerraron la puerta.

—¡Nos vemos a las cinco! ¡Hasta luego!

Dijeron adiós con la mano y el coche arrancó.

De repente, sentí una patada en el estómago. «¿Solo tienes trescientos dólares?» El sonido de la voz contrariada de Clara se me quedó grabado en la mente. ¿Acaso era tonta?

Llegué a la biblioteca a las cinco en punto, pero las mujeres no se presentaron.

Esperé tres horas, de pie, sobre el hielo. Recordé las palabras de mi madre: «Las moscas solo se posan sobre los huevos agrietados».

Me asqueaba ver a Peng Xu. El test de embarazo había revelado que estaba embarazada. Sentía vergüenza de mí misma.

Entré en el apartamento y me quité las botas cubiertas de hielo. Peng Xu estaba en la cocina haciéndose la cena. Fui a mi habitación y comencé a recoger mis cosas. Dos maletas era todo lo que tenía. No sabía cuándo ni adónde me trasladaría. Simplemente tenía que hacer algo para no venirme abajo. Al llenar las maletas sentía que estaba haciendo algo para escapar de allí.

Planifiqué que a la mañana siguiente me levantaría temprano. Me pasaría por la universidad pública para echar un vistazo al tablero de anuncios de viviendas. Tenía que encontrar un lugar que se adaptara a mi presupuesto.

—Tenemos que hablar.

La voz de Peng Xu procedía de la cocina. Apagó el televisor.

Cerré mi maleta y dije:

—No hay nada de que hablar. Ya te he dicho que me voy.

—Firmaste un alquiler de un año.

—No es cierto. Tu firma es la única que consta en el contrato de alquiler.

—Pero te comprometiste verbalmente a vivir conmigo.

—No, después de lo que me hiciste.

—Estoy en un apuro, ¿no lo ves? Necesito tu ayuda.

—Encuentra a otro compañero de piso o múdate.

—Me has avisado con poca antelación.

—Te lo dije hace veinticinco días.

—No es suficiente.

Sabía que era inútil discutir. Me planteé pasar la noche en el suelo de la sala de montaje de la escuela. Las bolsas de basura me mantendrían caliente.

—¿No vas a dejarme!

Peng Xu golpeó el fogón con el wok. Después entró en mi habitación. Estábamos cara a cara.

—Esto es Estados Unidos —dije mirándole fijamente a los ojos.

—¿Sabes lo que hacían los comunistas con quienes traicionaban al partido? Les pegaban un tiro.

Cogí mi mochila y fui hacia la puerta.

—Me largo —dije.

—Pero ¿no he acabado de hablar contigo!

Se interpuso entre la puerta y yo.

—Déjame pasar, por favor.

—El propietario está escuchando en el piso de arriba. —Me empujó a un lado y cerró de un portazo—. Si a ti no te importa nuestra reputación como chinos, a mí sí. Vayamos al cuarto de baño y hablemos allí. Por favor, al menos haz un pequeño esfuerzo por arreglar la situación.

—¿Por qué en el lavabo? —pregunté.

—Para que el propietario no nos oiga.

Le dije que no tenía el más mínimo interés en hablar con él.

—Quiero acabar con esta historia.

—Será solo un momento, te lo prometo.

Me quedé allí parada, sin moverme.

—Venga. Podrás marcharte después de hablar.

Me saqué la mochila pensando: Esta será la última vez que me incordie.

Señaló el cuarto de baño como un oficial de tráfico.

Entré y encendí la luz. Me siguió. De inmediato, apagó la luz y cerró la puerta tras él.

—¿Qué haces? —Sentí que se avecinaba algún peligro.

En la más completa oscuridad, me empujó contra la pared.

No veía nada, pero oía el sonido de su respiración acelerada.

—Por favor, vuelve a encender la luz...

Antes de que pudiera decir una palabra más, sentí sus manos en mi garganta.

—¡No! —grité.

Sus manos eran un par de garras de acero. Presionó y apretó.

Sentí que mi cuello estaba a punto de romperse.

Forcejamos, pero él podía conmigo. Mis fuerzas empezaron a flaquear a medida que fue faltándome el aire.

Comprendí que quizá muriese aquella noche, allí, en aquel baño, en tierra extranjera. Pensé en mi madre.

Peng Xu debió de darme por muerta cuando me dejó allí tirada.

No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Cuando desperté, oí el sonido del televisor. Yacía en el suelo de cemento del lavabo. El asesino estaba en el comedor.

Corre, fue el primer pensamiento que me vino a la mente. Pensé en la puerta trasera, que apenas utilizábamos. Comencé a arrastrarme por el suelo. Me detuvo un dolor agudo en el cuello. Miré el pestillo y me imaginé girando el pomo. Tras aquella puerta había otra, al final del pequeño pasillo, que daba a la calle. Tenía que franquear las dos.

Estaba atenta a Peng Xu mientras seguía arrastrándome. Alcancé la parte inferior de la puerta. Me levanté, agarré el pomo de la puerta y estaba a punto de abrirla, cuando Peng Xu oyó el ruido. Vino hacia mí con una Coca-Cola en la mano. Parecía sorprendido.

Peng Xu estaba detrás de mí cuando abrí la puerta exterior situada al final del pasillo.

—¡Déjalo ya, zorra!

Lo empujé con todas mis fuerzas. Corrí en calcetines hasta la calle cubierta de nieve.

Peng Xu me siguió.

—¡Socorro! —grité, pero no había nadie, ningún coche, ningún autobús. Había casi treinta centímetros de nieve y ninguna luz encendida en las casas de alrededor.

Seguí dando vueltas por callejones y calles oscuras. Intenté despistar a Peng Xu, pero estaba cada vez más cerca. Me dirigí a la parada de autobús de Wallace, donde sabía que había una cabina telefónica al lado de un café chino.

Tras una última curva, entré en la cabina y lo vi pasar de largo.

¿A quién podía llamar para pedir ayuda? Pensé a toda velocidad. ¡Stella! Su número era el único que recordaba.

—Pareces preocupada —dijo Stella al descolgar el teléfono.

Le expliqué que se había producido una emergencia. Le pregunté si podía venir a recogerme a

la esquina de Wallace y la calle Veintiséis, junto a la parada del autobús.

—Ahora mismo voy —replicó Stella.

La esperé junto a la cabina de teléfono, temblando y congelándome de frío. Los copos caían como plumas blancas. No sentía los dedos de los pies dentro de los calcetines cubiertos de hielo.

Una hora después el coche de Stella aparcó a mi lado. Abrió la puerta del copiloto para que entrase.

—¿Qué ha pasado?

Me desmoroné y rompí a llorar.

Descubrió el moretón en mi cuello.

—¡Oh, Dios mío! ¡Te han estrangulado! ¿Quién demonios... tu compañero de piso?

Asentí con la cabeza.

—¿Has llamado al teléfono de emergencias? —preguntó Stella—. ¿No? ¿Por qué no? ¿Quieres que les llame yo?

Negué con la cabeza.

—No tengas miedo. ¡Esto es Estados Unidos! ¡No tiene ningún derecho a hacerte algo así!

Le expliqué que no quería meterme en líos.

—Anchee Min, por el amor de Dios, ¡ese hijo de puta acaba de estrangularte!

—Lo sé.

—¡Podría haberte matado! ¿Qué narices te pasa? ¿Por qué actúas como si fuese culpa tuya? ¡Voy a llevarte a la comisaría de policía!

Las farolas desprendían una luz tenue y la carretera apenas era visible en la nieve. Stella condujo por el centro de la calzada. No sabía dónde se encontraba la comisaría más cercana. Quiso parar y hacer una llamada.

Yo lo estaba pasando fatal solo de pensar en qué le diría a un policía —o a un grupo de policías— americano sobre lo que me había ocurrido. ¿Me creerían? ¿Les parecería que me lo había buscado? No podía decir que yo no hubiese provocado los problemas. Nadie me había obligado a mudarme a casa de Peng Xu. La policía podía afirmar que era una mujer adulta y que debía responsabilizarme de mis propios actos. Sabía que mi habitación no tenía puerta, pero, aun así, había decidido quedarme allí. Me había puesto en una situación de vulnerabilidad por un alquiler más barato.

Stella me explicó que si presentaba una denuncia, arrestarían a Peng Xu y lo deportarían. La idea me preocupaba. El futuro de Peng Xu se malograría y sería devastador para toda su familia. Supondría una deshonra para su difunta madre. Su alma jamás descansaría en paz. Si yo tuviera un uno por ciento de culpa en ello, sería completamente culpable.

—No quiero ir a la policía —dije a Stella.

—¿Por qué no? —Stella se volvió a mirarme—. ¡Ese hombre ha cometido un delito!

—He sobrevivido —repliqué—. ¿Puedo pasar la noche en tu casa?

Le pregunté a la doctora Kelly si conocía alguna clínica abortiva económica. Me dio el número de la línea de asistencia en casos de violación.

—¿Qué presupuesto tienes? —me preguntó una mujer al otro lado de la línea.

—Ciento cincuenta dólares es todo lo que tengo —le respondí.

Me pidió que esperara. Al cabo de unos minutos volvió a ponerse al teléfono y me dijo que me había programado una cita en una clínica sin ánimo de lucro.

Allí me pidieron que confirmara primero que se trataba de un caso de violación. Me

preguntaron el nombre del violador. Temí facilitar la información por miedo a que Peng Xu distorsionara la verdad. Contaría que yo lo había seducido. Le dije al médico que quería marcharme.

—No tienes que darnos el nombre si no quieres —indicó la mujer que me atendió en recepción, quien me explicó también que tendría que esperar dos meses a que me practicaran la intervención.

—¿Por qué? —pregunté, frustrada.

—No se puede hacer cuando el feto es demasiado pequeño.

Pasé los dos meses siguientes intentando bloquear mi mente mientras lidiaba con los síntomas del embarazo. Cuando tenía náuseas, era difícil no sentir la vida que llevaba dentro de mí. Era incapaz de dormir por las noches. Recitaba el alfabeto y dejaba que las lágrimas rodaran por mi cara. Busqué un nuevo lugar en el que vivir, asistí a clase e hice todo lo posible por comportarme como si no ocurriera nada. No le conté a Stella que estaba embarazada.

Fui a abortar un lunes. Era un día despejado. En Michigan Avenue, gente muy bien vestida disfrutaba de su hora para comer bajo los intensos rayos del sol. Me dije que tenía que estar contenta porque ese día acabaría mi agonía. Dos meses de tortura. Deseaba desesperadamente creer que el aborto me ayudaría a tirar adelante, pero no estaba segura de ser capaz de hacerlo. Intenté no llorar.

Mi familia me mandaba cartas desde China en las que me preguntaban cómo me iban las cosas. Les respondía diciendo: «Me va todo muy bien. La escuela es maravillosa. Estados Unidos es fantástico».

La clínica estaba tranquila. La enfermera me tomó una muestra de orina y me realizó un análisis de sangre para confirmar el embarazo. Tras leerme la política de la clínica, me preguntaron: —¿Hay alguien a quien podamos contactar en caso de emergencia?

—No —respondí.

—¿Ha venido acompañada?

—No.

—¿Su marido? ¿Su novio? ¿Algún familiar? ¿Una amiga?

—No.

—Señorita Min, entiendo que desee mantener la privacidad, pero alguien tiene que acompañarla en coche a su casa tras la intervención. Sangrará. Algunas mujeres sangran mucho. Implica cierto riesgo. ¿Lo entiende?

Asentí con la cabeza, pero no dije nada.

Una vez en el vestuario, me puse una bata de papel. Me llevaron a una pequeña sala donde me dejaron a solas frente a varias fotografías del útero de una mujer que tenía un bebé creciendo en su interior. Me volví y rompí a llorar.

El médico entró con su ayudante y, poniéndose unos guantes de goma, me preguntó: —¿Está lista?

—Sí —contesté.

Al verme llorar, hizo una pausa.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy bien —afirmé.

El médico y su ayudante intercambiaron unas palabras en voz baja. La ayudante salió de la sala y regresó con una mujer de mediana edad. Se presentó como terapeuta.

—Estoy aquí para apoyarte —dijo sentándose a mi lado.

Tras colocarme una sábana de papel azul sobre la parte inferior de mi cuerpo, iniciaron la intervención.

Apreté los dientes a medida que se acentuaba el dolor.

La terapeuta me habló con voz suave y me pidió que me relajara.

No podía relajarme con ella sujetándome la mano. Tenía que lidiar con aquello yo sola. No quería mostrarme maleducada y pedirle que se fuera.

El médico y su ayudante estaban abriéndose paso en mi cuerpo. Sentí un fuerte tirón en mi interior. El dolor fue atroz.

La terapeuta, que no me soltó la mano en ningún momento, masculló algo acerca de compartir mi dolor.

Cuando terminó la intervención estaba a punto de desmayarme. Me dolía tanto que olvidé dar las gracias al médico.

Me llevaron en silla de ruedas a la sala de recuperación, donde me recibió una enfermera robusta. Habló con acento hispano. Me preguntó si quería una «bola de pollo».

Le respondí que no.

—Todas toman bola de pollo tras la intervención —me dijo—. Te hará sentir mejor. Piénsalo, por favor, tómate tu tiempo.

¿Tendría tiempo? Entraba a trabajar en la galería de estudiantes a las cuatro en punto. Si me ausentaba, mi jefa tendría una excusa para despedirme. Me preocupaba no tener tiempo suficiente para ir andando hasta allí.

—Me gustaría tomar un poco de bola de pollo, por favor —dije.

La «bola de pollo» resultó ser una «sopa de pollo».

Era la primera vez que la probaba. Como había anunciado la enfermera, hizo que me sintiera mucho mejor al instante. Desde entonces, asocié la sopa de pollo al aborto.

A mitad de camino en mi trayecto por el centro de Chicago comencé a sangrar en exceso. Cuando llegué a la confluencia de State Street y Adam Street, la sangre me chorreaba por las piernas a pesar del pañal que me habían dado en el hospital. Me apoyé en un quiosco de periódicos y me senté en el bordillo de la acera.

Estaba mareada y temía desmayarme. La escuela se hallaba a solo una manzana de distancia. Podía ver los dos leones de piedra en la fachada del museo.

Conseguí llegar hasta allí y cambiarme antes de entrar en la galería. No era de extrañar que calificaran aquel pañal de superabsorbente: la sangre que había empapado debía de pesar casi un kilo, y aun así seguía entero.

La jefa de la galería se mostró encantada al ver que llegaba a tiempo.

—Hay una lista de cosas de las que quiero hablarte antes de la inauguración de esta noche —dijo—. Por cierto, ¿podrías quedarte un poco más para ayudar a limpiar al final?

La cabeza me daba vueltas. Mi jefa tenía ahora dos cabezas y cuatro manos.

—Claro —logré articular.

TERCERA PARTE

En el verano de 1987 regresé a China por primera vez en tres años. Llevaba tanto tiempo esperando aquel viaje que casi no podía creer que de verdad fuera a ir. Deseé que hubiera habido una manera de asegurarme un visado de retorno antes de mi partida, pero era imposible. Primero tenía que salir de Estados Unidos y después solicitar un visado de reingreso. Siempre existía la posibilidad de que me lo denegaran. Supuse que el funcionario de visados entendería que, después de tres años, necesitaba ver a mi familia. Denegarme el visado de reingreso significaría privarme de la oportunidad de terminar mis estudios. En ese caso, argumentaría lo siguiente: «¿Por qué se molestaron en expedirme un visado en su día?».

Lo que me daba valor era que ahora hablaba inglés. Lucharía como si fuera estadounidense. Diría al cónsul que conocía mis derechos.

Mi propensión a marearme en los viajes no pareció molestarme en el largo vuelo. Cuando el avión tomó tierra, la emoción que sentía se desbordó en forma de lágrimas. En cuanto vi a mis padres entre la multitud en el aeropuerto de Shanghai, corrí hacia ellos. La edad les había pasado factura a ambos, sobre todo a mi madre. Había perdido todos los dientes y se la veía débil. Mi padre me contó que había empezado a mostrar síntomas de demencia. Yo no sabía aún lo rápido que avanzaba dicha enfermedad. Me dolía verla en tal estado. Necesitaba la ayuda de mi padre hasta para mantenerse en pie.

Abracé a mis padres al estilo americano. Mi muestra de cariño cogió a mi madre por sorpresa, y se le cayó la dentadura postiza de la boca.

Me apenó ver que mi padre se había quedado calvo por culpa de la quimioterapia. Antes era tan guapo que la gente lo confundía con mi hermano.

Una vez en casa, me reencontré con mis hermanos. Nuestra familia seguía viviendo en el mismo callejón lleno de gente y en el mismo espacio, una sala única con una galería cerrada. El edificio se había deteriorado tanto que el suelo había comenzado a hundirse. La escalera de madera estaba inclinada hacia el lado derecho. En el oscuro pasillo se amontonaban cestos de bambú polvorientos y viejos marcos de ventana envueltos en láminas de plástico. Le dije a mi padre que ayudaría a retirar aquellos trastos para que se pudiera pasar por allí sin nada que estorbara. Mi padre negó con la cabeza y me susurró que entonces los vecinos podrían reclamar el espacio para almacenar sus cosas.

Durante la cena la conversación transcurrió en un tono cordial. Ninguno de nosotros esperaba que se volviera desagradable. Todo empezó cuando me puse a hablar de Estados Unidos, de lo avanzado y maravilloso que era el país, de lo que uno sentía cuando lo trataban con dignidad, respeto y amabilidad. Expliqué lo mucho que me gustaba mi vida como estudiante internacional, y lo que debería aprender China de Estados Unidos.

Con el tiempo lamentaría mis palabras. No me daba cuenta de lo americanizada que me había vuelto. Estaba jactándome de mi barriga llena delante de gente que se moría de hambre. No me mostré sensible ni cuidadosa con lo que decía. No presté atención a las heridas abiertas, al hecho de que a mis hermanos les habían denegado un visado estadounidense y de que ahora mi hermana pequeña tenía miedo hasta de solicitarlo.

Yo había pensado que el mejor regalo que podía ofrecer a mi familia era compartir mis ideas más sinceras. Les dije que lo más importante que había descubierto en América era quién era yo. Mi viaje no había estado exento de complicaciones, sobre todo en el terreno de la búsqueda de empleo, pero la clave residía en que ya no tenía miedo. No dejaría que nada definiera mi vida, ni siquiera un permiso de residencia. Tenía confianza en que podía lograr mi objetivo en otra parte si no lo conseguía en Estados Unidos. Iría allí donde se me valorara, y eso incluía China. Si había regresado a casa era en parte para examinar mis opciones.

Mi familia me escuchó en silencio. Yo veía desconcierto, incomodidad y desaprobación en sus caras. Seguí hablando, convencida de que me entenderían y apoyarían. Les dije que un recorte de prensa que me había enviado padre me servía de estímulo. Trataba de una historia de la China rural, la de un director de escuela y único maestro de un pueblo que estaba a punto de morir de cáncer. El hombre pidió a su hija que lo relevara en su puesto de docente. La joven de catorce años sacrificó sus estudios de secundaria a fin de ayudar a su padre.

—¡Me gustaría contribuir a promover la educación pública en China! —dije.

Le conté a mi familia que me veía como profesora. Haría uso de mi título en arte visual. Asimismo, introduciría en el país la música pop estadounidense; estaría bien oír a los chinos decir «Te quiero». El amor sería un gran tema nuevo que explorar. Se podía aprender mucho de democracia e individualismo a través del arte y la música pop.

Esperé la respuesta de mi familia, pero no la hubo.

Finalmente, mi padre rompió el silencio.

—Anchee, ¿has olvidado que tú misma denunciaste en su día a tu profesora por ser una espía americana? —Mi padre no pudo ocultar en su voz la desilusión que sentía—. ¿Qué te hace creer que no te acusarían de lo mismo y sufrirías el mismo destino?

—¡Padre, es la gente como tú, que vive atemorizada, la que impide que China avance! —repliqué.

—Hablas como si no te hubieras criado en China —dijo mi hermana.

—¿Ocurre algo? —me preguntó mi padre mirándome con suspicacia—. ¿Estás bien? ¿Por qué hablas de promover la educación pública en China, y no en Estados Unidos? ¿Temes no poder alcanzar tus metas allí? No puedes permitirte el lujo de hablar así, hija mía, déjame que te lo recuerde. A nuestra familia le queda mucho todavía para saldar la deuda que tenemos y satisfacer nuestras necesidades básicas.

Se suponía que yo debía rescatar a la familia. ¿Cómo podía haber olvidado eso? Hasta entonces no había causado más que daño..., echar por tierra las posibilidades de todos los demás de obtener un visado estadounidense.

Mi madre dijo que le costaba entender de qué hablábamos.

Mis hermanos hicieron lo posible por no expresar su desaprobación.

Mientras yo seguía explicándome, mi hermana mayor y mi hermano menor se retiraron de la mesa y comenzaron a lavar los platos.

Alcé la voz para citar al señor Rogers:

—El mejor regalo que puedes ofrecer a alguien es tu honestidad.

En ese momento mi hermana menor se echó a llorar.

—¿A quién intentas engañar? —me dijo—. ¿Desde cuándo has perdido el contacto con la realidad? ¿Contribuir a promover la educación pública en China? ¿Cómo es posible que hayas olvidado que todos nosotros llevamos todo este tiempo esperando que nos ayudes a escapar de la miseria? Nosotros no hemos hecho más que recibir una respuesta negativa tras otra desde el

consulado de Estados Unidos. Tú fuiste la única que lo lograste. ¡La única que traspasó la puerta del dragón! ¡Tú escapaste! ¡Alcanzaste tu meta! Y no te molestas en mirar atrás o ver cuán bajo hemos caído, cómo hemos tocado fondo y si estábamos sangrando por dentro o muriendo.

»Has gozado de suerte, fortaleza y sesera. Se lo debes a esta familia. ¿Y qué has hecho tú por nosotros? Otros que han ido a América han rescatado a los suyos. El hermano Wong del callejón de al lado, que se fue a Estados Unidos, ayudó a su hermana a ir también para allá. El hijo mayor de los Wei de la otra calle ayudó a su familia entera a emigrar a América.

»Tú eres mi única esperanza. Cuando madame Mao te eligió, me vi obligada a ir al campo de trabajo. Tuve que ocupar tu lugar. Ahora trabajo como obrera en una fábrica de interruptores eléctricos por un puñado de dólares al día. Tengo veintiocho años y llevo todo este tiempo esperando que me salves. Confiaba en que harías lo que se suponía que debías hacer como hermana mayor. Pero me dijiste que no podías ayudarme si no sacaba un mínimo de quinientos puntos en el TOEFL. Yo no hablo inglés, y no se me permite dedicar parte de mis horas de trabajo a ir a clase. Tú no tienes ninguna intención de ayudarme. Ves cómo me ahogo y te niegas a tenderme la mano.

»¿Qué has hecho en los últimos tres años? ¡Estudiar arte! Has disfrutado de que “te traten con respeto y amabilidad”. No te importa que suframos en China. No te importa que yo no tenga vida aquí, que me estén saliendo canas mientras espero tu llamada. ¡No eres más que una hipócrita! ¡Te odio! ¡Te odio!

Pese a estar llena de culpa, no sentía que mereciera ser objeto de aquellas acusaciones. No podía aceptar que mi hermana menor me llamara egoísta, cruel y sanguijuela sin corazón.

—¡He hecho todo lo posible en Estados Unidos! —espeté—. ¡Tú no sabes por lo que he tenido que pasar!

Dirigiéndome a mi padre, le propuse renunciar a mi visado para que mi hermana tuviera la oportunidad de ir a América a probar suerte por su cuenta.

Mi padre rechazó mi propuesta.

—Me lo pensaría si tu regreso garantizara que tu hermana o hermano consiguieran un visado para Estados Unidos —dijo—. Pero no es así. Puede que acabaras sacrificando tu propia oportunidad para nada. Nuestra familia podría acabar perdiendo la gallina y el huevo.

Quería alejarme de mi familia. Intenté localizar a mi mejor amiga del campo de trabajo, Yan, la antigua comandante. Al llegar a su antigua casa, descubrí que el barrio entero se había convertido en una zona en obras. A través de una amiga en común le dejé mensajes para saber de su paradero. Al cabo de unos días recibí carta de Yan. Me ordenaba que dejara de buscarla.

«No quiero mostrarle mi cara a nadie —me escribió—. No quiero ver a nadie. Agradezco tus pensamientos. Sé que me recordarás, y me basta con eso para consolarme.» En cuanto a su vida, contaba que sufría dolores de cabeza crónicos, lo cual la había inhabilitado para cursar estudios universitarios. Tras la Revolución Cultural, pasó a ser maestra en la escuela primaria del campo de trabajo. Este se cerró en 1986. «Un empresario de Taiwan compró la tierra y la convirtió en una granja de pollos..., un proveedor del Kentucky Fried Chicken de Shangai.»

Yan reveló que ahora se ganaba la vida vendiendo fruta. También vendía comida casera para bebés. De vez en cuando exportaba telas bordadas a mano al extranjero. Terminaba su carta diciendo: «Me gustaría que me recordaras tal como era antes, no como soy ahora».

En la carta que le envié de respuesta le rogaba que me diera la oportunidad de volver a verla.

Junto con la carta adjunté un cheque de cuatrocientos dólares. Yan devolvió el cheque sin cobrar y me dejó sin una sola palabra.

Fui al consulado de Estados Unidos en Shangai para solicitar mi visado de reingreso. La multitud allí reunida me recordó la suerte que había tenido. Una vez dentro, el funcionario de visados me preguntó qué haría después de licenciarme. Le respondí que no lo sabía, pero que estaba en Shangai buscando un futuro puesto de trabajo. El funcionario me concedió el visado sin hacerme más preguntas.

Dos semanas más tarde me despedí de mi familia.

Tras regresar a Chicago, respondí a un anuncio de un trastero diminuto en el número 4311 de South Halstead Street, junto a un aparcamiento. La única ventana que había allí era una hoja de vidrio que no ocupaba ni la décima parte de un metro cuadrado y no podía abrirse. Como no cabía una cama individual, dormía en un pequeño sofá de un metro ochenta de ancho que ocupaba la mitad del espacio. Aunque no había cocina ni encimera, el dueño había instalado una ducha improvisada, un minilavabo y un váter. El alquiler era de ciento cincuenta dólares al mes, con gastos de calefacción y suministros incluidos. Era lo más barato que podía encontrar en Chicago.

Estaba emocionada con la privacidad. Por primera vez en mi vida podría vivir en un lugar que no tendría que compartir, un lugar solo para mí. Tuve que suplicar al casero que me lo alquilara porque le preocupaba mi seguridad. Él había pensado que el inquilino ideal sería un hombre que solo utilizara el espacio para dormir. Yo lo convencí de que sabía defenderme. Le dije que llevaba años frecuentando el metro de noche. Le enseñé mi «mano de tijera», y cómo sujetaba cada llave del llavero entre los dedos apretados y daba puñetazos si me atacaban.

El dueño me advirtió que no me asustara del hombre de al lado que iba vestido de naranja. Era un retrasado llamado Nick que tenía a su cuidado.

—Nick es inofensivo —me prometió el casero.

Tardé un tiempo en acostumbrarme a las extrañas costumbres de Nick. Además de la ropa y el sombrero de color naranja, hablaba en voz alta por la noche, quizá consigo mismo. Tampoco estaba preparada para soportar su mal olor. Antes de mudarme allí no me había fijado en que la pared divisoria entre el espacio de Nick y el mío no estaba cerrada del todo. Entre el retrete de Nick y mi cuarto quedaba un hueco abierto de más de medio metro hasta el techo. Yo había supuesto que estaba sellado con cristal.

Cuando me quejé, el dueño me dijo:

—Por eso el alquiler es barato. Es un trastero.

Despierta en la cama en plena noche, me pregunté a mí misma: «¿Quién eres, Anchee Min?». Si alguna vez había tenido la oportunidad de aprender lo que significaba «mantener una actitud positiva», era en aquel momento. Aún no era consciente de lo americana que me estaba volviendo, pero no me cabía duda de que ya no era la misma An-Qi de China. Yo, que había sido derrotada, me negaba a darme por vencida. Pese a estar hecha pedazos, seguía en pie con determinación. Podrían aplastarme, pero no me conquistarían. Y esa era yo realmente, concluí. Esa era quien sería.

No sabía casi nada de ella, pero desde el primer momento traté por todos los medios de ser su amiga. Más allá de nuestras diferencias, sentía que teníamos algo en común. Se llamaba Margaret. Me llamó la atención porque destacaba entre los demás. Era una estudiante con título universitario, una interiorista que tenía su propio negocio. Era tímida y se ponía colorada al hablar. Cuando le pregunté por qué acudía a aquella clase, me respondió que buscaba «explorar y redescubrir».

A diferencia de mí, no parecía acomplejada por ser mayor. La mayoría de los alumnos de la clase tenían la mitad de su edad; a mí me suponía una carga el hecho de ser mayor. Me sentía inepta e incómoda entre tanto estudiante joven. Sabía demasiado y aun así no sabía nada en absoluto.

A sus treinta y muchos, Margaret era una mujer hermosa con los ojos de Elizabeth Taylor, un tipo estupendo y una voz dulce. Era afable y de trato fácil. Reía como una niña y hacía que aquellos que la rodeaban se sintieran cómodos y bien acogidos.

Al mirar atrás, me sorprendía el hecho de que me hubiera acercado a ella con tanto atrevimiento. La asignatura en la que nos conocimos y trabamos amistad fue Diseño norteamericano desde 1945. Ella solía llegar tarde, venía directamente del trabajo. Vestida aún con ropa elegante, se disculpaba por interrumpir la clase y se sentaba con sigilo en el asiento que yo había reservado para ella. Era una manera práctica de mostrarle mi entusiasmo. Para cuando ella había atravesado el centro de Chicago, aparcado su Volvo, entrado en el edificio y llegado al aula, la proyección de diapositivas ya había comenzado y todos los asientos buenos estaban ocupados.

Aunque yo no quería molestarla, el vocabulario del profesor me superaba. Me pasaba la mayor parte del tiempo buscando palabras en el diccionario. Cuando me perdía un comentario del profesor sobre una diapositiva, le pedía ayuda a ella.

—Margaret, ¿qué significa «premonición nada halagüeña»?

Ella se volvía y me susurraba la respuesta al oído.

Pero yo seguía sin saber cómo se escribía. Abría el diccionario y era incapaz de encontrar la palabra «halagüeña». El esfuerzo me agotaba.

Suspendí los exámenes parciales, mientras que Margaret sacó un sobresaliente. Compadeciéndose de mí, me preguntó por qué hacía un curso que estaba fuera de mi alcance.

—¿Acaso no estás aquí para expresarte, como todos estos jóvenes?

—Ojalá estuviera aquí para expresarme —le contesté, con el ánimo por los suelos porque mi estancia en Estados Unidos tenía los días contados—. Lo que hago es luchar por mi supervivencia.

Margaret se me quedó mirando un rato largo antes de volver la cabeza hacia el profesor. A partir de aquel momento, y sin que yo se lo pidiera, comenzó a anotar en mi libreta las palabras que ella pensaba que me darían problemas a nivel ortográfico. Así yo podía centrarme en buscarlas en el diccionario y seguir la clase. De vez en cuando también se inclinaba sobre mi hombro y me explicaba el significado de una frase difícil que acababa de decir el profesor.

Progresé rápidamente. Para negociar un aprobado con el profesor, hice un trabajo con

ilustraciones titulado «El diseño en la China comunista desde 1949» con el que saqué un sobresaliente bajo. Margaret se alegró por mí.

Un día salimos juntas de la universidad al acabar la clase. Fuera ya estaba oscuro y la acompañé hasta donde tenía el coche en un aparcamiento subterráneo. Como muestra de agradecimiento, se ofreció a llevarme a casa. Pareció asustarse cuando le dije mi dirección.

—¿Tan al sur vives? ¿Tú sabes lo dura que es esa zona?

—Pago un alquiler muy barato —dije sonriendo.

Margaret sacudió la cabeza en señal de negación mientras arrancaba el coche. Le sugerí que me dejara en la parada del autobús de Halstead.

—Siete manzanas más abajo.

—¿Por qué siete manzanas más abajo? —quiso saber—. ¿No te irá mejor la parada del centro más cercana?

Le expliqué que, yendo a la parada situada a siete manzanas de allí, me ahorraba un cuarto del billete de autobús.

—Mi presupuesto es de un dólar con veinticinco centavos —dije—. Puedo ahorrar cinco dólares al mes.

Cuando Margaret quería compañía, me llevaba a trabajar con ella a casa de algún cliente de la zona norte de Chicago. Durante el trayecto ponía una cinta de Aretha Franklin en el casete y comenzaba a cantar. A lo largo de nuestros años de amistad, ella sería mi guía no solo en lo relacionado con la mejor música pop norteamericana, sino también en cuanto a arte, arquitectura, diseño y moda. A mi modo de ver, ella era todo lo que yo quería ser. En su compañía me sentía agradecida y privilegiada.

Margaret nunca me hacía sentir incómoda o pequeña. Si me equivocaba, dejaba que me diera cuenta por mí misma. Se ganó mi respeto y confianza por lo que decidía no hacer. Entendía mi sensibilidad y torpeza como inmigrante nueva. La mayoría de los estadounidenses con los que me topaba me trataban con amabilidad y respeto, pero por lo general no mostraban ningún interés por mí. El arroz frito y las galletas de la suerte era todo lo que sabía, o lo que quería saber, de China un estadounidense medio. Nunca había conocido a nadie como Margaret, con un interés sincero por mi país natal. Le fascinaba la cultura, el arte, la filosofía y la arquitectura chinos. Su libro preferido era *La buena tierra* de Pearl S. Buck. Desde niña imaginaba que en su vida anterior había sido una campesina china.

Nuestra amistad alcanzó su plenitud. Un día invité a Margaret a mi casa después de que me llevara en coche hasta allí. Me alegré de que Nick no hubiera dejado su mal olor habitual aquel día. Vestida con su traje Armani, Margaret entró en mi pequeño trastero. La oí respirar hondo.

—¡Oh, haces que me sienta de lo más culpable!

Yo admiraba el hecho de que Margaret no tuviera reparo en hablar claro. Como estadounidense judía que era, creía que yo hacía mal en juzgar a Jerome, el joven que había intentado ahorcarse en clase.

—¿Es que tú no tienes defectos? —me preguntó Margaret—. Tachas el acto de Jerome de insensato y egoísta, pero ¿qué sabes de él como individuo y de su situación? ¿Tienes idea de cuáles son sus orígenes? ¿Qué clase de infancia habrá tenido? ¿Lo maltrataban sus padres? ¿Tiene algún problema mental que le cueste controlar? ¿Acaso no deberías intentar ponerte en su lugar antes de criticar?

Me encantaba Margaret por aquellas preguntas que hacía. A través de ella fui consciente de mi

propia intolerancia y pequeñez. Una de las cosas que me dijo y se me quedó grabada fue la siguiente: «Tú crees que creciste con carencias porque sufriste bajo la dictadura comunista, pero tenías a tus padres y su amor. La verdadera privación es que te traicionen tus propios padres. A un niño le destrozaría la vida verse abandonado y maltratado por las personas en las que más confiaba. ¿Te imaginas que el novio de tu madre te viole siendo tú una niña, y que tu madre te culpe de ello y te pegue? ¿Te imaginas el sufrimiento, el desconcierto y los estragos que eso podría causar?».

Margaret me dio una lección de humildad. Sembró unas semillas en mi cabeza que brotaron en mi interior. Me iluminó. Yo quería aprender y saber más de ella. Llegué a la conclusión de que, antes de conocerla, mi paso por la escuela había sido una pérdida de tiempo y dinero.

Margaret era oriunda de Cleveland, Ohio, y siendo bebé había sido adoptada por una familia estadounidense de clase media. No conocía a su madre biológica, que, según averiguó más tarde, era sorda y ciega. Margaret había decidido no tener hijos por miedo a transmitirles sus genes dañados. En el momento de conocerme se había casado, divorciado, comprometido y separado tres veces. Era una mujer sumamente atractiva. Ella se describía a sí misma como parte de la «generación del baby boom».

Le pregunté a qué se refería cuando hablaba de «Woodstock». Sentía curiosidad por dicha época, sobre todo por el tema del «sexo, drogas y revolución». Años más tarde Margaret recordaría aquel período como mi «edad de la inocencia». Le encantaba la persona que yo era entonces. «De ojos llenos de vida y aún sin corromper.»

En mi relación con Margaret vislumbré una intimidad que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Me volví más atenta con ella que nunca y hacía todo lo posible por estar a su lado. Mi soledad por fin había encontrado un bálsamo. Perseguía a Margaret como si fuera mi amante. Me fascinaba la forma que tenía de atraer a los hombres, y quería aprender de ella eso, y todo lo demás.

Un día visité su despacho. Era una pequeña empresa de interiorismo. Margaret se sorprendió al verme, y más aún cuando le pregunté si podía ayudarla.

—Trabajaré gratis. Solo por tener experiencia.

En el fondo pensaba que aquella podría ser una oportunidad. Tenía que empezar en alguna parte.

—Como quieras. —Fue la respuesta de Margaret.

Durante la primera semana ayudé con la limpieza del despacho. Aprendí a utilizar la cafetera. Hice recados por el centro. La segunda semana acabé agotada porque tenía que continuar con mis otros trabajos y los estudios. La tercera semana Margaret comenzó a sentirse mal e intentó convencerme de que lo dejara. Con la esperanza de aprender la profesión, impresionar a mi amiga y tener la posibilidad de que me contratara, me matriculé en un curso de arquitectura de interiores en la escuela. El profesor me expulsó porque era incapaz de seguir las clases.

—Necesito un delineante titulado —dijo Margaret finalmente—. Aquí pierdes el tiempo, Anchee.

Le rogué que me dejara quedarme.

—Se me da bien superarme.

Margaret negó con la cabeza y suspiró.

—Sé que quieres conseguir el visado H-1. Te ayudaría si pudiera. Lo cierto es que mi empresa

sobrevive a duras penas. He hablado con un abogado. Me ha dicho que para obtener el visado H-1 se requiere un sueldo, ¡y mi presupuesto no me lo permite!

Me despedí de Margaret prometiéndole que no volvería a molestarla. Ella me suplicó que no me disgustara.

—Me ha costado mucho tener clientes —dijo.

Le quedé muy agradecida. Yo en su lugar habría hecho lo mismo. Ella nunca me había prometido nada.

Por si no estaba ya lo bastante afligida, me echaron del restaurante chino donde trabajaba de camarera. El propietario había decidido acatar la ley de inmigración, que prohibía contratar a empleados extranjeros.

Supliqué al director de la nueva galería de estudiantes de la escuela que me diera más horas de trabajo. La galería estaba situada en medio de una zona industrial abandonada en Huron Street. El tema de la mayoría de las exposiciones era el «expresionismo neoabstracto». Había pocos visitantes. Me fijé en que los artistas habían comenzado a incorporar cuadros con instalaciones. Las obras incluían un neumático roto clavado con un zapato viejo, o un montón de basura cubierta con una sábana ensangrentada. Los artistas se entregaban a sus proyectos con absoluta dedicación. Los veía trabajar incansablemente, ahora instalando, ahora desinstalando para luego reinstalar de nuevo.

Los artistas vivían para las noches de inauguración. La gente acudía a comer, beber y disfrutar de la fiesta. El resto del tiempo que duraban las exposiciones yo era la única persona en aquel espacio tan bien iluminado pero vacío. Más de una vez apagué luces para ahorrar electricidad.

Estaba a punto de terminar los estudios y seguía teniendo pocas perspectivas de encontrar trabajo. Por mucho que lo intentaba, fracasaba una y otra vez. Logré hacer varias entrevistas — como, por ejemplo, para un puesto de profesor de arte en un barrio apodado la Pequeña Saigón—, pero en ninguna de ellas el empleador se planteó la posibilidad de pagar los honorarios del abogado de inmigración para que yo pudiera obtener el visado H-1. Me di cuenta de que mi licenciatura en bellas artes valía para poco en el mercado laboral. A fin de conservar mi situación legal y ganar tiempo solicité realizar un máster en bellas artes y me convertí en una estudiante de posgrado. Si bien contaba con una protección temporal con respecto a la ley de inmigración, vivía como una hormiga en un wok cada vez más caliente. No había día que no imaginara un final marcado por la vergüenza: el regreso a China con las manos vacías.

Un nuevo rostro apareció en la galería una agradable mañana de la primavera de 1988, diez minutos antes de que terminara mi turno. El visitante era un joven chino que rondaba los treinta. Era delgado, de estatura media y tenía ese atractivo propio de los chinos del sur, con unos ojos brillantes de párpado simple y una piel tan fina y tersa que le confería un toque femenino. Llevaba el pelo, negro y sedoso, peinado hacia atrás. Sonriendo como una rosa, se presentó:

—Me llamo Qigu Jiang. Encantado de conocerte. Llegué de Shangai hace dos días. Estoy aquí para relevarte en el siguiente turno.

No tenía el aspecto típico del inmigrante recién bajado del barco, no parecía desorientado por hallarse en un lugar nuevo. Enseguida me vi preguntándome de dónde le vendría aquella soltura y seguridad en sí mismo. Contempló la exposición con una cara radiante. Iba vestido con un traje de seda negro de corte occidental y un abrigo gris largo. Del cuello le colgaba una bufanda de un rojo vivo hecha de lana. Su porte me tenía impresionada. Más tarde me enteraría de que había sacado su atuendo de una tienda de ropa de segunda mano de la zona.

Le pregunté por el significado de su nombre en chino escrito. Él me lo explicó complacido.

—*Qigu*, como «valle sin par».

—Ese no es un nombre de clase obrera —observé, intuyendo ya su origen familiar.

—Excelente intuición la tuya —dijo sonriendo—. Pues no, no es un nombre de clase obrera.

Me contó que la familia Jiang había sido la más rica de la provincia de Zhejiang hasta la revolución de 1949, cuando los comunistas se hicieron con el poder en China. Su familia fue desalojada de la casa que su bisabuelo había construido durante el período final de la dinastía Qing. El propio Mao reclamó personalmente la antigua mansión de los Jiang. El gobierno confiscó también otras propiedades de la familia, como tierras, templos y colecciones de arte, entre las cuales se incluían valiosos rollos de caligrafía china.

—No es más que una historia aburrida como tantas otras —concluyó—. ¿Y tú? ¿Cómo te va la vida en Estados Unidos? ¿Echas de menos China?

Le dije que echaba de menos todo lo chino, en especial la lectura.

—Qué raro —respondió—. La mayoría diría que echan de menos la comida china.

—Llevo años evitando hablar mi lengua materna.

—¿Por qué? —me preguntó mirándome fijamente—. ¿Cómo puedes?

—Es la única forma de aprender inglés. Mi supervivencia depende de mi capacidad para comunicarme.

Él sonrió y dijo que mi inglés sonaba excelente.

—El tuyo tampoco suena mal —dije devolviéndole el cumplido—. ¿Dónde has aprendido a hablar inglés?

Me contó que había aprendido inglés en el Facultad de Magisterio de Shangai, donde se había sacado la licenciatura. Había aprobado el TOEFL con una puntuación de quinientos cuarenta. Le pregunté por qué había venido a Estados Unidos.

—Porque en China no hay libertad de expresión —contestó.

—¿Y crees que aquí la encontrarás?

—Sí.

Pensé que el recién llegado no tardaría en descubrir que no era así. Yo no pretendía ser maleducada ni demasiado directa, pero no pude evitarlo.

—Sin la tarjeta verde no hay libertad en Estados Unidos.

—No es eso lo que he oído —repuso.

—A menos que tengas dinero —dije—. ¿Tienes?

—Dos mil dólares es todo lo que poseo —respondió—. Pero no me preocupa.

—¿Dónde vives? —quise saber.

Me contó que estaba instalado de forma temporal en casa de un viejo amigo de la universidad.

—A unas manzanas al sur del Barrio Chino.

Tenía una beca de un programa de trabajo para estudiantes.

—Vas a tener dificultades para que la gente pronuncie tu nombre —comenté sonriendo.

—¿Qué clase de dificultades?

—Verás, cuando los americanos ven escrito «Qi», lo pronuncian como *qui*, no como *chi*.

Me explicó que ya había tenido dificultades para casi todo, comenzando por encontrar la parada del autobús. Tampoco era capaz de leer los letreros en el supermercado. Me hacía gracia porque no dejaba de pronunciar «supermercado» como *chuparmercado*. Me dijo que ya estaba cansado de corregir a la gente que pronunciaba mal su nombre.

—Cuando les digo que me llamo Qigu, como «chico», me dicen que parece un nombre mexicano. Supongo que debería ponerme un nombre americano.

En los días siguientes oíría a la gente llamarle David Jiang, John Jiang, Sy Jiang y Cy Jiang además de Chico Jiang. Me contó que había elegido varios nombres para «probarlos». De momento, ninguno acababa de sonar bien. Decidió vivir con todos ellos para ver si alguno cuajaba.

Me reía con él. Su alegría me levantaba el ánimo. Me impresionaba su capacidad para encajar una situación difícil con humor.

Cuando Qigu me dijo que la pintura con tinta china era su gran pasión, le advertí que a mí no podía engañarme.

—Me he pasado diez años practicando la pintura con tinta china —le dije—. Y no he llegado a ninguna parte.

Me pidió que le diera una oportunidad para demostrar su talento.

—Siempre he conseguido cautivar a la gente con mi talento. Lo único que necesito es que me descubran y reconozcan.

Le dije que nunca había conocido a nadie con tanta «osodía». Tuve que explicarle lo que quería decir «osodía». No le importó e insistió en que tenía un don. Le ofrecí un pincel, tinta y agua. En la galería había mucho espacio en las paredes, ya que estaban desmontando la exposición.

—Demuéstramelo —le dije.

Cogió el pincel y lo mojó en la tinta. Con los ojos cerrados, un solo movimiento y de una pincelada, creó una silueta de Miguel Ángel con líneas finas como un pelo.

La imagen me dejó sin habla.

La siguiente vez que lo vi, Qigu apareció con una carpeta llena de trabajos. Llegó un poco antes del cambio de turno. Hizo alarde de su elegante maletín negro, fabricado en China. La poesía de su obra me dejó atónita. Además de figuras humanas, pintaba mis temas predilectos: bambúes, arroyos, flores, hojas, ocas, colinas y nubes.

Comenzamos a charlar en el dialecto de Shangai. Como yo tenía la sensación de haber estado viviendo en una olla a presión, le pregunté acerca de su aparente tranquilidad.

Fue entonces cuando me reveló que era un profesional del taoísmo y el zen.

—Conozco el taoísmo y el zen —dije—, y todas esas filosofías chinas. Pero ¿no te preocupa la supervivencia en Estados Unidos? ¿El dinero, la seguridad y un permiso de residencia y trabajo? Es la preocupación primordial de todo recién llegado.

—Por supuesto que sí —contestó—. Solo que no dejaré que eso me reconcoma. Es la mente la que mata a los vivos.

—Decirlo es más fácil que hacerlo —repliqué—. Antes envidiaba a los indigentes americanos, y sigo envidiándolos. Los considero ricos porque tienen la suerte de ser ciudadanos de este país. Tienen derecho a trabajar, y ya hablan inglés.

También le dije que admiraba a los estudiantes chinos que hacían las carreras de matemáticas e ingeniería.

—Viven una vida segura y tranquila —comenté—. Saben que encontrarán trabajo al terminar los estudios. No buscan un permiso de residencia; el permiso de residencia los busca a ellos.

—Bueno, parecen tener una meta, pero no la tienen —dijo Qigu—. Cuánta gente habrá con trabajos bien pagados que llevan una vida miserable. Tienen tanto afán por el dinero que este los domina. Eso es, en mi opinión, una esclavitud autoimpuesta.

Qigu estaba convencido de que a menos que yo lograra liberarme de mi jaula mental, las oportunidades me dejarían de lado.

—Con el tema del visado hay opciones y soluciones —comentó—. Por ejemplo, se puede saltar de un centro de estudios superiores a otro, pagando una matrícula mínima, a cambio de un visado de estudiante. Puedes pasarte la vida siendo un «estudiante extranjero» sin violar la ley de inmigración estadounidense.

Hablar con Qigu me tranquilizó. Para agradecerse, le invité a una sopa wonton de gambas de cinco dólares en el Barrio Chino. Insistí en pagar yo porque tenía la sensación de que, después de tres años en Estados Unidos, mi situación económica era mejor. Cinco dólares equivalía al sueldo de un mes de Qigu en China. No se me ocurrió pensar que estaba mandándole un mensaje del que luego me arrepentiría.

Años después Qigu me diría que creía que estaba tirándole los tejos. No solo planeé la cita, sino que además pagué la cena. Mientras comíamos juntos le conté que me costaba imaginarme de mayor haciéndome pasar por una estudiante extranjera.

—¡Qué vida tan horrible sería!

Qigu se echó a reír.

—Para mí la vida es disponer de tiempo para disfrutar del sol, el olor de las flores, los amigos y la comida sabrosa... Como dirían los americanos, ¡«la buena vida»!

No tardé mucho en descubrir que había personas dispuestas a pagar por escuchar a Qigu. Margaret era una de ellas. Se convirtió en seguidora suya desde el primer momento. Qigu comenzó a darle clases de pintura con pincel chino. Según las filosofías del taoísmo y el zen que él predicaba, los pobres estaban mucho mejor que los ricos. «Llevan una vida espiritual más rica», insistía Qigu. Creía con firmeza en la idea de que la gente necesitaba liberarse de las preocupaciones pecuniarias para poder alcanzar la nobleza y descubrir el sentido de la vida. «Dichos seres humanos sacan mucho más de su existencia —concluía Qigu—. Pueden sentir, asimilar y cosechar de verdad lo que les ofrece la vida.»

Qigu hizo que Margaret sintiera que arruinarse podía ser una experiencia purificadora.

«Desprenderse de todo es la única manera de sacar provecho de todo.»

Qigu y yo solíamos coincidir en la parada de autobús de South Halstead. Por las mañanas hacíamos el mismo recorrido a través del Barrio Chino y la vuelta por el centro. Por las tardes y las noches, cuando regresábamos de la escuela o el trabajo, cogíamos el mismo autobús. Él se bajaba en la calle Treinta y cinco y yo en la Cuarenta y tres. Además de saludarnos, compartíamos nuestras visiones, descubrimientos y opiniones sobre Estados Unidos, nuestras clases, el arte, los profesores y los compañeros.

Me resultaba extraño que Qigu no tuviera intención de pedir trabajo en un restaurante chino. En lugar de ello se dedicaba a aprender todo lo relacionado con el arte y los artistas americanos. Un día me invitó a visitar a sus amigos, artistas que habían abandonado su pasión a cambio de empleos bien remunerados en empresas estadounidenses.

Me sorprendió ver que dichas personas eran profundamente desdichadas. Tachaban de «sin sentido» su situación de tener un visado H-1. Con Qigu hablaban del aburrimiento y la añoranza que les embargaba, así como de su incapacidad para sentir que Estados Unidos era su verdadero hogar.

Como para compensar sus penurias, se juntaban con Qigu los días que los americanos tenían fiesta. Escuchaban música clásica en sus equipos de música de alta calidad nuevos y cocinaban comida china. Preparamos un wonton al estilo de Shanghai con carne y espinacas. Estar con Qigu y sus amigos me hizo sentir menos sola, aunque en ningún momento dejé de tener presente el pavor a que me caducara el visado.

El día anterior al Año Nuevo chino Qigu y yo viajamos juntos en el autobús de Halstead de vuelta a casa tras las clases. Bromeamos sobre el hecho de tener que pasar solos la noche del Fin de Año chino. Él me habló de unas nuevas estrellas de la comedia en China.

—Por desgracia, no tengo tele —dijo—. Dicen que el nuevo sistema de emisión de la Televisión Central China alcanza hasta el último rincón del planeta, ¡incluido Estados Unidos!

—Yo tengo un televisor de nueve pulgadas —sugerí con entusiasmo.

Ya era tarde cuando me di cuenta de que mi ofrecimiento había sonado demasiado incitante. Dejamos de hablar mientras el autobús seguía su camino.

—Halstead Veintitrés —anunció el conductor—. Halstead Veintiséis... Halstead Veintinueve.

Permanecimos sentados en un silencio incómodo. Resultaba todo demasiado evidente. Un hombre solo y una mujer sola... una pareja de conveniencia. Me sentía demasiado mayor y demasiado consciente. No había nada espontáneo ni inesperado. ¿No se suponía que el amor debía implicar pasión, no solo pura necesidad? Tenía la sensación de estar estropeando la relación antes de que hubiera tenido oportunidad de comenzar.

Cuando el autobús se acercó a la calle Treinta y cinco, Qigu pareció levantarse a cámara lenta, como si dudara y aguardara. Yo me planteé si invitarlo o no, y llegué a la conclusión de que no era yo quien debía pedirlo. Lo vi sentarse de nuevo y levantarse otra vez. Tiró del cordón para solicitar parada y el autobús redujo la velocidad y se aproximó a la acera. En la Treinta y seis Qigu se encaminó hacia la salida, me hizo una señal con la cabeza y sonrió.

Me sentí extrañamente envalentonada. Tal vez fuera solo en mi imaginación donde lo veía moverse tan despacio. Noté una conexión curiosa. El momento oportuno. Y de repente me vi diciendo:

—Puedes venir a ver la tele conmigo, si quieres.

Me convencí a mí misma de que no era más que un gesto entre amigos. Pero ya entonces me di cuenta. No me engañaba más que a mí misma. Sabía exactamente lo que hacía. Visto con la perspectiva del tiempo, no se puede decir que no me lo buscara.

Si cuando se empieza con buen pie, se tiene la mitad ganado, como dice un proverbio chino, cuando se empieza con mal pie, se tiene la mitad perdido. Lo cierto era que yo no tenía ninguna confianza en mí misma. Los cimientos de mi ser estaban podridos, aunque el edificio pareciera mantenerse en pie. Temía tener que vérmelas toda la vida con el aparcamiento nevado y el mal olor de Nick. La diferencia entre mi situación entonces y cuando estaba en un campo de trabajo en China era que tenía casi el doble de edad. Aunque soñaba con que algún día llegara mi príncipe, la realidad se había impuesto. La posibilidad de que apareciera el soñado príncipe se había evaporado.

Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que ya me había dado por vencida a los treinta años. Había reconocido y aceptado la derrota. Me había impuesto a mí misma la condición de perdedora.

Me estaba matando el temor a pensar que estaba perdiendo «el último autobús». Si hubiera mantenido la boca cerrada aquel día en el autobús y hubiera dejado que Qigu bajara en la calle Treinta y seis, me habría evitado una triste historia. Si él tenía los medios para amarme, yo debería haber tenido la paciencia de dejar que lo demostrara. Pero no podía esperar a poner fin al suplicio de verme sola.

«Yo tengo un televisor de nueve pulgadas» fueron las palabras que envenenaron la relación.

Estuvimos tres horas viendo la transmisión televisiva de la China continental y hablando durante los anuncios. Recostados en el estrecho sofá cama juntos, uno al lado del otro, compartimos nuestros recuerdos de infancia, de cuando nos criamos en Shangai durante la Revolución Cultural. Más tarde, Qigu me contaría sus primeras impresiones de mi casa. Se fijó en las feas grietas que había en el suelo de baldosas. «No dudo de que habías limpiado el suelo —me dijo—, pero se veía sucio. Me hizo plantearme tu nivel de exigencia... Es broma.»

Me costó ver el lado cómico de su opinión. Le expliqué que limpiaba el suelo todos los días porque tenía la costumbre de ir con calcetines por el cuarto. Al tratarse de un espacio tan reducido, que no llegaba a un metro veinte por metro cincuenta, era un suelo fácil de limpiar. Me llevé un chasco al ver que le había causado dicha impresión. Al fin y al cabo, era nuestra primera cita.

Aquella primera vez nos despedimos con cordialidad. Ambos estábamos incómodos, sabiendo de sobra lo que hacíamos. Habíamos dejado de ser amigos sin más, y aun así no estábamos preparados para despedirnos con un beso de amantes.

Nos dimos un abrazo, imitando los abrazos americanos, al estilo de los osos, sin rozar el pecho del otro. Qigu me dio un beso en la parte inferior de la mejilla, a un centímetro de los labios. Luego se separó de mí dando un respingo, con la cara roja como un tomate.

Una semana más tarde Qigu me invitó al restaurante Moon Palace del Barrio Chino. Se presentó con regalos, un pañuelo de seda rosado y un libro de arte de Paul Klee. Me sentí halagada, pero también mal por lo que se había gastado, sobre todo en la cena. Él estaba relajado y disfrutando del momento.

A partir de entonces comenzó a visitarme con frecuencia. Veíamos juntos las noticias chinas en la televisión. Un día se quedó hasta pasada la medianoche. Tuvimos relaciones sexuales. No fue nada solemne. Nos pudo la necesidad pura y dura. Ninguno de los dos volvió a mencionar nuestra

«primera vez juntos». Fue como si nos sintiéramos culpables de aquel acto compartido, como si nos hubiéramos utilizado el uno al otro. Nos dejamos llevar porque nos sentó bien, al menos física aunque no mentalmente.

La falta de cocina en mi casa se convirtió en un inconveniente. Me resultaba fácil decirle que sí cuando me invitaba a su casa, donde podíamos cocinar juntos. Para entonces Qigu se había mudado del piso de su amigo. Ahora vivía solo en la última planta de una casa situada en Parnell Street, cerca de la calle Treinta y dos, en el barrio de Bridgeport. Me sorprendía que, contando como contaba con solo unos cuantos centenares de dólares, no temiera alquilar un piso de dos dormitorios con una sala de dibujo, salón y cocina. Cuando le pregunté cómo podía permitirse semejante lugar, me contestó que tenía pensado alquilar una de las habitaciones.

—¿Y si no encuentras a nadie? —quise saber.

—El barco se mantendrá a flote. —Sonrió. Una vez más señaló que me había convertido en una esclava de mi preocupación constante.

Preparábamos fideos chinos con verduras frescas. Hacía mucho tiempo que yo no comía sentada a una mesa con otra persona, y me sentaba de maravilla. Después de cenar, Qigu trabajaba en sus cuadros. Cuando invitaba a amigos a su casa, las conversaciones giraban en torno a la literatura, el arte y la poesía. Poníamos música clásica y a veces bailábamos todos. Margaret seguía acudiendo a sus clases de pintura con pincel. Qigu cautivaba a la gente. El taoísmo y la filosofía zen se transformaban en flores orgánicas que se ramificaban y florecían cuando él las interpretaba.

—¿Por qué no te quedas tú con el otro dormitorio? —me preguntó Qigu un día—. A ti se te va a acabar el contrato de arrendamiento, y yo necesito a alguien con quien compartir el piso. Salimos los dos ganando.

Estaba en lo cierto. Por la misma cantidad de dinero, ciento cincuenta dólares, tendría un dormitorio más grande con salón, cocina y baño. Pero la invitación me disgustó. Me daba la sensación de que Qigu se aprovechaba de nuestra relación. Él no quería venir a mi casa y marcharse en plena noche para volver a la suya con el frío que hacía. Parecía más bien una solución pensada para su propia conveniencia.

Le dije que su ofrecimiento hacía que me sintiera degradada.

—¡No me malinterpretes, por favor! —dijo Qigu—. No pretendía ofenderte. —Se defendió diciendo que estaba comportándose al estilo chino—. Es injusto que esperes que actúe a la americana.

Le pregunté a qué se refería con lo de «a la americana».

—A la americana significa decir «te quiero» cuando la mitad de los matrimonios terminan en divorcio.

Qigu me explicó que me había hecho aquella propuesta movido por el deseo de que fuera su novia.

Le respondí que necesitaba tiempo para pensar en ello. No tenía claro lo que pasaría si me mudaba a su casa. Por desgracia, el único factor determinante de mi modo de vida en aquel momento era el dinero. No se me hubiera ocurrido nunca olvidar el deber que tenía para con mi familia. Mi padre me contaba en sus cartas que tras otro intento fallido de obtener un visado estadounidense, mi hermano se había marchado a Japón, donde trabajaba como lavaplatos para pagarse los estudios universitarios. Me constaba que mi padre albergaba un sentimiento de rencor hacia Japón. Nunca podría olvidar el asesinato que había presenciado en el patio de su propia casa. Mi padre soñaba con que un día yo allanara el terreno a mi hermano para que viniera a

Estados Unidos. Me dijo que mi hermana pequeña había intentado ir a Australia porque había perdido ya toda esperanza de que yo pudiera ayudarla a llegar a América. Esas noticias hicieron que me sintiera fatal.

Mudándome a casa de Qigu ahorraría tiempo además de dinero, ya que él vivía más cerca de la universidad. Tampoco podía negar el hecho de que buscaba consuelo. En poco tiempo habíamos intimado y yo había llegado a depender de él por la capacidad que tenía de tranquilizarme.

Lo que acabó de convencerme para que me instalara a vivir con Qigu fue una feria de arte en la que participamos celebrada en Bloomingdale's, en el centro de Chicago. Yo no creía que tuviéramos posibilidades de vender un solo cuadro, y le dije que pagar los sesenta y cinco dólares que valía el puesto sería tirar el dinero. Sin embargo, él estaba seguro de sí mismo e insistió en que llevara mis pinturas.

Un maestro chino habría tachado mi obra de «espantosa», pero Qigu la consideraba lo bastante buena como para engañar a los americanos. En tono de broma, me llamaba un «nuevo Matisse».

Observé cómo Qigu tomaba el pelo a sus clientes. Primero colocó sus cuadros y los puso a ciento cincuenta dólares cada uno. Luego dispuso los míos al lado de los suyos, a un precio de entre cinco y diez dólares cada uno. Me sentí tan incómoda que me escondí detrás del puesto mientras veía a los compradores pasearse. Qigu tuvo que arrastrarme de nuevo hasta mi sitio para que ofreciera una «demostración en directo de pintura china con pincel».

Mientras yo trabajaba en los cuadros, Qigu intentaba llamar la atención de los que pasaban por allí al grito de «¡Arte chino! ¡Arte chino tradicional!».

Una anciana menuda se paró frente a mí a observar cómo pintaba, y preguntó a Qigu por qué variaban tanto los precios de unos a otros.

—No veo tanta diferencia entre los de cinco dólares y los de ciento cincuenta salvo en el precio.

Qigu le explicó que él había pintado los que valían ciento cincuenta dólares.

—¿Por qué? —inquirió la señora mayor.

—Porque yo soy el maestro —dijo Qigu—. Tengo una formación de veinte años en pintura tradicional con pincel. Mire, los de cinco y diez dólares los ha pintado una amateur. —Y, señalándome, añadió—: Esta hermosa dama, que es estudiante de arte. Fíjese, señora. ¿Verdad que promete? ¿A que parece que sabe pintar? Pues en el fondo es una aficionada y solo puede pedir cinco dólares por un cuadro suyo.

A la mujer no le gustó lo que dijo Qigu.

—Pues si quiere que le diga la verdad —repuso—, me gustan más los cuadros de la aficionada que los del supuesto maestro. La obra de ella me recuerda a Henry Matisse, el gran maestro, ¡mi preferido! —La señora echó mano al bolso—. De hecho, ¡voy a comprar todos sus cuadros por diez dólares cada uno! Acabo de reformar los baños, ¡y esas bellas imágenes de hierbas de vivos colores quedarán ideales!

Qigu sonrió alegre.

—¡Qué ojo tiene, señora! ¡Sabia inversión! ¡No puedo estar más de acuerdo con usted! Esta estudiante de arte, que se llama Anchee Min, por cierto, es un auténtico diamante en bruto.

La anciana asintió.

—¡Sé lo que me hago!

Qigu me guiñó un ojo y prosiguió.

—Señora, no me cabe la menor duda de que esta artista amateur un día será famosa. No olvide su nombre, Anchee Min. Se escribe A-n-c-h-e-e M-i-n. Los cuadros que ha comprado en mi puesto

por diez dólares cada uno valdrán un día ¡cientos y quizá miles de dólares! ¡Las paredes de sus baños quedarán preciosas!

Me entró una sensación reconfortante mientras observaba a Qigu entretener a la señora menuda. Le dio las gracias mientras envolvía cada pintura en papel de periódico. Acabamos vendiendo la mayor parte de nuestros cuadros con pincel, salvo los que valían ciento cincuenta dólares. Después de pagar el coste del puesto, nos quedaron casi trescientos dólares. Eufóricos y entusiasmados como niños, Qigu me preguntó si volvería a hacerlo con él. Asentí. Celebramos nuestro éxito yendo al Barrio Chino a tomar una sopa wonton de gambas.

En mi ceremonia de licenciatura no hubo ni togas ni birretes. La escuela había decidido respetar los deseos de los estudiantes de acabar con la tradición. Para mí la ceremonia se pareció más a las protestas que había visto frente al ayuntamiento de Chicago. Algunos licenciados iban con los tejanos y las zapatillas de deporte que llevaban a diario. Otros eran más creativos. No me atreví a enviar fotos a China. Mi familia habría pensado que les gastaba una broma.

Lamenté no poder ponerme toga y birrete. Deseaba que los míos se sintieran orgullosos. Pero no tenía elección.

—Eso no es cierto, señorita Min —me dijo el asesor universitario—. Sí que tiene elección. Tiene derecho a ir vestida como quiera. Puede alquilar un birrete y una toga en cualquier parte.

Menudo plan ser la única vestida al estilo tradicional. Se me vería ridícula y fuera de lugar. Daría la sensación de estar haciendo «apología» de algo, y ofendería a mis compañeros. Además, no quedaría creíble en una foto. La gente en China me señalaría diciendo: «¡Esto es una ceremonia de fin de carrera falsa! Fijaos, si los de detrás no llevaban el mismo birrete ni la misma toga!».

Al final me puse el disfraz que me había hecho. Era una toga blanca de raso con caligrafía china pintada en tinta negra. Las mangas, con forma de alas, estaban pensadas para bailar y realzar la caligrafía, no para caminar o estar quieta. Se me veía ridícula, pero no fuera de lugar.

El diploma que me dieron no hizo que me sintiera realizada. Tampoco me consoló el hecho de que me hubieran aceptado en un curso de posgrado, lo que me permitiría prolongar el visado dos años más. Recordaba el discurso que había dado el rector hacía cuatro años en la jornada de orientación. Ahora formaba parte de ese noventa y nueve por ciento de los licenciados que no lograría encontrar trabajo de lo que había estudiado. Si hubiera hablado inglés mejor y hubiera podido cambiar de facultad, nunca me habría quedado allí.

Cuando comenzó el nuevo semestre, busqué catedráticos que fueran «flexibles», que reconocieran mi mérito y al mismo tiempo me dejaran tranquila. La universidad ofrecía poca ayuda a la hora de buscar empleo. Mis compañeros de clase eran unos soñadores, y los profesores se aseguraban de que siguieran sumidos en su estado de ensoñación. Se animaba a todo el mundo a llevar una vida poética, a señalar un caballo y decir que era un dragón. Según Qigu, la universidad era un «entorno necesario y nutridor» porque «el sentido común mata el arte».

En una ocasión, tras mostrar un trabajo para clase, un vídeo documental en el que aparecía mi amiga Joan Chen, me criticaron por ser «ridícula» y «comercial». Hasta que no aprendí a hablar el «mismo idioma» no me aceptaron y respetaron como a una «artista seria».

Aprendí a fingir. Me sumé a los demás y aplaudí con entusiasmo cuando el maestro americano John Cage visitó nuestra facultad. El señor Cage era conocido por su famosa *performance*, consistente en permanecer inmóvil sentado ante un piano durante veinte minutos. Gozaba del mayor de los respetos por haber interpretado una obra maestra sin tocar una sola nota.

En clase de historia del cine el profesor nos puso una película de tres horas con una única escena: una mujer en su cocina pelando patatas. Era una «proclama conceptual», pero me dio sueño. Soñé que me convertía en una indigente. Me desperté pensando que mis compañeros

podrían conseguirme vales de comida y protección del gobierno estadounidense. Me deportarían a China.

Desde el primer momento Qigu supo no tomarse en serio los trabajos de la universidad. Visitaba galerías. Presentaba su obra en concursos nacionales e internacionales. Y siempre conservaba el optimismo, la calma y la amabilidad, incluso después de que lo rechazaran reiteradamente. Tanto los profesores como los compañeros lo adoraban. Con ese aire de sabio oriental, Qigu hablaba con esmero y elegancia. En comparación con él, yo parecía una imbécil. «Signo», «significante» y «significado» eran términos que yo empleaba en mis críticas. Intentaba compensar mis graves deficiencias con la vestimenta. Me agujereaba los tejanos para que las rodillas quedaran al descubierto. Me manchaba la mitad de la ropa con tinta y pretendía haberme inspirado en Jackson Pollock.

Para entonces habían dejado de incomodarme las extravagantes obras de los «artistas de acción». Ya nada me sorprendía. Cuando un profesor se pasaba con los elogios salía de clase a hurtadillas. Tengo que reconocer que había algunas piezas brillantes, pero la mayoría eran pura bazofia, incluidas las mías. «Todo vale» significaba que uno podía escupir y mear en el lienzo y llamarlo arte.

Qigu y yo buscábamos trastos viejos en los cubos de basura y los contenedores para escombros. Recorriamos los callejones de Bridgeport. Cogíamos colchones manchados y muebles rotos. Una vez en casa, limpiábamos lo que habíamos encontrado. Qigu era mañoso para arreglar muebles con pegamento y clavos. Cuando llegó el invierno ya habíamos llenado nuestro nido con objetos de la calle. Además de colchones teníamos estructuras de cama, sábanas, cacharros y utensilios de cocina, cubos, taburetes, sillas, mesas, lámparas y estanterías.

Un día llegó de California un artista amigo de Qigu. Fuimos a recogerlo al aeropuerto. Yo me senté en el asiento del copiloto, Qigu detrás de mí y su amigo al volante. Era un coche pequeño, así que me eché hacia delante a fin de dejar espacio a Qigu. Para caber mejor, subí las rodillas y las apoyé en el salpicadero. Qigu y su amigo iban charlando cuando nos adentramos en el centro de la ciudad.

En el cruce de Columbus Drive con Jackson Avenue el amigo de Qigu aceleró para llegar a la cola de un semáforo en ámbar. Sin embargo, en el último momento cambió de idea y pisó a fondo el freno al ponerse el semáforo en rojo. El coche que teníamos detrás nos dio de lleno. El impacto dejó a Qigu inconsciente en el acto. Ninguno de nosotros sabíamos que debíamos llevar puesto el cinturón de seguridad. Yo tuve suerte por cómo iba sentada; el llevar las piernas en el salpicadero me obligaba a pegar el cuello en el respaldo, y eso me sirvió de apoyo. Salí del coche, corrí hasta la cabina más cercana y llamé a urgencias.

Qigu sobrevivió, aunque los médicos no estaban seguros del alcance de las lesiones. Amigos, profesores y compañeros de clase hicieron piña a su alrededor en la habitación del hospital. Cuando fui a verlo, llevaba un collarín de espuma. No esperaba que me trataran como la esposa de Qigu, pero así fue. Las enfermeras y los médicos me llevaron a un lado y me pusieron al corriente de su situación. Un fisioterapeuta llegó a llamarme «señora Jiang». Me propuse interpretar dicho papel hasta que Qigu se recuperara.

Tras salir del hospital, Qigu se volvió más dependiente de mí. La indemnización de la aseguradora apenas cubrió los costes médicos. El conductor que había chocado contra nosotros vivía de una pensión de invalidez del gobierno. No tenía bienes ni ingresos y los que viajaban con él ya lo habían demandado. Dado que Qigu no tenía ningún hueso roto, no prestaron atención al dolor de cuello del que se quejaba ni a la demanda que interpuso.

Seguimos adelante. En el Festival de Blues anual de Chicago, Qigu y yo nos dedicamos a hacer retratos. Mientras yo vigilaba por si venía la policía, él dibujaba. El cuello se le agarrotaba y le dolía tanto que ya no podía girar la cabeza. Cuando me daba los fajos de billetes de un dólar para que los contara, me echaba a llorar. Me sentía como una esposa de una aldea china que hacía una fortuna a fuerza de vender boniatos en el mercado. El día que mejor nos fue, nos cogió un agente de policía. Nos confiscaron hasta el último dólar que habíamos ganado. Además, nos pusieron una multa por trabajar sin permiso.

Para ahorrar en la factura de la calefacción, tapamos las ventanas del piso con láminas de plástico. Con más plástico aún, en el rincón del salón situado junto a la estufa, creamos un espacio interior similar al de un capullo. Encendíamos la estufa diez minutos al día; cinco minutos por la mañana cuando nos despertábamos, y cinco minutos por la noche antes de acostarnos. Me di cuenta de que estaba menos preocupada por la deportación y el afán de conseguir un permiso de residencia. Qigu me convenció de que no había razón para tener tanto miedo.

Comenzaba a adorar a Qigu, aunque de vez en cuando me sentía confusa y dudaba de mi propio criterio.

A Qigu no le interesaba hablar acerca de nuestra relación. Decía que quería que siguiera siendo como era: «poética». Criticaba la cultura superficial de Estados Unidos.

«Nosotros somos de China y tenemos otros valores y principios», afirmaba. Yo interpretaba sus palabras como un compromiso personal. Qigu me hizo creer que él era lo opuesto a la superficialidad de América.

A veces me despertaba en mitad de la noche atormentada por la duda. Me preguntaba si estaría cavando mi propia tumba. Yo no era la mujer liberal que Qigu creía que era. Tenía los pensamientos normales y corrientes de una mujer china convencional. Deseaba una familia, por ejemplo. Me moría por saber si yo significaba algo para Qigu, si él me amaba lo suficiente como para proponerme matrimonio en un futuro. Lo que más me preocupaba era que a mí nuestra relación no me parecía «poética».

A Qigu le molestaba mi inseguridad en cuanto al dinero. Me pedía que dejara de darle la lata, porque no tenía ningún interés en trabajar de camarero. «Con las propinas nunca te harás rico», decía. Él buscaba otras formas de alcanzar el éxito.

Qigu habló un día con un agente inmobiliario del Barrio Chino llamado Kim Lau, un tipo simpático originario de Hong Kong. Tras su encuentro con él, Qigu no paraba de hablar de la «entrada» para una vivienda. Yo pensaba que se había vuelto loco.

Yo tenía ahorrados nueve mil dólares de los múltiples empleos en los que había trabajado a lo largo de los años. Qigu poseía unos dos mil.

—¡Kim Lau me ha dicho que podríamos juntar nuestro dinero e invertirlo en un edificio de viviendas para reformar! —dijo Qigu, entusiasmado. Se arremangó y mostró sus músculos raquíuticos—. He quedado con el señor Kim Lau para que oigas lo que tiene que decir.

El letrero de la inmobiliaria de Kim Lau era el más grande del Barrio Chino. Su oficina nueva estaba situada en la esquina de Halstead con la calle Treinta y uno. La señora Lau hacía de recepcionista y secretaria. El señor Lau tenía una sonrisa encantadora que desarmaba. Llevaba el pelo bien cortado y vestía un traje gris con corbata. Sus ojos pequeños miraban agitados tras las gafas mientras hablaba. Una vez que Qigu describió nuestra situación y le pidió su opinión, dijo:

—Me alegro de que hayáis decidido venir a verme.

El señor Lau hizo señas a su esposa para que le pasara una calculadora, con la que realizó un

baile de dedos.

Qigu y yo lo observamos fascinados. El señor Lau no tiene pinta de sinvergüenza, pensé, pero podría serlo.

Recordé la vez que me habían timado y había perdido trescientos dólares. Estaba decidida a no volver a confiar ciegamente en nadie.

El señor Lau nos dijo que podíamos pagar la entrada con el dinero que teníamos. Sin embargo, lo difícil sería conseguir un préstamo.

—Cualquier banco os considerará «de alto riesgo» por no tener un trabajo estable —observó el señor Lau—. Probablemente no reunáis los requisitos necesarios para que os concedan siquiera el préstamo al interés más alto, el diez por ciento. Los bancos rechazarán vuestra solicitud sin más.

—¿Quiere decir que no hay nada que podamos hacer? —preguntó Qigu.

El señor Lau sonrió mientras apartaba la calculadora.

—Siempre hay alternativas. —Nos dijo que estaba pensando en una prestamista privada, una taiwanesa llamada señora Mei—. Lo que no saben los bancos americanos es que los chinos pagan sus deudas, en la mayoría de los casos. La señora Mei os cobrará un interés más alto que cualquier banco de aquí, un trece por ciento, pero ¡tendréis el préstamo!

Esgrimiendo su sonrisa, el señor Lau nos preguntó por nosotros. Quería saber qué tipo de relación teníamos Qigu y yo.

—¿Sois novios, estáis prometidos?

Qigu le respondió que vivíamos juntos.

—Eso suena a relación estable —apuntó el señor Lau—. Si no es así, la señora Mei no os prestará el dinero, de eso estoy seguro. Tenéis que ser pareja. ¿Queréis que la convenza para lo del préstamo?

Qigu y yo apenas podíamos creer que estuviéramos «buscando casa» de verdad en Estados Unidos. El señor Lau nos enseñó su oferta de inmuebles. Por un lado hacía ilusión, por otro daba miedo.

Al cabo de unos días el señor Lau nos mostró una finca urbana medio desocupada situada en South Union Street. Constaba de cinco viviendas, tres delante y dos detrás.

—El precio refleja su estado —dijo el señor Lau—. Se vende como un edificio para reformar por sesenta y seis mil dólares, que es una cifra razonable. El propietario tiene prisa por vender.

Qigu y yo salimos de la oficina del señor Lau con la cabeza como un bombo. Calculamos que si arreglábamos la finca y alquilábamos todas las viviendas, no solo podríamos ir pagando la hipoteca a la señora Mei, sino que además podríamos vivir en uno de los cuartos libres.

—Sería como volver a estar en un campo de trabajo —dije—. Con la diferencia de que esta vez estaríamos trabajando para nosotros.

—¡Sería el sueño americano hecho realidad! —coincidió Qigu.

Al día siguiente el señor Lau llegó con buenas noticias. La señora Mei había accedido a darnos la hipoteca a un interés alto. Fuimos a la oficina del señor Lau para formalizar la transacción inmobiliaria. Fue una situación surrealista. Quedamos con la señora Mei, una señora elegante, bien vestida, con la permanente, y fuimos juntos al corredor de fincas. El señor Lau nos guió paso a paso. Firmamos un documento tras otro. Renunciamos a inspecciones y cobertura de seguros porque no nos quedaba dinero. Supusimos que como ya sabíamos que el edificio estaba

para reformar, sería más sensato ahorrarse dichos gastos y así poder pagar los materiales y las herramientas necesarios para arreglarlo.

Veía que aquel no era un asunto menor. Lo que me molestaba era que mi relación con Qigu no acababa de estar definida. Él decía que era una inversión conjunta. Nos habíamos embarcado en una empresa juntos. Me prometió que si en el futuro nos separábamos por el motivo que fuera, se llevaría solo sus dos mil dólares iniciales. «Si hubiera beneficios, los dividiríamos a la mitad.»

Qigu me dio una palmadita en el hombro y me dijo:

—Deja de preocuparte, Anchee. Somos chinos, y la manera de ser americana no va con nosotros. Lo material nunca debería ser un elemento decisivo en nuestra relación.

Sentía que no tenía ningún motivo para no confiar en Qigu. Después de todo, él era el hombre con el que me acostaba. Quería creer que estábamos construyendo un hogar juntos. Me convencí de que Qigu tenía unas costumbres chinas muy arraigadas y de que era demasiado tímido para decir «Te quiero». Prefería pensar que él demostraba su amor con sus acciones. ¡Teníamos una deuda en común de cincuenta mil dólares! No podía haber un vínculo más fuerte.

Con todo, la incertidumbre me rondaba como un fantasma. Al final la confianza que tenía en mí misma se vino abajo. Comencé a dudar de mí misma. ¿Por qué no podía mirar a Qigu a los ojos y preguntarle si me amaba? Lo intenté en una ocasión, con mucho sentimiento, y me dijo que sonaba ridícula.

—Es mejor que no digas eso —repuso.

El término «amor» sonaba irónico, superficial y socarrón para alguien que se hubiera criado en China, en eso estaba de acuerdo.

—Ya sabes lo que yo siento por ti —dijo—, y yo sé lo que tú sientes por mí. ¿No basta con eso?

Aun así lamentaba no tener el valor para pedirle que me aclarara lo que quería decir. Si no lo hacía era porque tenía miedo de acabar con la «poesía». Tanto Qigu como yo veníamos de un lugar donde teníamos enterrada nuestra memoria. Me encantaba la canción «The Way We Were» (Como éramos). Cuando los recuerdos se volvían demasiado dolorosos, la mejor manera de enfrentarse a ellos era limitarse a olvidar que habían existido siquiera.

Un día, después de cenar, le pedí a Qigu que me contara los recuerdos que tenía de su primer amor. Yo nunca había oído la historia. Se conocieron en la universidad, en China. Ella tenía diecinueve años, y él, veintidós. La joven era de la provincia de Sichuan, hija de una familia de campesinos. La pareja tenía que romper su relación porque él quería abandonar el país, viajar a Estados Unidos. Él le dijo que no quería hacerle daño. Sin embargo, la relación siguió adelante. El amor persistió hasta el momento en que él obtuvo un visado estadounidense. Ella no se tomó la noticia nada bien. Intentó felicitarlo, pero en lugar de eso se derrumbó.

Entre las sombras que creaba la luz de la lámpara, Qigu hablaba en voz baja. Era como si estuviera contando la historia de otra persona. Las pausas que hacía entre sílabas revelaban su sentimiento. Su voz contenida dejaba entrever el dolor. Él insistía en que no sufrió, ya que llevaba tiempo mentalizándose de que pagaría caro su deseo de ir a Estados Unidos.

Hubo un momento definitivo en su romance condenado al fracaso. Ocurrió dos semanas después de que la pareja se separara, cuando la chica se presentó en su piso. Le contó que se había prometido y que iba a regresar a su provincia. Le pidió estar con él una última vez, para despedirse. Aquella noche ella le hizo un regalo: se acostaron juntos por primera vez. La joven pensaba que el acto les permitiría poner fin a su relación.

—Luego ella dijo algo que nunca olvidaré —recordó Qigu—. Dijo: «Ojalá no te hubiera amado jamás».

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Te arrepentiste de amarla?

—El taoísmo y la filosofía zen tienen enseñanzas que hablan de esto —explicó Qigu—. Hay una manera de sobrellevar la carga. Dejarte llevar por la vida. Así, tal cual. Sin intentar resistirte. Uno sale ganando si no hace nada a nivel personal. Solo cuando no haces nada, lo haces todo. No hacer nada es de sabios. Es la mejor manera de hacer frente a la tragedia. Solo se puede sobrevivir si no haces nada.

—¿Así que te dejaste llevar sin más? —le pregunté.

—Sí. Ella insistió.

—Pero ¿qué quieres decir con no hacer nada? Mi pregunta es si la amabas.

—No lo sé, la verdad. Me daba miedo amar. Tenía que formar mi mente.

Qigu alargó el brazo hacia la lámpara y apartó la luz de él.

—No soy el único que se sacrificó —prosiguió con voz serena—. Conozco a muchos que renunciaron a sus relaciones o permanecieron sin pareja durante los cuatro años de facultad. Y todo por perseguir el sueño de venir a Estados Unidos.

¿Habría hecho yo lo mismo de haber sido aquella joven?, me pregunté.

—Cuesta menos cuando dicho sacrificio es esperado y compartido —concluyó Qigu—. Como en la guerra, donde se sabe que habrá víctimas. No te lo puedes tomar como algo personal.

—Pero es que es personal.

—Esa es la ironía de la vida.

—En el campo de trabajo la situación era similar —dije lanzando un suspiro—. Para poder volver a la ciudad, muchos sacrificaban sus relaciones. La gente tenía miedo de enamorarse porque las despedidas resultaban insoportables.

—Ahí está la tragedia. —La voz de Qigu se fue apagando en la oscuridad—. Aun así, la vida sigue. Como siempre.

¿Había conseguido realmente pasar página? ¿Había olvidado a aquella chica? No me hacía falta oír las respuestas. Intuía que Qigu seguía aferrado a sus recuerdos. Igual que yo. Deseaba poder engañarme a mí misma. Éramos como camisetas doblemente teñidas. Un nuevo lavado con lejía no servía para eliminar los viejos estampados. Las imágenes bien incrustadas seguían saliendo a la superficie.

Qigu dijo que en su libro de valores el amor era esperanza y los sueños eran el destino en sí.

Le pedí que se explicara.

—El hecho de que en Estados Unidos haya un índice de divorcios del cincuenta por ciento significa que la mitad de la población está desilusionada con su vida sentimental. La gente sigue adelante como si nada, comiendo, bebiendo, durmiendo, tirándose pedos, etcétera. Yo digo, ¡déjate llevar por la vida! Por eso los artistas son los más felices. Optan por no regirse por el abecé de la vida; se niegan a comportarse según las normas establecidas por la sociedad. Un artista vive en el reino de su propia imaginación. El arte es la mejor religión. Es el opio sin efectos secundarios.

Sentí que íbamos por vías distintas. Yo quería que mi vida fuera una historia de amor. Quería poder decir «Te quiero» a Qigu y que él me respondiera lo mismo.

La duda estaba servida. No había manera de huir de ella. Continuaba asediándome. Hacía que me sintiera deshonesto. No debía agarrarme a un clavo ardiendo. Lo mejor sería que pusiera fin a ello yo misma. Tenía que enfrentarme a mi cobardía. Lo que había que hacer era honrar a la

verdad, por muy hiriente y desagradable que fuera. La verdad conduciría a la verdadera belleza. Sería el mejor regalo que podría hacerme a mí misma y a Qigu.

—El arte se basa en la ambigüedad —dijo Qigu.

Pero yo no veía belleza alguna en la ambigüedad de nuestra relación.

Aun así seguía agarrada a aquel clavo ardiendo, con todo el descaro y la irresponsabilidad del mundo. Lo cierto era que no tenía el valor de enfrentarme a la verdad. Me faltaba confianza para creer que podría sobrevivir en Estados Unidos por mis propios medios. Dejé que el miedo se apoderara de mí.

Habían pasado cinco años, y conseguir un permiso de residencia y trabajo seguía siendo un sueño. Ya no veía la luz al final del túnel. Me había prestado a arrastrarme a cuatro patas. Había hecho lo que mis padres me decían que no hiciera nunca. Ahora vivía con un hombre que no era mi marido y estaba endeudada como mis padres jamás habrían podido imaginar.

Qigu era un pretendiente decente comparado con otros. Yo parecía atraer a hombres con problemas: marginados sociales, alcohólicos, casados. «Con unas hectáreas de tierra y una vaca, marido e hijos, una mujer es feliz», decía una canción popular china que me encantaba. Rezaba para que Qigu viera que yo merecía la pena. Además de compartir cama con él, intentaba demostrarle que también podía ganar dinero y ocuparme de la casa.

No excitaba a Qigu, ni siquiera cuando salía desnuda de la ducha. Deseaba saber qué hacía mal. Según las enseñanzas de mi madre, «si eres buena con tu hombre, él lo será contigo». Yo no podía evitar pensar a veces que el problema era que Qigu no había superado la pérdida de su primer amor. Quería a la chica que había dejado atrás; con el tiempo averigüé que había más de una chica. Vivíamos como una pareja de ancianos. Qigu hablaba de lo que fuera que tuviera en la cabeza mientras estaba sentado en el retrete y yo vaciaba mi bolso y contaba las monedas que había en el suelo.

—Yo elijo dar a luz al arte —me respondió Qigu cuando le pregunté si alguna vez se había planteado tener hijos.

¿Cómo es que yo no elegí no solo no escucharlo, sino además tomármelo a broma?

—Serás un buen padre —recordaba haberle dicho—. Ya cambiarás de idea con el tiempo.

Cuando el señor Lau nos felicitó por la adquisición de la propiedad, me entró el pánico. En lo único que pensaba yo era en que no podríamos pagar el préstamo hipotecario. Bastaría solo con que nos fallara uno de los inquilinos. No nos quedaban ahorros. Para evitar gastos, Qigu y yo nos alimentábamos de fideos instantáneos en taza, que costaban un dólar el paquete de siete unidades. Qigu creía que nos ocurrirían cosas buenas si yo conseguía relajarme, y señaló que acabábamos de comprar un Chevrolet de segunda mano por el módico precio de sesenta y cinco dólares. Bueno, en realidad no lo habíamos comprado. Un amigo cristiano que Qigu había conocido en una iglesia nos dio el coche para ayudarnos en nombre de su Señor. Pero yo no podía apartar de mi mente la deuda de la hipoteca, los impuestos derivados de la propiedad y las facturas de los suministros.

Al día siguiente de comprar la finca descubrimos que en los pisos vacíos habían estado viviendo dos indigentes gordos. En el patio había aparcados carritos de la compra robados de supermercados. Encontramos a los hombres borrachos en una habitación llena de sobras de pizza, botellas de licor vacías, latas de refrescos y colillas tiradas por el suelo. Se quejaron de que no

tenían agua. El váter estaba hasta los topes de excrementos. Como el edificio no se había calentado bien durante el invierno, las cañerías habían reventado.

Les dimos tres días para que abandonaran nuestra propiedad. Les explicamos que teníamos que arreglar la finca. «Claro, claro», contestaron.

Las tres viviendas que daban a la parte de delante estaban peor de lo que nos había parecido en un principio. La del sótano se hallaba ocupada por una pareja de jubilados, Bruno y Helen, que se pasaban el día borrachos. Helen le contó a Qigu que a Bruno y a ella les corría el alcohol por las venas como herencia de sus antepasados irlandeses. «Bruno tiene que tomarse una docena de cervezas al día y algún que otro lingotazo para poder funcionar.»

Bruno se rebotó y dijo que eso era porque tenía que vérselas con una bruja como Helen. «Es alcohólica de nacimiento.»

El piso apestaba. Ni Bruno ni Helen sacaban nunca a pasear a su perro, de nombre Washa, un animal malo, salvaje y agresivo. Atacaba a todo el mundo y corría dando vueltas por el solar cubierto de malas hierbas que había al lado de nuestro edificio. En nuestro primer encuentro, Washa me atravesó los pantalones de un mordisco y me dejó los dientes marcados en el muslo.

Con aliento a alcohol, Helen nos contó que Bruno y ella llevaban allí desde el día de su boda. Tenían una hija soltera, de veinticinco años y embarazada, que vivía con ellos. El padre del bebé era un camionero mexicano al que ellos desaprobaban como yerno. No sabíamos que eso era un aviso de lo que tendríamos que pagar por cambiar las ventanas, pues el yerno se dedicaba a romper los cristales a balazos.

Una italiana ya mayor llamada Maria y su hermano John, ambos de sesenta y muchos años, ocupaban el piso situado encima del de Bruno y Helen. Plantados Qigu y yo en su pulcra cocina, no entendíamos una sola palabra de lo que nos decían. Hasta que Maria se agachó y comenzó a imitar un bicho arrastrándose por el suelo no comprendimos que estaba quejándose de las cucarachas.

Qigu y yo no sabíamos qué hacer aparte de ofrecernos a comprar un matacucarachas. Maria sacudió la cabeza con violencia. Con ayuda de su hermano, se subió a una silla y alargó el brazo hacia el armario, de donde sacó una bolsa de plástico llena de insecticida. John nos mostró que quería abrir las ventanas, pero que no podía porque los marcos se habían podrido. Qigu le dijo que arreglaríamos sus problemas lo antes posible.

En la tercera planta vivían dos mexicanos, Alfonso y José, que apenas chapurreaban el inglés. Nos dijeron que no era justo que les subiéramos el alquiler, pues vivían ellos dos solos, sin familia, y solo utilizaban el piso para dormir después del trabajo.

Nosotros les respondimos que podían irse a otra parte si les parecía que nuestro alquiler era excesivo. Señalamos que, aun con el incremento, el nuestro era el alquiler más barato de toda la manzana. Alfonso dijo que ya lo sabía, y que por eso no se mudarían. Añadió que la instalación eléctrica del edificio estaba fatal. «Hace como chasquidos», dijo.

Cuando los indigentes se fueron, comenzamos a sacar la basura que habían dejado allí a la parte trasera del edificio. Mientras vaciábamos armarios y cajones, descubrimos un montón de álbumes de fotos en los que salían retratadas varias generaciones de una familia blanca. Eran la historia entera de la vida de alguien. Había más de una veintena de álbumes minuciosamente enmarcados, señalados y fechados. A mí no me cabía en la cabeza que alguien se hubiera ido de allí dejando aquellos álbumes.

Qigu y yo los cogimos y los pusimos encima de unas cajas, como si estuvieran expuestos, al lado de los cubos de la basura. Confiábamos en que los vecinos los vieran y contactaran con

quienquiera que hubiera vivido allí. Pasaron los días y no vino nadie a reclamarlos. El camión de la basura llegaba y se marchaba, sin tocar las cajas. Cuando comenzó a llover me sentí fatal. No soportaba la idea de que los álbumes se estropearan. Qigu y yo volvimos a meterlos en las cajas y los llevamos adentro. Cuando dejó de llover, sacamos de nuevo las cajas. Tardamos un tiempo en convencernos de que no había nadie interesado en recoger los álbumes. Me molestaba tener que ser nosotros quienes tomáramos la decisión de tirar a la basura aquellos preciados recuerdos.

Nos sentamos en el suelo y hojeamos los álbumes uno por uno como si fueran nuestros. Oí a Qigu suspirar mientras pasaba las páginas.

—Parece que la familia era de origen polaco. Estos son los bisabuelos. Serían los inmigrantes de primera generación, como nosotros.

—Mejoraron en el vestir a medida que la familia iba creciendo —observé—. Casi me imagino cómo construyeron su vida en Estados Unidos.

—Qué lástima que estos álbumes no se los quede un museo —dijo Qigu—. Son una muestra de la verdadera historia de América.

Qigu y yo comunicamos a nuestro casero de Parnell Street que dejaríamos el piso al mes siguiente. El dueño nos preguntó si conocíamos a algún estudiante chino interesado en alquilarlo. Nos dijo que habíamos sido unos inquilinos excelentes y que nos echaría de menos.

Regresamos a nuestra finca después de cenar. Habíamos estado hablando acerca de lo que costaría contratar a un electricista autorizado. Llegamos a la conclusión de que no tendríamos más remedio que gastarnos el dinero.

—Si intentáramos arreglar los problemas eléctricos por nuestra cuenta —le dije a Qigu—, nos expondríamos al serio peligro de un incendio...

No di crédito a lo que veían mis ojos mientras la palabra «incendio» salía de mi boca: nuestra finca estaba ardiendo. Parecía una película de catástrofes, con el tejado envuelto en llamas y el humo saliendo por la parte trasera del edificio, donde habían vivido los dos indigentes.

Bruno salió corriendo en pijama. Helen gritaba a su espalda mientras agitaba los brazos en el aire. Oí el sonido del coche de bomberos a lo lejos.

—¡No puede ser nuestra finca! —le grité a Qigu—. ¡La acabamos de comprar y no está asegurada!

Qigu y yo volvimos a mirar el número de la casa y nos quedamos atónitos al darnos cuenta de que se trataba efectivamente de la nuestra.

Explicamos a los agentes de la policía que éramos los nuevos propietarios y que dos indigentes habían estado viviendo allí sin nuestro permiso. El policía nos dijo que no habían encontrado a nadie en el edificio. No había ningún testigo que pudiera demostrar quién había provocado el incendio.

—¿Y los carritos de la compra que los indigentes dejaron en el patio? —pregunté.

—Lo siento, señora, pero los carritos no podrían considerarse una prueba válida.

El agente nos dijo que lamentaba no poder hacer nada para ayudarnos.

Al cabo de unas semanas uno de los indigentes regresó para visitar a Bruno. Ambos estuvieron bebiendo mano a mano en el patio. Rieron juntos y lanzaron las latas de cerveza vacías en el carrito de la compra. Más tarde, después de una riña con su marido, Helen me contó que el indigente había reconocido ante Bruno que había sido él quien había provocado el incendio.

Qigu y yo trabajamos todo el año en la reparación del piso afectado por el incendio. Dormíamos en el desván. No teníamos dinero para comprar herramientas eléctricas ni podíamos permitirnos pagar para que nos ayudaran. Tuvimos que aprender a hacerlo todo nosotros mismos. Para conservar nuestra situación legal, seguimos estudiando. Hicimos cursos de estudio independiente para ganar tiempo.

Las ferreterías y los almacenes de madera de la zona se convirtieron en nuestras auténticas aulas. Aprendimos todo lo relacionado con la reforma de una casa vieja. Dejamos en el esqueleto la parte del tejado dañado por las llamas. Tirar paredes y retirar los escombros fue mucho más fácil que arrastrar las láminas de contrachapado de dos metros y medio por un metro y veintidós centímetros de grosor. Lo irónico era que el campo de trabajo de China me había preparado para aquello. Yo cargaba con lo más pesado, ya que Qigu no se había recuperado de la lesión cervical sufrida en el accidente de coche. El collarín de espuma que llevaba se había vuelto gris de la suciedad.

Tenía miedo de caerme cuando llegó el momento de cubrir la estructura del tejado con un nuevo contrachapado. Me dije que Qigu no podría hacerlo solo. Era un día de viento. Las rodillas me temblaban sin parar. A mis pies veía el estrecho callejón tres pisos más abajo. Me imaginé cayendo hasta dar con mi cuerpo en el cemento. El tejado tenía una inclinación muy pronunciada. Qigu necesitaba que yo sujetara, deslizara y empujara las láminas hasta colocarlas en su sitio y que luego las clavara a martillazos.

Me sugirió que me atara una cuerda a la cintura por seguridad. Así lo hice, pero el problema era el peso. No tenía la fuerza necesaria para levantar las grandes láminas. Probamos con varias opciones, todas ellas infructuosas. Al final Qigu telefoneó a un amigo de la universidad, carpintero de profesión, que acudió a ayudarnos. Con dos hombres trabajando juntos en el tejado, y yo de ayudante, logramos tenerlo cubierto antes de que cayeran las primeras nieves.

En diciembre terminamos de vaciar el interior quemado, incluyendo paredes, ventanas, baños y cocina. Yo iba con mascarilla, un gorro de ducha y guantes. Tenía la ropa mugrienta. Bromeábamos con el hecho de que las fosas nasales se nos pusieran negras, como dos chimeneas, aun llevando mascarilla. Una capa de polvo cubría el pelo de Qigu.

Un día me entró algo en los ojos. Me dolía a rabiar y me pasé varios días lagrimeando sin parar. Tenía el ojo derecho hinchado e inyectado en sangre. Al restregármelo se me puso peor. Seguí trabajando medio ciega.

En el rastro de Maxwell Street de Chicago compramos varias herramientas de segunda mano, entre ellas una sierra mecánica y un taladro eléctrico. Luego nos dirigimos al almacén de madera y cargamos el coche con materiales de construcción. Allí, en un pequeño puesto ambulante, nos comimos unos perritos calientes polacos. A Qigu le gustaba mucho la cebolla asada. Le encantó decir al vendedor: «Con extra de cebolla, por favor». Nunca habíamos probado nada tan delicioso.

Mientras observaba cómo Qigu daba un buen mordisco a su perrito caliente polaco, me embargó la dicha que reflejaba su rostro.

Me encantaba la sensación de que estuviéramos trabajando codo con codo como un equipo. Cuando llegó el momento de emprenderla con las cañerías, nos convertimos en compañeros de trabajo en la delicada labor de la soldadura. Mientras Qigu preparaba el interior de la pieza de conexión con un cepillo metálico redondo, yo limpiaba el exterior de la tubería con estropajo de acero.

«Ten cuidado con los bordes afilados», me decía él.

Yo esperaba a que Qigu midiera y cortara el tubo para luego unir las conexiones. Una vez que él aplicaba la pasta fundente para soldar, yo encendía el soplete de propano y se lo pasaba.

Mientras tanto, me apresuraba a introducir un dedo de soldadura en la junta. Qigu mantenía la punta de la llama pegada al centro de la conexión. Aguardábamos hasta que la pasta fundente comenzaba a echar chispas.

Observábamos con atención mientras la junta absorbía el fundente líquido por la acción capilar. En cuanto Qigu decía «¡Ahora!», yo limpiaba el exceso de soldadura con un trapo.

En aquellos momentos, cuando Qigu calentaba las conexiones con el soplete, cuando esperábamos a que el fundente echara chispas, cuando la soldadura líquida sellaba las uniones de cobre, sentía que mi corazón estaba en casa.

Me encantaba el modo en que Qigu mantenía su mirada fija en la llama. Su concentración me parecía atractiva e incluso seductora. Enfundados en gruesos abrigos de invierno, nos movíamos como dos osos polares en medio de un bosque de tuberías de cobre. A Qigu se le ponía la nariz roja con el frío glacial de la habitación. Recuerdo que pensaba: «Ahora mismo lo besaría». Puede que él nunca llegara a amasar una fortuna, pero seríamos ricos en amor. Comencé a ver a Qigu como mi ideal de campesino que araba la tierra infatigablemente, y quería ser su esposa.

El Chevrolet de sesenta y cinco dólares nos había hecho un buen servicio, aunque las luces delanteras y traseras ya no funcionaban. Cada vez que cogía el coche, tenía que meter linternas en los huecos de las luces, y al regresar a casa las sacaba. Un día olvidé apagarlas después de aparcar y se les gastaron las pilas. La policía me puso una multa. Antes de que me diera tiempo de ahorrar lo suficiente para pagarla, me llegó otra. Un policía había informado al ayuntamiento de que tirábamos escombros de obra a los contenedores de basura. No sabíamos que aquello fuera ilegal. La pérdida de dinero me deprimió. Qigu intentó animarme con la historia china del jinete: a un hombre se le escapó el caballo y se quedó consternado por la pérdida, pero mientras gemía al viento el caballo regresó con una nueva manada de elegante porte.

La previsión meteorológica anunció un nuevo episodio de lluvias justo después de que el camión del almacén de madera nos dejara una enorme pila de placas de pladur de dos metros y medio por metro veinte enfrente del patio. Qigu y yo necesitamos tres días para cargar el material hasta el primer piso. Estábamos agotados y frustrados por nuestra ineficacia. Comencé a resentirme de la columna, que tenía lesionada desde el campo de trabajo. A Qigu le dolían las cervicales. Al final del día apenas podíamos movernos. Con todo, no podíamos permitirnos detenernos ante la inminencia de las fuertes lluvias.

Nos sentimos de lo más agradecidos cuando dos desconocidos que pasaban por allí, ambos de raza blanca, se ofrecieron a ayudarnos. Por un total de noventa dólares nos prometieron subir el resto del pladur hasta lo alto de las escaleras. Para mostrarles nuestra gratitud, cuando terminaron les dimos una propina de veinte dólares a cada uno. A la mañana siguiente nos quedamos de piedra al descubrir que habían roto la ventana del sótano y se habían llevado todo nuestro material.

Se hizo necesario que el revestimiento exterior de la finca estuviera colocado en pleno invierno. La nieve alcanzaba casi un metro de altura a pie de calle. De la casa de los vecinos llegaba a mis oídos música navideña. Qigu y yo nos pusimos manos a la obra, cada uno en una escalera de aluminio. Soplaban un viento fuerte. Dado que el espacio entre los edificios era sumamente estrecho, las escaleras se apoyaban en la pared formando un ángulo de casi noventa grados con el suelo. Mientras subíamos los tablonos de revestimiento por la pared, sujetándolos cada uno por un extremo, mi escalera no hacía más que deslizarse hacia un lado. Qigu y yo teníamos que ir ajustando la posición que ocupábamos, como actores acrobáticos, para mantener el equilibrio.

Con los dientes apretados, agarraba el tablón mientras Qigu lo clavaba por su lado, y luego yo hacía lo propio por el mío. Trabajamos sin descanso. Al caer la tarde, el viento arreció. Me costaba sacarme del bolsillo un clavo de seis centímetros, sujetarlo entre los labios y subir por la escalera de mano haciendo malabarismos para que no se moviera. Una vez que me veía en una posición estable, pegaba el tablón a la pared con una mano y me llevaba la otra atrás para coger el martillo.

En un momento dado sentí que la escalera comenzaba a deslizarse bajo mis pies. Fue muy rápido. Antes de que me diera tiempo a decir nada, la escalera cayó y me arrastró con ella. Sucedió como en una película a cámara lenta. Caí desde una altura de tres pisos mientras intentaba soltar el tablón por miedo a tirar a Qigu conmigo.

Caí al suelo. Por suerte, la capa de nieve de un metro de espesor amortiguó el impacto. Por un instante permanecí quieta, sin poder moverme.

—¿Estás bien? —Oí gritar a Qigu—. ¡Anchee, contéstame! Por favor, ¿estás viva?

Yo sabía que no estaba muerta porque seguía oyendo la música navideña de los vecinos, pero no podía hablar. Qigu bajó de la escalera y me estrechó entre sus brazos.

Aunque parezca mentira, me sentí feliz.

—¡Cómo se te ocurre sonreír! —gritó Qigu en chino. Se le crispó el rostro—. ¡Me has dado un susto de muerte!

El verano de 1989 regresé a China para visitar a mi familia. Los estudiantes habían comenzado ya a congregarse por miles en la plaza de Tiananmen. Exigían democracia y se respiraba un ambiente electrizante. Yo quedé con un antiguo compañero de la escuela secundaria, que en aquel momento era uno de los líderes estudiantiles. Intentó convencerme de que me sumara a la huelga de hambre que había organizado en Pekín. Sentada frente a él, me sorprendió pensar que siempre había sido un oportunista. Su astucia me ofendió. Su interés por atraer la atención mediática internacional a toda costa me repugnó.

«¡La democracia tiene un precio! —me decía una y otra vez—. Para despertar a las masas tiene que haber derramamiento de sangre. No claudicaremos hasta que consigamos lo que queremos.»

Lo que él quería era poder. Yo lo sabía con certeza porque él en su día había sido jefe de los Guardias Rojos en la escuela secundaria. Cuando hablaba de «sangre» y «muerte», no se refería a las suyas.

Tal como se desarrolló la historia, el movimiento fue aplastado. Sin duda, hubo sangre y muerte. Lo que más me molestó no fue que el gobierno disparara contra su propio pueblo, sino que

los líderes estudiantiles huyeran a Occidente con visados americanos y europeos expedidos con antelación: el hecho de que abandonaran a sus compañeros, que perecieron en la matanza.

Mi madre me vio, pero no dio crédito a lo que le decían sus ojos. Llevaba años apoyada en el mismo marco de ventana, soñando con mi regreso.

—¡Mamá! —grité con todas mis fuerzas.

Ella se quedó parada, con cara de incredulidad, incapaz de responder. A su espalda apareció otra silueta. Era mi padre. El anciano se iluminó y saludó con la mano. Oí que mi padre le gritaba a mi madre:

—¡No estás soñando! ¡Anchee está aquí! —De repente perdí de vista a mi madre. Se había caído al suelo de la alegría.

No me resultó fácil explicarles el motivo por el que había regresado a China. Tras mi infructuosa búsqueda de trabajo en Estados Unidos, me había dado cuenta de que la única manera que tenía de conseguir un empleo pasaba por crearlo yo misma.

Un día estaba viendo la serie *Dinastía* cuando se me ocurrió una idea. Si podía crear una serie de televisión que mostrara la vida de los estudiantes chinos en América, sabía que tendría público en China. Yo misma podía escribir las historias y convencer a mi amiga Joan Chen de que fuera la protagonista. Quizá pudiera encontrar una empresa estadounidense interesada en anunciarse en China para que patrocinara el programa. Podía ponerme en contacto con uno de mis antiguos jefes del estudio de cine para que coprodujera la serie y buscara la manera de emitirla en China; de ese modo, crearía un trabajo para mí misma.

En la universidad conocí a un joven negro llamado Eric que trabajaba para una pequeña productora cinematográfica de Chicago. A Eric le gustó tanto la idea que me organizó una reunión con su jefe para que le presentara el proyecto.

Al señor R, el director de la productora, le entusiasmó mi idea. Me dijo que entre sus clientes tenía a una empresa importante y que les plantearía la cuestión del patrocinio mientras yo preparaba una propuesta detallada describiendo la serie. Tras varios encuentros, la empresa envió a su representante, la señorita K, para reunirse conmigo. Sugerí que ella y el señor R viajaran a China conmigo para estudiar la posibilidad, y se mostraron encantados.

Me puse en contacto con el señor Chong, con quien había trabajado en el pasado. Ahora era el director de la Corporación de Cine de Pekín. Concerté multitud de reuniones por teléfono entre Eric, el señor R, la señorita K y él, y me encargué de traducir sus palabras. «A China le encantaría ganar dólares estadounidenses a cambio de suministrar equipo y mano de obra.» La señorita K quería saber si China emitiría la serie. «El señor Chong no cree que haya ningún problema siempre y cuando la serie no vaya en contra del Partido Comunista.»

Se programó un viaje a China para reunirse con el señor Chong en persona. El día previo a nuestra partida Eric vino a verme desolado.

—Me han cancelado el billete. Dicen que no hay necesidad de que yo vaya. Me han traicionado. Necesito tu ayuda.

Aquella fue la primera vez que presencié la traición en un entorno americano. Acudí al señor R y le dije que yo no lo habría conocido de no haber sido porque Eric nos presentó.

—No les acompañaré a China si Eric no viene con nosotros. Y tampoco habrá reunión con el señor Chong.

El señor R no tuvo más remedio que dejar que Eric se uniera al viaje a China.

Para dar la bienvenida a los invitados americanos el señor Chong dio un banquete espléndido.

Como si fuera un rey local, nos hizo una visita guiada por su propiedad. La Corporación de Cine de Pekín era mayor que los Estudios Universal de Hollywood, aunque no tenía más que un terreno sin urbanizar. Yo no sabía qué responder cuando el señor Chong me preguntó cómo era de grande la productora del señor R. Era como comparar un caballo con un mosquito. Me limité a decir que las empresas cinematográficas estadounidenses trabajaban de otra forma. El éxito de una película no dependía del tamaño de su despacho de producción.

Me pareció una pérdida de tiempo que el señor R y la señorita K insistieran en firmar un contrato con el señor Chong a través de un bufete de abogados americano con sede en Pekín. Les informé de que la legislación estadounidense no podría obligar a nada al gobierno chino. Era parte del riesgo de hacer negocios en China.

Negándose a escucharme, el señor R pagó una cantidad insensata de dinero al bufete, tras lo cual se quedó contento y se sintió seguro con respecto al acuerdo.

Un mes después de nuestro regreso a Estados Unidos el señor Chong fue destituido de su cargo por el Partido Comunista Central por haberse puesto del lado de los estudiantes en la plaza de Tiananmen. El señor Chong había ordenado personalmente a un equipo especializado en documentales que filmara lo que sucedió allí cuando aparecieron los tanques. Podría haberse convertido en un héroe histórico de no haber sido por un error de cálculo.

Lo último que hizo el señor Chong fue decirme que el contrato seguía siendo válido. Me pidió que les dijera al señor R y a la señorita K que mandaran los primeros fondos de la producción que estipulaba el acuerdo. Con ello tiró piedras contra su propio tejado. Me olí sus malas intenciones. Él sabía que no podría garantizar la producción ni la emisión de la serie, pero aun así seguía queriendo los dólares estadounidenses. No le importaba lo que pudiera ocurrirles a los inversores americanos o a mí.

Yo no era tan tonta como pensaba el señor Chong. Les dije al señor R y a la señorita K que el acuerdo se había anulado debido a la situación política de China y a la caída del señor Chong. Para entonces ya habían sido informados al respecto. La imagen de un hombre chino plantado frente a una hilera de tanques militares había dado la vuelta al mundo a través de la televisión.

—Pero tenemos el contrato con el señor Chong —repuso el señor R—. ¡Fue certificado por nuestro bufete de abogados en Pekín!

Un par de años más tarde me convertí en coautora de una nueva serie televisiva de veinticinco capítulos para China basada en la misma idea. Esta vez me traicionó mi propia gente. Buscaba socios para coproducirla porque estaba ocupada escribiendo un libro y terminando los guiones de los veinticinco episodios. Se dirigieron a mí dos antiguos estudiantes de China, los señores S y Z. Habían estado llevando una pequeña cadena de televisión en lengua china en Chicago. Me suplicaron que les diera la oportunidad de trabajar conmigo. Me impresionó su entusiasmo. Convencí a Joan Chen para que me prestara su nombre para el proyecto y redacté una carta de presentación de los señores S y Z dirigida al ministro chino de Arte y Cultura. Cuando Joan Chen me preguntó si confiaba en aquellos jóvenes, yo le di una respuesta afirmativa.

En ningún momento se me pasó por la cabeza que me traicionarían como a Eric. En cuanto la Corporación de Televisión Central de China se hizo con la serie y se convirtió en su único patrocinador, lo que garantizaba más de mil millones de espectadores, me vi excluida del proyecto. Mis socios, los dos estudiantes a los que yo había nombrado productores ejecutivos, me habían «despedido».

Casi todos los miembros del equipo creativo me abandonaron al calor del dinero, lo cual era

comprensible, salvo mi fiel amiga Joan Chen. Ella hizo exactamente lo que yo había hecho por Eric: me defendió y retiró su nombre de la serie. Presenció cómo me daban una puñalada tramera por la espalda y perdió la fe en el proyecto. Dejó de sentirse segura trabajando con ellos.

—Eran tus amigos —me dijo.

No pasaba día en que no pensara en mi hermana pequeña, con el rostro anegado en lágrimas, en mi madre, que fingía no haber presenciado nuestra pelea, y en mi padre suplicándome:

—Anchee, mi deseo es que vuelvas a América. Puede que allí seas pobre, pero estarás a salvo. En Estados Unidos no habrá una Revolución Cultural. No tendrás que preocuparte por si un día al despertar descubres que te han denunciado.

No conseguí hacerle entender que sin un permiso de trabajo y residencia no había seguridad alguna en Estados Unidos. En el terreno laboral no hacían más que cerrarme la puerta en las narices aun teniendo un máster. Comencé a ver que algunos estudiantes chinos que no encontraban ningún empleo optaban por sacarse un doctorado. ¿Por qué no probar suerte por esa vía? Mi máster haría creer a los estúpidos que estaba cualificada. Presenté mi solicitud para cursar historia china y estudios de la mujer.

—Es una locura que centres tu vida entera en salvaguardar tu situación como inmigrante —me dijo Qigu—. Estás dejando pasar la vida. Te estás privando de todo lo que es maravilloso, el sol, la primavera, las flores y los pájaros. Olvidas la verdadera razón por la que existimos en este planeta.

Una vez más enumeró ejemplos de personas poseedoras de un permiso de trabajo y residencia, ciudadanos americanos que vivían insatisfechos y amargados.

—Si sigues esclavizándote, ¿qué sentido tiene venir a América? —continuó Qigu—. Es una espiral descendente, un agujero negro que no tendrá fin ni siquiera cuando consigas la ciudadanía. Es un descontento similar a la codicia. Querrás mejorar la casa para que esté acorde con tu nueva situación. Luego te darás cuenta de que debes conducir un coche igual de lujoso. Después tendrás que modernizar tu guardarropa para que quede bien con tu coche; de paso, someterás a revisión tu peinado, complementos, zapatos, calcetines y color de piel. Por último, llegarás al convencimiento de que tu pareja no es la adecuada...

Qigu ganó el concurso de la Trienal Internacional de Arte de Tokio. A raíz de ello, aceptaron su participación en una exposición colectiva celebrada en una galería de Chicago. Él creía que solo cuando uno era libre en cuerpo y alma, tenía la mente abierta para las oportunidades y la energía positiva. «Eso es exactamente lo que me está ocurriendo a mí.»

Qigu era feliz haciendo lo que le gustaba. Yo admiraba su fortaleza mental y su sentido de la confianza tranquila. Esto era, de hecho, lo que valoraba más en él. Su visión de las cosas era un bálsamo del que yo dependía. Lo necesitaba para que me dijera que yo estaría bien.

Aunque me encantaba pintar, nunca imaginé que podría llegar a ser una artista. Bajo la influencia de Qigu, el dueño de una galería chinoamericana se arriesgó conmigo. Me ofreció exponer mis cuadros, pero no se vendió ni uno.

No me hacía ninguna ilusión la idea de cumplir treinta y cuatro años. Me sentía estancada, sin nada que me motivara. Qigu era el único que no me veía como una fracasada. Y yo no tenía claro que él fuera un triunfador.

Anhelaba formar una familia y tener hijos. Qigu ignoraba lo desesperada que estaba por echar

raíces. Yo había ido en secreto a la biblioteca para buscar información sobre cuánto tiempo podía esperar una mujer para ser madre antes de que fuera demasiado tarde. Lo que averigüé me asustó. Cuando una mujer cumplía los treinta y cinco, existía un dos por ciento de probabilidades de que el feto sufriera algún tipo de retraso o no sobreviviera al embarazo. El porcentaje de dicho riesgo se incrementaba de manera espectacular con la edad. Si quería concebir a un bebé sano, suponiendo que aún estuviera capacitada para ello, me quedaba menos de un año.

Había quedado claro que Qigu no tenía ningún interés en proponerme matrimonio. Con la cobardía que me caracterizaba, le había preguntado acerca del amor, y él me había dado su respuesta habitual de que «éramos chinos». Yo me lo tomé como una señal de que me amaba de una manera profunda, a la manera china. Quise saber entonces cómo veía su futuro en relación a la idea de familia. Qigu me preguntó si entendía el significado de la palabra «fatalismo».

Cuando le contesté que no, me explicó que él nunca ganaría lo suficiente para mantener a una familia.

—¿Cómo voy a alimentar a mis hijos si apenas puedo alimentarme a mí mismo? —dijo—. Sería un irresponsable... contigo, con la sociedad y con el niño.

Qigu me llevó a cenar a casa de su profesor universitario preferido, Don. El anciano notó mi ansiedad durante nuestra conversación.

—Llevo casi treinta años dando clases de arte. Y créeme —me dijo—, Qigu transforma sus sentimientos en obras de arte llenas de inspiración. Sus cuadros son poéticos encuentros con la vida: un pequeño milagro, un alejamiento de la desgracia, un momento de satisfacción compartido. El don de Qigu es su capacidad para sentir profundamente.

Pero sintiendo profundamente no obtendremos un permiso de residencia, pensé.

—Te ruego que no le vayas con exigencias —prosiguió el profesor—. Qigu es una persona de lo más amable, y te quiere. —El hombre se había puesto colorado con el vino—. Protégelo de las obligaciones de la vida cotidiana. Ahórrale semejante tortura. Qigu ha nacido para pintar. Es un genio. Él honra a Dios con su arte. La suerte que tenemos es que comparte su don con nosotros. Ruego a Dios que le dé la fuerza necesaria para soportar la crueldad de esta vida.

Seguí viviendo con Qigu en el desván mientras trabajábamos para arreglar el resto de los pisos. Me costaba acostumbrarme a la puerta de entrada, que solo medía un metro y medio de altura. Tenía la frente llena de moretones de los golpes que me daba. Le dije a Qigu que hacía lo posible por sentirme libre y segura, pero no era así. Me resultaba difícil interpretar el papel de su novia, aunque nos llevábamos bien como amigos y compañeros de estudios. A veces me daba vergüenza estar relacionada con él.

Me parecía que estábamos quedando mal con nuestros inquilinos, Maria y su hermano, por no arreglarles la ventana, y me daba rabia la actitud de Qigu al respecto. Ellos merecían tener una ventana en condiciones; eran los únicos que no se retrasaban en el pago del alquiler. Yo misma la habría reparado de haber sabido cómo hacerlo. Si hubiera podido permitirme el lujo de contratar a alguien, lo habría hecho. En cambio, no hacía más que presionar a Qigu. Me peleaba con él y él seguía dándome largas. No podía decirle lo mucho que me molestaba aquella situación, y me sentía avergonzada, ya que la inacción de Qigu daba una mala imagen de mí. De no haber sido por la hipoteca, habría pedido a Maria que se guardara el alquiler hasta que le arregláramos la ventana.

Otra cosa que me molestaba tenía que ver con nuestros inquilinos de abajo, dos estudiantes de la India. Qigu tenía largas conversaciones con ellos sobre su patria, pero no les proporcionaba un servicio de calidad como casero. Una mañana los estudiantes subieron al desván para quejarse de

que se habían resfriado porque la vivienda no estaba lo suficientemente caliente. Contaron que la calefacción había dejado de funcionar en plena noche.

Me encaré con Qigu, quien reconoció que había sido cosa suya. Por lo visto, estaba tratando de ahorrar en la factura de la calefacción. Su intención era volver a encenderla por la mañana, pero se quedó dormido y se olvidó. En un intento de calmar a los estudiantes, dijo:

—Nosotros sobrevivimos en China y vosotros en la India, donde no hay calefacción ni aire acondicionado.

—Pero esto no es China ni la India —protestaron ellos—. ¡Esto es América!

Los estudiantes insistieron en que el contrato de arrendamiento especificaba claramente que el alquiler incluía la calefacción.

—Tenemos que quedarnos levantados hasta tarde para hacer los deberes y preparar los exámenes. Estaríamos dispuestos a pagar veinte dólares más para ayudar a mantener la calefacción encendida.

No hay palabras para expresar lo avergonzada que estaba. Veía que los estudiantes indios nos habían perdido el respeto como chinos. Me sentía no solo desilusionada, sino también herida.

—¡Hablas como una comunista ejemplar! —exclamó Qigu cuando los estudiantes volvieron abajo—. Antes de exigir a los demás que sean perfectos, examínate a ti misma. ¿Acaso eres perfecta? Nadie lo es, así que relajémonos. No eres mejor ni peor que cualquier otra persona en cuanto a virtud humana. ¿Por qué tienes que ir siempre con esos aires de superioridad moral? Tal vez sea la formación que recibiste de joven. O puede que seas dramática por naturaleza.

Ya no podía pasar por alto el hecho de que Qigu y yo no estuviéramos enamorados. Seguíamos durmiendo en la cama que nos habíamos hecho, pues el contrato hipotecario figuraba a nombre de los dos. Veía que no tenía otra opción que permanecer junto a Qigu. Era de esperar que por mi buena conducta me recompensara con una propuesta de matrimonio. Mientras tanto me resultaba difícil soportarlo. Él se veía como un gurú y yo lo veía como un mendigo.

Mi comentario no ofendió a Qigu lo más mínimo. Su respuesta fue:

—Confucio fue un mendigo antes de ser un sabio, al igual que Buda.

Un día, durante una cena con amigos, perdí los estribos. La cena había sido idea de Qigu. Yo sabía que no nos la podíamos permitir, así que no quería ir, pero él insistió.

—Vamos a pasárnoslo bien. Yo me encargaré de todo.

Cuando nos pasaron la carta, me puse nerviosa al ver el elevado precio de los platos. Qigu no dejaba de animar a todos diciéndoles:

—¡Coged lo que más os guste! ¿Qué tal unas ostras al horno con jengibre? ¡Es algo exquisito!

Le di una patada por debajo de la mesa, pero él no me hizo caso. Me incliné hacia él y le señalé el precio del plato de ostras, catorce con noventa y nueve dólares.

—¡No pasa nada! —prosiguió Qigu.

Embriagados por el vino de arroz, los invitados se vieron inspirados por los brillantes comentarios de Qigu sobre el taoísmo y la filosofía zen. Los platos no dejaron de llegar uno tras otro hasta que la mesa estuvo llena. Todo el mundo se lo estaba pasando en grande menos yo. La conversación se centró en la tendencia artística del momento a nivel internacional.

Se hacía tarde. Las voces se calmaron. Qigu hizo elocuentes críticas de los diversos platos señalándolos con los palillos. Yo, en cambio, solo podía pensar en la cuenta.

Llegó. Ascendía a ciento cuarenta dólares. Nuestro presupuesto para dos meses de comida.

Miré a Qigu.

Él sonrió y fingió no ver la cuenta.

Los comensales siguieron hablando de antiguos filósofos como Lao Tse y Chuang Tse y su mariposa.

Qigu no miraba la cuenta, que seguía en la bandeja.

Los amigos continuaron charlando entre bromas y risas.

Ya no quedaban clientes en el restaurante, pero Qigu siguió hablando. Estaba animado.

¿A qué juega?, me pregunté. Se supone que invita él.

El camarero le dio al interruptor de la luz, una insinuación de que fuéramos acabando.

Qigu tomó otro sorbo de vino y rió a carcajadas de sus propios chistes; fingía no darse cuenta de la impaciencia del camarero. Este se acercó a la mesa y se plantó junto a Qigu con cara larga.

—¿Desean algo más? —preguntó el camarero, visiblemente disgustado.

Qigu ni se inmutó.

—Un par de minutos más, si no le importa —respondió sonriendo.

Al final uno de los invitados sacó su tarjeta de crédito.

—¡No, por favor! —exclamó Qigu levantando las manos—. He dicho que invitaba yo, ¿no? Déjame pagar, por favor.

Pero ya era demasiado tarde. El camarero había cogido la tarjeta de crédito.

Qigu negó con la cabeza y puso cara de desilusión.

—¡No tenías por qué hacerlo! —le dijo a su amigo.

Cuando regresamos a nuestro piso, le comenté que como novia suya me sentía avergonzada.

—¡Eres patético, tacaño y mezquino!

—¿A qué viene tanta ira? —replicó Qigu mientras se quitaba los zapatos e iba a encender la televisión.

—Puede que para ti no sea para tanto, pero para mí sí. Eres mi pareja.

—Ya estás otra vez con tu dramatismo —dijo Qigu—. ¿Es que no has visto lo entretenidos que estaban mis amigos? Te equivocas al pensar que yo no he puesto de mi parte. He ofrecido risas, la mejor medicina. Con ello he aumentado la longevidad de todos. Soy el mejor regalo que el dinero no puede comprar.

Estaba sentada frente a la comisión del programa de doctorado de la Universidad de Chicago. Me habían dado la oportunidad de convencer a sus integrantes. Se trataba de una entrevista y una evaluación. Creían que no entendía en lo que me estaba metiendo.

—Necesitamos saber qué quiere hacer usted con un doctorado. ¿Cuál es su objetivo, señorita Mín?

No podía contarles la verdad. No podía decir que mi objetivo era conseguir la ciudadanía estadounidense. Les dije que tenía en mente una gran tesis. El título sería *El impacto psicológico de la propaganda lavado de cerebro de madame Mao en mil quinientos millones de chinos*.

—En realidad, sería un tema excelente —respondió la presidenta de la comisión—. China va camino de convertirse en uno de los principales actores de la economía mundial y en un rival para Estados Unidos. Nos interesa China. Sin embargo, esta no es la cuestión de la que nos ocupamos aquí.

—Puedo cantar las óperas de madame Mao de principio a fin; todas ellas —dije con entusiasmo—. ¡Puedo recitar las letras y las melodías! Pónganme a prueba si lo desean.

—Esto no es una audición de Broadway, señorita Mín —repuso la mujer sonriendo—. Necesitamos saber cómo piensa sobrevivir durante el curso académico. Antes de ponerse a

trabajar en su tesis, debe cumplir con los requisitos académicos elementales. Es preciso que hable con fluidez un idioma extranjero, como el griego, por ejemplo...

A duras penas hablaba inglés con fluidez.

La mujer me leyó el pensamiento.

—A eso nos referimos precisamente. Su formación parece haberse basado en las artes pictóricas. ¿De qué le serviría sacarse un doctorado? ¿Se ve a sí misma como una profesora universitaria, una investigadora o una artista?

Qigu no se compadeció de mí en absoluto por el hecho de que me rechazaran.

—Te has presentado como una mosca sin cabeza —comentó—. Es posible que te hayan hecho un favor al no aceptarte. Lo del doctorado no va contigo. Tú eres de lo más original. Tienes un talento innato. Por desgracia, te niegas a verlo como yo.

Lo miré y pestañeé.

—¿A qué clase de talento te refieres? ¿A arreglar váteres? ¿A embaldosar suelos? ¿A mezclar cemento o a cargar placas de pladur?

Qigu hablaba como si me conociera mejor que yo misma. Y aunque no le creía, confiaba desesperadamente en su ánimo. Me moría por aferrarme al convencimiento de que tenía potencial, de que era buena en algo, de que podía triunfar en la vida.

—Por algo mis amigos me llaman Ojo de Águila —dijo Qigu mientras abría la puerta y se dirigía hacia el sótano.

Había construido una mesa improvisada e instalado alfombras que había encontrado en contenedores de escombros. Había convertido el espacio en su estudio de pintura. Sacando unos bosquejos de un montón, trató de convencerme de que hablaba en serio acerca de mi talento.

—He tratado de copiar tu desbordante energía, pero no lo he logrado. Ojalá pudiera olvidarme de la formación recibida. Todo está demasiado fijado para mí. Por ejemplo, mira esto... —Señaló un dibujo grande—. Ya no puedo pensar al margen de lo establecido. Cuando dibujo una figura, la cabeza debe estar sobre el cuello, los hombros han de unirse a los brazos, y las caderas a las piernas... Lo que quiero decir es que mi formación me ha incapacitado. Ha acabado con mi imaginación.

Qigu me enseñó otra pila de esbozos suyos.

—Estos los he hecho con los ojos cerrados. Quería romper las viejas costumbres. Pero aun así, fíjate, ¡pinto la figura humana con la precisión de un realista! En cambio en tu caso... la poesía te acompaña. Oyes la música, y tu ojo capta la belleza. No luchas contra ti misma, no te resistes...

Por extraño que parezca, me emocioné cuando Qigu me dijo que le frustraba ver que yo dejaba que el deseo de conseguir un permiso de residencia dictara mi vida.

—Lo que te haces es una injusticia —dijo—. Estás enterrando tu talento.

Este hombre, pensé, creía de todo corazón que yo había nacido para ser extraordinaria, pero nunca me había dicho que me amaba. Nunca se cortaba a la hora de contar chistes de sexo con los amigos, pero tenía que apagar las luces cuando se metía en la cama. No había fingimiento alguno en su voz. Quería que yo supiera la verdad sobre mí misma.

Lo miré. Me fijé en su rostro y su curioso corte de pelo, obra mía, para ahorrar dinero. El flequillo le tapaba la mitad de la frente. Tenía una mancha de pintura bajo el mentón.

—No soportaría verte tirar la toalla —dijo en voz baja.

—He terminado de leer el libro de mi profesor de inglés —comenté.

—¿Qué profesor? —preguntó.

—El que me dijo que era una escritora pésima pero que tenía un material excelente.

—¿El que lleva publicadas tres novelas?

—Sí.

—¿Qué piensas de él?

—Que es un buen escritor, pero su material no dice mucho. Yo no entendía a lo que se refería al calificarme de «escritora pésima con un material excelente» hasta que he leído su libro.

Qigu sonrió de oreja a oreja.

—¡Vaya! Eso es lo mejor que te he oído decir. ¿Crees que podrías ser una escritora mejor dado el material que tienes?

—Puedo intentarlo. Daño no me hará. De hecho, estoy dándole vueltas a la cabeza a ver si se me ocurre por dónde empezar.

—Lo que escribiste acerca de tu experiencia en el campo de trabajo podría servirte —sugirió Qigu.

—¿Te refieres al trabajo que presenté para el curso inicial de inglés en la universidad?

—Una obra de arte, a mi juicio.

A orillas del lago Michigan aspiré una bocanada de aire frío. El agua me hizo pensar en el río Yangtsé. Echaba de menos China. Seguía teniendo sueños en los que veía a mi madre cada vez más enferma. Deseaba poder visitarla. En cambio, lo que frecuentábamos Qigu y yo eran almacenes de madera y de material de fontanería. La reforma de nuestra finca se había convertido en una pesadilla. A Qigu y a mí no se nos daba bien trabajar juntos como equipo. A mí me gustaba terminar lo que empezaba lo antes posible, mientras que Qigu prefería tomarse su tiempo. Me puse de los nervios cuando instalamos una bañera sin utilizar un nivel. Qigu no quería gastarse dinero en comprar un nivel nuevo; prefería esperar a que encontráramos uno de segunda mano en el rastro. A mí me preocupaba que no colocáramos la bañera en su sitio como era debido.

—Tengo vista para medir con precisión —dijo Qigu—. Es la ventaja de ser un artista.

Instalamos las tuberías alrededor de la bañera, colocamos el pladur, pusimos los grifos, aplicamos masilla de relleno, lijamos todo y pintamos.

Tras la llegada de los nuevos inquilinos al piso, la bañera comenzó a perder agua. Cuando nos llamaron para informarnos del problema, descubrí que se debía a que la bañera estaba desnivelada. Qigu intentó solucionarlo con el uso de masilla y selladores varios, pero no logró detener la fuga. Tuvimos que abrir las paredes, renivelar la bañera y volver a instalar las tuberías.

La hipoteca y el impuesto sobre bienes inmuebles me preocupaban cuando los inquilinos se atrasaban en el pago de su alquiler. Resultaba extraño que nos llamaran «dueños» cuando en el fondo hacíamos de criados y peones. Nosotros éramos los que apestabamos a cloaca mientras que nuestros inquilinos olían a limpio.

Nuestra vida era más dura que la de ellos. Vivíamos en el desván, dormíamos en el suelo y meábamos en un cubo. No podíamos permitirnos comprar regalos en Navidad. Observábamos a nuestros inquilinos Bruno y Helen, sentados en el sofá viendo la televisión, o fuera bebiendo cerveza y fumando al sol. Invitaban a casa a sus amigos y nunca parecían preocuparse por nada. Cuando Helen se emborrachaba, nos llamaba «chinos» y nos decía «fuera de aquí».

Qigu se tomaba un día libre una vez por semana. Insistía en que era necesario para «mantener la cordura». Aprovechaba su tiempo de descanso para visitar la Biblioteca Pública de Chicago. Volvía con libros de artistas de éxito, que analizaba en profundidad. Sus preferidos más recientes

eran el pintor italiano moderno llamado Francesco Clemente y el artista estadounidense Jean-Michel Basquiat.

Qigu decía que me vendría bien mirar las obras de Clemente y Basquiat porque, en su opinión, yo hablaba un idioma similar.

Al mirar atrás, me doy cuenta de que me hizo un gran favor, pues me llevó a hacer un autodescubrimiento. Me quedé prendada de Clemente y Basquiat. Qigu tenía razón al afirmar que yo entendía su idioma. Me sirvieron de inspiración. Los recuerdos se volvieron tan vívidos que el pasado inundó mi mente. Oía voces y recordaba sentimientos perdidos en el tiempo incluso cuando trabajaba en el arreglo de un retrete o desenterraba un tramo roto de un desagüe.

Desarrollé los sentimientos de un atleta en ciernes, con un permiso de residencia y trabajo como medalla de oro. No me atrevía a soñar siquiera con que algún día llegara a triunfar como escritora. Pero si conseguía publicar algo, tendría más probabilidades de que me recompensaran con tan ansiado permiso, pues existía una ley de inmigración concebida para captar «talentos internacionales».

Tras trabajar hasta el agotamiento, me metía en el desván a estudiar *Jane Eyre* de Charlotte Brontë en su inglés original. Lo leí tres veces. Primero busqué en el diccionario todas y cada una de las palabras que no conocía y anoté al lado la traducción. La segunda vez lo leí con los ojos de una lectora, y por último con los de una escritora. No era raro en mí que entendiera las palabras por separado pero que aun así no lograra captar el sentido de la frase. Avanzaba en la lectura y volvía atrás intentando averiguar su significado. Trataba de darle distintos enfoques y buscar equivalencias en chino. A menudo me veía obligada a abandonar momentáneamente la frase para luego regresar pasados unos párrafos o páginas. Y un buen día conseguía descifrar el enigma. Me di cuenta de que dormir bien era una clave para desentrañar una frase difícil. Vivía para esos momentos, y no había nada que me hiciera más ilusión, pues con ello me sentía como si pudiera ser inteligente.

Trataba de escribir, pero me quedaba atascada. Lo que me salía no se correspondía con mi imaginación. Mi escritura no sonaba fatal, pero tampoco brillante. Carecía de los elementos que a mi modo de ver debía tener: gracia, emoción y poesía, por no hablar del estilo. Para superar mi decepción y mantener una actitud positiva, me dije que debía considerar una suerte que fuera capaz de reconocer mis defectos. Hacía falta talento para advertir la falta de talento. Y dado que me hallaba en suelo americano, no había razón para no seguir intentándolo con más ahínco. Si no llegaba a nada, al menos mejoraría mi inglés. Eso me ayudaría a conseguir un empleo como recepcionista en un despacho. Podría contestar al teléfono y tomar nota de los recados en inglés.

Me había pasado la vida siendo un soldado que tenía la misión de acabar con el dolor. Me sentía orgullosa de ser fuerte. Desconectar en cuanto notaba cierta agitación en mi interior era algo que ya hacía con total naturalidad. Guardaba los recuerdos bajo llave y no permitía que en mi corazón hubiera cabida para los sentimientos, pues creía que no podía permitirme ser débil. Me convencía de que no tenía un motivo justificado para quejarme de nada. Había sobrevivido a China y ahora vivía en Estados Unidos, un lugar al que la gente ansiaba llegar aun a riesgo de perder la vida.

Sin embargo, en mi afán por escribir, descubrí que mi alma tenía su propia mente, la cual tomaba derroteros errados mientras yo perseguía un recuerdo que intentaba apresar. Entonces el dolor oculto salía a la superficie y me desarmaba. Cuando sentía como si me hubieran disparado, ordenaba a mi yo soldado que asumiera el control. A oscuras, callada y herida, me veía tendida en el suelo, soportando el dolor mientras sangraba por dentro.

Escribir hacía que me sintiera vulnerable. El soldado que había en mi interior se rendía. No sabía qué hacer.

Seguí escribiendo para mejorar mi inglés y ver si mis recuerdos se convertían en una historia. El proceso fue difícil y desagradable. Primero redactaba el texto en chino y luego lo traducía al inglés. Eso me ayudaba a captar los recuerdos, así como a ejercitar a la traductora que tenía en la cabeza. Mi inglés parecía mejorar, lo cual era importante si aspiraba a conseguir un trabajo de secretaria. Dar con la historia ya me costaba más. Sacaba ideas de algunas de las viejas redacciones que había hecho para la doctora Guenther, además de tener relatos nuevos y muchos que no podían definirse como tales. Al final decidí someter mi revoltijo de escritos a un nuevo estudio independiente con la doctora Guenther y le pedí que me ayudara. La clase individual pasó volando y la doctora tuvo que echarme. Le rogué que me diera más tiempo; ella fue comprensiva conmigo y me concertó una reunión con la señora Watson, colega suya. Ambas me hicieron muchísimas preguntas sobre mis personajes, y se mostraron interesadas en saber cómo continuaba la historia, lo cual me dio ánimos.

Antes de que quisiera darme cuenta de lo que ocurría, me vi incapaz de huir de mis recuerdos. Podía estar escuchando a un profesor en medio de una conferencia sobre arte contemporáneo estadounidense y verme al mismo tiempo cargada con cincuenta kilos de estiércol de camino al arrozal. Viajando a bordo de un tren rápido de Chicago, oía retumbar tambores chinos junto con voces que gritaban consignas de la Revolución Cultural. Los recuerdos inundaban mi mente y dominaban mis horas de vigilia e incluso mis sueños. Me puse a escribir como una loca. Tanto daba que fuera de día o de noche. Qigu huyó al piso de abajo. Dormía en el pasillo, que cerramos para utilizarlo como una habitación más. Allí hacía un frío que pelaba, pero por lo menos estaba tranquilo.

Nunca había probado en mis carnes el sabor amargo de la culpa, el pesar y el remordimiento hasta entonces. Me veía perseguida por aquellos a quienes había dejado atrás, aquellos que formaban parte de mi vida y aquellos que estaban muertos o como si lo estuvieran. Pensaba que

los había enterrado hacía tiempo, pero al escribir sobre ellos volví a tenerlos presentes. Estaban conmigo todos los días. Comenzamos a conversar. Entre ellos se hallaban mis camaradas del campo de trabajo Pequeña Verde y Yan. Pequeña Verde murió ahogada con dieciocho años. Yo fui quien descubrió su cuerpo. Nadie fue considerado responsable de su muerte. No se dijo ni se escribió nada sobre ella.

Yan estaba viva, pero era como si estuviera muerta. Vivía en China, y en mi último viaje allí había accedido finalmente a que nos viéramos. Quedamos en un parque, donde estuvimos tomando un té, frente a frente. Yan no quería recordar el pasado, pero este la carcomía. Tenía un aspecto fantasmal; lo más real que se veía en ella eran los guantes que llevaba puestos para ocultar las cicatrices que tenía en las manos de haber trabajado en los arrozales. Había sido una jefa comunista en el campo de trabajo. En aquella época era mi heroína, mi modelo de conducta, mi mejor amiga y compañera del alma. No me veía capaz de enfrentarme al hecho de que no hubiera logrado rescatarla. Sentía que la había traicionado y fallado. Yo había escapado a Estados Unidos en busca de una buena vida mientras ella se quedaba atrás y caía en el olvido.

Mientras Yan y yo sorbíamos nuestro té, una compañía de ópera que había acudido al parque cantó los famosos versos de un antiguo poema:

*Cuando siendo jóvenes no conocíamos el sabor de la tristeza
trepábamos los muros de la ciudad en busca de inspiración
por componer un nuevo poema
describíamos semejante sentimiento como si lo entendiéramos.*

*Ahora que ya somos viejos y canosos
conocemos de sobra todas las amarguras y tristezas
una vez más hemos trepado los muros de la ciudad hasta lo más
[alto
y en lugar de componer poemas decimos con una sonrisa en los labios:
«¡Qué día de otoño tan maravilloso!».*

Mi corazón comenzó a arder en deseos de explicar la historia de Pequeña Verde y Yan. Empecé a anotar lo que recordaba de ellas. Escribía en autobuses, metros, entre clase y clase, durante las pausas en el trabajo y en plena noche. Llevaba los bolsillos llenos de notas y el dorso de las manos y los antebrazos cubiertos de caracteres chinos escritos con tinta. «Bonitos tatuajes», comentaban mis compañeros de la universidad.

El acto de escribir hacía que me sintiera noble y que mi existencia estuviera justificada. Me aceptaba a mí misma por comprometerme con dicha tarea. Me sentía afortunada de vivir para poder hacerlo. Olvidé el que había sido mi objetivo hasta entonces. Ya no importaba si algún día llegaba a ser secretaria. Mentalmente, tenía que escribir para sobrevivir. A través de la escritura quería ayudar a Pequeña Verde y Yan a alcanzar la inmortalidad. Quería desterrar mis propios fantasmas y asegurarme de que yo misma no me convertiría en uno.

Me entregué de lleno a perseguir imágenes. Cuando la tinta tocaba la superficie del papel, me sentía viva. Comencé a notar cambios en mis pensamientos, sentimientos y puntos de vista. Escribía lo que nunca me habría atrevido a escribir si hubiera seguido viviendo en China. Escribí sobre cómo arriesgábamos la vida por amor.

Cuando terminé mi manuscrito, me senté en el suelo del desván y miré por la ventana. Me

impresionó la belleza de la blanca noche. Al criarme en Shangai, nunca había vivido una gran nevada. Dejé que el silencio puro de la blancura fuera penetrando en mi alma. Al darme la vuelta para mirar la pila de papeles que había encima de mi escritorio, acudió a mi mente un pensamiento: ningún editor o agente literario aceptaría un original escrito a mano. No me atrevía a plantearme siquiera comprar una máquina de escribir. Qigu y yo apenas podíamos permitirnos comer después de pagar la hipoteca y el impuesto sobre bienes inmuebles.

Un domingo por la mañana en el rastro de Maxwell Street encontramos una máquina de escribir anticuada por seis dólares. Tras regatear, conseguimos que el dueño nos la dejara por cinco. Llegué a casa contentísima con la máquina en brazos como si fuera mi recién nacido.

Me senté delante de ella y comencé a escribir, pero en el papel no apareció nada. La cinta estaba seca. No había ningún sitio donde vendieran cintas antiguas. Qigu y yo buscamos en todas las chatarrerías de Chicago. Al final dimos con un par de cintas.

Ya con las cintas nuevas, intenté escribir a máquina de nuevo. Esta vez me quedé atascada por un problema distinto. Cada vez que pulsaba la tecla «N», salía al mismo tiempo la «P». Tuve que comprar un frasco de corrector para borrar todas las pes.

Envié mi manuscrito a una docena de editores y agentes, pero no recibí respuesta alguna. Me quedé sin dinero para hacer más copias y envíos. Cuando me gasté el último dólar que tenía, volví a mi trabajo como fontanera.

Una tarde recibí una postal de un agente literario con dos renglones escritos a mano que fui incapaz de leer. Con la ayuda de la bibliotecaria del barrio, logré descifrar lo que ponía. En el primer renglón me decían que la agencia no aceptaba autores que aún no hubieran publicado. En el segundo me sugerían que intentara publicar primero en una revista una versión más corta de mi obra.

Agradecí la postal. Qigu y yo visitamos una librería del barrio en busca de anuncios de concursos literarios. Los encontramos en las contraportadas de revistas como *Writer's Digest*. El problema era que había que pagar una cuota de inscripción, la cual era demasiado cara para mí. Veinticinco dólares para acceder a un concurso de relatos era más de lo que me podía permitir.

Seguí buscando y encontré un certamen que cobraba una cuota de inscripción más barata. La revista se llamaba *Mississippi Valley Review*, y celebraba su Concurso Literario Nacional del Vigésimo Aniversario. Solo me costaría cinco dólares. Más tarde descubrí otra revista aún mejor, pues no había que pagar nada por la inscripción. Se llamaba *Granta*.

Envié mi relato «Crisantemos silvestres» a *Mississippi Valley Review* y otro distinto, «Granja del Fuego Rojo», a *Granta*. A los tres meses recibí la noticia de que *Mississippi Valley Review* publicaría mi escrito como premio por haber ganado el concurso. Al cabo de seis meses *Granta* me informó de que harían lo propio con el relato que les había enviado.

Con dichas acreditaciones de publicación, me puse en contacto de nuevo con editoriales y agencias literarias. Nadie me respondió. Al cabo de un año y medio lo di por imposible. Respetar la realidad había sido siempre mi gran virtud. Estaba desilusionada, pero era lo bastante americana como para no tomármelo como una deshonra personal.

El señor Lin Po era un viejo amigo de Qigu, un hombre sofisticado considerado un gran crítico de arte y literatura entre los chinos. Cuando supo por Qigu de mis tentativas con la escritura, me dijo: —¿Quién te crees que eres, la hija de Mao Zedong? ¿Qué te hace pensar que mereces contar la historia de tu vida, cuando tu vida es tan sencilla como la de millones de chinos? ¿Por qué crees que podrías triunfar cuando no hay casi ningún escritor de la China continental que haya logrado

hacerse un hueco en el mercado estadounidense convencional? Por favor, si ellos son autores veteranos que publican sin problemas en China.

No me molesté en discutir con el señor Lin Po. Su intención era buena. Me constaba que no podía permitirme el lujo de sentarme a escribir. Íbamos retrasados en los pagos de la hipoteca. Qigu dijo que se acercaba la Feria de Arte de Chicago, la cual sería una oportunidad para ganar unos cuantos dólares si teníamos suerte.

Una vez más montamos un puesto para vender cuadros pintados con pincel chino dentro del Bloomingdale's del centro. Aunque había mucho movimiento, pocos nos prestaron atención. Qigu me dijo que era una vendedora pésima porque no podía evitar señalar los defectos existentes en mis pinturas ante los que se mostraban interesados en ellas. Al término de la feria apenas nos alcanzó para pagar lo que valía el puesto.

Una semana más tarde sonó el teléfono justo cuando yo estaba arreglando un váter que perdía agua. Al otro lado de la línea una voz de mujer preguntó por «Ahjeih». Yo no estaba segura de si se refería a mí.

—¿Quién es usted? —inquirí. Demasiado tarde para rectificar. Quise decir: «¿De parte de quién, por favor?».

A la señora no le importó y se presentó como Sandra Dijkstra.

Con lo distraída que estaba lamentándome de mis malos modales al teléfono y haciendo malabarismos con las herramientas de fontanería, a mi mente se le olvidó traducir. No entendía lo que decía la señora.

—¿De parte de quién, por favor? —repetí una y otra vez.

Yo sabía que tenía una buena pronunciación. El problema era que eso hacía que la gente pensara que dominaba el inglés. Y entonces comenzaban a hablar rápido, como la señora que había llamado, y yo tenía que adivinar lo que intentaba decir.

—Sandy Dijkstra, Sandy, de la Agencia Literaria de Sandra Dijkstra...

—¿Per... perdone? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Sandy.

—¿Sandy qué?

—Sandy, de la Agencia Literaria de Sandra Dijkstra.

¿Agencia? ¿Qué clase de agencia? Me alegraba de haber entendido la palabra clave. Por la voz parecía una figura de autoridad. ¿Sería de una agencia gubernamental? ¿Y si era una funcionaria de inmigración que llamaba para informarse sobre la situación de mi visado? ¿O una inspectora de policía? ¿Me habrían seguido? ¿Significaría aquello que se me había acabado el tiempo para seguir en Estados Unidos? Mis pensamientos iban por delante de mí: ¿me deportarían?

Con tanto cavilar se me puso la cabeza como una olla de grillos, hasta el punto de que ya no oía a la señora.

—Un momento, por favor —dije, y dejé el auricular para ir en busca de Qigu.

Con el corazón acelerado, subí y bajé corriendo las escaleras, pero no lo encontré. Sabía que Qigu andaba arreglando un interruptor eléctrico roto en alguna parte. Estaría abajo, en el sótano. Necesitaba que viniera a rescatarme, que me dijera lo que debía contestar a la señora del teléfono. No podía darle una respuesta equivocada. Tenía miedo de meterme en problemas con inmigración, y puede que mi interlocutora intentara tenderme una trampa. Me engañarían y luego me detendrían. Tenía que pensar rápido en cómo explicar que no había renovado el visado.

—Ho... hola, soy Anchee Min —dije.

Esta vez tampoco entendí lo que decía la señora.

El miedo me tenía paralizada.

Hubo un silencio. ¿Estará esperando a que responda a su pregunta?, pensé.

Eché mano de todo el inglés que sabía.

—¿De dónde ha sacado mi número de teléfono?

—Pues, ¿recuerda que hace un año y medio más o menos usted envió...?

—Mi inglés no es bueno.

—¿Cómo dice?

—¿Le importaría hablar más despacio? Mi inglés no es bueno.

La señora hizo lo que le pedí.

—Hace un año y medio más o menos —comenzó de nuevo—, usted envió a nuestra agencia su manuscrito titulado *Azalea roja*...

Por supuesto que me acordaba.

—¿Recuerda la Agencia Literaria de Sandra Dijkstra, mi agencia?

—Envié mi manuscrito a una docena de lugares.

—Bueno... soy Sandy, agente literaria. Estoy interesada en reunirme con usted.

Con esfuerzo me ayudó a entender que iba de camino a Nueva York y que haría una parada de una noche en Chicago. Estaría disponible para desayunar conmigo a las ocho de la mañana en su hotel.

—Allí estaré —dije.

—¡Fenomenal!

—¿Puede repetirme su nombre? —Quería asegurarme.

—Sandra Dijkstra.

—¿Cómo se escribe? ¿Me lo puede deletrear poco a poco, por favor?

Así lo hizo.

Comencé a tener la sensación de estar alucinando. No confiaba en lo que estaba sucediendo. ¿Cómo podía saber que la persona que había llamado era quien afirmaba ser?

—Pues eso es todo, por ahora. Hasta mañana, ¿Ahjeih? ¿O Annjeih?

—Es Anchee.

—Estupendo, Anchee.

—¿Ha dicho que ha leído mi manuscrito? —pregunté antes de colgar el teléfono.

—Bueno, acabo de empezarlo, pero mi lector sí lo ha leído.

—¿Su lector?

—Contrato a lectores que trabajan para mí en la agencia... —Volvió a hablar rápido y me fue imposible seguirla.

Para no interrumpir intenté adivinar lo que decía. Era algo de la persona que tenía contratada, algo sobre el individuo al que había encargado la lectura de mi manuscrito y que al terminar le había dado un informe. Pero tampoco era un informe buenísimo. Dijo algo de que al lector no le había «fascinado» mi manuscrito. Y al final algo de una evaluación que pasó por su mesa meses después.

—Me tenía intrigada. —Le oí decir—. Así que he decidido darle una oportunidad al manuscrito...

—¡Qigu! ¡Qigu! —exclamé al colgar el teléfono. Fui corriendo por toda la finca, pero no lo encontré por ninguna parte.

Llamé a mi amiga Joan Chen, que estaba en California.

—¿Conoces a Sandra Dijkstra?

—Pues claro que sí —contestó Joan con calma—. Es la agente de Amy Tan. ¿Recuerdas que un día me pediste la dirección de la agencia? ¿La que está en Del Mar, California?

Recordé entonces haber enviado mi manuscrito a la agente de Amy Tan. Me acordaba de lo «Del Mar» porque el paquete me fue devuelto al principio por «no entregado», ya que había dado una dirección equivocada. Había escrito un «Del Mar» en lugar de dos. La dirección correcta era «Camino Del Mar, Del Mar, California».

—¡Bueno, pues Sandy Dijkstra me ha telefoneado y me ha citado para mañana por la mañana! —Le conté cómo había ido la llamada—. Joan, aconséjame, por favor. ¿Qué me pongo? ¿Voy elegante? ¿Me recojo el pelo o me lo dejo suelto? ¿Y si Sandy Dijkstra descubre que soy una pueblerina? Piensa que mi manuscrito ha pasado por años de revisiones, pero cuando me conozca en persona descubrirá que mi inglés da pena. Se llevará un chasco. Tengo miedo de que...

—Sé tú misma —me recomendó Joan—. No creo que le importe que tu inglés no sea perfecto.

—Pero ¿qué le digo?

—Tú déjala hablar a ella. —Joan Chen me convenció de que no había razón para estar nerviosa—. A Sandy lo único que le interesa es la calidad de tu manuscrito. No perdería su tiempo en quedar contigo si pensara que no vales la pena. Créeme, sabe lo que se hace. Es su negocio.

Cuando Qigu regresó, compartió mi entusiasmo. Lo único que me preocupaba en aquel momento era nuestro coche. El Chevrolet hacía tiempo que fallaba. No había manera de saber si al día siguiente arrancararía. La temperatura había vuelto a caer por debajo de los cero grados.

Me di una ducha caliente y me lavé el pelo. Procuré asegurarme de que el hedor a cloaca no me siguiera hasta el hotel de Sandy Dijkstra. Saqué el abrigo de algodón chino y lo planché. También me limpié lo mejor que pude las botas gastadas.

Al amanecer ya estaba levantada. Qigu seguía durmiendo. Me tranquilizó ver que había dejado de nevar. Por suerte, después de mucho resoplar, el motor cobró vida. Lo dejé en marcha y quité la nieve de alrededor del coche. Luego le tapé la ventanilla rota con un cartón pegado con cinta adhesiva.

A las seis de la mañana me puse en carretera y me dirigí al centro de Chicago.

Sandra Dijkstra entró en el restaurante del hotel como una brisa de primavera. Era una mujer atractiva con aspecto juvenil pese a pasar de los cuarenta, de mirada alegre y sonrisa afectuosa. Por su pelo corto mojado deduje que venía de ducharse, o quizá de nadar. Se le iluminó la cara al saludarme con un: —¡Buenos días, Anh-chje!

Yo no sabía que estuviera pronunciando mi nombre a la francesa. Me miró con unos hermosos ojos cristalinos. El camarero nos acompañó hasta una mesa rinconera.

—Cuánto me alegro de conocerte por fin —dijo Sandy—. Corrígeme, por favor, ¿es Anh-chje?

Le dije que me gustaba el acento, aunque no sabía de dónde era.

Me explicó que tenía un doctorado en literatura francesa.

—Me he levantado de madrugada para volver a leer tu manuscrito. La verdad es que es una obra fantástica. Me gustaría que probaras suerte en Nueva York. ¿Qué me dices?

Le respondí que solo se me ocurría decirle gracias.

Sandy sacó un documento y me dijo que era un contrato entre agente y autor.

No recuerdo cómo regresé a casa. A mi llegada, le describí a Qigu mi encuentro con Sandy.

—De todos modos, no espero que salga nada de esto —concluí.

—Hay que volver al trabajo para arreglar las cañerías —coincidió Qigu—. Los inquilinos amenazan con irse.

Tardé un tiempo en calmarme y dejar de soñar con la llamada de Sandy. Hice bien en no llegar nunca a creer en serio que podía suceder algo.

La vida volvió rápidamente a la normalidad. El tiempo se templó y Qigu y yo nos vimos obligados a librar una nueva batalla, esta vez contra las termitas. Al descubrirlas en nuestra finca, el ayuntamiento nos había puesto una multa. Tuvimos que contratar a una empresa de fumigación, lo que supuso que nos endeudamos aún más. Mientras tanto, preparábamos el mortero nosotros mismos. Yo me dedicaba a subir cubos de cemento de sol a sol. Se los iba pasando uno tras otro a Qigu, que se hallaba encaramado a una escalera de mano de tres pisos de alto.

Qigu estaba descontento porque yo no le permitía que trabajara en su arte hasta que la finca no estuviera arreglada.

—Estamos juntos en esto —le dije—. Y, siendo mujer, estoy haciendo un trabajo de hombres.

—Yo no vine a Estados Unidos para ser un esclavo —protestó Qigu.

Sandra Dijkstra volvió a telefonarme. Esta vez reconocí su voz.

—¿Cómo estás, Anchee Min? ¿Qué haces?

No sabía si debía contarle que aquella era la segunda vez que Qigu y yo habíamos tenido que trabajar en las cañerías de la finca. Los empalmes nuevos perdían agua porque la pasta para soldar que habíamos empleado estaba pasada. Qigu y yo nos pusimos furiosos el uno con el otro por no habernos gastado 1,29 dólares en comprar pasta nueva. En nuestro afán de ahorrarnos cada centavo que fuera posible, ahora nos veíamos obligados a retirar toda la instalación del agua para volver a soldarla de nuevo.

—¿Estás sentada, Anchee? —continuó Sandy.

—¿Quieres que me siente?

Me pregunté por qué me pediría tal cosa. ¿Qué más daba que estuviera sentada o de pie? Solo estaba hablando con ella por teléfono. ¿Debería decirle que Qigu estaba esperándome con un soplete de propano en la mano? ¿Que acababa de sacar dos dedos de hilo de soldar de su bobina y que justo en ese momento me disponía a introducirlo en el empalme del tubo?

—Puedo sentarme si quieres, aunque tendré que hacerlo en el suelo, porque aquí no hay ninguna silla.

—No importa —dijo Sandy—. Escucha, estoy en plena subasta de *Azalea roja*. Se han sumado a la puja cinco editoriales. He ido descartándolas hasta que han quedado solo dos, ambas pesos pesados en el sector. Lo que quiero preguntarte es cuál de las dos te gustaría que eligiera, ¿Random House o Knopf?

¿Y yo cómo iba a saberlo?

—Sandy, ¿serías... serías tan amable de decidir por mí?

—Cómo no. Y hay un anticipo para el autor —añadió.

—¿Qué significa «un anticipo»?

Sandy comenzó a explicarme lo que era.

Le pedí a Qigu papel y lápiz. Tenía los dedos agarrotados por el frío. Apenas podía sostener el lápiz. No estaba segura de haber entendido la cantidad pronunciada por Sandy. Me pregunté si había dicho cinco mil dólares o siete mil. Me daba la sensación de que no estaba traduciendo bien la cifra. No podía ser tanto dinero.

—Después de setenta y cinco ¿hay un cero o dos? —pregunté.

—Hay tres ceros, cariño.

En mi cabeza seguía viendo una escena en particular de mi infancia: mi madre tumbada de espaldas en el suelo, y la señora Bao, nuestra vecina de abajo, encima de ella. La señora Bao sujetaba unas tijeras en la mano, con las que estaba agrediendo a mi madre. Yo me hallaba junto a ellas, paralizada y muerta de miedo. Tenía cinco años. Recordaba que me costaba respirar.

Mi pie estaba al lado de la cabeza de mi madre, pero no podía moverme. Mi cuerpo era como un tocón. Mi hermana pequeña se hallaba a los pies de mi madre, tirando de las piernas de la señora Bao para intentar ayudarla. Yo también quería ayudarla como fuera, pero no podía hacer nada.

Madre se estaba quedando sin fuerzas. Trató de quitarse de encima a la señora Bao, pero esta tenía mucha fuerza. Entonces oí gritar a mi madre.

Las tijeras le acuchillaron la cara. Comenzó a salirle sangre entre los ojos y la nariz.

Había gente fuera. Alguien aporreó la puerta.

La señora Bao se quitó de encima de mi madre y corrió escaleras abajo.

Mi madre se levantó, con regueros de sangre deslizándose cual lombrices por su cara.

Al ver que estaba viva, recuperé el aliento.

Oí a la señora Bao abrir la puerta de abajo y gritar a la multitud congregada.

Cuando bajé, descubrí que estaba contando su versión de la historia, agitando los puños por encima de su cabeza. Para mi sorpresa, vi que le sangraban las muñecas.

—¡Acaba de tener lugar un incidente anti-Mao! —gritó la señora Bao con todas sus fuerzas—. ¡Una intelectual burguesa le ha negado un retrete a una trabajadora proletaria!

Luego le contó a la gente que mi madre le había cortado las venas.

—¡Justicia! —exclamó la multitud—. ¡Las deudas de sangre se pagan con sangre!

Mi madre bajó a toda prisa. Aunque se había lavado la cara, la herida seguía sangrándole. Fue incapaz de convencer a la gente de que la señora Bao había mentido.

En el piso de abajo tres generaciones de la familia Bao vivían sin baño. Lo único que tenían era un orinal de madera. La señora Bao esperaba cada día a que pasara el camión de saneamiento para vaciar el orinal. Cuando estalló la revolución, el camión dejó de pasar. La familia Bao comenzó a tirar sus excrementos bajo un árbol situado al final del callejón. Los vecinos se quejaban del hedor. A mi madre le daba pena que el árbol estuviera muriéndose.

En contra de los deseos de mi padre, mi madre ofreció a la familia Bao compartir nuestro retrete. No sabíamos dónde nos estábamos metiendo.

El váter comenzó a ser insuficiente, pues no estaba diseñado para tragar de golpe el contenido de un orinal lleno con los desechos de once personas.

Mi padre tenía que romper las heces manualmente. Se servía de una bomba para aspirarlas y eliminarlas. La cosa fue a peor. El tubo del desagüe se atascó. Cada vez que tirábamos de la cadena, el inodoro se inundaba. Las aguas fecales rebosaban y el suelo quedaba cubierto de excrementos.

La familia Bao exigió la posesión de nuestro baño. Ahora que sabían lo que era la comodidad,

se creían con derecho a reclamarlo. «Vosotros tenéis dos váteres y nosotros ninguno, y la base de la revolución es la justicia.»

Le dijeron a mi madre que los tiempos habían cambiado. Los proletarios tenían el poder.

Mi madre se negó, así que la familia Bao decidió darle una lección. Se presentaron en casa con el orinal lleno y lo vaciaron encima de nuestras camas y sábanas.

Entonces no había ni policía ni tribunales. Bajo el control de la «dictadura del proletariado», Shangai vivía sumida en el caos. Los Guardias Rojos adolescentes de Mao comenzaron a saquear la ciudad. Mi madre no consiguió ayuda. Mi padre y ella tenían que lavar la ropa de cama manchada y limpiar las heces de los vecinos cada noche cuando volvían de trabajar. Al poco tiempo nos vimos obligados a dormir con la ropa puesta porque ya no nos quedaban sábanas, mantas ni esterillas secas. Al final nos expulsaron de casa y nos realojaron en una vivienda en la que no teníamos váter propio.

Presenciaba cómo mi vida cambiaba ante mis ojos. No podía creer que fuera a firmar el contrato de un libro con una de las editoriales más importantes de Estados Unidos. Se acabaron los días tristes. Nunca olvidaría la época en la que mi familia compartía una sola toalla y la vecina nos acosaba por el uso del retrete.

Con el dinero que gané, escribí a mi madre para decirle que mi primer deseo era comprarle un inodoro. Ella soñaba con tener algún día su propio váter. Y a mí me hacía mucha ilusión convertir su sueño en realidad. Además, el anticipo me permitiría saldar mis deudas, y lo más importante fue que acudí a un abogado en inmigración, quien me dijo que, con el contrato de un libro como prueba, tenía muchas probabilidades de obtener un permiso de residencia.

Qigu llegó a casa con una noticia inesperada: el gobierno estadounidense acababa de decidir que concedería asilo político a todos los estudiantes chinos afincados en el país que hubieran participado en el movimiento democrático de 1989, ya fuera en Pekín o en el extranjero. Nos otorgarían a todos el permiso de residencia y, al cabo de cinco años, la ciudadanía estadounidense.

Sentado en su balancín comprado en un rastro de Chicago por cuatro dólares, Qigu recitó un antiguo poema chino:

*Las preocupaciones parecen no tener fin
cuando vas en busca de los deseos de tu corazón
aunque gastes tus zapatos hechos de hierro
luego, sin que uno haga el menor esfuerzo,
llega el destino
y la oportunidad cae en tu regazo.*

De la noche a la mañana pasamos a ser inmigrantes legales. Salimos de las tinieblas para respirar al sol. Pese a no ser una persona religiosa, le pedí a Dios que bendijera América. Corresponder con un pozo a quien te da una gota de agua en plena sequía era una virtud china. Y yo quería ser merecedora de la generosidad recibida.

Me sentía incómoda por mi buena suerte. No habíamos hecho nada para ayudar a los estudiantes de China. Yo había participado en la protesta y gritado consignas en favor de la democracia, pero no había arriesgado mi vida como los manifestantes de la plaza de Tiananmen.

Mi padre me hizo saber que le había quitado un gran peso de encima. Estaba tan contento que me tarareó por teléfono la melodía recién aprendida de «Yankee Doodle Dandy». Le dije a mi madre que le había enviado por correo el dinero para su retrete privado.

Al cabo de un año mi padre me mandó una foto de mi madre sentada en el nuevo váter. «Tu madre quiere que sepas que ha sido el momento más feliz de su vida», escribió.

Mi madre se había puesto sus mejores galas para la foto. Llevaba el pelo arreglado y sonreía de oreja a oreja como una niña posando delante de Disneylandia para que la fotografiaran.

Qigu hizo valer una vez más su teoría de la confianza en el destino. «Si algo es para ti, lo será sin que tengas que luchar por ello. Esta es la esencia de la filosofía zen y el taoísmo.»

Intenté no mostrar mi irritación mientras lo veía dárse las de sabio. Yo creía en lo de que «A quien madruga, Dios le ayuda». No era cristiana, pero me gustaba el mensaje que transmitía un refrán como «A Dios rogando, y con el mazo dando». Estaba de acuerdo en que la suerte y el destino tenían su papel en la vida de uno, pero esperar que cayera arroz del cielo era una locura. ¿Y el deber de cada cual para con los menos afortunados?

Cuando me llegó por correo el pago del anticipo, liquidé la hipoteca. Aún quedaban muchas reparaciones por terminar en la finca, pero ahora poseíamos una propiedad libre de deudas. Sin la presión de tener que pagar cada mes la cuota del préstamo hipotecario, todo se volvió alcanzable. Podíamos proporcionar a nuestros inquilinos reparaciones y mejoras de mayor envergadura. Esperaba que Qigu terminara las obras del piso mientras yo revisaba el manuscrito de *Azalea roja*.

Tal vez fuera la desaparición del estrés, o quizá el hecho de que ahora podíamos permitirnos comer nuestros perritos calientes polacos preferidos tres veces a la semana, o puede que el tictac de mi reloj biológico sonara cada vez más fuerte. Fuera por lo que fuese, la cuestión es que por primera vez en mi vida me pregunté: «¿Qué es lo que quieres realmente, Anchee?».

¡Un niño! La idea no podía ser más clara, poderosa y abrumadora. Al día siguiente me vi en la biblioteca leyendo libros de autoayuda sobre el embarazo. Deseé encontrar la manera de decirle a Qigu que ya no podía esperar más. Estaba a punto de cumplir los treinta y cinco. Quería tener un hijo propio, pero no sabía cómo hablar de ello con Qigu. Llevábamos juntos seis años. El momento indicado para expresarle mi deseo debía ser cuando me propusiera matrimonio. Sin embargo, dicha circunstancia no se había dado. Ni siquiera había el menor indicio de que fuera a producirse. ¿Qué podía hacer yo salvo esperar? Yo le había mostrado lo mejor de mí. Él era una buena persona. Mi madre decía que un hombre de bien como Qigu acabaría proponiéndole matrimonio a una mujer de mi naturaleza. ¿Cuál es el problema entonces?, pensé.

Al final me decidí a preguntarle a Qigu, por última vez, qué pensaba sobre la posibilidad de tener una familia.

Qigu suspiró y salió con la misma cantinela de siempre:

—¿Cómo voy a mantener a una familia si apenas puedo alimentarme a mí mismo?

Me convencí de que el hecho de que me dijera la verdad era una muestra de buen carácter. Qigu solo trataba de ser responsable. Le encantaba citar a Confucio —«Los hombres nacen débiles»—, pero en mi opinión la conciencia era señal de un hombre fuerte.

El dilema era: ¿cuánto tiempo debía seguir esperando?

La preocupación parecía ser mía y solamente mía. Caí en la cuenta de que me hallaba en una

situación desventajosa después de haberme pasado tantos años siendo lo que Qigu elogiaba como una mujer «liberal».

La noche de Fin de Año de 1991 me dirigí a Qigu con un libro chino titulado *La ciencia del cuerpo femenino*. Compadeciéndose de mí, él intentó calmarme con sus tácticas habituales, pero esta vez no le funcionaron. Qigu se excusó diciendo que era un «hombre débil».

—¡Si has conseguido saltar al otro lado de la puerta del dragón y llegar a América! —dije retándolo—. En China uno no puede permitirse ser fuerte, pero en Estados Unidos sí que podemos. Tenemos permiso de residencia. ¡Podemos permitirnos ser fuertes y lo que queramos ser! ¡Es el privilegio de ser americano!

Qigu negó con la cabeza. Vi que no me propondría matrimonio, no entonces, quizá nunca.

Por fuera me mostraba tan amable como de costumbre, pero por dentro me hallaba en medio de una feroz tormenta. La crisis estaba alcanzando un punto crítico. Sabía que si me privaba de la oportunidad de ser madre lo lamentaría el resto de mi vida. Concluí que podría soportar que no me propusieran matrimonio, pero que no podría seguir adelante sin intentar tener un hijo.

Qigu se quedó destrozado cuando le di la noticia de que estaba embarazada. Aseguró haber sido víctima de una conspiración por mi parte. Lo que él creía que había sido una velada romántica resultó ser una trampa. Estaba dispuesto a acompañarme a abortar a una clínica.

Yo me negué.

—No pienso ir a ninguna clínica a abortar.

Qigu estaba disgustado y me llamó irresponsable y taimada.

—¿Cómo puedes traer a este mundo una vida no deseada?

Yo llevaba mucho tiempo deseando aquella vida, y me sentía responsable por haberme quedado embarazada antes de cumplir los treinta y cinco.

—Lo he hecho para evitar que aumente el riesgo de defectos congénitos que se da una vez que la madre cumple los treinta y cinco. ¡Es la edad que marca la frontera!

Qigu me dijo que no quería verse obligado a ser padre. Tenía la sensación de que yo lo estaba manipulando.

—¡Es una equivocación!

Me sentía mal por arrastrar a Qigu a la paternidad, pero no tenía más remedio; él nunca se decidiría, y yo no podía quedar con otros hombres. En la práctica éramos pareja. Aunque Qigu nunca me había dicho que me amaba, tampoco me había dicho lo contrario. Según él, practicábamos el amor al estilo chino, aunque en lo más hondo de mi ser tenía mis dudas.

Sé que era egoísta por mi parte querer tener aquel niño, pero también pensaba que una convivencia de seis años con un hombre constituía una base sólida para formar una familia. Por lo general, me sentía segura del amor que nos teníamos. ¿Había algo más romántico que luchar por conseguir el sueño americano? Qigu era un hombre con un gran potencial, una obra de arte en continua evolución.

Al mirar atrás, me daría cuenta de que Qigu y yo no compartíamos los mismos valores, que en el plano más inmediato incluía un interés por crear una familia. Nos necesitábamos el uno al otro porque ninguno de los dos podíamos permitirnos el lujo de dedicarnos a conocer y salir con otras personas, separarnos, reconciliarnos y andarnos con remilgos a la hora de elegir a una pareja realmente compatible para toda la vida.

Yo casi nunca tenía tiempo de mantener el contacto con mis amigas. Lo único que sabían era que vivía con Qigu desde hacía años. El orgullo me impedía reconocer que mi vida era un

desastre, e incluso que me preocupaba el hecho de que no me propusiera matrimonio. Mi manera de enfrentarme a ello consistía en esconder la cabeza bajo el ala como un avestruz al mismo tiempo que rezaba para que las cosas fueran bien.

Temía que Qigu me dejara si lo presionaba demasiado con el tema del matrimonio. Estaba convencida de que ningún hombre me querría. Mi belleza se había desvanecido y no sabía qué más podía hacer. Sentía que mi única opción era aferrarme a mi sueño y arreglármelas con lo que tenía.

Quedarme embarazada era lo primero que hacía en mi vida por mí misma. Era mi acto de rebelión contra el mundo, y me parecía excitante. Sentía un amor cada vez más profundo por la criatura que crecía en mi interior, aunque no podía decir que no estuviera preocupada o asustada. Lo estaba, pero también me sentía con más poder que nunca, más cargada de fuerza y energía. Si con Qigu no tenía una relación romántica, con mi bebé sí la tenía. Cada día se convertía en una canción, cada día era una bendición.

Aunque Qigu y yo ya no teníamos una hipoteca por la que preocuparnos, la finca no nos daba tregua. Nuestros vecinos se quejaron cuando alquilamos uno de los pisos a dos estudiantes negros del Instituto Tecnológico de Illinois. No hicimos caso de las amenazas, pues para nosotros no había razón alguna para no tener a aquellos estudiantes de inquilinos.

Como consecuencia de nuestra decisión, nos destrozaron las ventanillas del coche y nos dejaron más amenazas en la puerta de casa.

No quisimos informar de dichos incidentes a la policía porque teníamos la sensación de que el vecindario entero estaba en nuestra contra. Con todo, teníamos que la policía no acudiera en nuestra ayuda si sucedía algo.

Qigu y yo hablamos con nuestros inquilinos negros del clima de hostilidad existente en la finca. Les dijimos que nosotros tampoco nos sentíamos cómodos en el barrio por nuestra condición de chinos. Una vez apedrearon a Qigu en la calle; entre sus agresores no solo había blancos, sino también negros. En otra ocasión nos atacaron unos pandilleros adolescentes de las viviendas baratas situadas en la otra punta de la calle Treinta y cinco. Avisamos a nuestros nuevos inquilinos de que temíamos por su integridad física. Podían quedarse, si querían, pero nosotros no podríamos garantizar su seguridad.

Al final los estudiantes negros decidieron rescindir el contrato y marcharse del piso.

Nos sentimos fatal, pero ¿qué más podíamos hacer?

Después de enviar por correo el manuscrito a mi editor de Nueva York, volví al trabajo con Qigu, consciente de que corría el riesgo de tener un aborto. Me decía a mí misma que las campesinas chinas no dejaban de atender los arrozales, cargar estiércol y dar de comer a los animales estando embarazadas. Yo me veía haciendo lo mismo. Tenía cuidado al subirme a las escaleras de mano. Me ponía una mascarilla cuando aplicaba el compuesto para juntas de las placas de pladur. Seguía pintando las paredes y retirando los escombros. Procuraba no cargar en exceso los cubos de cemento cuando los llevaba hasta el tercer piso.

Las náuseas matutinas que tenía eran algo espectacular, pero no me importaba. Las consideraba una señal de la vitalidad del feto. Lo que comía lo vomitaba. Me acostumbé a tener la cara sobre la taza del váter. Me pasé semanas sin que mi estómago aceptara nada de comida. Mi energía menguó y el cuerpo me pedía descanso, pero yo seguí trabajando. Era importante que ayudara a Qigu cuanto pudiera antes de que la barriga me creciera demasiado.

Mientras tanto, tenía un secreto. Había rezado para que mi bebé fuera un niño. No pretendía discriminar al sexo femenino. Como mujer china, veía simplemente que pertenecía a una clase discriminada. Toda mi vida había sido una prueba de ello. Me había topado con obstáculos a los que los hombres nunca habían tenido que enfrentarse, obstáculos tanto físicos como mentales. La cultura china estaba llena de prejuicios contra las mujeres, incluso bajo el régimen comunista, cuando se suponía que ellas sostenían la mitad del cielo. Yo no quería que mi bebé naciera con ninguna desventaja si podía evitarlo. Ser hombre significaba respeto y oportunidad. Aunque en menor medida, veía que esto también era así en Estados Unidos.

Visité herbolarios chinos cubiertos de polvo y compré ingredientes para potenciar la química en mi cuerpo. El aromático contenido de los frasquitos prometía crear un «entorno propicio» para «acoger» a un varón. Seguí las indicaciones del herborista, según las cuales debía lavarme las posaderas cada noche con una fórmula especial de agua con hierbas. Si hubiera habido un templo budista en la zona, habría ido a rezar.

Cuando Qigu expresó su resentimiento y me vino con su cantinela del artista muerto de hambre, yo le dije que el bebé sería responsabilidad mía y solo mía.

—De todos modos, no estamos casados —añadí—. Lo registraré como hijo de madre soltera.

Casémonos —propuso Qigu—. No quiero que el bebé siga tu mal ejemplo.

Me vi intentando sobrevivir a ese momento. Estábamos guardando las herramientas después de una jornada de trabajo. Al darse cuenta de que estaba dolida, Qigu me explicó que lo había dicho en broma.

A mí me daba la sensación de que Qigu no veía razón alguna para ocultar sus verdaderos sentimientos. Sin embargo, aquello no dejaba de ser una propuesta de matrimonio. Oficial. La que llevaba seis años esperando. Procuré no perder el control delante de él. Nunca imaginé que me propondrían matrimonio de aquella manera. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá hubiera hecho el esfuerzo de fingir una propuesta.

Por primera vez no soportaba mirarlo a la cara, a él, el padre de mi hijo, un padre que se sentía engañado y atrapado. Qigu tenía derecho a llevar la vida que quisiera, la cual no incluía un bebé. Yo tenía demasiado miedo para separarme de él. Estaba furiosa conmigo misma por habernos llevado a ambos a aquella situación.

«No quiero que el bebé siga tu mal ejemplo.» Aquellas palabras se me clavaban una y otra vez en las entrañas.

Cargué los escombros de las obras en bolsas de basura y traté de contener las lágrimas. Había perdido mi sueño de sentirme como una princesa por una vez en la vida. Algo valioso murió dentro de mí. Desde que había leído *Jane Eyre* y descubierto el significado del amor, lo había anhelado. Soñaba con la idea del amor como podría haberlo hecho una labriega china. Me imaginaba como una esposa campesina plantando arroz con una criatura atada a la espalda. Me imaginaba caminando por la linde de un campo para llevar la comida a mi marido. Llevaría una pértiga de bambú sobre los hombros con cubos de agua fría a ambos extremos, que se balancearían y agitarían a medida que me acercara. Mi esposo me recibiría con una sonrisa tierna. Dejaría de arar para descansar un rato. Yo le pasaría una toalla para que se secara el sudor de la cara. Me sentaría en el margen de nuestra tierra y daría el pecho a mi bebé.

—Lo he dicho en broma, de verdad —insistió Qigu—. Ya estás haciendo un drama, para variar.

Yo no tenía nada que decir.

Qigu se encogió de hombros.

—Bueno, si quieres tomártelo a mal, allá tú. Cuando lo tengas claro, me lo dices. Podemos ir al ayuntamiento y registrarnos para obtener un certificado de matrimonio.

Me daban ganas de rechazar su propuesta. Sus palabras me parecían ofensivas. Sin embargo, el embarazo cambió mi forma de ver las cosas. Lo único que me importaba era el bebé que llevaba dentro de mí. Le debía un padre y una madre.

—Lo tengo claro —le respondí a Qigu.

Concertamos cita con el ayuntamiento para casarnos ante el juez el día 6 de febrero de 1991.

No podíamos permitirnos una boda, pero yo seguía deseando celebrarlo. ¿Acaso no se trataba, al fin y al cabo, del día más importante de mi vida? ¿No debía comunicar la noticia, o llamar a

alguien y anunciar: «¡Hola, mañana me caso!»? Quería una bendición. Pensé en telefonar a mi familia en China, así como a Joan Chen y a Margaret.

Sin embargo, aparté la idea ante el mazazo de la verdad: estaría compartiendo una felicidad falsa. Qigu no se casaba conmigo porque estuviera enamorado de mí, aunque tratara de convencerme a mí y a sí mismo de lo contrario. Aquel «mal ejemplo» salido de su boca corroía mi mente, pues contenía toda su reticencia, rencor y pesar. Me sentía triste. Qigu no tenía ganas de casarse conmigo. Solo me hacía un favor. Estaba frustrado.

En lugar de preparar un festejo de bodas o dar un repaso final a mi vestido de novia, Qigu y yo nos dedicamos a trabajar en las viviendas de la finca. Fuimos en coche hasta la ferretería y compramos suministros de fontanería. Comimos unos perritos calientes polacos y, al llegar a casa, Qigu bajó al sótano para ponerse a trabajar en sus cuadros. «Buenas noches», dijo.

Yo recalenté las sobras y cené sola. Fregué los platos. Luego me senté un rato en la cocina, y me embargó la tristeza.

Qigu no les había contado nada a sus padres sobre mi embarazo, aunque sabían que yo vivía con él. Me explicó que tenían una «mente rígida», como comunistas que habían sido. «Lo único que han hecho con su vida ha sido seguir ciegamente al partido —me había comentado—. A mi madre nunca llegaron a ofrecerle ser miembro del partido, lo cual la hundió en la miseria. Mi padre era un miembro veterano del partido, pero ha tenido una vida de mierda. Desconfiaron de él, lo castigaron y lo enviaron a un campo reformador. El pasado burgués de su familia era una mácula de la que nunca pudo escapar.»

Qigu y su hermano menor se criaron en las calles de Shangai mientras sus padres eran denunciados. Su madre se vio martirizada por compañeros de trabajo envidiosos y sufrió una crisis nerviosa de la que nunca llegó a recuperarse del todo.

La última vez que Qigu había tenido noticias de su madre fue a través de una cinta de casete. Se la envió desde China, lo cual debió de costarle la mitad del salario de un mes. La cinta duraba noventa minutos y en ella la mujer aconsejaba a su hijo lo que debía hacer y lo que no, poniendo énfasis en la seguridad y la intoxicación por alimentos.

Qigu me pidió que pulsara el botón de avance rápido. Me daba pena su madre. Deseé poder escribirle para decirle que su hijo estaba a salvo.

Imaginé que a mis futuros suegros les haría ilusión saber que iban a tener un nieto. En mi última visita a China dos años atrás el padre de Qigu me contó la historia de su familia. Tras la muerte de Mao y el fin de la Revolución Cultural, su «mácula» se había transformado milagrosamente en prueba de su prestigio.

—Mis antepasados, los Jiang, se dedicaron primero a la crianza del gusano de seda y luego a comerciar con seda en la provincia de Zhejiang, al sur de la China. A finales de siglo se convirtieron en los padres fundadores de la industria textil y bancaria del país. —El anciano recordaba su juventud como la de un idealista romántico que se unió al Partido Comunista para cambiar el mundo en favor de los pobres. Aunque estaba entregado a su trabajo, nunca alcanzó un rango muy alto—. Qigu no se crió con una cuchara de plata en la boca. Vivíamos en una pequeña habitación situada en el distrito Xuhui de Shangai. A duras penas cabían cinco personas de tres generaciones distintas.

Mientras hablábamos, la madre de Qigu preparaba arroz cerca de la escalera. La escena me llegó al alma porque me identifiqué con la situación de pobreza en la que se encontraban. Me consolaba pensar que Qigu procedía de un hogar humilde. Di por sentado que entendería el sufrimiento, una cualidad que yo buscaba en el hombre que se casara conmigo.

Qigu no tenía buenos recuerdos de su infancia. El miedo había sido su compañero inseparable. Las pandillas callejeras lo molían a palos mientras sus padres estaban fuera, sirviendo en una serie de campos reformadores. A Qigu le molestaba que la familia de su padre hubiera «donado» su fortuna al gobierno para mostrar su lealtad al Partido Comunista.

—Hoy podría ser un hombre rico —le dijo Qigu a su padre en una ocasión.

—Fue una donación forzosa —repuso su padre—. ¡Tú no te habrías librado del castigo ni habrías podido llevar la vida de la que ahora disfrutas si yo no hubiera obedecido las órdenes! ¡Y desde luego no te habrían concedido un pasaporte para ir a América!

Cuando Qigu y yo llegamos al ayuntamiento de Chicago, lo encontramos abarrotado de gente. Nos recibió una señora que nos dio unos impresos para que los rellenáramos. Luego nos envió a una ventanilla en la que ponía REGISTRO, donde entregamos los formularios.

Qigu esgrimió una sonrisa burlona ante los letreros que había encima de las ventanillas y comentó:

—En esta entregas una solicitud de matrimonio, y en la siguiente, una solicitud de divorcio.

—No me agües la fiesta, haz el favor —le pedí.

—Perdona —respondió Qigu—. Solo pienso que los humanos son criaturas tontas.

Nos hicieron pasar a una sala de espera vacía y nos dijeron que un juez nos avisaría. Tras una larga espera, nos preguntamos si deberíamos llamar a la puerta señalada con un letrero en el que se leía SALA DE AUDIENCIAS. Cuando nos disponíamos a hacerlo, se abrió la puerta. Apareció un hombre corpulento de piel oscura. Parecía estar cambiándose de traje.

—¡Esperen fuera, por favor! —exclamó—. Aún no estoy listo.

Y nos cerró la puerta en las narices.

Volvimos sobre nuestros pasos y nos sentamos en un banco del rincón. La sala fue llenándose poco a poco con otras parejas, que entraban cogidas de la mano o sonriéndose el uno al otro. Los hombres iban con trajes planchados y las mujeres, con bonitos vestidos de ceremonia.

De repente me sentí incómoda. Lamenté no haberme puesto elegante como las otras novias de la sala. Qigu y yo llevábamos ropa comprada en tiendas de segunda mano; él, una americana azul marino informal, y yo, una blusa de colores combinados con unos pantalones de estilo indio y unos zapatos a juego.

Qigu advirtió mi malestar y se acercó a mí.

—Todo esto no es más que un espectáculo circense —me susurró al oído—. El cincuenta por ciento de estos matrimonios acabará en divorcio.

Lo miré a los ojos.

—¿Y nosotros seremos del cincuenta por ciento que se divorcian o del cincuenta por ciento que siguen casados?

—De los últimos, por supuesto —respondió Qigu con una sonrisa de sabio.

Cuando por fin se abrió la puerta de la sala de audiencias, vimos salir, para nuestra sorpresa, a una feliz pareja seguida del risueño juez con su toga negra. La novia llevaba un vestido blanco y gardenias blancas prendidas en el cabello.

La feliz pareja se dio un beso apasionado. Salieron de la sala abrazados. Me emocionó ver el cariño que se tenían y mi incomodidad se hizo más profunda.

—¿Cómo es que no nos han llamado todavía? —se extrañó Qigu—. Según las normas, se atiende «Por orden de llegada».

Miré a mi alrededor.

—Quizá deberíamos preguntar otra vez a la secretaria.

Una empleada administrativa entró en la sala y gritó:

—¡Q Young y Amen!

Nadie respondió.

—¡Q Young y Amen! —repitió la secretaria.

Las parejas presentes en la sala se miraron entre sí.

—¡Último aviso para el señor Q Young y la señorita Amen!

—¡Seguro que somos nosotros! —le grité a Qigu—. Los americanos no saben pronunciar «Qigu». Cuando ven escrito «Qi», no dicen «Chi», sino «Qui». Y pronuncian «Jiang» como *young*, es decir, «joven».

Pero era la primera vez que alguien convertía «Anchee Min» en «Amen».

Qigu y yo nos hallábamos ante el juez. El hombre nos miraba fijamente con ojos grandes y penetrantes. Yo estaba cada vez más nerviosa porque él seguía en silencio, como si se tomara su tiempo para examinarnos. Me di cuenta de que estaba observando nuestra ropa. Lamenté haberme dejado guiar por el sentido de la moda de Qigu. Me parecía que él sabía cómo vestir en plan «progre».

El juez habló por fin.

—¿Y el anillo? —Su voz sonó como una campana de iglesia.

No estaba segura de haberlo oído bien. Me tranquilizó ver que se volvía hacia Qigu. Se lo quedó mirando mientras esperaba.

—¿Có... cómo dice? —preguntó Qigu inclinándose hacia delante.

—¡El anillo! —exclamó el juez.

Qigu se puso rojo. Carraspeó y contestó:

—No tengo ningún anillo, señor.

—¿Y un recuerdo de cualquier tipo? —preguntó el juez.

—Eh... pues no, señor. Recuerdos... no tenemos —respondió Qigu.

—¿Ni siquiera una flor para su novia? —Esta vez la voz del juez sonó áspera, en un tono que mostraba desaprobación.

—Es que... yo... eh... nosotros... lo siento —dijo Qigu intentando poner su sonrisa de sabio, pero no le salió bien.

El juez se volvió entonces hacia mí. No dijo nada, pero su mensaje me llegó alto y claro.

Traté de contener las lágrimas.

El juez suavizó la expresión de su rostro y dejó de hacer preguntas.

Yo sentía su mirada clavada en mí. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que, después de todo, era una mujer normal y corriente. Mi corazón deseaba un anillo de boda. Rezaba desde hacía tiempo por tener una alianza. O por lo menos un recuerdo, o una flor. Qigu no tenía preparado nada de eso. Pero ¿cómo podía ser tan tonta? Qigu no había pensado lo más mínimo en aquel acontecimiento. Para él se trataba de una ceremonia carente de sentido.

Me sequé las lágrimas y me volví hacia Qigu.

Parecía un rehén a la espera de ser liberado.

El juez comenzó a pronunciar palabras de bendición, pero a mi cerebro le costaba realizar la traducción. El hombre dijo algo acerca de que el matrimonio no era un juego de niños. Debería considerarse sagrado como compromiso que era entre dos personas. Un juramento con Dios como testigo. Dijo algo de la fe, los fieles y los infieles.

Qigu se sintió incómodo y yo, avergonzada.

De repente, el juez nos dejó. Su cara de pocos amigos se quedaría grabada para siempre en mi memoria.

Yo iba por delante de Qigu cuando salimos del edificio. No podía contener las lágrimas. Fuera lucía un sol radiante. Era la hora de comer, y la gente entraba y salía de las cafeterías y del McDonald's que había en la esquina. Pasamos debajo de los raíles del llamado «Loop», el metro elevado del centro de Chicago. Un tren pasó traqueteando sobre nuestra cabeza.

No sabía por qué caminaba tan deprisa, como si huyera de algo. Qigu me alcanzó en la parada del autobús. Me atrajo hacia él y yo me desplomé en sus brazos. Le dije que me sentía fatal y que echaba de menos a mi familia.

Qigu me respondió que tenía motivos de sobra para estar disgustada.

—Estamos en Estados Unidos, un país con una cultura que valora las apariencias superficiales. Una vez que te comparas con la gente de aquí, te ves obligado a compadecerte de ti. Pero yo me pregunto: ¿han logrado formar matrimonios duraderos y armoniosos? ¿Tendrán la misma cara de felicidad dentro de treinta años? ¿Acaso los anillos, los recuerdos y las flores impedirán que la mitad de los matrimonios de este país acaben fracasando? ¡No!

Nunca había visto a Qigu tan digno.

—Puede que yo sea pobre a nivel material, pero soy rico en términos de espiritualidad —prosiguió—. Lo que te ofrezco es algo que el dinero no puede comprar.

Qigu trató de convencerme de que su intención era «cantar en contra de la melodía americana».

—Eso no significa que me tome nuestro matrimonio a la ligera. ¡Todo lo contrario!

Dijo que me demostraría a mí y al juez que nuestro matrimonio no solo duraría, sino que prosperaría sin necesidad de anillos, recuerdos ni flores.

Estoy casada. Soy una mujer casada, fue el primer pensamiento que tuve al despertar. ¡Se suponía que estaba de luna de miel! Miré a mi alrededor. Seguía yaciendo sobre el mismo colchón que habíamos encontrado en un contenedor de basura. Nuestra mesilla de noche era una caja de madera, y una alfombra manchada cubría el suelo. Qigu estaba frente a mí, al otro lado de la cama; aún dormía. El día anterior habíamos ido directamente a casa al salir del ayuntamiento. Una vez más comimos sobras para cenar y nos fuimos a la cama. Nadie en todo el mundo sabía que acabábamos de casarnos.

«¡Una solo se casa una vez en la vida!», oí que decía mi corazón.

Quería honrar aquel momento. Quería felicitarme a mí misma. Necesitaba hacerme una foto para mandársela a mi familia. Una foto del día de mi boda.

Cogí la cámara y bajé al jardín. Monté el aparato sobre un trípode y probé el botón del disparador automático. Eran alrededor de las ocho de la mañana. Aunque ya había salido el sol, hacía frío y el suelo estaba helado. Temía despertar a Qigu, pero necesitaba que posara, que sonriera a la cámara.

Con el garaje de los vecinos de fondo, fui corriendo de un lado a otro para ajustar la altura del trípode. Revisé una vez más el disparador automático y el enfoque de la cámara. Cuando tuve todo listo, regresé arriba y desperté a Qigu. Le dije que quería que nos hiciéramos una foto de bodas juntos.

Qigu no tenía ganas de salir de la cama caliente. Le prometí que solo sería un minuto.

—Hazlo por mí, por favor —le supliqué—. Será solo un disparo; luego te dejaré volver a la cama. Te lo pido por favor, es importante para mí.

Lo ayudé a ponerse el jersey y los pantalones. Después se enfundó un abrigo de invierno grande.

Una vez delante de la cámara, Qigu tenía cara de pena. Se subió la capucha y se apretó el abrigo al cuerpo. Iba en zapatillas. Le dije que tenía que reajustar el ángulo de la cámara para que en la foto no salieran sus zapatillas.

—¡Tengo frío! —exclamó Qigu—. ¡Me vuelvo adentro!

—¡Ya casi estamos! ¿Preparados? ¿Listos? ¡Allá voy! ¡Sonríe!

Solté el botón del disparador automático y corrí a ponerme al lado de Qigu.

Puse una gran sonrisa de felicidad ante la cámara y la aguanté hasta que oí un clic.

Qigu fue corriendo hacia la puerta.

—¡Espera! —grité—. ¡Un disparo más por si acaso!

La foto no quedó como yo quería porque Qigu salió con cara de tristeza.

Me hubiera gustado enviar la foto a mi familia, pero la expresión de Qigu me hizo desestimar la idea. Había demasiado abatimiento en su rostro. La gente habría hecho preguntas. Mis padres seguro, no me cabía la menor duda. Querrían saber a qué se debía aquella cara de Qigu.

En lugar de ello mandé una carta en la que les contaba lo feliz que estaba por haberme casado. No mencioné que no hubo anillos, recuerdos ni flores. Tampoco hablé del juez. Fingí un final feliz comunicando a todos la noticia de mi embarazo. «La foto de bodas no salió bien. El negativo estaba defectuoso», escribí.

Recibí la bendición de mis padres. Mi embarazo les hizo mucha ilusión. «Tu madre ha comenzado a tejer un jersey para el bebé», me escribió mi padre.

Una amiga que trabajaba en una clínica de Chicago me ofreció hacerme una ecografía gratis como regalo coincidiendo con mi cuarto mes de embarazo. Cuando me preguntaron si quería saber el sexo del feto, respondí: «Por supuesto». Estaba segura de que me dirían que llevaba un niño. Cuando vieron que parecía ser una niña, exclamé: «¡Mírenlo de nuevo!».

De vuelta en casa, me dediqué a devorar libros sobre el embarazo. Me aferré a un autor que en una nota a pie de página comentaba que había casos en los que la ecografía había fallado a la hora de predecir con precisión el sexo del bebé.

A finales del verano de 1991 terminé de revisar mi manuscrito y lo envié a mi editor. Para entonces estaba de siete meses. Seguí trabajando con Qigu en las reformas de la finca, porque el inspector municipal no dejaba de emitir infracciones en nuestra contra. La fecha límite para una nueva inspección de la escalera principal ya estaba cerca, y aún quedaba mucho por hacer. Yo quería haber terminado el trabajo tiempo atrás, pero Qigu no hacía más que poner excusas. Lo que me preocupaba era que ya habíamos quitado las tablas de madera podridas, así que había unos agujeros enormes que dificultaban el paso. Si los inquilinos olvidaban ir con cuidado, podían caer desde el primer piso.

Yo le decía a Qigu que cuanto más esperáramos, menos capacitada estaría físicamente para ser de ayuda.

Qigu comenzó a dormir hasta tarde después de que nos casáramos. No solía levantarse hasta la hora de comer. Yo insistía en recordarle lo de la inminente inspección municipal, y él seguía sin hacerme caso.

Decidí encargarme yo misma de las obras. Fue después de que el camión del almacén de maderas nos dejara los tablonos nuevos de dos metros y medio de largo delante de la finca. Arrastré las pesadas tablas desde la acera hasta la escalera una a una. Con el barrigón que tenía ya, no tardé en quedarme sin aliento. Le pedí disculpas al bebé que llevaba en mi seno: «Es algo que mamá tiene que hacer».

Me costó dos horas apilar todas las tablas junto a las escaleras. Sudaba a chorros. Me puse la capucha para no resfriarme.

Medir y cortar las tablas fue una tarea más fácil. Luego me puse a clavarlas. El martilleo constante hizo que Bruno saliera de su piso.

—¡No querrás perder al bebé! —me dijo mientras me observaba con una cerveza en la mano.

—¡Gracias, Bruno!

—¿Dónde está tu marido? —preguntó.

No contesté. ¿Qué podía decir? ¿Durmiendo?

Seguí clavando a martillazos los clavos de ocho centímetros de largo. Me dolía ya la palma de la mano y el brazo.

Helen se acercó gritando.

—¡Por el amor de Dios, no ves que vas a tener un aborto!

Sentí que algo se removía en mi vientre. Recé para que mi bebé estuviera tranquilo.

En medio del martilleo oí la voz de Qigu. Salió en pijama y zapatillas haciendo aspavientos con los brazos por encima de su cabeza. Bruno y Helen estaban detrás de él.

—¿Por qué me haces esto? —gritó Qigu—. ¡Estás montando un espectáculo! ¡Quieres que todo el mundo piense que soy un mal marido!

A aquellas alturas ya no me molestaba en discutir con él. Qigu siempre tenía sus motivos para hacer o dejar de hacer las cosas. El hecho de no pasar la nueva inspección municipal supondría más multas. El problema no se resolvería solo. Seguirían llegando citaciones y las tasas se duplicarían.

La seguridad de los inquilinos constituía una responsabilidad enorme. Era un riesgo que no podíamos correr. Al carecer de seguro, podríamos perderlo todo. La nueva escalera tenía que estar terminada antes de que naciera el bebé.

Media hora más tarde Qigu cogió un martillo y se puso a trabajar a mi lado sin dejar de maldecir.

Lauryann nació el 8 de octubre de 1991.

Recuerdo que oí decir «¡Felicidades, es una niña!». La dicha y la tristeza me embargaron al mismo tiempo. Me alegraba de que mi bebé no perteneciera al Partido Comunista de China, sino única y exclusivamente a sí misma. Y me apenaba —lamento decir esto ahora— que no fuera un niño. Ser del sexo femenino significaba tener una vida más dura.

Recuerdo la sensación de frío, seguida de la falta de aire. De repente, me pusieron una mascarilla de oxígeno en la cara. Recuerdo a gente corriendo a mi alrededor y gritando. Luego perdí el conocimiento. Qigu me contó después que le aterró ver la cantidad de sangre que salía de mi cuerpo. Nadie sabía que tenía el cuello del útero desgarrado. Mi médico aún estaba intentando llegar al hospital.

—No hacían más que limpiarte con gasas —me explicó Qigu posteriormente—. Eran como mopas empapadas de sangre. Te pusieron la cabeza inclinada hacia abajo con la camilla levantada para intentar frenar la hemorragia. Me pidieron que me despidiera de ti antes de llevarte a la sala de urgencias. Fue como si te dijera adiós para siempre.

Tres días después desperté en la unidad de cuidados intensivos. Para mi sorpresa y desconcierto, vi a un sacerdote sentado junto a mi cama. Era como si estuviera en la escena de una película. El cura llevaba sotana y alzacuellos. Me hablaba con ternura, sosteniendo una Biblia en las manos. Le oí decir «la mano de Dios», «guía» y «luz eterna». Pensé que serían alucinaciones mías.

—La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús —continuó la voz del sacerdote.

Caí en la cuenta de que debía de estar muriéndome.

—Libérate de las preocupaciones —rogó la voz—. Tu viaje aquí ha llegado casi a su fin, y estás a punto de partir hacia tu glorioso destino final...

—¡No! —grité—. ¡Morir no! ¡Dios no! ¡Por favor! Morir no... Váyase, no voy... no estoy lista... ¡Morir yo no! ¡Auxilio! ¡No he visto a mi bebé! ¡Mi hija! ¡Déjeme ver a mi hija!

Debí de desmayarme, porque no recuerdo la imagen del cura saliendo de la habitación.

Había alguien que me despertaba una y otra vez, alguien que me decía que tocaba hacer un recuento sanguíneo. Me molestaban a cada hora. Supliqué que me dejaran tranquila para poder dormir un rato.

—Lo siento —dijo la enfermera—. Tenemos que controlarla. Hay que hacerle análisis de sangre. Aún está en una situación crítica, señorita Min.

—¿Qué quiere decir con «una situación crítica»?

—Que podría morir.

Una enfermera me contó que Qigu había llamado, pero no le habían permitido visitarme. Me hallaba en una unidad de aislamiento, ya que podía contraer fácilmente una neumonía.

Hacía cuatro días que había dado a luz. Llevaba colocados tubos de plástico de los pies a la cabeza. Tenía las manos y los pies morados e hinchados de las agujas. Seguían haciéndome transfusiones de sangre. Al principio, las cosas habían ido de maravilla. Primero llegaron de

China mis suegros, los padres de Qigu. Se instalaron en nuestro nuevo piso recién reformado, que daba a la parte de atrás, mientras que Qigu y yo seguimos viviendo en el desván. Estaba contenta de que mis suegros estuvieran allí para ayudarnos. Cuando llegó el momento, mi suegra me controló el tiempo que pasaba entre contracción y contracción. Yo bailaba, agarrándome la barriga. Fue un momento delicioso, y acogí el dolor de buen grado.

Cuando entré en la sala de partos, el personal del hospital me dijo que se me veía tan fuerte que podría dar a luz a diez bebés. Mi médico no había aparecido. Según sus predicciones, aún quedaba mucho para que saliera de cuentas. «Tres semanas más de espera», me había dicho, pero el bebé llegó justo en el momento indicado de acuerdo con los cálculos de una tabla de embarazo.

Recordaba a un enfermero que tenía mucha prisa. Noté su brusquedad cuando me rompió la bolsa de aguas. No paraba de decirme que empujara.

—Empuje, o su bebé se asfixiará en el canal de parto. ¿Lo entiende? ¡Empuje con más fuerza! ¡Empuje!

Qigu estaba junto al enfermero, observando nervioso el monitor. Al ver que el indicador del nivel de las contracciones caía, señaló este hecho al enfermero, que le respondió:

—¿Quién sabe más de partos, usted o yo?

Mi médico llegó después de que me llevaran en camilla a la sala de urgencias.

—Tiene el cuello del útero como una goma elástica —me explicó más tarde—. A medida que el cuerpo envejece se vuelve cada vez más frágil.

—He empujado como me han dicho —repuse.

El médico me dijo que yo era ya muy mayor.

Me desperté con lo que me pareció el aullido de un animal. Provenía de la habitación contigua. Le pregunté a la enfermera qué era.

—El anciano se está muriendo. Tiene unos dolores terribles.

La enfermera me explicó que acababa de darle morfina, y que no tardaría en calmarse.

A la mañana siguiente estaba todo en silencio. Cuando le pregunté a la enfermera qué había ocurrido con el anciano, me dijo que había fallecido.

—¿Puedo irme a casa? —le pregunté.

—Aún no —me respondió—. El médico dice que aún está inestable.

Mi recuento sanguíneo era demasiado bajo. Le pregunté si podía incorporarme. La enfermera me sonrió, pero negó con la cabeza. Llevaba días alimentándome con suero.

La enfermera me prometió enseñarme una foto de mi bebé si me quedaba en la cama sin moverme. Al cabo de unos minutos regresó con una fotografía hecha con una Polaroid. Aquella fue la primera vez que vi a mi hija. En el margen de la imagen la enfermera había escrito BEBÉ MIN.

Mi corazón rebotaba de gratitud. Di las gracias a Dios por dejarme sobrevivir para disfrutar de aquel momento.

Tanto a Qigu como a mí nos atraía la idea de que nuestra recién nacida tuviera un nombre chino. Dimos con el nombre de una famosa beldad china, Luoyan. Se decía que con una sola mirada de Luoyan la diosa Luna se veía eclipsada, las flores se cerraban, los peces se hundían y las aves caían del cielo. Uno de los significados secundarios de Luoyan era «ganso salvaje», lo cual me gustaba porque los gansos salvajes volaban al sur al llegar el invierno. Quería que mi hija estadounidense conservara los valores tradicionales chinos. Para asegurarnos de que el nombre

elegido no sonara demasiado extraño a los americanos, consultamos a un amigo músico, que transformó Luoyan en Lauryann.

Regresé a casa con Lauryann, un bebé sano de tres kilos con cara de hada. La colocamos en una canasta de paja forrada de suaves mantas de algodón de color rosa. Sus abuelos la recibieron con absoluto gozo y cariño. Una vez en casa, escribí a mis padres. «Qigu, Lauryann y yo hemos formado una familia feliz.»

Qigu desaparecía en su estudio del sótano mientras el resto de la familia andábamos ocupadísimos con el cuidado de la recién nacida. Convaleciente aún de la intervención quirúrgica en la que me habían arreglado el cérvix, me pasé semanas arrastrándome por la casa a cuatro patas. El caótico horario de sueño de la pequeña hizo que a mi suegro le subiera la tensión y agravó la afección cardíaca de mi suegra. Preocupada por la salud de ambos, intenté hacerme cargo de la atención que reclamaba el bebé. Para mi gran desilusión, no tenía leche. Mi cuerpo se había visto tan afectado por el trauma que solo me salieron unas gotas antes de que se me cortara definitivamente. Así terminó mi sueño de darle el pecho a mi hija.

Lauryann fue alimentada con biberón. En cuanto se despertaba, mis suegros se ponían manos a la obra para dárselo. La tarea los agotaba. Solo descansaban cuando la niña dormía. No tardaron en tener como objetivo diario ponerla a dormir de nuevo. Después de haberse pasado todo el día durmiendo, Lauryann no tenía sueño por la noche.

Qigu no salía del sótano, donde tenía su estudio de arte que le servía de guarida. Se negaba a vérselas con el ayuntamiento y a realizar las reparaciones pertinentes en la finca para no contravenir las ordenanzas municipales. Me quejé de su actitud a mis suegros, pero estos se sintieron ofendidos.

—No es que Qigu sea un holgazán —me dijo mi suegra—. Nosotros nos hemos ocupado de tu bebé. Eso debería contar como contribución de Qigu.

Yo no quería discutir con mi suegra, pero no estaba de acuerdo con ella. La conducta y las costumbres de Qigu eran toleradas por sus padres. Ellos siempre se habían sentido culpables por la infancia que había tenido, por la ausencia de ambos y lo duro que había sido para él saberse solo. Le dijeron que estaban allí para compensar las carencias del pasado cuidando de su hija.

El arte se había convertido en el santuario de Qigu, al que se entregaba encantado, abstrayéndose de la realidad. Pero a mi modo de ver estaba a punto de armarse la gorda, por emplear una expresión occidental. Los inquilinos se marcharían de los pisos si dejábamos las ventanas sin arreglar un invierno más. Si no poníamos remedio al problema de las termitas, estas acabarían destrozándonos el edificio entero. Los fusibles saltaban cada dos por tres cuando los inquilinos utilizaban un secador de pelo y una cafetera al mismo tiempo. Si seguíamos aplazando el contratar a un electricista para que pusiera al día la instalación, podría producirse un incendio. Las cañerías de las aguas residuales se habían atascado en varias ocasiones, y los inquilinos habían comenzado a retrasarse en el pago del alquiler.

La tensión entre Qigu y yo comenzó a crecer. Lo que más me alteraba era que durmiera hasta la hora de comer. Además de ocuparme de Lauryann, yo había comenzado la segunda tanda de revisiones de mi manuscrito. Desarrollé úlceras de estómago, y seguía convaleciente de mi cérvix desgarrado. Qigu había dejado de trabajar porque ya no teníamos la carga de una hipoteca.

—¿Y tú por qué no te buscas un trabajo, Bella Durmiente? —le dije—. ¿Por qué no sales de casa por la mañana, como el marido de mi vecina, y haces lo que se supone que debe hacer un hombre?

Qigu comenzó a evitarme. Decía que me había vuelto «irrazonable, irracional e irritable». Yo saltaba como un petardo chino encendido. No sabía cómo manejar la situación con un bebé en nuestra vida. Me sentía indefensa e impotente al observar cómo mi matrimonio comenzaba a irse a pique ante mis ojos.

No soportaba las peleas, pero me veía enzarzada en riñas constantes con Qigu.

—Te estás quemando en una olla a presión —me dijo—. Es una tragedia autoimpuesta. Un culebrón a costa del sacrificio de nuestra familia. ¡Estás loca!

Yo le respondí que su «adopción de un estilo de vida tranquilo» le estaba saliendo mal. Su falta de motivación para trabajar y proveer me molestaba.

—Ya no eres la chica que conocí hace seis años —repuso Qigu—. Antes eras capaz de ser feliz con poco. Te ha entrado la fiebre de lo material. Qué triste que el dinero se haya convertido en tu prioridad.

Cuando Lauryann tenía un año y medio la llevé al parque del barrio de Bridgeport para que se montara por primera vez en un columpio. Era un precioso día de primavera. Lucía un sol radiante y de los árboles brotaban hojas nuevas. El parque estaba casi vacío. Había un grupo de quinceañeros sentados en la valla, charlando entre sí. Lauryann reía en el columpio. Apenas había salido a la calle desde su nacimiento. Estaba regordeta y no le apetecía moverse. Lo que más le gustaba era sentarse con su padre en el sofá a ver la televisión. Se negaba a jugar fuera.

Su abuela me decía que Lauryann no estaba lo bastante gorda. «Es señal de mala salud», me advirtió. Después de que mis suegros aplicaran el «estilo de alimentación del pato pequinés», Lauryann ganó peso. Tenía una barriga tan grande que le valió el apodo de Buda. Era imposible abrocharle la ropa por delante. Se le saltaban todos los botones. Lo que me preocupaba era la tos. Tenía un resfriado del que no parecía capaz de librarse. Cada vez que le hacía una foto, salía con mocos colgándole de la nariz.

La risa de Lauryann me alegraba el corazón. Mientras empujaba el columpio, pensaba que no tardaría en decir «Te quiero, mamá» y «Te quiero, papá», en vez de «Te quiero, presidente Mao». Estaba orgullosa de mí misma por ser capaz de proporcionarle un lugar seguro.

Me encantaba esa parte de la cultura americana en la que los niños eran motivo de adoración y celebración. Lauryann tenía suerte. No le permitiría olvidar de dónde había venido su madre y qué vida podría haber tenido ella. Sonreía al imaginar a mi hija cansada de oírme decir: «Cuando yo estaba en China...». Le insistiría en que de mayor sirviera a Estados Unidos. Era muchísimo lo que había recibido, y mucho lo que debería esperarse de ella.

—¿Eres china? —Oí que me preguntaba una voz tierna a mi espalda.

Era un niño blanco de unos diez años.

—¿Eres china? —repitió.

—Sí, soy china —contesté devolviéndole la sonrisa.

—Ellos —dijo el pequeño señalando a los tres muchachos que estaban sentados en la valla—, ellos me han pedido que te pregunte si pueden joderte.

Me quedé atónita. Lo miré y le dije:

—¿Te he oído decir una palabrota?

—Pues sí. ¡Joder, que te jodan!

Su respuesta me dejó sin habla. El niño se fue corriendo hacia los adolescentes. El grupo lo recibió dándole palmaditas en la espalda.

Deseé poder borrar aquel recuerdo de mi memoria. Tenía que haber una razón para que aquellos críos obraran como lo habían hecho. Se habrían visto influidos o les habrían inculcado odio. Odiaban a los chinos porque no los conocían. Recordaba cómo me habían enseñado a odiar a los estadounidenses de pequeña, una época en la que mi mente estaba atrapada en un invierno sin sol permanente. Por aquel entonces creía que los americanos eran el origen del mal. Eso me ocurría porque no los conocía.

De repente, tuve miedo del entorno en el que crecería Lauryann. No podría llevarla metida en el bolsillo para protegerla.

Bajé a Lauryann del columpio y me eché a andar de vuelta a casa. Fue durante aquel paseo cuando tomé conciencia de mi «vocación». Supe al instante a lo que dedicaría el resto de mi vida. Quería dar a conocer China y su pueblo a los estadounidenses. Mis libros, que se publicarían en breve, podrían servir como cemento entre ladrillo y ladrillo. Contribuiría a derretir el hielo que hubiera en el corazón de los americanos.

Qigu y yo cada vez teníamos menos relaciones íntimas. Y cuando se daban, no fluían. Mi cuerpo estaba muerto para él, y el suyo para mí. Nos sentíamos frustrados, vencidos y llenos de ira. Nuestro corazón sabía que el matrimonio había llegado al límite, y aun así nos negábamos a admitir que ya no viajábamos por el mismo camino. Intentábamos actuar como si todo fuera normal. Nos engañábamos pensando que podíamos transitar por la vida sin problemas con solo aferrarnos a las apariencias.

Al principio dormíamos en habitaciones separadas. No decíamos que no tuviéramos ningún deseo de estar cercar el uno del otro. Lo achacábamos al bebé. La niña se había apoderado de nuestra vida. Todo lo demás no merecía nuestra atención. Vivíamos como decía el refrán: «Cuando los zapatos aprietan, solo aquel que los lleva sabe el daño que hacen».

Sin embargo, ya no podíamos seguir engañando a los padres de Qigu. Llevaban tiempo respirando el aire tóxico que se acumulaba bajo el mismo techo. Yo soltaba la palabra «divorcio» cada vez con más frecuencia en nuestras peleas. Qigu creía que estaba loca por pensar en cambiar de domicilio por lo que había sucedido en el parque de Bridgeport. Según él, Lauryann había nacido allí, aquella sería su vida y su lucha, y yo no debía intentar vivir su vida por ella.

Nos resultaba difícil no levantar la voz. Mi suegra me contó que tenía palpitaciones, y en una ocasión se le había detenido el corazón de tal manera que se asustó. A mi suegro se le dispararon los niveles de azúcar en la sangre. Ambos manifestaron su preocupación por la niña, que parecía haberse vuelto muy callada. Cuando vieron que no podían hacer nada para que dejáramos de pelearnos, nos dijeron que había llegado el momento para ellos de regresar a China.

Mi suegra se despidió de mí con las siguientes palabras:

—No intentes cambiar a mi hijo. Yo lo intenté en su día, créeme. Sé por lo que estás pasando. Como mujer y como madre, estoy de tu parte. Pero soy la madre de Qigu. No me queda más remedio que ponerme de su lado. Lo único que puedo decirte es que Qigu no es de los que cambian. Es como es. ¿Acaso no tiene derecho a mantenerse fiel a sí mismo?

Mi suegro se había puesto un nombre americano, Viejo Frank. Estas fueron sus palabras de despedida:

—El vínculo entre Qigu y tú es un compromiso. Vivís en un país extranjero, y dependéis el uno del otro para sobrevivir. Por el bien de Lauryann, te pido que te lo pienses dos veces antes de volver a mencionar la palabra «divorcio». Mi hijo no ha hecho nada malo. Sigue su pasión y trabaja mucho como artista. Cuando te casaste con él ya sabías que era un artista, ¿no? Nunca te ha engañado ni mentido. Ha sido honesto desde el primer día. Habéis pasado tiempos difíciles en el pasado. ¿Por qué no podéis disfrutar juntos de los buenos tiempos ahora que tenéis permiso de residencia y un techo sobre vuestra cabeza?

Reconocí que el dinero era lo que nos separaba. Me parecía que teníamos que empezar a ahorrar para mandar a nuestra hija a una buena escuela, una escuela donde nadie le dijera: «¿Eres china? Que te jodan».

—El dinero corrompe el alma —prosiguió Viejo Frank—. Conduce a la codicia. Tú eras la

chica a la que no le importaba que Qigu no tuviera un centavo cuando lo conociste. Eras buena, pura y virtuosa. ¿Qué te ha cambiado?

—¡Ser madre me ha cambiado! —contesté.

Podía soportar vivir en aquel barrio con Qigu, pero no con Lauryann. Ya había seguido el sueño de Qigu lo suficiente. No me importaba tener que conducir en invierno mientras Qigu rascaba la escarcha del parabrisas desde dentro; no me importaba llevar las ventanillas tapadas con cartón; me aguanté cuando los vecinos nos hicieron añicos el coche porque era una ruina que daba mala imagen al barrio. ¿Tenía buenos recuerdos de mi vida allí? Sí. ¿Quería que mi hija creciera allí? ¡No!

El impacto del incidente del «que te jodan» me afectó. No volví a llevar a Lauryann al parque. Ya no me sentía segura. Qigu no quería oír ninguno de mis razonamientos. No estaba por la labor de cambiar de casa. Yo le daba vueltas a la idea de mudarnos a California. Allí estaríamos más cerca de China y, lo más importante, el buen tiempo animaría a Lauryann a levantarse del sofá y salir a jugar al sol.

Le conté a Qigu que me había informado sobre la calidad de los colegios públicos en la zona de Bridgeport. En la parte sur de Chicago tenían mala fama desde primaria hasta el instituto. Los resultados académicos en nuestro distrito eran increíblemente bajos. No me podía imaginar matriculando a Lauryann en una escuela de allí.

—¡Lauryann no es más que un bebé! —exclamó Qigu—. El barco se mantendrá a flote cuando llegue a un puente.

Vi que nunca podría convencer a Qigu para que accediera a mudarse. Cuando él recalca que no tenemos dinero para ello, yo sabía el verdadero significado que había detrás de sus palabras.

—Vine a América persiguiendo el sueño de convertirme en artista —insistió—. No quiero ser lo que tú esperas que sea. Ya me han robado tiempo una y otra vez. ¿Cómo voy a ser un gran artista si no dispongo de tiempo para trabajar en mis cuadros?

—Tus cuadros no se venden —repuse—. Y necesitamos dinero para sobrevivir.

—¡Eso no es cierto! —replicó Qigu—. Con el que tenemos nos basta para sobrevivir. No estamos mendigando en la calle. La casa donde vivimos es nuestra. Nos las arreglamos comprando en la tienda de todo a un dólar. ¡Eres tú la que quieres más! Quieres vivir en un barrio mejor, con un parque mejor, un coche mejor y una escuela mejor para Lauryann. Pero mira a nuestro alrededor; nuestros inquilinos son americanos. Les va bien la vida que llevan. ¿Por qué nosotros no podemos conformarnos? Te has corrompido, te lo digo en serio, ¡la avaricia capitalista se ha apoderado de ti!

La esencia de una buena vida, según Qigu, consistía en dejarse llevar por la corriente. «El truco está en dejar que la vida ocurra, a su ritmo, y que siga su propio curso. Lo único que hay que hacer es estar abierto a lo que venga. Uno no debe privarse de la oportunidad de sentir la magia de la vida.»

Puede que yo no supiera mucho de filosofía china antigua, pero tenía una cosa clara: si hubiera practicado el «no hacer nada» no habría pisado suelo americano. La magia de la vida no se daría si los críos del «que te jodan» seguían sin ser educados. No quería perder el tren de ayudar a Lauryann a convertirse en la clase de persona que merecía ser.

—Al diablo con el no hacer nada y tu nada —le dije a Qigu.

Con el deterioro de nuestra relación, todo se convirtió en una molestia. Por ejemplo, ya no soportaba la costumbre de Qigu de no lavar los platos hasta el día siguiente.

—No es que me niegue a fregar los platos —intentaba justificarse—. Es que no quiero hacerlo

justo después de cenar. No quiero echar a perder el placer, el regusto de una buena comida, un momento de relax. Ya los lavaré mañana por la mañana.

—¡Eso es una invitación a las ratas y las cucarachas! —grité—. ¡Qué asco!

Con el paso del tiempo, Qigu perdió todo su encanto a mis ojos. Me molestaba su pelo enmarañado, sus zapatillas baratas hechas en China, su postura encorvada y su pijama con un chaleco de plumas encima. Ya no era el hombre apuesto que había conocido. Tenía un aspecto penoso con los pantalones de chándal que su madre le había hecho a mano; al no tener cremallera en la parte de delante, le quedaba la bragueta abierta.

Debo cambiar de casa antes de que Lauryann caiga definitivamente bajo la influencia de su padre, pensé. Me angustiaba muchísimo que mi hija se chupara el dedo frente al televisor. Se sentaba junto a su padre, que no se había quitado el pijama ni aseado en todo el día. Lo que me apenaba era ver que se lo pasaba bien. Me la imaginaba dejando pasar su futuro con tanto relax. «La niña necesita liberarse del estrés de su madre chiflada», decía Qigu.

Me disgustaba que a él le trajera sin cuidado el tipo de colegio al que iría Lauryann. «¿Cuál es el problema? —preguntaba Qigu—. ¿No será una escuela americana? ¡Millones de personas en este planeta sueñan con ir a una escuela americana!»

Lauryann comenzó a ponerse del lado de su padre antes de que aprendiera a hablar. Se colgaba del brazo de Qigu como una araña cuando yo intentaba arrastrarla afuera para que jugara al sol. Seguía sin apartar la vista del televisor y daba gritos y patadas cuando yo trataba de sacarla de casa. Había descubierto que su padre acudiría en su ayuda, de modo que estallaba en rabietas espectaculares. Al final siempre se salía con la suya en presencia de Qigu.

—No soporto que Lauryann se pase el día sentada —me quejaba.

—¿Qué hay de malo en que esté sentada? —replicaba él—. Pasar el rato meditando o reflexionando sobre uno mismo forma parte de una buena vida, ya sea frente a la tele o de rodillas en un templo. Es el espíritu del taoísmo. Nuestra hija tiene la suerte de gozar de la riqueza de la cultura china. Heredará de mí una fortuna de incalculable valor... eso si dejas de corromperla con la cultura americana del estrés.

Después de poner a dormir a Lauryann, fui a asomarme a la ventana del desván. Fuera el árbol se había vuelto de un amarillo brillante y el viento le arrancaba las hojas de las ramas. Pensé entonces en que el otoño había sido durante miles de años el tema preferido de los artistas chinos. Para ellos el otoño significaba inevitabilidad y desposeimiento. El otoño encarnaba el envejecimiento, la belleza perdida, la ausencia de lo que da vida. En términos simbólicos, el otoño mostraba a la gente que no se puede impedir que las hojas caigan. El otoño predecía la inminente brutalidad y muerte del invierno.

Llorar era lo que mejor se les daba a los artistas chinos. Los cuadros, poemas y novelas chinos más famosos plasmaban la vía del escapismo o bien la vida marcada por la aceptación del destino. La indiferencia mental era una gracia, y el sacrificio, una virtud.

Aprendí a valorar la verdadera cultura de China ya de mayor, en la época de aperturismo que siguió a la Revolución Cultural. De repente, hubo acceso a libros retirados de la circulación durante años y años, y los devoré. Entre mis preferidos se contaban el poema de la dinastía Tang «Canción del eterno pesar», una antología poética de la dinastía Song de la poetisa Li Qingzhao, la novela clásica de la dinastía Qing *El sueño de la cámara roja* y la ópera más popular de China, *Los amantes mariposa*.

Recuerdo que lloré cuando leí la «Canción del eterno pesar». Sentí como propio el sufrimiento de la bella Yang. El artista había compuesto el poema como una loa desde el punto de vista del emperador Tang, que había ordenado la ejecución de su amante en la horca. El emperador debía elegir entre la bella Yang o sus generales, que amenazaban con sublevarse. Optó por sacrificar a su concubina. En el hermoso poema cargado de melancolía expresaba su profunda pena y contrición.

Derramé más lágrimas aún por la poetisa Li Qingzhao, un ama de casa que escribía poemas en su reclusión voluntaria. Admiré la novela *El sueño de la cámara roja* y a su protagonista femenina Lin Daiyu, a la que solo se le daba bien escribir poemas. Yo compartía con ella su sueño de casarse con el amor de su vida, Jia Baoyu. Veía a su abuela como un monstruo que destruyó el amor de la pareja. La ópera china Yue *Los amantes mariposa* me enseñó que no había mejor manera de vivir que morir por un amor verdadero. A los chinos nos educaban para apreciar la tragedia. Yo vivía sumida en la tragedia. Me identificaba con personajes trágicos.

Solo después de verme expuesta a la cultura y sociedad americanas me di cuenta de que no había mucho que ensalzar en la tragedia. Por primera vez fui consciente de que entregarse al pensamiento trágico era un modo de vida chino, pero no sano.

Qigu tenía razón al decir que la cultura popular americana me había «corrompido», aunque yo sustituía dicha palabra por «inspirado». Nunca antes ninguno de los clásicos chinos había perdido interés para mí. Eran mi ropa vieja, que había cambiado por otra, no como Qigu. Él seguía enamorado de su antigua cultura; lo aliviaba, lo consolaba y encajaba con él. Nuestra discrepancia aumentaba en cuanto al hecho de que los chinos habían estado viviendo en jaulas físicas y mentales como raza, cultura y civilización.

Nunca antes había sido consciente de que el pensamiento chino inculcaba y promovía la idea de que la vida no se podía cambiar. Al mirar atrás, veía que era imposible que cualquier individuo hubiera podido cambiar su vida en China antes de los años ochenta. No solo era una expresión personal colectiva, sino también una necesidad emocional el centrarse en la literatura del sufrimiento, el exilio, el encarcelamiento y la desesperación.

«La vida es como te la montes», fue lo que aprendí en Estados Unidos. «La calma es transitoria, mientras que el cambio es permanente» se había convertido en mi nuevo mantra. Dicha perspectiva no se había materializado hasta entonces. Me trajo a la memoria el día en que Qigu y yo descubrimos la colección de álbumes de fotos abandonados de la familia de inmigrantes posiblemente polacos. Nunca se me ocurrió pensar que quizá los tiraran a la basura con toda la intención. Desprenderse de aquellos álbumes podría haber sido una decisión deliberada tomada por su dueño. Abandonar las cosas relacionadas con el pasado formaba parte de una acción de la familia para tirar adelante. Ser un inmigrante entrañaba dejar atrás parte de uno mismo y llevarse solo lo esencial.

Scarlett O'Hara, la protagonista de la novela de Margaret Mitchell *Lo que el viento se llevó*, se había convertido en mi nueva heroína. Leí el libro para aprender inglés, y me vi cautivada no por la historia de amor entre Scarlett, Ashley y Rhett Butler, sino por la capacidad de supervivencia de Scarlett como mujer. Releí los pasajes en los que Scarlett tenía que luchar sola. Y sacrificarse. Hacía lo que fuera preciso para que sus tierras siguieran produciendo. Ella era el sostén económico de la familia y una mujer de una resistencia increíble. No se quedaba de brazos cruzados llorando por su situación y su desgracia, como habría hecho un personaje chino en su lugar. Scarlett no escribía poemas, ni se tiraba a un pozo para acabar con su sufrimiento. En vez de

ello luchaba. Se casó con hombres a los que en el fondo no amaba y que estaban por debajo de ella en inteligencia y aspecto. Cuando lo necesitó, cogió un arma y disparó al yanqui que entró en su casa y puso en peligro su vida. Subió a su caballo y fue de pueblo en pueblo para vender sus productos. Cuando tocó fondo, Scarlett no rezó en vano. Siguió luchando, diciéndose a sí misma: «¡Mañana será otro día!».

Scarlett me enseñó a luchar por mi vida. Le debía eso a Lauryann y mucho más.

Qigu me dijo que no se plantearía el divorcio a menos que le diera la niña. Él sabía que yo preferiría morir a separarme de ella. Me constaba que con ello Qigu no quería decir que él iba a cuidar de Lauryann. Le pregunté cómo pensaba criarla sin trabajo ni ayuda.

—La enviaré con mis padres —contestó—. Se criará en China, donde todo es más barato.

No me cabía en la cabeza que Lauryann creciera en China, aunque no dudaba de que sus abuelos la querían. Mis suegros no habían pedido ocuparse de ella. No eran ellos quienes debían asumir la responsabilidad de Qigu. Los imaginaba malcriándola. La disciplina era ya un concepto extraño para ella. Si iba a China, se criaría igual que se había criado Qigu. Le lavarían el cerebro con la cultura del «no hacer nada es hacerlo todo». Aprendería cuál era «su lugar en la vida como mujer». En vez de convertirse en una luchadora, aceptaría la injusticia como destino.

—Lauryann debe crecer en América —dije con firmeza.

Apoyé mi mejilla con delicadeza sobre la frente de Lauryann, que estaba durmiendo profundamente. Mi corazón rebosaba de ternura. Si me desligaba del matrimonio, ella sería quien saldría peor parada. Su cielo se vería ensombrecido. Con todo, yo no podía permitirme no separarme. Seguir viviendo con Qigu y en Bridgeport no redundaría en absoluto en beneficio de Lauryann. Me preocupaba la idea de ser madre soltera y carecer de medios económicos, pero no permitiría que eso fuera más fuerte que yo.

Qigu y yo acordamos, por el bien de Lauryann, darle una última oportunidad a nuestro matrimonio. Negociamos. Yo le pedí que aportara a la economía familiar unos ingresos anuales de no menos de quince mil dólares. Imaginé que podría ganar dicha suma trabajando en empleos en los que pagaran un salario mínimo. Podría ser camarero, taxista, repartidor de pizzas o empleado de mantenimiento. No era ninguna vergüenza ganarse la vida honradamente.

—Tengo que ver que mi marido hace un esfuerzo por mantener esta familia —dije.

Qigu prometió intentarlo, pero no pasó a la acción. Me evitaba. Un día me topé con él en el sótano. Lo vi nervioso, como si ocultara algo. Descubrí que solo intentaba guardar un instrumento antiguo que había estado tocando.

—Trabajaré en mis cuadros —dijo en un tono de súplica.

De repente, sentí asco de mí misma, seguido de una profunda tristeza. Me di cuenta de que estaba impidiendo a Qigu que persiguiera su sueño. Había hecho que se sintiera culpable por hacer lo que le apasionaba. Y ahora se veía obligado a robarme momentos, a esconderse. Me había convertido en un monstruo. Era responsable de matar al artista que Qigu llevaba dentro.

Yo sabía lo que él quería de la vida. Quería llevar la vida de un sabio. Quería una cabaña en lo alto de las montañas, con una cascada que cayera al valle situado a sus pies. Quería pintar pinos, nubes y despeñaderos. Deseaba una vida en la que no tuviera mucho más que hacer que escribir poemas, pintar cuadros y disfrutar de la compañía de sus amigos.

En una ocasión me había burlado de él. «¿Cómo te las arreglarás para subir comida y agua

hasta lo alto de la montaña? ¿Qué me dices de una ducha y la instalación del agua? ¿Qué harás cuando tengas una urgencia o necesites un médico? ¿Qué pasará con la educación de tu hija?»

Abandoné el sótano y subí las escaleras.

Qigu me siguió.

Yo me detuve y me di la vuelta. Estábamos cara a cara.

—Quiero el divorcio —le dije.

—Todo está en tu cabeza —respondió Qigu—. Estás loca.

—Tú no contribuirás con dinero al matrimonio.

—Hay otras maneras de contribuir —repuso—. ¿Por qué no puede ser la mujer la que mantenga a la familia? Tú eres una comunista, un producto de la liberación de las mujeres. ¿Por qué no te planteas un cambio de papeles? A mí no me importaría ser el padre que se queda en casa.

—¡Pues a mí sí! —grité.

Yo era una mujer que me sentía obligada al compromiso y al sacrificio, pero no podía evitar pensar que simplemente se estaba aprovechando de mí. Dejé de discutir porque sabía que al final Qigu se saldría con la suya. Estaba cansada de riñas que no cambiaban nada.

—No es que yo no trabaje —se defendió Qigu—. No tengo la culpa de que mis cuadros no se vendan como rosquillas.

—Debes traer a casa quince mil dólares al año —dije.

—¡Te estás convirtiendo en una adoradora del dinero! —exclamó él—. ¡Cuánta razón tenía Karl Marx al decir que el capitalismo era un monstruo sin un solo pelo del que no chorreara sangre! Me hablas de contribuir... ¿Y quién sino yo te apoyó cuando escribiste tu libro? Creí en ti cuando nadie más lo hizo, ¿no es así? ¡Yo también tengo derecho a tu anticipo!

Solo podía decir que yo misma me lo había buscado. Para empezar, Qigu nunca me había prometido que cambiaría. Fui yo quien había optado por imaginar el hombre que podría llegar a ser. Simplemente no era ese hombre.

—No es el fin del mundo —me dijo Margaret.

Como mujer divorciada que era, me entendió. Le pregunté si podía quedarme con ella un par de semanas hasta que encontrara un sitio donde vivir.

—¿Podemos dormir en el suelo de tu casa Lauryann y yo?

Margaret nos abrió las puertas de su apartamento. Me contó que estaba tramitando la adopción de una huérfana de China, una niña de la edad de Lauryann.

—Aprenderé lo que es ser madre con Lauryann —dijo. Cuando le pregunté cómo se llamaba su futura hija, me respondió—: Su nombre chino es Fooh-Fann.

—¿Flor con suerte? —dije.

—Sí. Lauryann y Fooh-Fann serán hermanas. —Margaret estaba emocionada—. Me encantaría que enseñaras chino a Fooh-Fann.

Le respondí que sería un placer. Pero en aquel momento lo que quería era poner fin al divorcio antes de que Lauryann fuera demasiado consciente de lo que ocurría. Qigu se negaba a firmar los papeles del divorcio. Por teléfono me decía que lo haría, pero cuando quedábamos no estaba por la labor. A Lauryann le confundía la situación.

—Está acostumbrada a la manera de hacer de Qigu —le dije a Margaret—. No puedo decir que Qigu no tenga en mente lo mejor para Lauryann, solo que tiene una visión distinta. Él

conseguirá que se enorgullezca de no tener hogar. Me lo imagino diciéndole: «Mira, Buda era un sintecho, y Jesucristo también».

Margaret me comentó que conocía a una buena abogada llamada Linda, cuyo bufete se hallaba en LaSalle Street, en el centro de Chicago.

—No me llega el dinero para un abogado caro —dije negando con la cabeza.

Margaret me convenció de que concertara una cita con Linda para una única consulta gratuita.

Linda resultó ser una bendición para mí. Era una abogada honrada y competente que cobraba unos honorarios razonables. Me dijo que la manutención de la niña sería una cuestión complicada en mi caso.

—Es lo único que preocupa al juez. Si Qigu se niega a llegar a un acuerdo contigo sobre ese asunto, el divorcio puede eternizarse.

Dudaba que Qigu accediera a pagar la manutención. No se partiría conmigo la casa por la mitad, aunque su inversión inicial no llegara al cinco por ciento. Lo único que quería yo era a Lauryann, le dije a Linda. Renunciaría a todo lo demás.

Linda fue eficiente. Desbloqueó la situación y fijó la fecha del juicio. Me vi frente a Qigu en el mismo ayuntamiento de Chicago donde nos habíamos casado. Recordaba el día con claridad, y al juez también.

Tal como Linda había predicho, el juez del tribunal de divorcio se centró en la cuestión de la manutención de Lauryann. Cuando Qigu dijo que haría lo posible, el juez no se quedó satisfecho.

—Se trata de un pago mensual, señor —le advirtió a Qigu.

—Soy un artista sin salario —respondió Qigu—. Me es imposible comprometerme con un pago mensual.

El juez no nos concedió el divorcio.

La segunda vez me vi sola frente al juez. Qigu se negó a comparecer. Linda habló en mi nombre. Informó al juez de que yo estaba dispuesta a renunciar a la manutención de la niña.

El juez se quitó las gafas y se me quedó mirando.

—Quiero que entienda que lo que solicitan es la custodia compartida —dijo—, lo que significa que tiene usted derecho a percibir una manutención.

Linda me tradujo las palabras del juez. Le respondí que entendía mis derechos. Sin embargo, deseaba renunciar a la manutención. Era la única manera de librarme de Qigu. Quería zanjar el asunto del divorcio lo antes posible. Qigu encontraría la manera de evitar el pago de la manutención se lo exigiera o no la ley.

Llegó la sentencia. Me dieron la custodia física de Lauryann. Sentí un inmenso alivio por lograr el control de la vida de mi hija. Ella necesitaba estructura y orden. En las últimas semanas la maestra de la guardería de Lauryann me había telefoneado en repetidas ocasiones para informarme de que mi hija había llegado tarde todos los días que había estado con Qigu. En lugar de llegar a las ocho y media, su padre la llevaba a la hora de comer. Debido a ello, Lauryann se había perdido las clases de la mañana.

Qigu pensaba que la maestra exageraba. A mí simplemente me parecía que él le robaba a Lauryann tiempo de aprendizaje.

—¿Por qué te pones tan seria? —protestó—. Solo es la guardería.

—Son los cimientos —repuse—. Las buenas costumbres ayudan a construir un carácter firme. Lauryann necesita disciplina.

Qigu no se acostaba hasta pasada la medianoche, y Lauryann se quedaba levantada con él. Se estaba convirtiendo en un búho por el poder del ejemplo de su padre. Por la noche estaba activa y animada y era incapaz de salir de la cama a primera hora de la mañana. Según su maestra, se pasaba el día adormilada. «Le cuesta concentrarse», me comentó. Todo el trabajo de disciplina que yo hacía con Lauryann se veía invertido en cuanto la niña regresaba con Qigu.

Me quedó claro que mientras Qigu siguiera estando presente en la vida de Lauryann, yo perdería el tiempo intentando enseñarle lo que fuera. Lauryann se había convertido ya en una hedonista, y no tenía reparo en decirme que prefería a su padre. Se peleaba conmigo cuando yo trataba de enseñarle lo más básico. En lugar de aprender a contar del uno al diez, Lauryann se chupaba el pulgar y no me hacía caso. Qigu aplaudía su comportamiento. Le parecía entretenido y gracioso.

Yo había comenzado a soñar con la idea de mudarme a California con Lauryann. El reto era que la ley no estaba de mi parte. La ley exigía que, a menos que tuviera una autorización por escrito de Qigu, debíamos permanecer a una distancia inferior a ochenta kilómetros del uno del otro. La ley velaba por el derecho del menor a tener cerca a sus progenitores.

Me constaba que Qigu no me daría jamás su autorización para llevarme a Lauryann y trasladarme a California. Temía que mis derechos de custodia se vieran revocados si me atrevía a desobedecer la ley. Sin embargo, estaba desesperada por liberar a Lauryann de la influencia de su padre y comenzar a tirar adelante.

No era consciente de que en Estados Unidos mi acción se definiría como un «secuestro».

Si bien nunca había tenido la intención deliberada de utilizar a nadie en mi vida, en aquella ocasión lo hice. Recurrí a mi ex suegra, la abuela de Lauryann. Me sentí indecente, pero no culpable.

Telefoné a China y puse a la niña al aparato. Aún no decía frases completas, pero sabía quién estaba al otro lado de la línea.

—¡Nai Nai! (abuela) ¡Nai Nai! —gritó, alegre.

Le quité el teléfono y dije:

—¿Te gustaría que llevara a Lauryann a verte este verano?

—¡No sabes la ilusión que me haría! —respondió la abuela, contentísima.

—Escucha, United Airlines tiene una tarifa promocional de Chicago a Shangai pasando por Los Ángeles —le expliqué—. Estoy pensando en aprovechar la oferta.

Lo cierto era que no tenía por qué hacer escala en Los Ángeles; United Airlines tenía vuelos directos de Chicago a Shangai. Mi intención era comprar un billete de ida y vuelta Chicago-Los Ángeles-Shangai, para así poder quedarnos en California para siempre a nuestro regreso de China.

—Pero hay un problema —añadí—. Y debo consultártelo antes.

—¿Qué problema? Ya sabemos que Qigu y tú estáis divorciados.

—No me permiten viajar con Lauryann sin el consentimiento de Qigu.

—¿Y qué tiene eso que ver con el hecho de que me la traigas aquí para que la vea?

—Es que la ley de Estados Unidos me exige que esté a menos de ochenta kilómetros de donde vive Qigu. No me dejará que saque a Lauryann de Chicago.

—¡Bobadas! —dijo la anciana—. ¡Dile que quiero ver a mi nieta! Se las tendrá conmigo si se niega a darte el consentimiento.

Fui a ver a Qigu con la petición de su madre. Le enseñé el pasaje que había comprado, un billete de ida y vuelta Chicago-Los Ángeles-Shangai. Le entregué un escrito de autorización,

redactado por mí misma, que estipulaba lo siguiente: «Yo, Qigu Jiang, por la presente autorizo a mi ex esposa, Anchee Min, a llevar a nuestra hija Lauryann Jiang a California y China».

Crucé los dedos y recé para que Qigu estuviera con su pose de sabio habitual, lo que significaba que no se fijaría en que faltaba la fecha de regreso.

Firmó.

Mientras me preparaba para trasladarme a California, Margaret me comentó que ella también estaba planteándose cambiar de aires.

—Podría instalarme en Los Ángeles —dijo.

Esa idea no podría haberme alegrado más. Siendo como éramos madres solteras nos seríamos de gran ayuda mutuamente. Podríamos compartir el alquiler y cuidar cada una a la hija de la otra, lo que nos permitiría trabajar a jornada completa.

—Somos amigas desde la facultad —dije—. ¡Sería ideal!

Mientras Margaret finalizaba el proceso de adopción y se disponía a ir a China a recoger a su hija, yo hice las maletas. Evité regresar a Bridgeport, pues me dolía mirar atrás. Consciente de los retortijones que sufría, Margaret me sugirió que fuera a ver a un terapeuta especializado en divorcios. Le dije que el psicoanálisis no funcionaba con los chinos. Solo me servía para ser más consciente de mi desgracia. Llegué a Estados Unidos con una maleta llena de papel higiénico. Diez años después llevaba tres maletas, dos de ellas llenas con cosas de Lauryann. Lo que había cambiado era mi manera de pensar. Tenía la suerte de contar con la actitud del «mañana será otro día».

Me encantaba el sol del sur de California. Las buganvillas con sus flores de color rosa y rojo brillante que veía por todas partes me levantaban el ánimo y me infundían esperanza. El hecho de poder jugar al aire libre mejoró la salud de Lauryann y la tos le desapareció por completo.

Nos instalamos en una población llamada Torrance, donde compartimos una casa modesta de tres habitaciones con Margaret y su hija adoptiva, Foooh-Fann. Las niñas dormían en el mismo cuarto, mientras que Margaret y yo teníamos nuestro propio dormitorio. Yo me monté en el mío un despacho. Estaba encantada con aquel espacio íntimo y aquella tranquilidad que tanto ansiaba.

Tras el éxito de *Azalea roja*, adquirí la confianza necesaria para atreverme con una novela y escribí *Katherine*, la historia de una joven china y su profesora americana. Le siguió *Wild Ginger*, y a continuación comencé a dar los primeros pasos hacia mi primera gran novela histórica, *Madame Mao*. Todos estos relatos estaban ambientados en la Revolución Cultural, y escribirlos me obligó a regresar a un período de mi vida que aún sentía bajo la piel. Me pasaba horas y horas trabajando en ellos. Una vez que tenía encarrilada la historia, no había nada que pudiera detenerme. Mis personajes no me daban tregua hasta que conseguía plasmar sus voces en el papel. Vivía para atrapar espíritus.

Fuera, el pequeño jardín y el césped eran una maravilla. Planté rosas en los arriates que bordeaban la valla. Mis manos habían olvidado el tacto de la tierra. Me entraron ganas de cavar una fosa de estiércol y elaborar mi propio abono. Quería iniciar a mi hija en el disfrute de la naturaleza, en el placer de trabajar con la tierra. Compré semillas de amapola y flores silvestres y las sembré con Lauryann. Me di un baño de felicidad sentada bajo un árbol mientras contemplaba a mi hija, que arrastraba la manguera para intentar regar el césped. La imagen de la pequeña con una blusa y una falda rosa brillante bajo un cielo azul sin nubes era un hermoso espectáculo y una bendición.

Observaba a Lauryann para ver cómo se adaptaba a nuestro nuevo hogar. Estaba segura de que en el fondo echaba de menos a su padre, y me sentía fatal por haberla apartado de su lado. Su joven mente se había teñido de recuerdos de nuestra familia deshecha y de las terribles e interminables peleas que teníamos Qigu y yo. Los únicos conceptos que conocía Lauryann de lo que significaba una familia eran discordia y lágrimas. ¿Cómo le afectaría eso? ¿Acabaría siendo una resentida? ¿Se volvería desconfiada? ¿Le daría miedo relacionarse e intimar? ¿Cómo podía explicarle que estaba mejor sin Qigu? ¿Que el dolor era un pasaporte a un futuro más prometedor? ¿Que su vida por fin era suya para reclamar y crear sin molestias? ¿Que mi divorcio había hecho de mí una mujer más sabia y mejor madre? ¿Que me hacía mucha ilusión que por fin pudiera enseñarle mis valores básicos sobre la recompensa celestial que tenía el esfuerzo sin que me menospreciaran o ridiculizaran por «negarme a conocer la alegría de la vida»? ¿Que ella era el centro de su propio universo y del mío y que al mismo tiempo la vida no solo giraba en torno a ella? ¿Que debía aprender a devolver lo que Estados Unidos y la humanidad le habían dado?

Durante los tres años siguientes las cuatro formamos una familia. Margaret era una madraza con Foooh-Fann, una niña bañada por el sol, de mejillas redondas y sonrosadas y ojos grandes. La pequeña transmitía fuerza, una cualidad de la que Lauryann carecía al haber nacido en Estados Unidos, cualidad que yo veía propia de los chinos que habían conocido de cerca la pobreza.

Las niñas se hicieron muy amigas. Siguiendo la opción elegida por Margaret para Foooh-Fann, matriculé a Lauryann en la misma escuela privada, un parvulario Montessori. Al cabo de seis meses cambié de idea porque las cuotas eran muy caras. Saqué a mi hija de aquel centro y la inscribí en un colegio público cercano. Cuando Lauryann se quejó, le dije simplemente que no teníamos más remedio que vivir conforme a nuestras posibilidades.

Margaret y yo nos llevábamos de maravilla al principio, pero con el tiempo comenzamos a sacarnos de quicio la una a la otra. Nuestras personalidades y diferencias culturales chocaban. En cierta ocasión, me negué a compartir el coste de contratar a una señora de la limpieza.

—¡No necesito que nadie me limpie el baño y me friegue el suelo! —dije—. Y no quiero que Lauryann pierda la oportunidad de aprender a hacerse su propia cama y organizarse su propio armario.

Margaret acabó pagando a una señora de la limpieza para que viniera medio mes y yo me encargaba de las tareas domésticas durante la quincena restante. Asimismo, le dije que no estaba dispuesta a dividir entre dos el gasto de los suministros si seguía poniendo lavadoras con solo seis pares de calcetines y unas braguitas. Y también me molestaba que me dijera que iba a retrasarse en el pago de la mitad de la hipoteca.

—Si vas tan justa de dinero, ¿por qué no metes a Foooh-Fann en la escuela pública y gratuita a la que va Lauryann? ¡Te ahorrarías las cuotas de la privada y llegarías a final de mes! ¿Qué te impide hacerlo? ¿Qué tiene de malo la escuela pública? Los profesores son fantásticos y a Lauryann no le faltan al respeto en ningún sentido. ¡Se lo pasa bien!

Me quedé desconcertada cuando Margaret me dijo que estaba entorpeciendo el futuro de mi hija llevándola a una escuela pública. Cada día me sentía más cuestionada por los problemas que surgían en casa. Al compararse con su amiga, Lauryann lloraba por no tener lo que tenía Foooh-Fann. Envidiaba que le dieran clases de fútbol, violín, natación, jazz y equitación. Margaret decía que estaba vaciando su cuenta de jubilación para financiar dichas actividades.

Yo no podía permitirme darle a Lauryann semejantes lujos. Compré una cinta de vídeo de segunda mano de Michael Jackson y las dos juntas intentamos aprender a caminar hacia atrás como él. Lauryann acabó siendo una experta en utilizar los vídeos como método de aprendizaje.

Al cabo de muchos años aprendería a tocar el piano a través de YouTube. Durante su infancia, ambas nos esforzábamos por sacar el máximo provecho de lo que teníamos.

Lauryann se echaba a llorar desconsoladamente cuando me negaba a organizarle una fiesta de cumpleaños como la de Foooh-Fann. Ella esperaba un bonito vestido, regalos, juegos y bolsitas con chucherías para sus amiguitos, pero no tenía nada de eso. Me molestaba ver a mi hija comportarse como si tuviera carencias. Me resultaba imposible hablar con ella abiertamente de su sufrimiento. Mis valores eran atacados, pero no había un enemigo físico que pudiera identificar o contra el que pudiera luchar. Me sentía impotente e inepta como madre. Un día Foooh-Fann me contó que Lauryann le había dicho en secreto que se veía como una cenicienta y a mí como la madrastra malvada. Al día siguiente Lauryann me preguntó si yo era su verdadera madre. Cuando le dije que sí, quiso saber si la daría en adopción.

Recorté una fotografía del *New York Times* y se la enseñé. La imagen mostraba a una niña china huérfana atada a un taburete con un orinal debajo. La foto llevó a Lauryann a preguntar a Foooh-Fann si así era como había vivido en China.

Para un americano aquella imagen era una prueba de malos tratos a un menor. Pero a ojos de un oriental tan solo plasmaba cómo se hacían las cosas en China. Cuando una sola cuidadora tenía a su cargo a más de cuarenta criaturas en provincias golpeadas por la pobreza, aquella era la única forma de mantener el suelo limpio, y a los niños se les enseñaba a gritar «¡Ya estoy!» cuando acababan de hacer sus necesidades. Entonces la cuidadora iba y desataba al pequeño.

Margaret consideraba que yo había cometido un delito al mostrar a Foooh-Fann aquella imagen.

—¡Hay que ser cruel para enseñarle esa foto a mi hija! —exclamó con lágrimas deslizándose por su cara—. ¿No crees que ya ha sufrido bastante en China? ¿Por qué tienes que seguir recordándole lo que yo me esfuerzo tanto en ayudarle a olvidar?

Aunque me conmovía el amor de Margaret por Foooh-Fann, me negaba a reconocer que hubiera obrado mal.

Margaret también se sentía excluida cuando yo hablaba chino con su hija.

—Pero ¡si fuiste tú la que me pidió que le enseñara chino! —protestaba yo.

Foooh-Fann era una niña tenaz que se crecía ante los retos. Estaba decidida a impresionarme. No le importaba que yo fuera dura. Le gustaba ganarse mis elogios. La pequeña intuía que, bajo mi máscara de hierro, yo la adoraba, y así era.

A Foooh-Fann le encantaba decir «¡Mírame, Anchee Min!».

Margaret tenía la sensación de que yo había traspasado el límite como amiga. Comenzó a acusarme de robarle el cariño de su hija. No podía ocultar su resentimiento cuando la niña me hablaba en chino. Al darme cuenta de la injusticia que había cometido con Margaret, dejé de hablar en chino con Foooh-Fann. Una semana más tarde Margaret la inscribió en una escuela de chino de la zona, pero la pequeña nunca aprendió a hablarlo.

Me resultaba difícil encerrar a Lauryann en mi habitación cuando Foooh-Fann recibía clases de violín en el salón. Cada vez que Foooh-Fann invitaba a sus amigas a casa, Lauryann lloraba de envidia.

—No tengo amigas, mamá —se quejaba Lauryann entre sollozos—. No le caigo bien a nadie.

Yo me quedaba mirando el rostro lloroso de mi hija y veía que tenía el ánimo destrozado. Lauryann temía que Foooh-Fann la rechazara.

El ambiente se había vuelto tóxico, y me di cuenta de que yo era la responsable. Estaba castigando a Lauryann por mojarse los zapatos mientras la llevaba de paseo por la playa.

Decidí enseñar a mi hija a defenderse sola.

—Debes aprender a ganarte el respeto de los demás —le dije.

—Pero ¿cómo, mamá? ¿Qué hay que hacer para eso?

—Mostrar lo mejor de ti. —Le conté que yo de pequeña me hice respetar ganando concursos en los que recitaba poemas y citas de Mao—. Solo tienes que estar atenta y aprovechar la oportunidad cuando esta llama a tu puerta.

Lady Natasha, de origen ruso, era la profesora de violín de Foooh-Fann. En ocasiones se quejaba a Margaret diciéndole:

—¡Me pagan para que dé clases a una niña, no a dos!

Se refería a que Lauryann había espiado mientras Foooh-Fann recibía clases de violín.

Le ordené a Lauryann que se encerrara en mi cuarto con llave cuando Lady Natasha volviera a casa. Le hice prometer que no abriría la puerta ni miraría a escondidas.

Foooh-Fann siguió con las clases de violín. Aunque Lauryann no abría la puerta ni miraba, escuchaba detrás de la puerta. Para entonces ya se había acostumbrado a no tener lo que Foooh-Fann tenía, como clases de música y deporte.

Lauryann aprovechó un momento en que Foooh-Fann fue al baño para salir de puntillas del dormitorio. Asomando la cabeza por detrás de una esquina de la pared del pasillo, le dijo a Lady Natasha:

—Hola, me llamo Lauryann. Soy amiga de Foooh-Fann y vivo aquí.

Lady Natasha no le hizo caso.

Lauryann estaba decidida a mostrar lo mejor de sí misma.

—¿Es usted de Rusia, señorita Natasha? —le preguntó.

Lady Natasha contestó con un gruñido.

—¿Conoce una canción rusa llamada «Noche de Moscú»?

—Mmm.

Lauryann abrió la boca y cantó en ruso:

La nieve cubre la noche de blanco.

La gran ciudad duerme tranquila.

Deja que coja tu mano, mi amor.

Recorramos juntos la hermosa noche de Moscú.

Para sorpresa de Lauryann, la canción hizo que a Lady Natasha se le saltaran las lágrimas. La mujer se volvió y la agarró por los hombros.

—¡Oh, Dios, qué bonito! ¿Dónde has aprendido esa canción? ¿Quién te ha enseñado a cantarla en ruso?

—¿No... no le gusta? —Lauryann no esperaba aquella muestra espontánea de afecto.

—¡Me encanta! —exclamó Lady Natasha—. Me crié con esa canción. ¡En Rusia todo el mundo la conoce! ¡Me pone nostálgica! No sabes cuánto... Ay, perdona que llore. Tengo que sonarme la nariz. Pero ¿cómo es que una niñita china como tú ha aprendido a cantar mi canción?

—Me la enseñó mi abuelo de China. Me contó que antes China y Rusia eran grandes amigos.

—¡En efecto! ¡Así es! —dijo Lady Natasha—. Estoy impresionadísima. ¿Cómo te llamas?

—Lauryann.

—Es verdad, Lauryann. ¡Me encantaría enseñarte a tocar el violín!

—Pero es que mi madre no tiene dinero.

—Ya. ¿Y si te invito a cantar al comienzo de mi concierto?

—¿Se refiere al concierto de Foooh-Fann?

—Sí, cariño.

—Me encantaría, pero antes tendrá que hablar con mi madre.

Lady Natasha me pidió permiso para que Lauryann cantara «Noche de Moscú» al comienzo de su concierto. Me prometió que no cobraría nada. Yo me alegré por la oportunidad que le brindaba. Lauryann causó sensación. Puso en pie al público. Lady Natasha estaba contentísima.

Aquella noche, mientras me despedía de Lauryann, ella me susurró al oído que se lo había pasado de maravilla cantando en el concierto. Quise felicitar a mi hija, pero me vi pensando en Foooh-Fann. Caí en la cuenta de que el éxito de Lauryann se había producido a costa de su amiga. Me sentí fatal. Margaret había invertido su energía y su dinero en educar a Foooh-Fann para que pudiera tener un momento de esplendor, y yo se lo había estropeado, aunque hubiera sido sin querer.

Si bien hasta el día de hoy sigo queriendo a Margaret, veía que ambas éramos madres protectoras que, cuando se trataba de nuestras hijas, no éramos capaces de ceder. Las dos teníamos la sensación de que había llegado el momento de seguir cada una por su lado.

El momento de la separación fue muy duro para Lauryann y Foooh-Fann. Eran grandes amigas y habían llegado a estar unidas como hermanas. Fue como si hubieran intuido que se acercaba aquel día. No hubo lágrimas, tan solo un simple adiós.

El camión de la mudanza tardó menos de veinte minutos en cargar todas mis cosas. Le dije a Margaret que había sido una gran amiga y maestra. Seguiría siendo mi influencia más importante. Por su condición de judía americana, Margaret nos dio a conocer a Lauryann y a mí la historia judía, sus tradiciones y sus valores familiares, que de lo contrario nunca habríamos vivido de cerca. Nos encantaban sus cenas de Acción de Gracias y sus fiestas de Hanukkah.

Nos quedamos consternadas cuando recibimos la noticia de la muerte de Foooh-Fann en un accidente en 2010. Le faltaban pocos días para cumplir los dieciocho y terminar sus estudios en un instituto de Chicago. La atropelló una furgoneta conducida por un hombre de ochenta y seis años en el sur de Illinois. Foooh-Fann había ido de excursión en bicicleta con sus mejores amigos. Estaba dotada para las matemáticas y era una joven amable, compasiva y querida por sus compañeros, profesores y amigos. Lauryann se quedó destrozada.

El poeta inglés Alfred Tennyson dijo en una ocasión: «Es mejor haber amado y haber perdido que jamás haber amado». No sé si seguir pensando eso después de ver el sufrimiento de Margaret.

Nunca olvidaré el día en que Margaret conoció a Foooh-Fann. Yo hice de intérprete. Estábamos alojadas en un hotel de la ciudad de Nanchang, en la provincia china de Jiangxi. La inquietud de Margaret ante la esperada llegada de Foooh-Fann apenas la había dejado dormir. Aquel día iban con retraso en el orfanato, y los niños no habían aparecido a la hora prevista. A Margaret le preocupaba que hubiera sucedido algo. Quería echarse a las calles de aquella población remota y averiguar lo ocurrido por su cuenta. Le recordé que estaba en la China comunista y que lo mejor que podía hacer era quedarse donde estaba. Le sugerí que se pusiera repelente para mosquitos y que se preparara para una larga noche.

Foooh-Fann había sido la alegría de la vida de Margaret. Madre e hija estaban muy unidas y se querían. Cada vez que Foooh-Fann respondía al teléfono cuando las llamaba, le recordaba que una hija china tenía el deber de cuidar a su madre durante su vejez.

—No te vuelvas tan americana como para olvidar la piedad china.

—Ya, ya, Anchee Min. Ya lo sé.

Quizá fuera demasiado duro para Margaret mantener el contacto. Ni Lauryann ni yo volvimos a saber nada más de ella tras el funeral de su hija. Yo echaba de menos a Foooh-Fann, y a menudo me preguntaba cómo le iría a Margaret.

Lauryann seguía visitando de vez en cuando la página de Foooh-Fann en Facebook, donde escribía al espíritu de su amiga. Lauryann descubrió que no era la única; había otros amigos de Foooh-Fann que también le dejaban mensajes. Me consoló enterarme de que Margaret por fin consiguió tirar adelante; una amiga en común me contó que se había casado hacía poco y se había marchado de Chicago. Le deseo paz y amor.

A los seis meses de mudarme a California recibí la visita de Qigu. Para mi sorpresa, me anunció que iba a casarse.

—Creí que debía decírtelo —comentó.

Yo intenté no mostrar mi sorpresa. Al cabo de un instante, le pregunté:

—¿Quién es ella?

—La chica de mis sueños. Mi primer amor. No era más que un adolescente cuando la conocí. La perdí por mi mejor amigo, que se casó con ella. Hace poco me enteré de que se habían divorciado. No podía dejar pasar la oportunidad, ya que en el fondo nunca llegué a olvidarla. Le he propuesto matrimonio, y ella ha aceptado.

¿Debería decir que me extrañó que me doliera? El hecho de que Qigu fuera capaz de experimentar aquella pasión confirmaba mi sospecha de que nunca había estado enamorado de mí. Hicieron falta seis años y un embarazo para que me pidiera que me casara con él. Recordaba claramente su reticencia al respecto. Me vino a la memoria aquella mañana en la que lo saqué a rastras de la cama para poder hacer una foto de nuestro «día de bodas».

—¿Irás con anillo esta vez? —le pregunté.

Qigu sonrió.

—Ya he reservado un viaje para llevarla de luna de miel al Gran Cañón.

—¡Menudo avance! —dije tratando de ser sarcástica.

Llevé afuera a Lauryann para que pudiera decirle adiós a su padre con la mano. Observé cómo Qigu subía a su coche de alquiler y se alejaba. Lauryann me vio llorar y me pidió que la dejara en el suelo. Corrió a casa y regresó con una caja de pañuelos de papel.

CUARTA PARTE

Cuando los editores rechazaron *Madame Mao* en un primer momento, mis ingresos descendieron a cero. Me constaba que en Estados Unidos la mayoría de los autores se mantenían con otros trabajos. Dado que yo no podía conseguir otro empleo, decidí hacer lo que había hecho antes. Compré una finca abandonada con cuatro pisos y me propuse reformarla. Para ello pedí e invertí hasta el último dólar que tenía ahorrado como pago inicial.

Lauryann me ayudó aunque solo tuviera seis años. Al principio resultó todo un desafío, pues se había criado como una «princesa americana».

—No me gusta que los tomates me toquen la patata —decía. Las moscas le daban miedo como si fueran asesinas—. ¡Me duelen los ojos del sol! —gritaba cuando íbamos en coche.

Odiaba la verdura y bebía refrescos en lugar de agua.

—Yo de pequeña ayudaba a mi madre —le expliqué—. A los cinco años me encargaba de recoger a mis tres hermanos de distintas guarderías y parvularios. A los seis me mandaban a comprar comida para la familia. A los ocho cargaba con sacos de arroz de diez kilos. Con nueve años llevé a mi hermano a un hospital. Recuerdo que el médico preguntó: «¿Dónde están tus padres?». Di un paso al frente y dije: «Yo soy su madre».

Había estado recorriendo el barrio en coche por las noches con Lauryann a mi lado. Intentaba localizar el parque más cercano con servicios públicos por si teníamos que vivir en el vehículo. «Siempre conviene prepararse para lo peor», le decía.

Lauryann se veía obligada a adaptarse a una nueva escuela cada vez que nos mudábamos. No le preguntaba si le parecía bien, pues ya sabía que no. Me dolía verla perder a sus amigos y a los profesores que quería, pero teníamos que vivir conforme a nuestras posibilidades e ir donde el alquiler fuera más barato. Lauryann no tenía más remedio que amoldarse. Aprendió a relacionarse rápidamente con sus nuevos maestros y compañeros de clase. Hacía lo posible por conservar las amistades. A lo largo de los años fue visitando a sus viejos amigos, sobre todo a los profesores. Al principio la llevaba yo en coche, hasta que se sacó el permiso de conducir. Lauryann compartía con sus maestros aspectos de su vida que no creía que yo pudiera entender. Lo cierto era que no confiaba en que mis consejos pudieran servirle a ella.

Lauryann estuvo un tiempo durmiendo en un armario. Años después me contó que, cuando tenía miedo de la oscuridad, imaginaba que era amiga de Harry Potter. También me dijo que si dejó de quejarse fue porque estaba cansada de que yo le saliera con «la proeza del campo de trabajo».

—A ti no te falta de nada —le decía yo—. ¿Cómo que no haces clases de baile? Puedes aprender a bailar con las cintas de vídeo que te he comprado, y a cantar escuchando los casetes. No te atrevas a decir que nunca te llevo al cine. ¿Es que no te he puesto *La sirenita* que grabé en el canal infantil de la tele? ¿Y qué si había anuncios? Lo que pasa es que eres demasiado vaga para apretar el botón de avance rápido y pasarlos.

Al final entre las dos desentrañamos los movimientos de Michael Jackson a partir de una cinta de vídeo. Aunque éramos incapaces de reproducir su típico paso de «*moonwalk*» caminando hacia atrás, yo no hacía más que decir: «¡Nos hemos ahorrado catorce dólares con esta clase que nos hemos dado!».

El olor a humo de tubos de escape llenaba el aire. La finca que estaba intentando reformar se hallaba en un barrio de clase obrera. Había carritos de la compra robados desperdigados por las calles y detrás de los edificios. Los inquilinos bebían cerveza dentro de los coches, sobre todo en verano e invierno, con el motor al ralentí y el aire acondicionado o la calefacción encendidos. Tiraban las colillas por todas partes. Una de las tareas de Lauryann consistía en recoger colillas, latas de cerveza y botellas de licor. Los inquilinos también arrancaban los detectores de humo y los extintores que habíamos instalado. El muro de la cochera estaba hundido, obra de un conductor borracho.

Pese a tener unos ingresos bajos, los inquilinos eran de costumbres caras. Organizaban fiestas de cumpleaños espléndidas y se iban de vacaciones con toda la familia a Disneylandia aunque no les llegara para pagar el alquiler. Las habitaciones de los niños estaban hasta los topes de peluches. Entre los regalos de cumpleaños que recibían los más pequeños se incluían televisores y videojuegos, lo que hacía que Lauryann los envidiara.

Para su cumpleaños la llevé a Home Depot. Mi regalo fue una clase gratuita a cargo de dicha empresa de bricolaje para aprender a manejar una sierra eléctrica y colocar baldosas de cerámica. También le compré dos libros, *Fontanería 1-2-3* y *La guía completa del «arréglalo tú mismo»*.

Lauryann no quería ponerse el delantal naranja de Home Depot talla infantil en el que un empleado había escrito HOLA, SOY LAURYANN. Me dijo que deseaba una fiesta de cumpleaños como la de los otros niños, y que prefería disfrazarse de princesa y recibir «regalos normales».

—¡No vas a hacer que me dé un bofetón para que se me hinche la cara y parezca estar bien alimentada! —Fue mi respuesta.

Lauryann me ayudó a limpiar desagües atascados, quitar mohos, levantar placas de pladur y cargar sacos de cemento. Llegó a llamar al tiempo que pasaba conmigo «condena en prisión».

A cada hora me pedía ir a mear. Sabía que en tal caso yo no tenía más remedio que dejarla en libertad. Cuando salía del baño, después de pasarse un buen rato dentro, y veía mi cara de reproche, decía con voz monótona:

—Perdona, estaba haciendo caca.

—¡En comparación con millones de niños de China, tú vives una vida de ensueño! —le decía yo—. Te duchas con agua caliente y haces pis sentada en un váter. Vas al colegio, y por un dólar compramos varios paquetes de fideos. ¡No sabes lo que es pasar hambre! —Me vi hablando, por extraño que me pareciera, con el tono de la doctrina comunista—. ¡Es un placer servir al pueblo! ¡Supone un honor y una satisfacción! ¿Cómo es posible que no lo sientas?

Lauryann volvía la cabeza y bostezaba de forma exagerada.

En un principio yo tenía la esperanza de que presenciar cómo vivía la clase obrera en Estados Unidos fuera una gran experiencia para ella, que me ayudaría a arreglar lo que a Lauryann le faltaba —comprender lo dura que podía ser la vida— y le serviría para desarrollar el sentido de la gratitud. Pensaba que después de que viera por sí misma las carencias de los niños pobres, valoraría lo que tenía.

Me salió el tiro por la culata cuando Lauryann presenció lo contrario.

Le pedía que mezclara cemento mientras yo embaldosaba el suelo de uno de los pisos. Durante el verano trabajábamos desde primera hora de la mañana hasta medianoche. Lauryann llevaba puesta mi vieja ropa manchada de pintura. La tenía a mi lado en la obra siete días a la semana.

Lauryann comenzó a librar su batalla contra mí echándome en cara que no me parecía en nada

a una «madre americana normal».

—La gente tiene motivos para preguntarte «¿Eres paisajista? o ¿Trabajas en el Home Depot?» —me decía.

Luego se quejó del hecho de que la hiciera caminar bajo la lluvia.

—Las madres americanas no permiten que sus hijos se mojen cuando llueve —protestó—. Los llevan en coche allí adonde deban ir. Yo no tengo impermeable ni paraguas, y esperas que camine bajo la lluvia. No te importa que me moje y me resfríe.

Cogí una bolsa de la basura y recorté un redondel en la base y dos a los lados para convertirla en un chubasquero improvisado. Me hice otro para mí.

—Toma, ya tienes un impermeable. ¡Va de perlas!

—¡Mamá, la gente se va a reír!

—¿Y qué más da lo que piense la gente? ¿Por qué tendrían que afectarte los comentarios estúpidos y desagradables? Tú sigue tu camino, hija. Y alegra esa cara. Hace un día estupendo.

—Pero el hombre del tiempo ha dicho en la tele que haría malo.

—Tengo un serio problema con el hombre del tiempo de la tele estadounidense —espeté—. Los días de lluvia son los mejores. Un hombre del tiempo chino felicitaría a los campesinos. Diría que la lluvia va bien para la agricultura. Los cultivos necesitan empaparse bien de agua. Es un regalo del cielo. A mí me encantan los días de lluvia. En el campo de trabajo no teníamos descanso salvo cuando llovía. Y no me refiero a una lluvia normal y corriente. Esa no contaba. Tenía que llover a mares, tanto como para que las raíces del arroz que acabábamos de plantar volvieran a salir a la superficie. Rezaba para que nunca dejara de llover...

Lauryann ponía los ojos en blanco.

Trabajábamos juntas como un equipo. Mientras yo descargaba material de construcción del coche, Lauryann llevaba herramientas al piso que íbamos a arreglar. Para evitar molestar a los inquilinos, nos amoldábamos a sus horarios, lo que significaba que a menudo teníamos que saltarnos la comida y la cena. También lo hacíamos porque no podíamos dejar que el hormigón mezclado se endureciera o que los orificios de las cañerías quedaran al descubierto.

De camino a casa Lauryann se quedaba dormida en cuanto subía al coche. Me sentía mal por obligarla a trabajar de aquella manera. Cuánto me habría gustado verla jugando con otros niños montada en una bicicleta o un patinete. Tenía que impedir que aquellos pensamientos fueran a más.

Los inquilinos le decían a Lauryann: «Ay, cariño, pobrecita. Tu madre debería llevarte a Disneylandia. Mira, lo que tiene que hacer un niño es divertirse».

Yo la habría animado a divertirse si no hubiera tenido que esforzarse por sacar unas notas aceptables. Lauryann había demostrado ir lenta en ciertas asignaturas, como matemáticas. Estando en cuarto apenas llegaba al nivel de segundo. Por ejemplo, era incapaz de averiguar la respuesta a diez mil veces 0,39. Ocurrió un 4 de julio. Estábamos cenando en casa de un amigo, que acababa de sacarse el permiso de agente inmobiliario. Necesitaba enviar diez mil cartas a treinta y nueve centavos cada una para darse a conocer a la comunidad. Nadie pretendía poner en evidencia a Lauryann. El hombre se dirigió a ella porque era una pregunta fácil y quería darle la oportunidad de participar en la conversación. A todos les sorprendió que Lauryann tardara un buen rato en contestar y contara con los dedos. Al final negó con la cabeza y rompió a llorar.

Le dije que no era problema suyo que careciera de los genes para los números.

—Yo no te los he dado. La culpa es de mamá. —Le aseguré que estaba orgullosa de que se esforzara—. Gracias por tu valentía.

Me valía con que pusiera todo su empeño. Lauryann se relajó y confió en la sinceridad de mis palabras.

Tras el incidente matemático, mis amigos me dieron consejos con la mejor intención. Todos ellos habían reparado en la «lentitud» de mi hija y estaban preocupados. Me animaron a inscribirla en una escuela de arte, ya que se le daba bien bailar.

Yo no quería matricularla en una escuela alternativa sin luchar.

—No veo por qué no puedes seguir mis pasos —le dije a Lauryann—. Yo aprendí inglés por mí misma.

Me encantaban los profesores de la escuela pública. Todos le ofrecieron una oportunidad, y ella fue avanzando poco a poco hasta la cima. Hice que la frase «¿Cómo puedo hacerlo bien?» fuera su lema. Lauryann estaba cada vez más acostumbrada a tocar fondo antes de salir del «hoyo de las notas».

—Si eres capaz de arreglar váteres rotos, unir cañerías y convertirte en una experta en colocar suelos y cerraduras, puedes hacer que funcione cualquier cosa —la animé.

Una inquilina llamada Ruth le preguntó a Lauryann:

—¿Qué te gustaría ser de mayor?

—Fontanera —contestó Lauryann—. A mi madre le parece buena idea. ¿Verdad, mamá?

La miré con aprobación.

—¿No lo dirá en serio? —dijo Ruth negando con la cabeza—. ¿Quiere que de mayor sea fontanera? ¿Ese es su sueño americano? ¡Venga ya, señora Min, me deja sin palabras! ¡No doy crédito! ¿Cómo va a hacerle eso a su hija? Con lo guapa que es... Podría ser modelo, actriz o la próxima Miss Estados Unidos.

—Ella puede soñar con lo que le plazca —respondí—. Lo que no quiero es que se estrelle.

—¿Cuál cree que sería su mejor opción?

—Alistarse en el ejército podría ser una buena opción si no he conseguido ahorrar lo suficiente para que vaya a la universidad cuando cumpla los dieciocho —contesté.

Ruth se quedó boquiabierta con un gesto exagerado.

—¿Para eso es mejor que la mate! Pero ¿en qué diablos está pensando?

—Bueno, en el ejército no hay que pagar la matrícula de la universidad. Me he informado sobre las ventajas de servir en un hospital militar estadounidense. Lauryann tendría trabajo asegurado, aunque primero debería estudiar enfermería, claro está. Nadie puede robarte lo que metes en tu cabeza. En el ejército cobras un sueldo decente y como veterano tienes asistencia médica el resto de tu vida.

—Pero ¿su hija podría volver a casa en un ataúd!

—Mire, yo lo veo así: en este país muere una media de cincuenta mil personas al año en accidentes de coche, mientras que la cifra total de soldados estadounidenses fallecidos en la guerra más reciente tan solo llega a unos cuantos miles.

—Lo que dice me parece una locura, señora Min —opinó Ruth.

—Bueno, mi hija también podría convertirse en la descubridora de una cura para el sida.

Lauryann le preguntó a la hija de Ruth, Candy, cuál era su sueño.

—Quiero ser modelo —respondió la pequeña mascando chicle mientras se admiraba en el espejo—. O actriz de cine. O veterinaria quizá, porque me encantan los animales.

—Estoy orgullosísima de Candy —dijo Ruth.

En el trayecto de vuelta a casa en coche le pregunté a Lauryann:

—¿Te has fijado en que en ninguno de los cuatro pisos hay libros? Nunca he visto a un solo niño de la finca haciendo deberes y dice que quiere ser veterinaria.

—Mamá, no deberías hablar así de la gente a sus espaldas —me recriminó Lauryann—. En América la gente puede hacer lo que le apetezca. ¡No es asunto tuyo!

—Esos padres no quieren a sus hijos —proseguí—. No lo suficiente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no los preparan.

—A lo mejor no tienen tiempo para hacerlo.

—¿Y crees que yo sí? ¡Lo saco de donde haga falta! ¡Si vienes a casa con unas notas bajas sin una buena razón, iré detrás de ti! Te obligo a hacer deberes en el coche, en las tiendas y en la finca en obras, así es como sacas sobresalientes. Puede que los americanos necesiten un sistema comunista para que las madres sepan lo que es estar en un campo de trabajo...

—¡Cuidado con lo que dices, mamá!

Intentaba encontrar tiempo para trabajar en mi manuscrito. Me pasaba toda la noche escribiendo, hasta que cogí la gripe. Me costaba arrastrarme fuera de la cama con un dolor de cabeza martilleante. Sabía que no podía permitirme estar enferma. Había que pagar la hipoteca, el impuesto sobre bienes inmuebles y a Hacienda, eso sin tener en cuenta el hecho de que no había manera de cobrarles el alquiler a los inquilinos.

Me encerré en el baño de uno de los pisos para vomitar. La herramienta de construcción que estaba utilizando en aquel momento comenzó a pesarme en la mano. Sabía que estaba a punto de desmayarme. Temía tener un accidente ya que no disponía de seguro médico.

Cuando Lauryann me vio con la cara pálida y la camiseta empapada de sudor, me trajo agua. Al final de la jornada me sentí incapaz de conducir hasta casa. Tuve que quedarme un rato sentada en el coche para recuperar el aliento.

Con todo, me sentía afortunada por tener derecho a trabajar. Mientras tanto, no podía evitar pensar que si Lauryann no me hubiera tenido de madre, habría estado pasándoselo bien en un campamento de verano. Podría haber estado viajando por el mundo o yendo a clases de baile o de piano. Podría invitar a sus amigas a dormir en casa y ver películas. En vez de eso estaba atrapada por mis problemas.

A menudo ocurría que los inquilinos me llamaban a las dos de la madrugada quejándose de que tenían los desagües atascados. La policía me telefoneó una vez por un incidente de violencia doméstica en uno de mis pisos. Yo me veía obligada a salir de casa de inmediato para solucionar el problema. Cuando volvía de la finca, ya al amanecer, entraba de puntillas en la habitación de Lauryann. La veía con el pelo aún manchado de pintura blanca y la barbilla arañada, pero profundamente dormida. El amor que sentía por mi hija me servía para renovar las fuerzas.

El sentimiento de culpa me abrumaba. ¿Estaba negando a mi pequeña la infancia americana a la que tenía derecho? El día anterior no le había dejado comer ni beber agua porque coincidió que en aquel momento estábamos enmasillando un cuarto de baño. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía que abrir los tubos selladores, y había que utilizar la masilla de inmediato o se echaría a perder.

La noche de Acción de Gracias y la de Navidad le puse a Lauryann unas películas que había comprado en China dobladas en chino. Las consideraba material educativo. Era la manera de enseñarle a mi hija mi lengua materna, dado que no podía pagarle una escuela de idiomas. De paso intentaba transmitirle mensajes morales a través de las películas.

Entre mis preferidas estaba *La chica con el pelo blanco*, filmada en China en los años sesenta,

y *La chica que vende flores*, un film norcoreano producido en la década de los setenta.

A Lauryann le gustaron las películas, pero le resultó difícil creerse las historias. Se preguntaba por qué retrataban a todos los propietarios como seres crueles y malvados. En *La chica con el pelo blanco* un terrateniente violaba a la hija de un campesino porque este se retrasaba en el pago del arrendamiento. La joven lograba escapar a las montañas, donde vivía como un animal. El pelo se le volvía blanco como la nieve de la malnutrición. Posteriormente, era rescatada por los comunistas y regresaba para vengarse. El terrateniente era ejecutado al final de la película.

La vendedora de flores norcoreana cantaba canciones tan bellas como tristes. Pertenecía a una familia de inquilinos que no podían pagar el alquiler y sufrían en manos de su arrendador. Para cumplir con su obligación, los inquilinos se veían obligados a vender a sus hijos.

—¡Esto es propaganda comunista, mamá! —se quejó Lauryann—. ¡Fíjate en ti! ¡Tú eres una propietaria en la vida real y tus inquilinos te pisotean!

Mi hija y yo estábamos subidas a unas escaleras de mano, enfrascadas en la reparación de un techo dañado por una bañera que perdía agua en la primera planta. Habíamos retirado la vieja placa de pladur mojada y estábamos intentando sustituirla por una nueva, pero nos costaba levantarla y encajarla en su sitio. El peso podía con nosotras y a mí me fallaban las fuerzas. Le pedí a Lauryann que sujetara el pladur apoyándolo en la cabeza para estabilizar el peso. De pie en la escalera, intentó empujar la placa de yeso hacia el techo.

Yo cogí el taladro y volví a subirme a la escalera. Comencé a fijar el pladur a las viguetas del techo, introduciendo los tornillos hasta el fondo de los agujeros. Me temblaban los brazos. Lauryann estaba quedándose sin fuerzas.

—¡Ya casi estoy! —grité—. ¡Sube la placa, Lauryann! ¡Más! ¡Empújala hasta arriba del todo!

Lauryann estaba llorando cuando acabé de atornillar la placa.

Más tarde la examiné. Se le habían caído de la cara las gafas protectoras de un tamaño pensado para adultos. Ni en Home Depot, Ace u Orchard Hardware tenían gafas de ese tipo para niños.

—¿Ya puedo quitarme las gafas? —preguntó Lauryann.

—Aún no —respondí—. Todavía nos quedan cosas por hacer y puede entrarte polvo en los ojos.

Cuando terminamos de pegar las juntas con cinta adhesiva y taparlas con una capa de masilla, nos dolían tanto las piernas y los brazos que apenas podíamos movernos. Le quité el gorro de ducha, me agaché y le di un beso en su carita cubierta de polvo.

Mientras esperábamos a que se secase la masilla del pladur antes de pintar el techo, llevé conmigo a Lauryann a comprar material de fontanería. Para entonces conocíamos a los vendedores de las ferreterías. Eran los mejores maestros. De ellos aprendí los trucos del oficio. Por ejemplo, algunos fontaneros se valían de un ardid para que no volvieran a llamarlos. Ponían tanto cinta adhesiva como cola en las válvulas, con lo que ocultaban la chapuza... durante un tiempo. Para cuando volvía a haber un escape, la garantía ya había vencido.

Nunca sabíamos con qué tipo de problemas nos encontraríamos. Un nuevo inodoro que habíamos instalado no dejaba de perder agua. Cada pocas horas se formaba un charquito bajo la cisterna. Lauryann y yo lo cambiamos por un váter nuevo y volvimos a instalarlo. Pero había otro problema: la filtración y la humedad bajo la taza. Aquello me frustró y supe que no podría pasarlo por alto. El lento goteo acabaría provocando la aparición de moho y con el tiempo atraería a las

termitas. Retiramos el retrete por tercera vez. Supuse que la cisterna estaba defectuosa. Regresamos a Home Depot para cambiarla por otra.

Laurynn se quedó en el coche haciendo deberes mientras yo hacía cola para hablar con el personal de atención al cliente. Pasaron las horas y cuando recogí el nuevo sanitario ya estaba cansada. Tras volver en coche al piso, Laurynn tuvo que dejar sus tareas y ayudarme a levantar el inodoro y colocarlo en su sitio. Luego se sentó a mi lado en el suelo a terminar los deberes mientras yo fijaba y sellaba la base del retrete.

Con una llave inglesa grande en la mano derecha y otra mediana en la izquierda, Laurynn me ayudó a cambiar una válvula de la ducha. El grifo iba duro y costaba girarlo por la corrosión. Me dolía el brazo derecho de intentar mover el cartucho oxidado. Aunque estuvimos horas dale que dale, no hubo manera de que las piezas oxidadas cedieran un ápice. Tenía que ir con cuidado para no hacer demasiada fuerza por temor a que la cañería que iba por dentro de la pared se doblara o se rompiera y perdiera agua. Estaba en una posición incómoda, metida en la bañera, con el tronco inclinado, el codo apoyado en la pared y sin poder utilizar una llave inglesa más grande. Tenía la ropa empapada en sudor. Laurynn me dijo que le preocupaba la prueba de matemáticas que tenía al día siguiente.

—¿Y crees que yo me lo estoy pasando bien? —espeté, presa de la frustración.

A Laurynn se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No es un buen momento para hacer de princesa —añadí—. Ve al coche y tráeme el WD-40.

Al marcharse Laurynn, sentí muchísima pena. Lamenté haber descargado mi frustración sobre ella. Cuando regresó, le pedí disculpas.

—Estaba enfadada con la válvula oxidada, no contigo.

Laurynn me pasaba las herramientas como una enfermera a un cirujano. Yo estaba debajo del lavabo, cambiando un grifo roto. Ella desconectaba cables eléctricos, limpiaba el espacio de las obras y retiraba los restos de arcilla que se depositaban en la hoja empleada para cortar las baldosas. Mientras yo las disponía en el suelo, mi hija mezclaba el cemento en un cubo. Le di un utensilio de cocina para facilitarle la tarea. Trabajábamos en completa armonía. Yo colocaba las baldosas y ella me pasaba el material.

«Ahí, mamá, la pieza del rincón.»

«¡Cuidado, mamá! ¡Hay un clavo que sobresale detrás de tu pie izquierdo!»

«Mamá, ¿abro otro saco de cemento o crees que con este bastará?»

Jameeka, una embarazada corpulenta que vivía en la acera de enfrente, nos veía trabajar mientras vigilaba a sus tres hijos, que jugaban en la calle.

—¡Buen trabajo! —comentó Jameeka—. ¿Ese piso se alquila?

—¿Le interesa? —pregunté—. Le garantizo el precio más bajo en toda la manzana.

Tras dar un sorbo a una Coca-Cola, la mujer me dijo que a ella nunca le preocupaba el precio.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté—. Yo pensaba que el precio era lo que más le preocupaba a todo el mundo.

—Yo puedo pagar el piso que quiera.

—¿Tiene un buen trabajo en el que le pagan bien?

—¿Me toma el pelo? No puedo trabajar con tanto crío.

—Entonces ¿de dónde saca el dinero? ¿Del padre de los niños?

—¿Qué va! Mi novio no paga la manutención de ninguno.

—Yo también soy madre soltera —dije—. Mi ex marido tampoco paga la manutención de mi hija.

—El gobierno se hace cargo del bienestar de los niños. Yo puedo morir de hambre, pero mis hijos no, ¿verdad?

Me enteré de que Jameeka cobraba ochocientos dólares del gobierno por cada uno de sus hijos. En total tenía unos ingresos de tres mil doscientos dólares al mes. Jameeka se ofreció a enseñarme su apartamento.

—Me encanta mi casa —dijo, radiante—. Debería echarles un vistazo a las baldosas de mi cuarto de baño. Le dará buenas ideas para escoger unas más atractivas.

—¡Eso estaría muy bien! —exclamé.

La visita resultó ser un punto de inflexión para Lauryann. Por mucho que yo hubiera preparado a mi hija, no había nada más potente que una muestra de la vida real. Para ella, el shock fue subversivo.

Seguimos a Jameeka hasta el otro lado de la calle para entrar en un flamante apartamento de tres dormitorios. Me sorprendió que tuviera moqueta blanca, chimenea y muebles de diseño. La encimera de la cocina era de mármol.

—¿Puedo preguntarle cuánto paga por el alquiler de esta casa tan lujosa?

—Dos mil quinientos dólares —contestó Jameeka—. La belleza tiene un precio, lo sé.

—Bueno... supongo que es la recompensa por tener muchos niños en Estados Unidos.

—No se deje engañar —dijo—. Los niños pueden ser un verdadero quebradero de cabeza.

—¿De qué tipo?

—Pues... ya sabe... el quebradero de cabeza que supone, por ejemplo, intentar mantener alejada de las drogas a tu hija.

—¿Se refiere a su propia hija?

—Ajá.

—Pero si solo tiene... ¿cuántos años?

—Catorce. No hace más que pedirme dinero. Dice que lo necesita para saldar deudas. ¿Deudas? ¡Y un cuerno!

—¿Tiene deudas?

—Ha recibido amenazas de la banda. Si no suelta la pasta, se la podrían cargar. Tengo que ayudarla. Por eso estoy pelada. El instinto me dice que utiliza el dinero para drogas.

Observé a Lauryann. Comenzó a mudar el semblante mientras seguía a Jameeka. En su mente estaba comparando dos realidades. Los hijos de Jameeka poseían todo lo que ella deseaba. Cada uno tenía su propia habitación, con su cama de diseño, sus sábanas a juego y su armario lleno de ropa preciosa y zapatos modernos, además de un televisor para cada uno, videojuegos, coches de juguetes, bicicletas y monopatinés.

Ya en el coche, intenté hablar de la idea de «explotar el sistema» con Lauryann.

—Mamá, no empieces. —La voz de Lauryann sonaba agresiva—. No tengo ganas de discutir. Ahora mismo no.

Desde el nacimiento de mi hija, yo había estado preconizando la filosofía de que la única manera de conseguir el sueño americano era trabajando duro. Por desgracia, Lauryann había visto lo contrario con sus propios ojos.

—Tengo que saber lo que piensas —dije.

—No te gustaría, mamá.

—Debo saberlo.

—Ser pobre no es el fin del mundo... ¿vale?

—Se supone que es el fin. Y así es. La impresión que te has llevado en esa casa es... es... equivocada. Se trata de un caso concreto y peculiar. No todos los pobres viven así. Desde luego no en circunstancias normales... No todo el monte es orégano.

—Mamá, no intentes arreglarme... ¡ni a mí ni a nadie! ¡Lo digo en serio!

—Creo que estás haciéndote una idea equivocada.

—No lo creo.

—No ves toda la verdad, Lauryann.

—¿Sabes lo que veo, mamá? Veo la libertad que tienen los hijos de Jameeka. ¡La libertad de verdad! La libertad por la que viniste a América. La libertad que no tengo. Veo que los hijos de Jameeka tienen una infancia normal. No tienen que cargar con sacos de cemento de quince kilos todos los días. No tienen que limpiar los retretes y desagües de los demás, y acabar con una peste en el pelo que no se va ni con una botella de champú. Los hijos de Jameeka llevan ropa limpia, tienen amigos y fines de semana y son felices. —Lauryann se vino abajo—. No creo que pida demasiado. ¡De verdad que no!

Una extraña frase acudió poco a poco a mi mente. Se trataba de una descripción de la novela *El amante* de Marguerite Duras. «Grité [...] para que se rompiera aquel espejo en el que permanecía mortalmente fija toda la escena. Mi madre se volvió.»

Mi mente se enfrentaba a aquella situación respondiendo a una extraña conciencia de sus opciones, entre las que se incluía mi propia confusión y la falta de estrategias. Nunca antes había visto con tanta claridad mi estado de ánimo. Estaba produciéndose algo nuevo, algo sumamente americano. Me pregunté lo siguiente: «¿Se ha convertido Lauryann en una parte de ti que no escuchas? ¿Has estado desatendiendo sus sentimientos? ¿Qué efecto han tenido en ella los mensajes fruto de la mezcla de culturas? ¿Vive obsesionada por mi pasado? ¿Estoy haciendo de ella una criada porque a mí no me enseñaron a considerarme una princesa? A fin de cuentas, como dice el refrán, «Uno es quien cree ser». ¿Acaso mi autoestima dañada está afectando a la autoestima de Lauryann? ¿Le estoy transmitiendo mi virtud o mi enfermedad? Trabajar duro para conseguir el sueño americano... pero ¿a qué precio?».

En los días que siguieron a aquella discusión, cuando volví a ser yo misma y Lauryann también, tuvimos una conversación. Le hablé de las familias sin casa que veía de pequeña en China, y de los niños mendigos con heridas abiertas cubiertas de moscas y mordisqueadas por los gusanos.

—Aunque los pobres de Estados Unidos vayan con móviles y algunos vivan como Jameeka, sus privaciones radican en el hecho de que no conocen sus opciones. Uno ignora lo que no sabe. Como me ocurría a mí cuando vine a América. Pensaba que no tenía alternativa, pero sí la tenía. Tomé malas decisiones y me perjudiqué mucho a mí misma. La gente como Jameeka no está en una situación muy distinta. Hay diferencia entre ser pobre y ser ignorante. Cuando los niños no cultivan un sentido del honor, crecen desvergonzados. Y eso sí que es una verdadera privación.

Lauryann hizo lo posible por comprender mis palabras. No fue hasta al cabo de unos años, al llevarla a ver la película *Precious*, producida por Oprah Winfrey y Tyler Perry, cuando mi hija fue capaz de entender lo que yo pretendía explicarle desde hacía tanto tiempo, que la verdadera desgracia era verse privado del entendimiento. Lauryann se dio cuenta de lo afortunada que era por haber aprendido la diferencia.

Las clases de ballet valían ocho dólares la hora. Eran grupales, no particulares.

El día de su primera clase, Lauryann terminó los deberes tan pronto como pudo. Rebotante de ilusión, se calzó y se cepilló el pelo para recogerlo después en un moño. No paraba de mirarme, sorprendida de que fuera a ir a una clase de ballet en lugar de a la obra.

—Gracias, mamá —dijo—. Te quiero.

—Que te diviertas —le deseé sonriendo.

—¡Lo haré!

Extendió los brazos, haciendo pasos de baile mientras tarareaba el tema de *El lago de los cisnes*.

Lauryann valoraba cada instante que pasaba sin la ropa de trabajo manchada de pintura y le bastaron unas pocas clases para memorizar los pasos de baile. Primero le pidieron que los mostrara ante sus compañeras y luego la pusieron como primera bailarina del grupo. Para el espectáculo anual que organizaba la escuela con la representación de *El lago de los cisnes*, le dieron el papel principal e hizo de cisne negro. Asimismo, fue elegida por la profesora para participar en el Concurso de Baile de Disneylandia y en los Campeonatos de Estados Unidos de Danza. Ganó la medalla de oro como bailarina en solitario tanto en la categoría tradicional como de competición.

Ver a mi hija actuar en un escenario y recibir premios me emocionó. Me ayudó a olvidar mis problemas. Sonreía al recordar cómo Lauryann practicaba los pasos en el aparcamiento de una iglesia llevando puestas unas zapatillas de deporte. «Aquí no tienes que preocuparte por la falta de espacio —le dije—. Además, los vecinos de abajo no se quejarán del ruido que haces.»

Estaba en mi coche llorando porque llevaba varios meses sin poder cobrar los alquileres. Uno tras otro, mis inquilinos habían dejado de pagarme. A aquellas alturas sabían que no les ocurriría nada. No hacían caso de mis cartas de advertencia. Se negaban a marcharse. Yo les suplicaba, les prometía que renunciaría a cobrar las deudas pendientes.

—¡No quiero ser la única que pague el alquiler! —dijo Ruth.

Era como si los inquilinos hubieran descubierto un fallo en mis defensas y me hubieran tendido una emboscada.

—Que sepas que puedo denunciar este edificio cochambroso al departamento de salud del estado —me advirtió una inquilina—. Y vendrán y te cerrarán la finca.

Yo sabía que lo que pretendía era que dejara de presionarla para que pagara.

—Merezco una reducción del alquiler por las molestias —me exigió otra inquilina—. La bomba insecticida que nos compraste no funcionó. Tuvimos que fumigar otra vez por nuestra cuenta. Por culpa de eso, mi hijo se perdió su partido de fútbol.

El fumigador me dijo que había aplicado dos tratamientos.

—Pero los inquilinos me han dicho que siguen teniendo cucarachas —repliqué.

—¡Lo que tiene usted viviendo aquí son cerdos! —El fumigador señaló la comida del perro, del gato, del hámster y del pez esparcida por todo el piso—. ¡Es el paraíso de las cucarachas!

Estaba enfadada porque yo les ofrecía a mis inquilinos el mejor servicio —algo que yo no me podía permitir— para enterarme después de que la mayoría de las reparaciones y reformas acababan destrozadas en pocos meses. La finca estaba irreconocible, con inodoros arrancados, lavabos agrietados, cañerías atascadas, la manguera de desagüe de un lavavajillas pinchada, agujeros en las puertas de los armarios, pintadas en las paredes de las habitaciones, goznes rotos y el sótano inundado.

Cuando les pregunté a los inquilinos qué había sucedido, todos ellos me respondieron lo mismo: «No sé quién lo ha hecho. Yo no».

Mis inquilinos eran expertos en lidiar con las órdenes de desalojo; yo no podía competir con ellos en ese juego.

Me quitaba el sueño ver que me atrasaba en el pago de la hipoteca. El banco me había entregado una «notificación final» y amenazaba con embargarme la propiedad. Me dolía tanto el estómago que los calmantes ya no me hacían nada.

Nunca pensé que en el momento en que perseguía al lobo para echarlo por la entrada de casa, se me colaría un tigre por la puerta de atrás. Después de pagar seis mil dólares a un abogado experto en desahucios y librarme por fin del peor inquilino, una joven pareja bien vestida, Brandi y Marc, respondió a mi anuncio, una vez que tuve la finca limpia y lista para alquilarla de nuevo.

Cuando vinieron a verla, me dijeron que les «encantó». Querían alquilar un piso lo antes posible. Brandi me contó que tenía estudios universitarios y trabajaba como gerente de arrendamiento de un complejo de viviendas de la zona del centro de la ciudad. Su prometido,

Marc, era gestor de existencias en unos grandes almacenes. La pareja tenía un niño pequeño. Brandi comentó que se había especializado en comunicación empresarial en la universidad.

—Habría continuado con la carrera de abogado si no hubiera tenido a mi hijo —dijo.

Hablamos de Estados Unidos como el mejor lugar del mundo por las oportunidades que brindaba a las minorías.

—En tres generaciones yo he llegado donde estoy —añadió Brandi toda sonriente.

Lo único que me pareció raro fue lo que contestó ella cuando le pedí referencias.

—Puedo darle la mejor de todas, pues eso es lo que hago en mi despacho.

Me fijé en que el niño era hiperactivo. Primero estuvo jugando con los mandos de la cocina; luego pasó a pulsar los botones del lavavajillas. Sus padres no intentaron pararlo. Marc llegó incluso a tirarle una pelota de baloncesto por encima de la isla central de la cocina. Luego comenzaron a jugar a lanzarla por debajo de la luz que colgaba del techo.

Me puse nerviosa cuando el pequeño tiró de las persianas venecianas largas hasta el suelo que tapaban la puerta de vidrio corredera. Varias lamas se soltaron y, al caer, casi le dieron al niño en la cabeza. Yo era consciente de que en Estados Unidos podían demandarte por responsabilidad. Cuando la pareja se marchó, escribí un correo electrónico a Brandi y Marc exponiéndoles lo que me preocupaba. Les dije que me habían causado buena impresión y que me gustaría tenerlos como inquilinos, pero antes debíamos encontrar una solución con respecto a la «seguridad infantil». Les comenté que estaba dispuesta a cambiar las persianas venecianas por cortinas de algodón.

Brandi contestó a mi mensaje, diciéndome: «Si no desea alquilarnos su casa, ¿sería tan amable de enviarnos un e-mail indicándonos por escrito su denegación?».

Le enseñé el correo de Brandi a Lauryann, que en aquel momento tenía once años.

—¿Hay algo que no entiendo bien en inglés de lo que pone aquí?

Lauryann dijo que le parecía que allí había «gato encerrado».

—¡Mamá, no respondas a ese e-mail!

—¡Un poco de consideración, Lauryann! —repuse—. ¿Es que no agradecerías que te respondieran si fueras tú la solicitante? Además, no veo por qué habría de meterme en líos por preocuparme por la seguridad de un niño.

—Vale, pues haz lo que quieras.

—Lauryann, hay que ser bueno y amable con la gente, siempre. ¿Me oyes?

—Sí, mamá.

Le envié a Brandi el siguiente e-mail: «Como propietaria, me preocupa la responsabilidad. Estoy dispuesta a firmar el contrato de arrendamiento en cuanto se resuelva la cuestión de la seguridad infantil». Le hice saber que entendería y no me importaría que optara por buscar otra casa si veía que no podía esperar.

Lo que ocurrió a continuación me sorprendió; en lugar de un correo electrónico de Brandi, recibí una carta del Departamento de Vivienda Justa. Se trataba de un «Aviso de presentación de una queja por discriminación»: «A mi familia y a mí se nos ha denegado el alquiler de un apartamento de dos dormitorios —escribió Brandi en el formulario de queja—. El complejo contaba aproximadamente con una veintena de pisos. Creemos que la razón para no alquilarnos uno se debe a nuestra situación familiar (tenemos un hijo pequeño). Se trata de una violación del Código del Gobierno, Sección 12955, Subdivisiones (a) y (c). Nuestra opinión se basa en lo siguiente: la propietaria indicó en un e-mail que, pese a haberle impresionado nuestra solicitud, le preocupaba la cuestión de la responsabilidad ante la presencia en la vivienda de un menor de edad, y decidió alquilar el piso a otra persona».

¡Yo no tenía un complejo de veinte pisos! ¡El apartamento seguía vacío! Si hubiera sabido que Brandi era una experta en «violaciones de los códigos del gobierno», habría obrado con más cautela. La habría tratado igual que a mi antiguo jefe del Partido Comunista. Habría ido a lo seguro y no habría respondido a sus e-mails.

La funcionaria se llamaba Sonya. Se encargaba de mi caso en calidad de representante del Departamento de Vivienda Justa. Me pidió que pagara a Brandi dos mil dólares como «gesto de conformidad al proceso de conciliación». Sonya no quiso escuchar mi versión de la historia. «Por favor, remítale a Brandi el cheque a través de mi oficina», me ordenó.

Me sentía juzgada, así que no envié el cheque.

Comencé a recibir llamadas telefónicas de Sonya, que hacía que me sintiera como una delincuente cuando me decía: «¿Va a colaborar, señora Min?».

Le pregunté a mi hija si en el colegio le habían enseñado algo sobre el funcionamiento del gobierno estadounidense que pudiera orientarme. Lauryann no supo qué responder.

Las repetidas llamadas de Sonya me aterrorizaban.

—Le pido que colabore, señora Min. Tanto da que sea usted culpable o no. Haré constar que se niega a colaborar, señora Min. La pasaré a otra categoría, ¡y le costará más de dos mil dólares!

Me ponía nerviosa cada vez que sonaba el teléfono. Cuando al otro lado de la línea tenía a Sonya, la «traductora» que había dentro de mi cabeza se quedaba paralizada. Yo le decía a mi interlocutora que no se me daba bien mantener una conversación por teléfono. Tenía que buscar las palabras en el diccionario para estar segura de no decir algo equivocado. Le pedí que nos comunicáramos por escrito.

Sin embargo, Sonya siguió llamándome. Parecía disfrutar del efecto que producía en mí.

SONYA: ¿Está usted ahí?

MIN: ...

SONYA: Señora Min, ¿está usted ahí?

MIN: Sí.

SONYA: Como ya le he dicho, ¡le costará mucho más si se niega a colaborar!

MIN: Pero yo no he hecho nada malo.

SONYA: ¿Ha escrito usted ese e-mail?

MIN: Es que la persiana veneciana de casi tres metros que tenía puesta era un peligro para el niño pequeño...

SONYA: Responda a mi pregunta. ¿Ha escrito usted ese e-mail?

MIN: No lo escribí para discriminar a nadie. En el e-mail se explica que...

SONYA: ¡POR FAVOR! Límitese a contestar a mi pregunta. ¿HA ESCRITO USTED ESE E-MAIL?

MIN: Sí.

SONYA: ¡Así que actuó de un modo discriminatorio!

MIN: ¡Eso no es verdad!

SONYA: ¡Ya lo creo que lo es! He leído su e-mail. ¡Lo que decía usted en él me parece discriminatorio!

MIN: Pero yo... no puedo hacer esto por teléfono.

SONYA: ¿Por qué no?

MIN: Es que tengo miedo de...

SONYA: ¿De qué tiene miedo?

MIN: De... de entenderla a usted mal. Lo siento. El inglés no es mi lengua materna.

SONYA: ¡A mí su inglés me suena bien!

MIN: Prefiero expresarme por escrito.

SONYA: ¿Cuál es su idioma?

MIN: El chino.

Sonya me dijo que podía conseguir que se pusiera al teléfono alguien que hablara chino. Pensándomelo mejor, decliné su ofrecimiento. Me dio la sensación de que a quienquiera que recurriera aquella mujer, sería del mismo departamento y tendría la misma actitud que ella. Le supliqué que pusiera sus palabras por escrito en una carta y me la enviara. Ella se mostró conforme, pero con una condición.

SONYA: Cuando reciba mi carta, colaborará y pagará los dos mil dólares, ¿de acuerdo?

MIN: Antes tendré que leer con detenimiento su carta.

SONYA: Bueno, necesito saber cuándo me responderá, dispuesta a colaborar.

MIN: ¿Puede darme un plazo de diez días?

SONYA: No.

MIN: ¿Y una semana?

SONYA: No, le daré dos días. Le mandaré la carta hoy mismo, lunes. Le llegará hacia el miércoles. Esperaré a que me llame el viernes para pagar. Si no, le enviaré otros papeles para que los rellene. Habrá pasado a otra categoría. ¡Aténgase a las consecuencias! Como ya le he dicho, le costará MUCHO MÁS.

Extendí un cheque por valor de dos mil dólares a nombre de Brandi y se lo envié a Sonya. Pensé que, una vez superada la intimidación, habría acabado la pesadilla, pero me equivocaba. Sonya creyó conveniente seguir torturándome.

Al cabo de unos días recibí otra noticia de Sonya. Me exigía que asistiera a una «escuela de propietarios». «Tiene que aprender a ser una propietaria como es debido», me dijo.

Una vez más, me amenazó con ponerme en «otra categoría» si me negaba a cumplir su orden.

Toda la semana siguiente madrugué para el viaje de dos horas en coche hasta la escuela de propietarios, situada en otro condado. Fue allí donde me enteré de la existencia de «la clase protegida». Los asistentes a clase eran pequeños propietarios como yo. Mi grupo estaba formado por un basurero jubilado, el antiguo dueño de un supermercado, un manitas, un profesor jubilado y un ex bombero.

La clase me recordó las «secciones de la reforma del pensamiento» a las que acudía en China durante la Revolución Cultural. Nuestra profesora, una mujer negra de mediana edad, nos dijo que «colaboráramos» con el Departamento de Vivienda Justa. Cuando expliqué mi caso y pregunté qué debería hacer, la mujer me contó una historia.

—Quiero hablarle de un propietario que se vio en una situación similar —dijo—. Le preocupaba la seguridad infantil por una piscina que tenía en el jardín. La futura arrendataria era una madre soltera con dos hijos pequeños. El propietario se negó a alquilarle la vivienda porque temía la responsabilidad. En un principio le pusieron una multa de dos mil dólares por discriminación, pero decidió no colaborar. Optó por llevar el caso a un tribunal superior. ¿Adivina qué ocurrió al final? Que lo multaron con cincuenta mil dólares.

—¿Y los pagó? —preguntaron todos los presentes en la clase.

—¡Por supuesto! —La mujer sonrió—. Los inquilinos tenían derecho a imponer un gravamen sobre la propiedad si el dueño no pagaba.

—¿Quiere decir que los propietarios no tienen las de ganar?

—A menos que seas Donald Trump. —La profesora rió.

Uno de los asistentes arguyó que el caso de los cincuenta mil dólares debía de ser un incidente excepcional.

—La ley es recta —dijo el hombre—. La justicia, ciega.

La profesora lo miró con una cara en la que se leía: «Aún no has oído nada».

—Tome, ayúdeme a repartir este material, por favor. Quiero que todo el mundo lo lea con detenimiento. Es un tema de portada publicado en la revista de la Asociación de Propietarios de Apartamentos bajo el titular «Un propietario ha pagado más de un millón de dólares a raíz de una queja por discriminación».

»Ha sido la resolución más importante obtenida jamás por el Departamento de Justicia en un caso individual por discriminación en el ámbito de la vivienda —siguió explicando—. El inquilino solicitó la instalación de un ascensor para sillas de ruedas dentro de su domicilio después de resultar lesionado en un accidente de coche. El propietario se negó. Cuando el arrendatario se quejó, el arrendador le dijo que se buscara otro sitio. La multa de un millón de dólares al dueño del piso constituye una muestra de que, en efecto, la ley es recta y la justicia, ciega.

La inspectora municipal se presentó en la finca cinco veces en menos de un año. En cada ocasión tuve que pagar al ayuntamiento ciento cincuenta dólares de tasas por inspección. En cada ocasión la inspectora me entregó una nueva lista de deficiencias. Había treinta y nueve cuestiones que debían corregirse. La inspectora se tomaba su trabajo en serio. Nada escapaba a su ojo adiestrado. Si la pintura de la pared estaba desconchada o no relucía impoluta, lo señalaba como una deficiencia. Ordenó que me gastara más de mil dólares en repintar todo un piso. Buscaba humedades en el baño. Si veía un punto negro, lo señalaba como otra deficiencia. De nada servía que le explicara que el olor a moho se debía a la poca ventilación; los inquilinos eran demasiado vagos para abrir las ventanas después de ducharse. Me multaron por «falta de iluminación adecuada» por el dormitorio oscuro de Ruth, que parecía un decorado, con sus capas de cortinas de lona con falsas arañas gigantes prendidas con alfileres y pulverizado con pintura espesa a imagen y semejanza de una monstruosa telaraña.

En mi afán por acatar las órdenes, perdía hasta el último dólar que ganaba con los alquileres. Con el tiempo la inspectora llegó a mostrarse comprensiva conmigo. Fue después de presenciar en repetidas ocasiones que los extintores y detectores de humo que me ordenaba sustituir eran robados al día siguiente de ser repuestos. Tenía constancia de los destrozos que sufrió una campana extractora nueva a los pocos días de que yo la cambiara. Aunque me elogiaba como una «propietaria modélica» y deseaba poder ser más servicial, me puso una multa por los colchones que los inquilinos tiraban a la calle. Además me ordenó pavimentar de nuevo el camino de entrada y cambiar el techo de la cochera.

Recurrí a los servicios de un contratista autorizado, el cual, tras quedarse con el depósito que le entregué, dejó de aparecer. Cuando cancelé el contrato, me impuso un gravamen sobre la propiedad acusándome de incumplimiento de contrato. Me exigía el pago de ciento cincuenta mil dólares para exonerarme del gravamen.

Mi madre estaba gravemente enferma en China, pero tuve que aplazar mi visita para poder

ocuparme de aquel asunto. Mi doctor me dijo que me hallaba «a un paso de sufrir un cáncer de estómago». Como si hubiera madurado de la noche a la mañana, Lauryann acudió en mi auxilio. Ya no soportaba ver cómo me acosaban. Había presenciado mis noches de insomnio, mis llantos y mi necesidad de tenerla al lado. Mi hija se dio cuenta de que podía protegerme como yo lo había hecho en su día con mi madre en China. Lauryann me ayudó a escribir una carta al Departamento de Vivienda Justa, al de Inspección Municipal y a la Junta Estatal de Licencias de Contratistas de California. Se me caían las lágrimas mientras veía a Lauryann corregir mis cartas.

Dice un proverbio chino: «Las flores en cuyos cuidados has invertido todo tu tiempo no han llegado a florecer, mientras que el sauce que no tenías ninguna intención de cultivar te proporciona sombra».

Nunca esperé que mis libros se vendieran tan bien como para convertirse en best sellers internacionales. A raíz de ello, mi editor me ofreció un generoso contrato de dos libros.

Con el dinero llegó la libertad. Contraté los servicios de una empresa de administración de fincas para que se encargara de los problemas relacionados con mi propiedad. El alivio que me reportó dicha decisión mejoró mi salud. No puedo decir que mi experiencia con el tema de los alquileres no hiciera flaquear mi fe en las personas. Perdí mi inocencia, y no me gustó la transformación. No me resultó agradable tener que aprender a hacerme una idea de mis posibles inquilinos sin que me calaran.

Con la ayuda de Lauryann, cuestioné el gravamen que se me había impuesto. Para ello contacté con la Junta Estatal de Licencias de Contratistas. Al principio no tenía mucha fe en el investigador, dada mi experiencia anterior con Sonya. Con todo, seguí adelante con la investigación y al cabo de un año, para mi sorpresa, la Junta mencionada llegó a una conclusión. Se ordenó al contratista que retirara el gravamen. Gané el caso, pero no recuperé gran parte del dinero que ya había pagado al contratista. Dicha experiencia me devolvió la fe en el sistema de justicia de Estados Unidos. Le estuve muy agradecida a la Junta Estatal de Licencias de Contratistas.

Lauryann no salió de todo aquello tan resentida como yo. Mi gran temor era que perdiera su generosidad y confianza en la gente. No me explicaba que no estuviera más afectada. Nada contribuía más a que una criatura madurara como presenciar los fallos y la lucha de su madre en plena crisis. Lauryann se vio obligada a vivir mi realidad. No era mi intención involucrarla, siendo tan joven como era, aunque en el fondo de mi corazón no lo lamentaba. Tenía la sensación de que era lo mejor que podría haberle ocurrido, pues aprendió a respetar la realidad. Los niños americanos son los menores mejor atendidos del mundo. La mayoría viven protegidos de todo lo malo y cruel, y el porvenir se les presenta de color de rosa. Le dije a Lauryann que no quería que cultivara una planta de interior. Prefería que la mierda comenzara a salpicarle ya de pequeña para que tuviera tiempo de desarrollar las aptitudes necesarias para enfrentarse a los problemas.

Sentí una gran satisfacción cuando le oí decir: «Mamá, siempre habrá manzanas podridas. Solo hay que saber reconocerlas».

Lauryann no tuvo la oportunidad de escoger por sí misma el idioma extranjero que debía estudiar en la escuela. Le dieron a elegir entre francés, japonés y español. Yo le hice decantarse por el español, ya que quería que me ayudara a comunicarme con los inquilinos. Deseaba que estuviera preparada para atender a la mayoría de la población inmigrante en el futuro. Dicha decisión formó parte de una conversación aún más amplia. Le dije que yo no tenía nada en contra

de la búsqueda del placer siempre y cuando esta no fuera su objetivo en la vida. El español le sería útil.

—Qigu y yo hemos acordado discrepar en este tema —comenté.

Me sentí un poco culpable por imponerme, pero siempre había sido franca en lo que respectaba a mis valores y opiniones. Lauryann era mía no solo para que la amara y respetara, sino también para influir en ella y moldear su carácter. Para los chinos «es el tallado lo que convierte un trozo de madera en una hermosa obra de arte».

Lauryann dejó de ser una planta de interior. Con los años la vida la transformaría en un paíño, un ave marina de narinas tubulares a la que le encanta alzar el vuelo y planear en lo alto para zambullirse después en el oleaje más bravío. Me sentía afortunada de ver a mi hija convertirse en una joven segura de sí misma, en plena posesión de su mente y su cuerpo y sin temor a lo que le deparara el futuro.

QUINTA PARTE

La gente suele preguntarme cómo conocí a Lloyd Lofthouse y me casé con él. Yo respondo: «En las páginas amarillas». Pero no me creen. Dicen: «¡Qué gran sentido del humor tienes, Anchee Min!». No pretendo hacerme la graciosa. Simplemente digo la verdad.

En 1999 me mudé de barrio para que Lauryann pudiese asistir a una escuela pública mejor. En aquella época mi hija estaba en primero, a punto de comenzar segundo, y yo tenía cuarenta y dos años. Había terminado por aceptar la realidad de que ningún hombre me encontraba lo suficientemente atractiva para acercarse a mí. En los cinco años transcurridos desde mi divorcio, le había dado muchas vueltas al fracaso de mi matrimonio y creía entender el papel que yo había desempeñado en él. Me había hecho preguntas y había leído libros de autoayuda. Llegado aquel punto, me creía capaz de tomar mejores decisiones y de ser mejor compañera, aunque, al parecer, ya no tendría la oportunidad de demostrarlo.

Me dije que no era ninguna deshonra encontrarse en mi situación. Solo lo sería si no me esforzaba por salir de ella. De modo que seguí intentándolo, pero sin suerte alguna. Seguía temiendo las fiestas de Acción de Gracias y Navidad, porque quería cocinar para alguien más que para Lauryann y para mí.

No es que no saliera con ningún hombre. Conocí a personajes pintorescos, entre ellos autores, periodistas, editores y profesores universitarios, pero todos ellos me veían como la escritora Anchee Min, no como a una soltera solitaria en busca de cariño. Me mostraba como alguien «interesante» y «fascinante». La gente se animaba cuando se dirigían a «Anchee Min».

No me sentía segura al revelar mi verdadero yo. A menudo, cuando lo hacía, algo salía mal porque el idioma todavía suponía un obstáculo. Por ejemplo, una mujer que me acompañó durante la gira de presentación de un libro tenía un doctorado en sexualidad humana. Un día, mientras conducía, comenzó a hablar del tema con gran pasión. Después me preguntó mi opinión sobre la liberación sexual de la mujer.

Le dije que no sabía qué pensar sobre la cuestión ya que durante siete años mi experiencia sexual se había visto reducida a una cinta de vídeo en vez de a un hombre.

—No es que no quiera tener sexo —comenté sin emoción—, pero no he tenido ninguna oportunidad.

La doctora se quedó visiblemente turbada, como si yo hubiera invadido su espacio personal. Permaneció en silencio durante el resto del viaje. Yo no entendía qué había dicho para ofenderla. Debería habérmelo imaginado. La gente me pagaba para ser fuente de inspiración, para que estuviera en un pedestal. Se suponía que no debía decepcionarles, mostrándoles que no era más que un débil ser humano lleno de defectos.

Más tarde me di cuenta de que ella no había pretendido preguntar sobre mi vida sexual.

Lo que aprendí de mi matrimonio fallido con Qigu fue que no quería vivir como una rata en el fondo de un pozo. Sabía que el cielo no era del tamaño de la boca del pozo. Ansiaba la luz del sol, la primavera y la lluvia.

Si alguien me hubiera dicho veinte años atrás que me convertiría en una escritora de éxito en Estados Unidos, y en todo el mundo, no lo hubiera creído en la vida. Lo único que sabía entonces

era que apenas era capaz de entender los recibos de los suministros de mi propia casa. ¿Por qué iba a privarme de la oportunidad de encontrar el amor? ¿Por qué debía enterrarme en vida a los cuarenta y dos años? Pero ¿cómo encontrar al hombre adecuado que me amase y a quien yo le correspondiese? ¿Cómo podía dar a conocer al mundo que yo existía y que estaba interesada y disponible?

Fue entonces cuando pensé en las páginas amarillas, el listín telefónico. Si las páginas amarillas me habían ayudado a encontrar a un electricista, un fontanero, una nevera, un fogón y un triturador de basura, ¿por qué no habrían de ayudarme a encontrar a un hombre a través de un servicio de citas? No debía de ser la única mujer del mundo sola y desesperada por encontrar compañía. ¿Habría ahí fuera otra alma que sintiese la misma frustración y esperanza que yo? ¿Otro ser humano con mucho que ofrecer, igual que yo?

La idea de anunciarme me deprimía. A pesar de todos los cambios, mi alma seguía siendo la de una mujer china. Me coloqué frente a un espejo y realicé una valoración de mí misma. Lo que vi se correspondía con la observación que un naturópata del Barrio Chino había hecho de mí: «El color de la piel de la paciente tiene el aspecto de las hortalizas en conserva; su pulso es débil. Su Chi (aliento interno) tiene fugas».

Tardé tres semanas en reunir el valor para llamar al servicio de citas que encontré en las páginas amarillas. Elaboré un guión que empezaba de la siguiente manera: «Hola, me llamo Angie y llamo con el fin de obtener información para una amiga mía». Cuando me preguntaron el nombre de mi amiga, se me trabó la lengua. Tampoco estaba preparada para que me preguntaran el número de teléfono de mi amiga.

La persona al otro lado de la línea se mostró amable y paciente. Me dijo que sabía que no era fácil.

—Me llamo Robin y estoy aquí para ayudarte cuando estés preparada —dijo. Al final, consiguió que me sintiese lo suficientemente cómoda como para admitir que no existía tal amiga.

—Soy yo la que está interesada y, sí, quiero una cita.

Robin era una mujer encantadora de mediana edad con una sonrisa amplia y una gran energía. Me recibió en la oficina de citas. Eran las cinco y media de la tarde, y los empleados estaban a punto de marcharse.

Robin abrió la puerta y me dio un abrazo.

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido!

—¿Por qué? —Recelé de su entusiasmo.

—¡Porque eres una mujer muy atractiva! Quiero que te quedes con nosotros. Estoy segura de que aquí vas a encontrar lo que buscas. Necesitamos mujeres como tú.

—Bueno, gracias, pero me conozco bien.

—No, eso no es del todo cierto —repuso Robin—. Te sorprenderá ver cuánto desconoces de ti misma, y cuánto puedes conseguir con lo que tienes.

—Busco a un hombre normal y corriente.

—¡Hombres normales y corrientes es lo que tenemos! —Robin bajó las persianas para difuminar la luz del sol poniente—. Nuestros hombres son todo lo normal y corriente que se puede llegar a ser.

—¿Qué clase de personas son?

—Pues tenemos profesores, mecánicos, ingenieros, funcionarios y contables. ¿Te parecen lo suficientemente normales para ti? La mayoría son hombres decentes cuyos trabajos no les permiten

tener mucha vida social. Tenemos hombres divorciados y otros que intentan ser padres solteros. Ya sabes lo que es eso.

—Sí, lo sé.

Robin sonrió.

—¿No has oído decir que «el amor es más hermoso la segunda vez»? Bueno, Frank Sinatra cantaba esa canción, y era un genio.

Como muestra de buena fe, Robin me ofreció un descuento. Tras inscribirme, me reveló su «fascinante listado» de clientes, pero me llevé un chasco. La lista no era tan prometedora como me la había descrito. Los hombres que parecían interesantes y atractivos «no estaban disponibles» o estaban «provisionalmente fuera» con otro miembro. Los que quedaban eran poco atractivos, por no decir otra cosa.

—¿Has seleccionado alguno? —preguntó Robin cuando terminé de echar un vistazo a los expedientes. Cuando vio la expresión de mi cara dijo—: ¡Oh, lo siento mucho! No te sientas mal. Es tu primer día. Habrá más oportunidades.

Le sugerí a Robin que les llevaría mis propias fotos. Las que me hicieron ellos eran peores que las de mi carnet de conducir. Robin se negó en redondo.

—La política de la agencia no permite que los clientes traigan sus fotos. La gente hace lo que sea para parecer atractiva. Antes había quien nos traía fotos retocadas. No se parecían en nada a la persona en sí. Y conseguían el efecto contrario.

—Pero es que no salgo nada atractiva en tus fotos —protesté—. Yo no quería salir conmigo si fuera un hombre.

—Nuestro negocio se basa en la reputación y en el boca oreja —insistió Robin—. Debemos presentar a la gente tal como es.

La agencia me llamó unos días más tarde para informarme de que dos hombres me habían dejado «invitaciones». Con entusiasmo, me acerqué hasta allí. Me senté a ver el perfil de los interesados. Para mi gran desilusión, ambos tenían más de setenta años, y era más que evidente que uno de ellos tenía los dientes incisivos postizos. Le dije a Robin que quería cancelar mi suscripción.

Pensé que tenía menor valor de mercado del que había imaginado. Si alguna vez había llegado a tener problemas de autoestima, estos estaban a punto de volver a aflorar. Había escrito en mi solicitud que prefería hombres «entre cuarenta y cincuenta años de edad», pero, aun así, no había evitado atraer a unos abuelos. Me costó reponerme del susto.

Robin me dijo que me permitiría dejarlo si le prometía intentarlo una semana más. Acepté. Al día siguiente me llamó para anunciarme que tenía un «supercandidato» para mí. Le aseguré que sería una pérdida de tiempo si el supercandidato tenía setenta años.

—No tiene setenta —dijo Robin—, eso seguro. Pero no se ajusta exactamente a la edad que pediste en tu solicitud. ¿Estás dispuesta a ser un poco flexible? Supongo que sí, ¿verdad?

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y dos.

—¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica?

—¿Por qué no vienes aquí y lo hablamos en persona?

Antes de que pudiera decir nada, colgó.

No me tomé la molestia de ir a la agencia hasta una semana más tarde, cuando Laurynn se

marchó dos días de colonias con el colegio y me quedé sola. Pensé que mis cansados ojos necesitaban un descanso de tanto escribir. No me haría daño echarle un vistazo al «supercandidato».

Robin estaba tomándose un descanso con la recepcionista fuera del edificio cuando estacioné el coche en el aparcamiento. Me saludó con la mano y gritó alegremente:

—¡Anchee Min, hoy es tu día de suerte!

Se llamaba Lloyd Lofthouse, era ex marine, veterano de Vietnam y profesor de inglés.

—Lloyd ha llamado varias veces para asegurarse de que te hubiéramos cursado la invitación —soltó Robin casi sin aliento—. Le expliqué que ya lo habíamos hecho, pero me dijo que no sabía nada de ti. Hoy ha llamado ya tres veces para comprobar si le habías dejado algún mensaje. Por desgracia, he tenido que decirle que no habías respondido. Le dije que estaba en tus manos y que nosotros no podíamos hacer nada más. Por cierto, Lloyd mide un metro noventa y tres y es muy apuesto. Hace veinticinco años que trabaja como profesor de inglés. ¡Lo que quise decir con lo de «supercandidato» es que muestra un profundo interés por ti! Espera... he olvidado decirte que él también es escritor. ¡Ya os veo debatiendo sobre el arte de la escritura!

—Nada de escritores, ni de artistas, por favor. Dije que quería un hombre normal y corriente.

—Bueno, Lloyd es un hombre normal y corriente al que resulta que le gusta escribir. Admira y aprecia lo que haces.

Pensé en todos los candidatos que había examinado. No me había atraído ninguno. Ya debería haber rechazado a Lloyd.

—¿Es ese tal Lloyd Lofthouse un nuevo miembro?

—No, lleva dos años con nosotros. No ha tenido mucha suerte a la hora de encontrar a alguien de su agrado. Su suscripción está a punto de caducar y ya nos ha notificado que no piensa renovarla. A decir verdad, ha venido hoy a cancelarla. Que Dios lo bendiga... ¡Te ha encontrado a ti!

—Creo que ya lo pasé de largo en su momento.

—Hazme un favor, Anchee, ve y mira el perfil de Lloyd Lofthouse por última vez. Quizá te lo saltaste sin querer. A veces ocurre. Nunca se sabe, quizá la canción de amor que hayas escuchado en la radio al venir hacia aquí te haya puesto de buen humor. Puede que la canción haya afectado a la química de tu cerebro. Quizá dormiste muy bien anoche. Se nota que hoy estás alegre.

Moví la cabeza.

—Gracias por ser tan amable, Robin, pero...

—Confía en mí, los seres humanos somos criaturas muy raras —continuó Robin—. Lloyd se merece una oportunidad. Es un socio muy serio y, personalmente, me gusta mucho. Lleva dos años pagando, más de seis mil dólares. Un montón de dinero para un hombre como él. Va en serio. Quiere encontrar el amor. Ha llamado una y otra vez preguntando por ti. El hombre está haciendo todo lo posible. ¿No le concederías el beneficio de la duda ya solo por eso, por esforzarse tanto?

—Lo pensaré —respondí—. Pero ahora tengo que irme. Me lo tomaré poco a poco. Como tú misma has dicho, solo es mi primera oportunidad.

—Pero ¡para él es la última! Lloyd deja la agencia. Ojalá pudiera hacer algo más por él. Ya que estás aquí, podrías echar un último vistazo.

Localicé a Lloyd Lofthouse en el álbum de fotos de socios. Tenía razón, lo había pasado de largo. Era un hombre del montón, con gafas de culo de botella y una amplia sonrisa. Era evidente que se había sentido incómodo posando para la cámara. La expresión de su cara me recordó una

calabaza de Halloween. Muchos años más tarde, después de haberme convertido en su mujer, supe que Lloyd era «fotofóbico». Se ponía muy tenso delante de una cámara. Era lo único que jamás haría bien. A menos que no se diera cuenta de que había una cámara, en todas las fotos para las que posaba, aparecía aquella sonrisa de calabaza de Halloween. Cuanto más intentábamos Lauriann y yo que se relajase, más rígido se ponía. Su fobia llegaba a tal punto que se echaba a correr en cuanto veía una cámara apuntando en su dirección.

Lloyd debía de pensar que su peinado resultaba atractivo. Llevaba el pelo tan engominado que le quedaba pegado al cráneo y se le veía tan fino que parecía que estuviera quedándose calvo. Vestía un traje azul marino de tres piezas y una corbata a rayas con los colores del arcoíris. Me recordó a un vendedor de coches.

Volví la página y leí su información personal. Para mi sorpresa, se había divorciado ¡dos veces! Debía de ser un «transeúnte habitual», término con el que me había topado en un libro de consejos sobre relaciones personales. A la pregunta «¿Le parece bien que su pareja fume?» había escrito en mayúsculas «¡¡NO!!!». El tal Lloyd debía de ser un hombre de opiniones firmes. Sentí también que podía llegar a ser extremista en sus puntos de vista.

Su presentación era franca y clara. Sin duda alguna, escribía bien. Se describía a sí mismo como una persona introvertida y extrovertida al mismo tiempo. Por «introvertido», explicaba que era un «amante de los libros» y «disfrutaba de los momentos tranquilos en soledad». Por «extrovertido», mencionaba que gustaba de la compañía de sus amigos. Si estos tenían una palabra para describirlo, esa era «leal». En su «pasión» puso «la dedicación a un estilo de vida saludable». En «aficiones» escribió «excursionismo» y «cine».

Lo que buscaba en una mujer sonaba peculiar. Mientras que otros hombres ponían «bastante atractiva, una mujer que disfrute de la compañía, de veladas románticas y cenas a la luz de las velas», Lloyd escribió: «Una mujer preocupada por la salud y que acogiese de buen grado (o al menos aceptase) el vegetarianismo y que se preocupe de mantenerse en buena forma física».

Allí donde preguntaban por las preferencias en cuanto al tipo de personalidad, donde otros hombres ponían «amable y cariñosa» o «de trato fácil y amiga de las diversiones», Lloyd había escrito: «Con un fuerte sentido de la familia y la responsabilidad personal». Me pregunté por qué habría subrayado «responsabilidad personal». ¿Qué le habría ocurrido para subrayar esa expresión?

Aunque no me sentía atraída físicamente por Lloyd, su resumen personal me intrigó. Me impresionó aquel carácter firme. Era evidente que Lloyd Lofthouse era un hombre que sabía exactamente lo que quería y que no tenía ningún problema en que se supiera.

¡Qué pena que tenga esa horrible sonrisa de calabaza de Halloween!, pensé. Cuando ya me iba, Robin me preguntó si había visto el vídeo de Lloyd.

Aunque estaba segura de que iba a ser una pérdida de tiempo, necesitaba una excusa para dejarle claro a Robin que había hecho cuanto estaba en mi mano y que aquel hombre no era para mí.

Podría utilizar la expresión «caerme de la silla» para describir el momento en el que vi a Lloyd en una entrevista en vídeo realizada por el servicio de citas. Era un hombre totalmente diferente a la persona que había visto en las fotos. No tenía esa sonrisa de calabaza de Halloween. Aquel hombre tenía un hermoso cabello cano, rizado, grueso y rebelde. Se habría saltado su última cita para que le engominaran el pelo, o habría decidido no molestarse en acicalarse para grabar la entrevista. Como si se hubiera tratado de un animal, el vídeo lo captó en su estado

natural. En vez del traje azul marino, llevaba unos tejanos y una camisa de color hueso. Tras las gafas, sus ojos hundidos mostraban inteligencia, sinceridad y amabilidad. Tenía una nariz larga y estrecha —que más tarde tacharía de «inglesa»— y una boca que sonreía afectuosamente.

A diferencia del hombre de las fotos, el del vídeo se mostraba cómodo y seguro de sí mismo. Se expresaba bien y en un tono de voz suave. En menos de cinco minutos consiguió realizar una presentación seria y meticulosa. Había nacido en Pasadena, California, y servido en Vietnam como marine de Estados Unidos. Con el subsidio que le dieron como ex militar para poder continuar con sus estudios, había logrado licenciarse en periodismo y era profesor de inglés desde entonces. Tras afirmar que le encantaba la docencia, hizo una breve pausa y luego añadió: «En general, aunque de vez en cuando puede llegar a ser todo un reto. Es un trabajo absorbente, de lo contrario no estaría aquí sentado, hablándole a una cámara...». Bajó el mentón y sonrió.

Posteriormente me enteraría de que sus antepasados eran de Inglaterra e Irlanda por parte de padre y de Escandinavia por parte de madre. Lo que me impresionó del hombre del vídeo fue que parecía sentirse muy cómodo en su propia piel. No deseaba la aprobación de nadie. De adolescente había ido de puerta en puerta vendiendo productos del hogar de Fuller Brush Company. Había trabajado de repartidor y lavaplatos. Tras volver de la guerra, mientras estudiaba en la universidad, trabajó a tiempo parcial de reponedor de J. C. Penney, de portero en Sears, de limpiador en McDonald's a las tres de la madrugada, de encargado de mantenimiento en una empresa de camiones y cavando zanjas en jardines. «Hago lo que puedo, aunque no me veo como alguien especial.» Sonrió en el vídeo. En los años venideros, pensaría en Lloyd Lofthouse como en un árbol bien podado al que le gustaba el sol, la lluvia y todas las estaciones, y que compartía su follaje. Valoraba el hecho de que fuese un hombre que vivía su existencia igual que yo. También me agradó el hecho de que tuviera unos hombros anchos y fuertes y una cabeza atractiva sobre un buen cuello.

Lloyd Lofthouse me llamó y dijo:

—Acabo de volver de una caminata por la montaña y estoy muy contento de que hayas llamado. ¿Puedo invitarte a cenar? ¿Cuándo te iría bien? ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Esta noche no puedo —respondí—. Necesito tiempo para encontrar una niñera para Lauryann, mi hija.

—¿Por qué no la traes? —sugirió Lloyd.

—¿Seguro que no te importa? Tiene siete años.

—No me importa en absoluto.

—Pero...

Tuve mis dudas. No quería a Lauryann conmigo durante mi primera cita. Me hallaba en situación de desventaja siendo madre soltera y no quería enfatizar ese hecho. Me imaginé a Lauryann aburriéndose e interrumpiendo nuestra conversación. No quería que me vieran riéndola.

—Prefiero buscar una niñera.

—De verdad que me encantaría que trajeras a tu hija —insistió Lloyd—. Me gustaría conocerla, y te prometo que no será ninguna molestia. Ya he tenido alumnos de su edad. Sé cómo son.

Más tarde Lloyd me confesó que no estaba siendo amable sin más. Era una táctica. Quería obtener tanta información como pudiera de una mujer en la primera cita: «Es más fácil avanzar cuando apenas hay una relación de por medio». Lloyd había llegado a la conclusión de que la

mejor forma de conocer el verdadero carácter de una mujer era a través de sus hijos. «Los niños son un reflejo de sus madres», afirmaba Lloyd. Una vez se enamoró de una mujer aparentemente perfecta cuyos hijos eran unos malcriados. «No tenían modales porque su madre no exigía que los tuvieran. Dejaba que se criaran solos. Saltaban encima de mí como los monos en la selva.»

Yo no estaba preparada para que Lauryann se portara peor que nunca aquella noche. Le había enseñado a tener modales. Pero resultó ser su peor noche.

A las cinco y media de la tarde sonó el timbre. Lauryann estaba emocionada. Corrió a abrir la puerta para recibir a Lloyd.

—¡Hola, soy Lauryann! —dijo ofreciéndole la mano.

La imponente figura bajo el alero pronunció mi nombre en un tono vacilante.

—Anchee, soy Lloyd.

—¡Encantada de conocerte! —Le di la mano y me quedé un tanto decepcionada. Lloyd había vuelto al look de las fotos, con el pelo pegado al cráneo. Llevaba puesto el mismo traje azul de las fotos.

Subimos a su coche. Aunque Lauryann se sentó detrás, comenzó a monopolizar la conversación. Tenía la costumbre de hacérmelo delante de extraños. Creía que yo necesitaba su ayuda. Lauryann corregía a menudo mi inglés delante de otras personas. Decía por ejemplo: «¡Mamá, se dice “acento” chino, no “aceite”! ¡No digas que tienes los huesos “frugales”, mamá, se dice “frágiles”! ¡Mamá, nuestra vecina es profesora de “yoga”, no de “yogur”! ¡El abuelo Ness enseña “astronomía” a los niños, no “astrología”!».

Con la edad, Lauryann fue ganando confianza. «Disculpe —le dijo un día a un periodista que vino a casa con la intención de entrevistarme—, el inglés de mi madre no es demasiado bueno. ¿Por qué no me hace a mí las preguntas, ya que sé lo que ella quiere decir?»

Mi torpeza a la hora de pedir ayuda irritaba a Lauryann. Una vez me perdí en una autopista del sur de California. No supe que había llegado demasiado lejos hasta que vi un letrero en el que ponía LAS VEGAS. Desde entonces, siempre que Lauryann creía que estaba conduciendo en círculos, bajaba la ventanilla y preguntaba a cualquier conductor parado en un semáforo: «Perdone, señor. Mi madre se ha perdido. ¿Puede ayudarnos?». Luego se volvía hacia mí y decía: «Vamos, mamá. ¡Habla con ese hombre!».

Lauryann le explicó a Lloyd cuáles eran sus asignaturas y sus canciones preferidas. Lloyd le habló de los lugares en los que había vivido, de su coche y de qué era lo que más le gustaba hacer, como leer y tallar madera. Me sorprendió la rapidez y soltura con la que habían conectado.

Lloyd nos llevó a un restaurante mexicano que había elegido por la actuación que ofrecía de un imitador de Elvis Presley. Había reparado en mi interés por aprender todo lo posible sobre la cultura norteamericana a través de mi perfil en la agencia. Observé que mi hija estaba atiborrándose de patatas fritas.

—Deja un hueco en el estómago —le dije en voz baja.

Pero Lauryann estaba entusiasmada con la comida. Se aprovechó de que yo estaba charlando con Lloyd.

Cuando el camarero se acercó a tomarnos el pedido, Lloyd se decantó por un plato vegetariano, Lauryann pidió un burrito, y yo, pescado con verduras. Cuando llegó la comida, Lauryann estaba llena de patatas fritas. Dijo que no le cabía nada más.

—¡Has pedido el burrito, no lo vamos a tirar a la basura! —espeté, enfadada.

Lauryann negó con la cabeza y empujó el plato. Le lancé una mirada de las de «No te atrevas a aguarne la fiesta» y se le llenaron los ojos de lágrimas. Comimos y vimos la actuación del

imitador. Aunque el falso Elvis no me impresionó, aplaudí para demostrarle a Lloyd mi agradecimiento. Él me explicó que se había criado con aquellas canciones. Comenzó a tararear y me di cuenta de que desafinaba.

En mitad de una de las canciones, Lauryann empezó a quejarse del estómago. Por la expresión de su cara, supe que era verdad. Suplicó que nos fuéramos a casa. Cuando le pedí que esperara un poco, le entró una rabieta. Fue imposible calmarla.

—Mi hija jamás se comporta de este modo —dije a Lloyd, avergonzada.

—Bueno, parece que le duele mucho —respondió él—. Vámonos.

Cuando llegamos a mi casa, Lauryann se había quedado dormida en el asiento trasero. Volví a disculparme por su mal comportamiento.

—Si esa ha sido su peor conducta, es un ángel —dijo Lloyd mientras aparcaba en la calle.

—Ahora tendría que despedirme —dije.

—Deja dormir a tu hija un poco más —sugirió él, y añadió—: me encantaría quedarme aquí charlando contigo.

Me resultó extraño estar sentada delante de mi casa en un coche con un hombre. Me invadió una sensación de paz. Agradecí el hecho de que Lloyd no pareciese ni un poco molesto por haber tenido que interrumpir la cena. Permanecimos sentados a la sombra de las farolas, mirándonos, y ambos sonreímos.

—Esto es mejor que el restaurante. —Lloyd expresó en voz alta lo que yo estaba pensando.

Cuando yo era una pequeña guardia roja de Mao en China, Lloyd era un marine estadounidense que luchaba en Vietnam. Mi sueño había sido «liberar a los proletarios del mundo» para que los niños pobres de América pudieran comer; su misión había sido impedir que Vietnam cayera en manos de los comunistas y de ese modo llevar la paz a Asia y acabar con el hambre en la región.

Dentro del coche, bajo la vaga luz de las farolas y con Lauryann durmiendo en el asiento de atrás, Lloyd Lofthouse y yo hablamos durante toda la noche. Me quedé fascinada y helada al mismo tiempo cuando me explicó que los marines eran entrenados para matar, no para luchar. Por mi parte, le revelé el significado del «glorioso martirio comunista»: alcanzar una muerte relevante en la lucha por el comunismo representaba el máximo honor. Le hablé del miedo que tenía mi generación a los americanos, quienes habían convertido Vietnam en un campo de batalla. Creíamos que China sería la siguiente, y nos habíamos preparado para la invasión estadounidense. Nuestro líder, el presidente Mao, describía nuestra relación con Vietnam como la de «los dientes a los labios». Nos hacía la famosa pregunta: «¿Pueden sobrevivir los dientes sin los labios?». Mao también nos enseñó que «una persona con humanidad rehusará conservar su propia vida en beneficio de la humanidad».

Lloyd recordó el día en que el Vietcong lanzó misiles en su campo y mató a sus compañeros marines. Dijo que pensaba en la muerte cada día.

Siempre me había preguntado cómo debía de ser estar al «otro lado». A los once años de edad, me enseñaron a arrojar granadas. Practicábamos con granadas fabricadas de madera y hierro. Saqué muy buena puntuación porque las lanzaba más lejos que cualquier otra chica del colegio. En clase, nos enseñaban documentales en los que aparecían camaradas del Vietcong y sus hijos que luchaban y morían enfrentándose al enemigo.

—Tienes la nariz alta —le dije a Lloyd—. Una nariz enemiga para un niño chino.

—Tengo una nariz fea.

Le expliqué que de adolescente mi mayor deseo había sido que me llamaran a filas para ir a Vietnam.

—Mi desgracia fue que era una chica. Cómo envidiaba a mis compañeros de clase que conseguían ir. Venían a despedirse de nosotros luciendo sus flamantes uniformes militares verdes con dos banderas diminutas en el cuello. Esperé mi turno para servir a mi país, pero nunca llegó el aviso.

Le conté a Lloyd que me enamoré de una película propagandística titulada *Los héroes*, en la que un soldado llamado Wang Cheng se inmolaba. «¡Disparad en mi dirección, ahora!», gritó a través de la radio a su centro de mando antes de tirar del detonador del explosivo. Se lanzó desde una roca alta sobre un grupo de soldados estadounidenses, estalló y se llevó al enemigo con él.

—En realidad, tu héroe jamás habría tenido la oportunidad de posar ni un segundo como el actor de esa película —comentó Lloyd con tranquilidad—. Nuestro fuego defensivo hubiera convertido su cuerpo en un colador antes de que le diera tiempo a subirse a la roca.

Lloyd recordó haber oído un ruido una oscura noche en el arrozal situado al otro lado de los

alambres de púas.

—No quisimos arriesgarnos, así que disparamos cientos de veces a la oscuridad. Por la mañana descubrimos que el ruido había sido un búfalo de agua. —Hizo una pausa antes de continuar—. Nunca sabíamos quién estaría ahí fuera dispuesto a atacarnos. Éramos incapaces de distinguir a un vulgar campesino de un francotirador del Vietcong. En un momento dado veías a varios individuos doblados en un campo de arroz y, de repente, alguien comenzaba a disparar y abatía a nuestros hombres. No había nadie a la vista excepto los campesinos trabajando en los arrozales, y ninguno de ellos parecía llevar armas.

—El único modo de luchar contra los americanos era que los soldados se disfrazaran de campesinos —le expliqué—. Ho Chi Minh aprendió técnicas de guerrilla de Mao.

—Teníamos las manos atadas —prosiguió Lloyd—. Nos preocupaba herir accidentalmente a civiles. Siempre identificábamos al enemigo demasiado tarde.

—No había «civiles» en Vietnam, ni en China, si os hubierais atrevido a poner un pie en nuestra tierra —repetí—. No había ningún niño que no quisiera formar parte de las fuerzas que defendían nuestra patria. Mao dijo una vez que si China no tenía provisiones, tenía un suministro infinito de cuerpos.

—Estados Unidos no podría haber ganado de ningún modo —dijo Lloyd.

—¿Mides un metro noventa?

—Un metro noventa y tres.

Recordé lo que me gritaba un instructor: «¡No estamos en una clase de baile, camarada Min!». Me enseñaron a hincar una bayoneta de madera en un muñeco de paja que llevaba el casco de un soldado estadounidense. «¡El enemigo medirá un metro noventa y será fuerte como un león! ¡Si no lo derribáis en un segundo, os matará!», nos amenazaba el instructor.

—No creo que fuera capaz de derribarte tal como me enseñaron —le confesé a Lloyd.

Él sonrió.

—Podríamos haber coincidido en una batalla. Nos podríamos haber matado —comentó.

Le conté que me encantaba el musical de Broadway *Miss Saigon* y le pedí su opinión.

—¿Realmente fueron así los últimos días en Saigón? —pregunté.

—La verdad es aún más fea —respondió—. Solo podíamos permitirnos pensar en escapar y sobrevivir. Tuvimos que sacar a gente de los helicópteros a empujones, abandonar a nuestros amigos, a los nativos que habían arriesgado su vida para ayudarnos. Los dejamos atrás, los dejamos tirados, con lo que serían torturados y asesinados. Era la guerra. No teníamos más remedio. Lo entiendo. Pero que una vez en casa nos llamaran asesinos de niños, eso sí que nos dolió. Jamás he podido olvidar el olor a quemado de mi propia carne en Vietnam después de que una bala me alcanzara en la oreja.

Miré a Lloyd. Hizo una pausa y se quedó mirando la oscuridad.

—No era más que un joven inocente e ingenuo de dieciocho años cuando me uní a los marines —dijo en voz baja—. Cuatro años más tarde, volví siendo un hombre diferente. Bebía en exceso y tenía un temperamento explosivo. Dormía con armas y cuchillos. La guerra me enseñó a no confiar en nadie. Aunque no era una persona violenta, llevaba un cuchillo encima al trabajo. De lo contrario, no me sentía seguro. Tenía que estar preparado para defenderme en todo momento.

Viendo cómo brillaban los ojos de Lloyd en la oscuridad, me imaginé lanzando una granada a su búnker.

—Por suerte, no te mataron en Vietnam —comenté.

—Pedí a Dios que me permitiera regresar a casa de una pieza —dijo—. Prometí al Señor que

haría algo bueno con mi vida. He mantenido esa promesa, me saqué un título universitario y me dediqué a la enseñanza.

Nos quedamos sentados y dejamos que nos envolviera el silencio.

Lloyd alargó su mano y cogió la mía.

Le dejé hacerlo.

Quise saber la razón por la que Lloyd se había divorciado dos veces. Le comenté que estaba al tanto de lo que significaba «transeúnte habitual».

—Bueno, era un marine que acababa de volver de Vietnam. Iba caliente —dijo Lloyd—. Mi libido mandaba sobre mí. Cuando era virgen y estaba en mitad de una guerra, solía pensar: ¡Este podría ser mi último día! Podría morir mañana. Sería muy triste que nunca llegara a saber lo que es hacer el amor con una mujer. Supongo que leía demasiados libros en comparación con mis compañeros marines. Era un romántico, pero en Vietnam solo había prostitutas. Mis padres no me enseñaron nada sobre las mujeres y el sexo. Mi padre era sindicalista y trabajaba en la construcción. Era alcohólico y no creía en Dios. Mi madre, en cambio, era una devota cristiana que cambió tres veces de religión. Eran los típicos padres americanos, supongo que hicieron todo lo que pudieron para que no me faltara de nada, pero no prestaron demasiada atención a mi educación. Me alimentaron y me vistieron hasta que cumplí los dieciocho, y luego me arrojaron a los lobos.

—¿Te arrojaron a los lobos?

—Me dijeron que o pagaba un alquiler o tendría que irme de casa.

—Eso es algo muy difícil de creer para un chino.

Lloyd asintió con la cabeza.

—Bueno, ese fue exactamente mi caso. No tenía ninguna fuente de ingresos ni había desarrollado ninguna habilidad en especial que pudiera proporcionarme un trabajo bien remunerado, así que supuse que el ejército sería la mejor opción.

—Pero ¿por qué los marines?

—Siempre quise demostrarme a mí mismo que podía hacerlo. De adolescente era un ratón de biblioteca enclenque, ¿sabes? Ninguna chica se fijaba en mí.

Lloyd confesó que perdió la virginidad con una prostituta en Okinawa.

—Fue en un bar. Estaba borracho y ella era una monada. La seguí a su casa. Me atraía hasta que se quitó la peluca. No me lo podía creer, ¡su preciosa y larga melena era falsa! Pero, al fin y al cabo, toda la situación era una farsa. Supongo que fui un idiota por querer conocerla algo mejor. Me metió prisa y me sentí fatal. Ella quería terminar con el tema lo antes posible y pasar al siguiente cliente. No dejaba de preguntarme: «¿Ya has terminado?». Fue horrible. No valió la pena en absoluto. ¿Y tú?

—Me enviaron al campo de trabajo con diecisiete años —dije—. En China no éramos dueños de nosotros mismos. Pertenecíamos al presidente Mao y a su Partido Comunista. No podíamos salir con nadie hasta que no alcanzábamos la «edad de contraer matrimonio», en torno a los veintinueve años. Las parejas a las que pillaban haciendo el amor en un campo de trigo eran condenadas como criminales. Mi mejor amiga y yo nos consolábamos haciendo el papel del novio imaginario de la otra. Mantuvimos nuestro affaire en secreto. Soñábamos con el amor mientras trabajábamos como esclavas. Cuando conocí a Qigu, yo ya tenía más de treinta años y China había adoptado el capitalismo y el amor libre. Me sentí engañada... me habían robado la juventud.

Lloyd me contó que se casó con veintitrés años después de volver de Vietnam.

—Al mirar atrás, no acabo de entender cómo terminamos juntos. Acababa de regresar y aún estaba reponiéndome de todo lo vivido. Estuvimos años juntos y la cosa degeneró hasta tal punto que me planteé en serio pegarme un tiro, ya que me habían educado en el catolicismo y no contemplaba la opción del divorcio. Estaba desesperado por escapar. Llegué a sentarme en el sofá con un rifle cargado. Entonces, de repente, pensé: Si sobreviví a Vietnam, ¿por qué voy a matarme por una mujer que no lo merece? Tengo piernas. ¿Por qué no irme sin más? Y eso fue lo que hice.

El tono de Lloyd era monocorde pero no desapasionado.

—Mi hijo tomó partido por su madre y todavía hoy no quiere saber nada de mí.

Lloyd jamás imaginó que volvería a divorciarse por segunda vez.

—A mi segunda esposa le encantaban los animales. Cuando nos conocimos tenía dos gatos. Cuando me fui tenía treinta, dos perros, tres caballos, un burro y varias tortugas. Nuestras deudas crecieron cada vez más y más.

»No creo que una persona deba vivir por encima de sus posibilidades. No podía permitirme la pasión de mi mujer. La docencia no me ha convertido en un hombre rico.

Le pregunté de dónde había sacado el valor para buscar otra relación amorosa.

—Soy americano —dijo riéndose—. Nos enseñan que tenemos derecho a buscar la felicidad. Nadie me tratará injustamente a menos que yo así lo quiera.

La mitad de la cabeza de Lloyd quedaba oculta en la oscuridad. Su perfil me recordaba al de la escultura de Alejandro Magno, con el mismo pelo rizado, los ojos hundidos, la nariz bien definida y los labios firmes. Pensé en la sonrisa de su fotografía y solté una risita.

Lloyd se volvió hacia mí.

—¿En qué estás pensando?

—En que las fotos no te hacen justicia.

—Me alegro de que no me juzgaras por las fotos.

—De hecho, sí lo hice. Fue el vídeo lo que te salvó. En el vídeo no llevabas gomina. ¿Por qué te la pusiste para las fotos?

—En primer lugar, nunca me había engominado el pelo. Solo le pedí al barbero que hiciera algo para controlar mis rizos. No me gusta que salgan disparados en todas direcciones. Hacen que parezca un loco.

—Pero el día que tenías que grabar la cinta no te hiciste nada.

—Bueno, tenía pensado cortarme el pelo por la tarde. Fui corriendo a casa después de clase, pero hubo un accidente en la autopista. No llegué a tiempo a la peluquería, aunque sí conseguí llegar a la grabación. El cámara llevaba un rato esperando. El cliente que tenía después de mí ya había llegado. No me quedó más remedio que ponerme delante de la cámara.

—¿Viste el vídeo después?

—No. Me ofrecieron la oportunidad de hacerlo, pero yo estaba seguro de que con ese pelo parecería un monstruo. Como he dicho, no pude hacer nada al respecto.

Noté el aire frío cuando seguí a Lloyd mientras él llevaba a la durmiente Lauryann del coche a la casa. Sentía como si mi corazón cantase una alegre melodía. Al ver las piernas de mi hija colgando de los brazos de Lloyd, intenté evitar que mi imaginación diera un salto adelante y nos imaginara a los tres como una familia.

Con el tiempo Lloyd me presentó a sus amigos y colegas, algunos de ellos ex marines y veteranos de Vietnam. Me alegró ver que era un hombre respetado y adorado. No detecté en él

muestras de mal humor ni indicios de trastorno por estrés postraumático. Más tarde me confesó que se esforzaba mucho en controlar su carácter. Había estudiado psicología e iba a clases de autoayuda.

Me abrumaba recibir cartas de amor de Lloyd. Me las mandaba a diario. La lástima era que me resultaba imposible entender su caligrafía y me daba demasiada vergüenza decírselo.

Busqué la ayuda de Lauryann, que me hizo el favor con mucho gusto. Me traducía las cartas de Lloyd, pero al cabo de un rato concluía que eran «aburridas» y se saltaba renglones enteros.

A mi hija le encantaba el musical de Broadway *Les Misérables*, una adaptación de la novela francesa de Victor Hugo. Se imaginaba en el papel de la pequeña Cosette, quien fue abandonada por su padre biológico y después se quedó huérfana al morir su madre de una enfermedad. Lauryann llamaba a Lloyd «Jean Valjean», por el protagonista, un ex presidiario, un buen hombre abocado a una mala situación. A mí me asignó el papel de Fantine, la madre de Cosette, abandonada por su primer amor. La parte del musical que más le gustaba era cuando Fantine, en su lecho de muerte, confiaba a Jean Valjean el cuidado de su hija. Lauryann sentía que tenía una relación especial con Lloyd, tal y como le ocurría a Cosette con Jean Valjean. Le dio por llamarlo Lloyd.

Lauryann y yo nos reíamos de él porque era de lágrima fácil en el cine. Le pusimos el apodo de «caja de pañuelos» al descubrir que lloraba con cualquier historia que tuviera que ver con el amor y la lealtad. Tanto daba que fuera una película para niños, como *Blancanieves*, por ejemplo. Lloyd prorrumpió en llanto al ver que el cazador, a quien la reina malvada había recurrido para matar a Blancanieves, liberaba a esta en el último momento. «¡Qué lealtad!», exclamó Lloyd mientras se sonaba la nariz.

Un día que salimos juntos, Lauryann, que iba sentada en el asiento de atrás del coche de Lloyd, le dijo: —Lloyd, he leído todas las cartas de amor que le has escrito a mamá. ¡Lo sé todo!

No me dio tiempo a taparle la boca con la mano.

—¿Quieres a mamá, Lloyd? —le preguntó inclinándose hacia delante.

Lloyd se puso colorado.

—¿La quieres? —insistió Lauryann.

Lloyd vaciló un instante y luego respondió:

—Sí, la quiero.

—¿Y tú, mamá? —inquirió mi hija volviéndose hacia mí—. ¿Quieres a Lloyd?

—Lauryann, espero que esta noche te sepas al dedillo las tablas de multiplicar.

—Venga ya, mamá. ¿Quieres a Lloyd? Me gustaría saberlo. ¿Sí o no?

—Pues...

—Estoy esperando, mamá.

—Supongo que sí.

—En ese caso, ¡tienes que pedirle que se case contigo, Lloyd! Y no olvides que yo también quiero un anillo.

Dice un proverbio chino: «Si te muerde una serpiente, te pasarás diez años con pánico de las cuerdas». El dolor que me produjo el divorcio y el temor a cometer otra equivocación me frenaban. No sentía que pudiera confiar en Lloyd hasta que un día, viernes para más señas, vino a verme al salir del centro donde trabajaba. Estaba radiante de entusiasmo y no dejaba de decir: — ¡Me ha alegrado la vida! ¡Me ha alegrado la vida, en serio!

—¿Quién? —le pregunté—. ¿Quién te ha alegrado la vida?

—Un estudiante de una de mis clases.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que ha avanzado.

—Ha avanzado ¿en qué sentido?

—Pasando del suspenso al bien. ¡El chico ha despertado!

—¿Estás hablando de notas?

—¡Sí!

—¿Del suspenso al bien?

—¡Sí, del suspenso al bien!

—¿No al sobresaliente? ¿Eso es para tanto?

—¡Oh, ojalá lo entendieras! ¡Para él sí que lo es! No sabes el tiempo que llevo trabajando en ese chico. Ha sido jefe de una pandilla callejera y un alborotador desde el primer día que lo he tenido en clase. Era la pesadilla de todos los profesores. Todo el mundo le ha dado la espalda, incluida su familia. Causa tantos problemas que yo también he estado a punto de tirar la toalla con él. Era el diablo en persona. Cuando él estaba en clase, yo ni me atrevía a volverme para escribir en la pizarra. No le quitaba ojo e insistía en explicarle mis historias. Le conté que yo podría haber llevado la misma vida que mi hermano, que se escapó del colegio y se metió en líos con la ley. En lugar de acabar dando clases, yo podría haber acabado en la cárcel. Tomé mi decisión, y mi hermano tomó la suya. Ese muchacho no es tonto, ¿sabes? Es lo bastante inteligente como para querer saber las opciones que tiene. Al final he conseguido desarmarlo. —Lloyd se echó a reír—. No sabía con quién se las veía.

—¿Cómo has llegado a él? —le pregunté.

—No ha sido fácil. Prácticamente le supliqué que hiciera los deberes. Él no se veía capaz, pero le convencí de que sí lo era, y de que podría subir la nota paso a paso y décima a décima. No era ningún regalo, pero al final tendría su recompensa. —Una sonrisa pícaro se dibujó en el rostro de Lloyd.

—¿Y ha sacado un bien?

—¡Sí, y es la mejor nota que ha conseguido en sus dieciséis años de vida! Perdona, es que me pondría a cantar ahora mismo. Esto merece una celebración. ¿Os gustaría salir a cenar conmigo esta noche a Lauryann y a ti? Iremos a vuestro restaurante chino preferido. Tú puedes pedirte los fideos fritos con diez ingredientes. Yo elegiré el tofu con sésamo, y Lauryann puede optar por la berenjena a la albahaca. Y al final de la cena tomaremos postre, claro está... ¡Oh, qué contento estoy! Un chico entre cientos y miles. ¡Un chico!

Fue entonces cuando decidí casarme con Lloyd Loffhouse. No tuve más dudas ni preguntas con respecto a su carácter. Aquel hombre acababa de demostrarme que era capaz de ser sumamente bondadoso y amar. Lo admiraba y me sentía afortunada de conocerlo.

Con el paso de los años, Lauryann y yo acabaríamos cansándonos de las historias favoritas de Lloyd sobre cómo aquellos chicos peculiares «despertaban» al final a lo que tenía sentido.

—Ese muchacho latino —comenzaba— quería sacar un sobresaliente en un comentario de texto sobre un libro en mi clase de inglés de primero, pero no le gustaba nada leer. Luchamos a brazo partido. Dos años después nos encontramos por el pasillo del instituto. Ya iba a tercero; era de los grandes. Me paró y, con las dos manos en la espalda, gritó lo bastante alto como para que lo oyera todo el mundo: «¡Señor Loffhouse, le odio!». Yo no sabía a qué venía aquello. Me coloqué mejor para poder defenderme. Pensé que debería estar preparado por si las moscas.

Entonces sacó un libro y lo blandió en el aire. Era un libro voluminoso, una novela de ciencia ficción. Con una gran sonrisa en la cara, dijo a gritos: «¡Señor Lofthouse, le odio porque me ha convertido en un adicto a la lectura!».

Lloyd se reía siempre que pronunciaba aquella frase final.

A medida que Lloyd y yo comenzamos a pasar más tiempo juntos, fui familiarizándome con su rutina. Cuando no daba clases, se dedicaba básicamente a corregir trabajos de sus alumnos. Se ponía en cuanto regresaba del instituto, sobre las cuatro y media de la tarde; luego se tomaba un descanso para cenar y reanudaba su tarea hasta que iba acercando la cabeza cada vez más y más a los papeles y acababa quedándose dormido. Al cabo de diez minutos se despertaba con dolor de cuello y seguía corrigiendo, normalmente hasta bien entrada la noche. No podía dormir más de cinco horas. El despertador le sonaba a las cuatro y media de la madrugada. Se levantaba, se duchaba, desayunaba y se vestía para irse a trabajar de nuevo.

Lloyd resistía la tentación de copiar sus películas favoritas o bajárselas de internet. Nunca hacía clic en el botón «Descargar». Prefería pagar para verlas. Aquello me hizo pensar en la noche en que mis compañeros de clase y yo llamamos a China con un «número de teléfono gratuito». El número en cuestión era robado y nos lo facilitó un trabajador en huelga de una compañía telefónica. Nos reunimos todos en una cabina pública situada junto a una carretera y nos turnamos para llamar a casa. Pensé que Lloyd se negaría a aprovechar una oportunidad como aquella.

«La noche en el pozo de pureza» era, en mi opinión, el mejor relato breve que había escrito Lloyd. Estaba basado en su propia experiencia en Vietnam. En mi vida había leído nada parecido. Era de lo más oscuro y complejo, y aun así sumamente humano. Narraba la historia de un soldado que estaba obsesionado con la idea de matar a su sargento. El protagonista quería impedir que su superior tuviera relaciones sexuales a cambio de dinero con una niña vietnamita de nueve años abandonada por su padre, un soldado americano, y su madre vietnamita.

—Ver a un hombre adulto haciéndole eso a una criatura de nueve años me hizo perder el juicio —me contó Lloyd—. Como la niña era demasiado pequeña para que se la follaran, tan solo se ofrecía a hacer mamadas. Cobraba cincuenta centavos por mamada. Pero el sargento quería más. Quería tirársela. La pequeña estaba aterrorizada. Lo vi cogerla y arrancarle la ropa. La llevó hasta unos matorrales que había a la salida del búnker y la violó. Ella no paró de gritar...

Lloyd respiró hondo varias veces, como si le faltara el aire en los pulmones.

—Mí dedo quería apretar el gatillo... Estaba dispuesto a disparar a aquel hombre. Tuve que contenerme. De nada sirvió intentar convencerme a mí mismo de que la vida de la niña no tenía ningún valor o de que estábamos en guerra con Vietnam...

Estábamos sentados uno frente al otro en su sofá. La luz de la luna iluminaba la sala.

—Luego... —prosiguió Lloyd—, cuando el sargento acabó de follársela, la echó a patadas. No le pagó. Ella subió a una colina que había cerca de nuestro búnker, desde donde la oímos llorar y gritar durante horas aquella noche. El sargento intentó hacerla callar. Cogió el arma y disparó contra ella, pero falló. Estaba demasiado oscuro para ver exactamente dónde se encontraba.

—¿Qué le pasó a la niña? —pregunté.

—Desapareció, pero por la mañana volvimos a verla. Corría hacia nuestro búnker mientras el pueblo entero la perseguía. Los aldeanos la golpeaban con palos y aperos de labranza entre gritos

e insultos. Parecía que fueran a matarla. Luego nos enteramos de que la pequeña no tenía dinero para comprar comida, así que robaba a la gente del pueblo y la pillaron... Lo más curioso fue que acudió a su violador en busca de protección. El sargento la recogió. Lanzó varios disparos de advertencia a los aldeanos e impidió que estos la mataran aquel día.

—¿Qué ocurrió al final?

—Esta es una historia sin final —respondió Lloyd con un suspiro—. La vida real te deja insatisfecho. Mi agente me dijo que era un buen relato, pero no le encontraba salida en el mercado. Los lectores pagan por pasar un buen rato. Mis personajes son «demasiado oscuros y débiles», según dicen.

Lloyd se mostró hermético en cuanto saqué el tema de su hijo. Me pregunté si aún le dolía no poder estar a su lado. ¿Lo echaba de menos? ¿Cómo habían sido aquellas visitas de fin de semana años atrás? ¿Cuándo y cómo había comenzado a deteriorarse la relación? En el fondo lo que me interesaba no era hacer indagaciones sobre lo que había ocurrido realmente, sino conocer los sentimientos de Lloyd con respecto a aquellos hechos. Quería asegurarme de que sería un padrastro sensato para Lauryann.

Un día, por casualidad, encontré una poesía suya titulada *Mi hijo*. Pertenece a una colección de poemas que tenía mecanografiados.

MI HIJO

*Se me meó encima
el bebé, mi alegría, el amor de mi vida,
sin pañal,
la caca salió volando,
un verdadero surtidor,
y en la pared acabó.*

*Con dos años,
«¡Quieto ahí!»,
el niño ciclón
dio un tropezón
y de un golpe en la mesa
el labio se partió.*

*Cuando la piscina
se vació
para su reparación,
en el verde limo se zambulló,
cual criatura de la época
de los dinosaurios:
«¡Papá! ¡Papá!».*

*El divorcio le pilló con tres.
Visitas de fin de semana.*

*Pago de la pensión cada mes.
Amor con firmeza
era mi pauta.
Yo era el malo,
el tirano
con la mano larga.*

*Al cumplir los dieciocho
hizo lo que le pareció.
Año tras año le mandé
tarjetas de felicitación,
además de regalos.
Pero nunca me respondió,
y el cepillo se secó.*

*Después de casi dos décadas
con muy poco o ningún contacto,
la espera es ya un pasatiempo
un vacío para un hombre envejecido
que busca descubrir si todavía tiene un hijo.*

Lloyd había hecho lo posible por esconder el brazo roto dentro de la manga, como decía un proverbio chino. Año tras año lo veía intentar en vano ponerse en contacto con su hijo. Le enviaba tarjetas de cumpleaños, postales navideñas y cheques regalo, pero nunca recibió respuesta alguna. «Él sabe dónde vivo —decía—. Tiene mi número de teléfono y mi dirección.» Al final dejó de enviar tarjetas.

No había consuelo alguno que yo pudiera ofrecerle más que compartir su pesar. No había nada más triste y cruel que verte rechazado por tu propio hijo.

En las estanterías de Lloyd descubrí docenas de libros de autoayuda sobre relaciones y psicología. Él creía que tenía graves deficiencias con relación a su capacidad para comunicarse. Quería aprender de sus matrimonios fallidos y de la mala relación con su hijo. Se propuso educarse a sí mismo.

—No se me da bien transigir cuando trato con la gente —solía concluir—. Mis ex esposas no ven ni una sola cualidad positiva en mí. Cuando intentaba cortejar a una mujer en la agencia de contactos, mi falta de sentido del humor también era un problema. No entiendo por qué hoy en día las mujeres consideran el «sentido del humor» una cualidad prioritaria cuando buscan marido. «¡Oh, lo amo porque me hace reír!» Incluso votan a un candidato presidencial basándose en si les hace reír o no. A las mujeres no les gustan los hombres estirados y aburridos como yo. Yo no soy gracioso. De eso no hay duda.

A mí no me parecía que el autorretrato que Lloyd pintaba de sí mismo fuera realista. Yo no lo veía estirado ni aburrido. Para mí era una buena compañía, atento y divertido. Pero por encima de todo valoraba su sinceridad y seriedad. Era algo que reconocía en mí misma. Yo podía ser graciosa..., a veces sin quererlo o porque me hacía un lío con el inglés, claro está, pero era una

parte de mí que la mayoría de la gente no veía porque solo se quedaban con la Anchee Min seria, apasionada y centrada. «Concédete tiempo para oler las flores», me soltaba Qigu sin cesar.

Resultaba extraño compartir la vida con un hombre que en apariencia no podía ser más distinto a mí pero que en cierto modo parecía respirar el mismo aire que yo. De hecho, nuestras similitudes eran mayores que nuestras diferencias. Ambos habíamos tomado malas decisiones en el pasado, y nuestras inseguridades más íntimas y nuestra personalidad testaruda no habían hecho más que empeorar las cosas. Por primera vez en mi vida no tenía la sensación de que necesitara traducir o explicarme a través de un enorme abismo. Me sentía más relajada, y nos reíamos mucho juntos. Descubrí que Lloyd era un hombre muy divertido por naturaleza.

Tenía la esperanza de que Lloyd estuviera tan interesado en mí como yo en él. No estaba segura de que él quisiera casarse conmigo. Sin embargo, no quería ser una amante, una dama de guardia, y no estaba dispuesta a vivir con él como su «pareja a largo plazo». Ya había pasado por eso con Qigu. Ahora tenía demasiado amor propio como para ponerme en una situación que no me conviniese.

Dado que no tenía manera de descubrir las intenciones de Lloyd con respecto al matrimonio, tramé un plan: me haría pasar por la princesa china Turandot de la ópera de Puccini y le propondría un acertijo sin decirle que se trataba de tal cosa. Sería una prueba que esperaba que él superara, pues de lo contrario supondría el fin de nuestra relación.

Lloyd y yo quedamos para hablar de la dirección que queríamos que tomara nuestra relación. Le dije lo contrario de lo que pensaba: le propuse que fuéramos pareja a largo plazo, sin casarnos. Le pregunté si aceptaría mi propuesta. Tras dejar caer mis palabras, me lo quedé mirando.

Lloyd se puso serio. Por su expresión deduje que estaba elaborando mentalmente una respuesta. Me asustaba lo que pudiera decir. Si aceptaba mi propuesta, estaría perdida.

Respiró hondo, apartó la mirada de mí y la clavó en el suelo. Tras un largo momento, dijo con voz firme: —Anchee, voy a ser sincero contigo. Mi respuesta a tu propuesta es «no». No aceptaré que nuestra relación siga adelante sin que nos casemos. Si yo me comprometo al cien por cien con esta relación, esperaré lo mismo por tu parte. Es lo justo. Estaría dispuesto a resolver cualquier problema que tuvieras conmigo. Estaría dispuesto a adaptarme y transigir si fuera necesario. Puedo cambiar si crees que voy demasiado fuerte. En pocas palabras, o nos casamos o lo dejamos aquí. Te quiero, pero debo ser consecuente conmigo mismo.

La dicha me embargó mientras la música de «Nessun Dorma» de Puccini, la mejor canción de amor que existe, inundaba mi corazón. Perdí la compostura y rompí a llorar porque recordé la propuesta de Qigu: «Casémonos. No quiero que el bebé siga tu mal ejemplo». Recordé al juez preguntando a Qigu: «¿Tiene un anillo para su prometida?». Recordé la fría mañana de Chicago, cuando le rogué a Qigu que posara delante de la cámara para poder hacer una foto de bodas que pudiera enviar a mi familia. Recordé lo indigna que me sentía conmigo misma. Aquello era todo lo que había deseado y más.

A Lloyd le desconcertó mi respuesta. Interpretó mal mi reacción y me hizo el comentario más raro que había oído en mi vida: —No te preocupes, el sexo no es importante.

¿A qué se referiría con que «el sexo no es importante»?

Me volví suspicaz. ¿Tendría algún problema con su... instrumento del sol? Yo quería su pasión. Uno de los principales motivos por los que no lamentaba haber dejado a Qigu era que nunca fue apasionado. Jamás me deseó, y yo me moría por recibir afecto. Detestaba hacer el papel de mendiga en una relación que me dejó sin dignidad ni integridad.

Por supuesto que el sexo es importante, pensé. Sumamente importante. ¿Por qué no lo era para Lloyd? Mi imaginación comenzó a desbocarse: ¿será un eunuco? ¿Sufrirá alguna disfunción? ¿Una lesión de guerra? ¿Un problema de próstata? ¿Eyaculación precoz? ¿Impotencia psicológica? ¿Una mala experiencia en Vietnam con prostitutas? ¿Cicatrices mentales provocadas por sus ex esposas maltratadoras?

Decidí abandonar mi plan original, consistente en no mantener relaciones sexuales hasta que no estuviéramos comprometidos. No me sentiría segura hasta que no averiguara si Lloyd era totalmente funcional. No me casaría con un eunuco. Cuanto más insistía él en el tema de que el sexo no era importante, más desconfiaba yo. Antes de dar un paso más en nuestra relación, me decidí a ir a por todas. Le dije a Lloyd que estaba preparada.

—¿Preparada para qué? —me preguntó.

—Para tener relaciones sexuales.

Lloyd se sorprendió.

—Pero... ayer dijiste que preferirías esperar.

—He cambiado de idea.

—¿Estás segura? No quiero presionarte...

—No lo has hecho. Es una decisión mía. Me gustaría hacerlo.

—¿Quieres decir que estás preparada del todo?

—Sí, estoy preparada del todo.

—¡Vaya!

—¿Te iría bien esta noche? —pregunté intentando no parecer avergonzada.

—Sí, claro. Cómo no. Desde luego. Por supuesto que me va bien. Vaya, vaya... vamos, que esta noche me va bien. ¡Muy bien, en serio!

—Estaré en tu casa a las diez —dije.

La luz de la luna recortaba el perfil de las colinas lejanas. Bajo el cielo se veía por la ventana una autopista de cuatro carriles muy transitada que se extendía a los pies de la casa familiar de Lloyd. Los semáforos formaban la silueta de un sinuoso dragón en rojo y amarillo. Pensé en dragones porque el placer que sentía era celestial. A Lloyd le preocupaba más hacerme gozar que su propia satisfacción. Me eché a reír a carcajadas al recordar mi temor ante la posibilidad de que fuera un eunuco.

—¿Por qué dijiste que «el sexo no es importante»?

Lloyd rió. Me respondió que se debía a su limitado conocimiento de las mujeres. Tras contraer matrimonio, su primera esposa lo acusó de que lo único que quería de ella era sexo, lo cual lo avergonzaba.

Me encantaba el modo en que me estrechaba entre sus brazos. Le dije que llevaba toda mi vida soñando con aquel momento.

—¿Sabes lo que quiere decir en chino «tocar el techo con la frente»? —le pregunté. Acto seguido, respondí—: Significa que se ha producido un milagro. Me gustaría darle las gracias a las páginas amarillas del listín telefónico, a Robin y su agencia de contactos, a las estrellas que brillan en el firmamento, al sol y la luna, a las colinas, a la autopista y a los sinuosos dragones semáforo y sobre todo a América y a lo que Dios me ha dado.

Lloyd dijo que se sentía honrado por su buena suerte.

Le di un beso y le pedí que me repitiera una vez más eso de que «el sexo no es importante».

Nos reunimos los tres para una cita muy especial. Decoramos una silla y la colocamos en el centro del jardín, rodeada de rosas en flor. Lauryann y yo nos turnamos para sentarnos en ella mientras Lloyd se arrodillaba y nos ofrecía un anillo de compromiso. Nunca imaginé que pudiera alcanzar aquel estado de pura felicidad. Siempre había vivido a la defensiva, consumida por el afán de dar con la manera de sufrir menos esquivando el dolor. Lo que tenía lugar en aquel momento en mi jardín era una escena sacada de una novela romántica.

Lauryann no veía la hora de que yo me levantara de la silla. En cuanto acepté el anillo de compromiso de Lloyd, ella ocupó el asiento. Estaba entusiasmada con la idea de que le hicieran entrega de un «anillo de amistad», aunque lo perdió casi de inmediato, sin querer. Se lo quitó para lavarse las manos y la sortija rodó hasta el sumidero del fregadero. Se quedó tan triste que le fue imposible contar lo sucedido.

Yo estaba abrumada por mi buena suerte, pero al mismo tiempo no podía evitar tener mis dudas. Salir unos meses con un hombre no bastaba para conocerlo de verdad. ¿Sería en el fondo quien pretendía ser? ¿Y sus dos divorcios? A fin de cuentas, yo solo conocía una versión de los hechos y no tenía manera de contrastarlos. En mi fuero interno se imponía la cautela.

Lloyd era el asesor del periódico estudiantil del instituto. Llevaba a sus alumnos de periodismo a concursos de narrativa nacionales y los jóvenes ganaban premios. Le encantaba su trabajo, pero al mismo tiempo sufría.

—Preferiría que me enviaran a Irak aun a riesgo de que me pegaran un tiro a seguir intentando enseñar a esos muertos vivientes —decía cuando había tenido un mal día—. Estoy harto de que los imbéciles de la administración del distrito me traten mal.

Le pregunté si tenía el apoyo de los padres.

—No hago más que llamar y dejar mensajes —me contestó—. Un montón de mensajes. Pero la mayoría de los padres nunca me responden. Uno que sí lo hizo me dijo: «¡A mi hijo no se le da bien su clase porque es usted aburrido!». Me entraron ganas de soltarle que mi trabajo no era entretener a su hijo, sino prepararlo para sobrevivir en esta vida. ¡Su hijo no quería hacer los deberes ni leer lo que escribía porque no era divertido! ¡Ve y pregúntale a un fontanero, un basurero, un conserje o un técnico si su trabajo es divertido!

Lloyd visitó a un quiropráctico porque tenía un dolor constante en el cuello de tanto inclinarlo sobre los trabajos de sus alumnos para corregirlos. La mayor parte del tiempo no le quedaba más remedio que ir tirando y convivir con el dolor. A menudo, cuando estaba enfrascado en su tarea de corrección, lo oía despotricar: «¡Serán idiotas! Ya se han dejado el nombre otra vez, y eso que es lo primero que les digo que hagan cuando escriben algo para entregar..., que pongan el nombre, la fecha y la clase». De vez en cuando se alteraba tanto que se levantaba de la silla de un salto, cogía lo que fuera que tuviese a mano y lo hacía pedazos. En una ocasión le vi destrozar un bote de lápices y una tapa de wok. Arrancaba hojas de su agenda, rompía el bolígrafo que tenía en la mano o hacía añicos una regla de plástico. Necesitaba descargar su ira. Se quedó deshecho cuando en un examen parcial a libro abierto el número de suspensos alcanzó el cincuenta por ciento.

Me senté en la última fila de la clase de Lloyd, con la espalda pegada a la pared del fondo. Lo primero que pensé fue que aquellos estudiantes no eran niños, sino chicos y chicas de talla adulta. Algunos eran más altos y abultaban más que Lloyd. Me fijé en que muchos de ellos se presentaron en clase sin mochila ni libros.

Después de pasar lista, Lloyd cogió una papelerera y recorrió el aula diciendo a los alumnos: «Escúpelo... Escúpelo».

¿Qué método de enseñanza era ese? Me quedé atónita. Entonces vi que los estudiantes escupían a la papelerera el chicle que tenían en la boca. Un muchacho se negó a colaborar.

—No tengo ningún chicle.

—Escúpelo, por favor —insistió Lloyd sin moverse del sitio—. Te he visto mascar. Venga.

El chico sacó la lengua.

—No tengo nada en la boca.

Lloyd le lanzó una mirada que decía «No me busques las cosquillas».

—Escribiré una nota para que te envíen al despacho del director.

El muchacho escupió el chicle en la papelerera.

Lloyd dio la clase como si se tratara de una función de Broadway sin intermedio. Asistí a cinco de las clases que impartió aquel día. Presenció cómo interpretaba a cuatro personajes como mínimo. Hacía de Mary Poppins, de cómico, de sargento instructor de los marines y de profesor al mismo tiempo. La clase versaba sobre *Romeo y Julieta* de Shakespeare. Lloyd pidió a sus alumnos que prestaran atención a eso que él llamaba «el viraje».

—Shakespeare nos cuenta que Romeo estaba locamente enamorado de una muchacha, que no se llamaba Julieta, sino Rosalina. De hecho, Romeo se cuele en una fiesta de disfraces para ver a Rosalina, pero entonces descubre a Julieta. Si estabais atentos, os habréis fijado en que su amor da un viraje de una muchacha a la otra en un abrir y cerrar de ojos. Shakespeare nos hace ver cómo un joven se enamora por la vista. Nos muestra lo veleidoso que es el amor humano. ¿Acaso sabía Romeo cómo se llamaba Julieta? No. ¿Sabía de dónde era? No. ¿Decidió al instante que estaba locamente enamorado de ella? Sí. ¿Qué ocurrió con el amor que sentía por Rosalina? ¿La olvidó sin más? ¿Qué nos dice este viraje acerca de Romeo? ¿Por qué incluyó Shakespeare este detalle en la obra? ¿Por qué se molestó en mostrar que, antes de Julieta, Romeo estaba enamorado de Rosalina? Shakespeare podría haber concebido un encuentro entre Romeo y Julieta sin mencionar siquiera a Rosalina, a quien de todos modos no vemos en ningún momento en la obra. El encuentro y el amor habrían resultado perfectos sin Rosalina. ¿Por qué incorporar este elemento perturbador? ¿Por qué introducir a otra joven que inspiraba en Romeo una gran pasión? ¿Por qué manchar el idilio? ¿Por qué abocó el autor a los protagonistas de la historia a una misión suicida tres días después de que se conocieran? ¿Qué era lo que Shakespeare quería que entendiéramos en el fondo?

Lloyd dibujó una línea de tiempo en la pizarra y prosiguió:

—Tanto Romeo como Julieta pertenecían a familias sumamente adineradas. Cuando Julieta descubre por su niñera quién es Romeo, tras acabar de conocerlo y sin saber siquiera su nombre ni su identidad, dice: «Mi único amor, nacido de mi único odio, pronto lo he visto y tarde lo conozco. Prodigioso nacimiento del amor, que me hace amar a mi peor enemigo». Fijaos en que Julieta pronuncia estas palabras menos de una hora después de su primer encuentro con Romeo. Por otra parte, al final amenaza con quitarse la vida si no puede estar con su amado, y Romeo expresa una amenaza similar, como descubriréis.

Si bien la mayoría de los alumnos no mostraba interés alguno en lo que Lloyd explicaba, yo

estaba fascinada por el modo en que promovía un pensamiento independiente. Me daba pena que no le hicieran caso. Los estudiantes bostezaban, se dormían, holgazaneaban, coqueteaban o jugaban con las videoconsolas bajo las mesas, y unos pocos tenían la mirada perdida en el espacio.

Un chico se negó a participar cuando Lloyd le dio la palabra.

—No necesito estudiar esta mierda —dijo—. ¡Voy a ser jugador de baloncesto como Michael Jordan y voy a ganar un pastón!

Lloyd respondió sin alterarse:

—Llevo veinticinco años dando clases y he tenido a miles de alumnos. Cada año oigo lo mismo que acabas de decir. Ninguno de mis estudiantes ha llegado al nivel de Michael Jordan. Necesitas estudiar «esta mierda» como plan alternativo, por si la vida no sale a tu manera.

Una joven acudió en defensa del muchacho.

—Odio a Shakespeare. Esto es un rollo. No lo necesito para nada. Voy a ser modelo. Conseguiré hacer lo que quiero.

—Eso pensaba yo cuando comencé la carrera de arquitectura —dijo Lloyd—. Pero mi profesor de la Cal Poly Pomona me dijo: «La última palabra la tiene quien pone el dinero, no el arquitecto».

—¿Es que el arquitecto no construye? —preguntó la chica interesándose por el tema.

—La mayoría de los arquitectos no llegan a construir los edificios de sus sueños. El hombre hace lo que le dicen que haga, no lo que quiere hacer.

—¿Y por eso no es usted arquitecto? —quiso saber el muchacho.

—Me pasé a estudiar urbanismo —contestó Lloyd—. Pero el profesor nos dijo lo mismo en clase: «Quien paga, manda».

—¿Y lo dejó? —inquirió la chica.

—Opté por mi plan alternativo —respondió Lloyd.

—¿Cuál era?

—Me saqué un título para ejercer la docencia, gracias al cual conseguí este trabajo. He enseñado *Romeo y Julieta* más de cincuenta veces. He dado clases a vuestras madres, padres, tíos y tías. Lo que quiero decir es que uno no puede confiar en sus sueños. La vida consiste en gran parte en ser capaz de pagar las facturas y llevar comida a casa.

Era el día de mi boda. Al amanecer fui en coche con Lauryann hasta casa de Lloyd. Lo encontré delante del espejo del baño, poniéndose la corbata. Yo me encargaba de hacer las fotos. Me dijo que había pasado mala noche. Había tenido pesadillas con sus dos matrimonios fallidos. Yo le confesé que albergaba un temor similar. Ninguno de los dos quería que aquello fuera otra equivocación.

Para atraer la buena suerte me puse una chaqueta china de un rojo intenso y vestí a Lauryann del mismo color. Mi hija sería nuestra testigo y firmaría como tal en el certificado de matrimonio. Ella estaba entusiasmada con la idea de la ceremonia.

Lloyd no conseguía ponerse bien la corbata. O le quedaba demasiado corta o demasiado larga, demasiado floja o demasiado apretada. Plantado frente al espejo, no hacía más que tirar de las puntas y asfixiarse.

Intenté no reír. Eran las cinco y media de la mañana. Habíamos decidido salir temprano para evitar el tráfico. Queríamos asegurarnos de no llegar tarde a nuestra propia boda. Íbamos a la sede del condado a inscribirnos y casarnos. Lloyd llevaba una alianza para mí.

Finalmente, acabó de arreglarse. Iba vestido con un traje azul océano intenso con una corbata roja. Lo miré y pensé: ¡Qué afortunada soy!

—Lloydee, ¿por qué no estás contento? —le preguntó entonces Lauryanne—. Eres el novio. Hoy es el día de tu boda. Deberías sonreír.

—Nada es real hasta que ocurre de verdad —respondió él—. Las cosas pueden salir mal.

En el último momento cambié de idea con respecto a mi peinado. No quería parecer la Esfinge de Egipto. Había gastado un bote entero de espuma para domar mi pelo. Oí a Lloyd decir a Lauryann:

—Tu madre tiene una cara fotogénica. Está bien lleve el peinado que lleve. ¡Es la mujer más sexy del mundo!

Cuando nos montamos en el coche, encendí la radio. La voz de Pavarotti me alteró la sangre. Estaba cantando «Nessun Dorma» de *Turandot*. No podía haber mejor augurio, pensé.

La fotografía nos mostraba a los tres como una nueva familia. Lloyd y yo éramos oficialmente «marido y su esposa». Me gustaba la expresión «marido y su esposa» más que «marido y mujer» o «cónyuges». Me reconfortaba la sensación de saberme protegida como «su esposa». Lloyd estaba relajado y a gusto. Me encantaba su cabello rizado y plateado. Se me saltaron las lágrimas cuando dijo: «Sí, quiero». Lloramos los dos. Costaba no hacerlo. Aquello era demasiado bueno para ser verdad. Lloyd me susurró al oído que moriría feliz si pudiera «disfrutar de unos veinte a veinticinco años» a mi lado.

Lauryann parecía una muñeca china en la foto. Salía colocada entre ambos, con una sonrisa radiante. A Lloyd le llegaba justo por el codo. Acababa de plantar su firma en nuestro certificado de matrimonio, después de pasarse semanas practicando la cursiva.

Lauryann insistió en que se había perdido el beso y exigió que «lo hiciéramos otra vez» delante de ella.

—He firmado como testigo, y como tal debo presenciar el acto.

Lloyd se volvió hacia mí.

—No creo que sea apropiado.

—Lauryann está acostumbrada a salirse con la suya desde que tenía dos años —le dije—. Una vez se enfadó con mis entrevistadores y me tiró el teléfono al váter. Es una niña mimada americana.

—Soy experto en tratar con niños mimados americanos —repuso Lloyd—. ¿Quieres ser testigo? ¡Pues toma!

Y, adoptando una pose a lo Rhett Butler, me atrajo hacia él y pegó sus labios a los míos mientras me abrazaba con fuerza.

Oímos a Lauryann exclamar:

—¡Puaaaj!

—¡Te da asco! —dijo Lloyd riendo—. ¡Tú lo has querido! ¡Has insistido! ¡Sí, has sido tú! Ahora no digas que es asqueroso. ¡Así beso yo!

Para castigar a Lloyd, Lauryann se ofreció a enseñarle algunas frases «útiles» en chino tales como «buenos días», «manzana» y «por favor». Lauryann escogió aquellas palabras porque sabía que él no tenía oído para los tonos. Lloyd acabó diciendo «*Zao!*» (buenos días) en el cuarto tono en lugar del tercero, con lo que su significado cambiaba por «¡Vete a la mierda!». Su «*Ping-guo*» (manzana) se convirtió en «culo», y su «*Qing, Ping!*» (por favor), en «¡Démonos un beso!». Era como para imaginar a Lloyd diciéndole eso a un funcionario de la embajada china:

FUNCIONARIO: ¿Desea usted un visado chino?

LLOYD: Démonos un beso.

La tercera foto se hizo en China unos días después. En ella salían cuatro personas: mi padre, mi madre, Lloyd y yo. Habíamos volado hasta allí para ver a mis padres y al resto de la familia. Celebramos una cena de recepción en el viejo hotel Jinjiang, donde Nixon se alojó en 1972. El lugar tenía un significado especial para mí. Siendo adolescente, había estado a unos cientos de metros del hotel con miles de personas para dar la bienvenida al presidente estadounidense. Si me hubieran dicho entonces que un día me casaría con un americano, no lo habría creído.

Mi madre estaba tan débil que apenas podía caminar, pero en la foto se le ve feliz. Posó junto a su yerno americano con cara de orgullo. Su mano izquierda se cogía al brazo de Lloyd. Había estado consternada con mi divorcio, consciente del destino que le esperaba a una mujer divorciada en China. Temía que hubiera arruinado mi vida y la de Lauryann. La dicha la inundó cuando me vio regresar a casa con Lloyd.

Mi padre se alegraba de que me hubiera divorciado de Qigu. Siempre le había preocupado que no tuviera un trabajo de verdad. Tuve que explicarle que trabajaba como artista. Le advertí a Qigu que mi padre estaba descontento y le pedí que se comportara delante de él, pero Qigu no podía dejar de ser él mismo.

Para limar asperezas, Qigu le ofreció a mi padre un corte de pelo en su primera visita a Estados Unidos. El anciano iba a visitar el Adler Planetarium de Chicago. Mi padre consideraba aquella oportunidad un gran honor, todo un hito en su carrera como experto en el terreno de la educación astronómica en China.

Mi padre le explicó a Qigu exactamente lo que quería que le hiciera. «Córtamelo solo un poco.» Quería conservar el mechón de un palmo de longitud que le cubría la calva.

Qigu cogió las tijeras tarareando una melodía alegre. Mientras las tijeras danzaban, el anciano aguardaba emocionado.

Ya era demasiado tarde cuando intenté impedir que Qigu tocara el mechón largo. Qigu lo levantó por la punta y murmuró para sus adentros: «¿Ser o no ser? ¿Cortar o no cortar?».

Antes de que me diera tiempo a decir nada, Qigu dio un tijeretazo.

Se me cortó la respiración al ver caer el mechón de pelo al suelo.

Cuando Qigu terminó y le dio un espejo a mi padre, este se quedó helado. Hizo esfuerzos por mantener la compostura. Cerró los ojos como para borrar lo que estaba ocurriendo.

Cuando salió de la ducha, le pudo la ira.

—¡Has destrozado mi aspecto! —gritó histérico a Qigu—. ¡No has hecho lo que me habías prometido! ¡Se me ve feo, calvo y con cara de bobo! ¿Cómo voy a salir así a la calle? ¡Sabes que mañana es mi gran día! ¡Quiero tener el pelo de antes!

No hubo manera de consolar al anciano.

—¡Lo has hecho a propósito! —espetó a Qigu.

—¿A qué viene tanto revuelo? —dijo Qigu encogiéndose de hombros—. Es un corte estupendo. Hay mucha gente que se rapa la cabeza. Los calvos están de moda. Si no te gusta, tampoco pasa nada. El pelo crece. No hay razón para comportarse como si fuera el fin del mundo.

—Para mi padre lo es —le dije a Qigu posteriormente—. Es su única oportunidad de reunirse con sus compañeros del planetario americano. No deberías haberle hecho eso. Él te dijo lo que quería. Ya te lo advertí. Lo hiciste a propósito. ¿Por qué?

—En la vida hay que ser espontáneo —dijo Qigu—. Fue un momento de inspiración, un experimento. Me sentía creativo. Ese maldito mechón de pelo me parecía ridículo. Cuanto más intenta ocultar su calvicie, más sobresale. Con ese mechón no engaña a nadie más que a sí mismo.

—Estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, para mi padre es importante sentirse a gusto con su aspecto. Deberías haberlo dejado como estaba. Era su pelo.

—Mala suerte —dijo Qigu—. No hay nada que yo pueda hacer si a tu padre se le ha metido en la cabeza tenerme de enemigo.

Mi padre sintió adoración por Lloyd desde el momento en que se enteró de que había servido en los marines estadounidenses.

—Mi película favorita es *La batalla de Midway*. —Fue lo primero que le dijo mi padre a Lloyd.

—Fue un momento crucial en la Segunda Guerra Mundial... —respondió Lloyd.

—¡Estados Unidos venció a Japón! —le interrumpió mi padre. Y, con el pulgar en alto, añadió —: Los marines americanos buenos... los japoneses mataron a los chinos, a mi familia... en 1937... Yo era un niño. Un soldado japonés decapitó a mi primo. Lo ataron a un poste. Yo lo vi con mis propios ojos. Le cortaron la cabeza, así, fuera... Por eso veo *La batalla de Midway*.

Mi familia dio la bienvenida a Lloyd, aunque hubo inconvenientes. Por ejemplo, nadie sabía pronunciar su nombre. Me pidieron que lo tradujera para que resultara pronunciable en chino.

—Lloyd, Llo-y-d, como *Lao-yet*, que en chino suena como *Lao-ye*, que significa «Viejo Maestro».

—Pero no podemos llamarlo Viejo Maestro —protestaron mis tíos—. Debemos respetar nuestra condición.

—Y entonces ¿cómo vais a llamarlo? —pregunté.

—Como sea menos Viejo Maestro —respondió mi padre.

Mi familia quería comprobar su estado de salud mental. Mi tía abuela temía que pudiera «emplear la fuerza» y matarme a mí y a Lauryann sin querer.

—Seguro que en Vietnam se llevó alguna vida por delante —dijo mi tío abuelo—. No tendría más remedio, ¿no? Puede que también matara a algún chino.

—Quizá perdiera la chaveta. ¡Dios nos libre! —exclamó mi tío—. No entiende el chino, ¿verdad?

—Ni una palabra —contesté.

—Ten mucho cuidado, Anchee. ¡Ese hombre tiene las manos manchadas de sangre! Es un asesino profesional. No queremos presenciar ninguna tragedia. Piénsatelo bien, Anchee.

—Demasiado tarde —repuse—. Ya me he casado con él. ¿Sabéis por qué no tengo miedo de él? Porque a mí también me adiestraron para matar a soldados americanos. Como a todos nosotros. Según tu razonamiento, él también debería tener miedo de mí.

—¡Tonterías! Nuestro adiestramiento de guerrilla no cuenta. En comparación con los marines americanos, éramos monos que vivíamos en cuevas. Sea como sea, queremos que estés atenta por si ves que tiene alguna costumbre fuera de lo común.

—¿Como qué?

—Como comer carne poco hecha. Es una señal de sed de sangre.

—No te preocupes, es vegetariano.

—¿Qué es vegetariano?

—Que no come carne.

Mi tío abuelo cerró los ojos con fuerza y después asintió.

—Eso tiene sentido para mí.

—¿Qué sentido tiene?

—Pues que ha dejado de comer carne porque busca la redención. Así de manchadas de sangre debe de tener las manos.

En nuestra noche de bodas Lloyd me dijo:

—Espero no tener flashbacks.

Yo lo miré y le contesté:

—Yo también espero no tener flashbacks.

La segunda noche me desperté al oír su respiración agitada. Lloyd estaba dando patadas y tenía los ojos cerrados. Sacudía la cabeza de un lado a otro, como si estuviera esquivando golpes. La luna brillaba tanto que no me molesté en encender la luz.

—¡Lloyd! Lloyd, ¿tienes una pesadilla?

La expresión de su rostro me aterrorizó. Lloyd abrió los ojos y se me quedó mirando como si no supiera quién era yo. Vi que hacía esfuerzos por reconocermé, pero no podía. Su mirada transmitía miedo y horror.

—¡Soy Anchee, tu esposa!

Pensar que Lloyd pudiera estar teniendo un flashback me asustó. Al fin y al cabo, yo parecía una guerrillera del Vietcong.

—Soy Anchee. Tu esposa —repetí—. Estamos en casa. ¡Despierta, Lloyd!

En lugar de salir del trance, Lloyd rodó por el lado de su cama y metió la mano debajo del colchón para coger el cuchillo que había escondido allí.

Tardé menos de un segundo en reaccionar. Encendí la luz al instante. El resplandor repentino sacó a Lloyd de su ensueño. Me reconoció. Estaba sudando y jadeaba.

—¿Estabas luchando contra el Vietcong en sueños? —le pregunté.

Lloyd no contestó. Se levantó y fue al baño. Estuvo en la ducha un buen rato. Al día siguiente cambió de sitio la pistola que tenía en un cajón y la dejó en un estante alto del armario. Ese mismo día, más tarde, me pidió disculpas por perturbar mis sueños.

No le dije que había momentos en los que su nariz alta me daba miedo.

En los diez años siguientes de nuestro matrimonio Lloyd tuvo flashbacks esporádicos. Por ejemplo, solía advertirme de la presencia en nuestro jardín de alguien que quería hacernos daño.

—¡Son las dos de la madrugada! —decía yo—. ¿Qué te hace pensar que hay alguien en el jardín?

—¡Los grillos!

—¿Los grillos? ¿Qué pasa con los grillos?

—Que han dejado de cantar.

Lloyd se levantaba y cogía su Smith & Wesson del calibre 38.

—Podría haber alguien escondido entre los matorrales. Voy a ver.

Así comenzaban siempre las rondas de mi marido por la casa a las dos de la madrugada. No había manera de convencerle de que no era más que su imaginación.

A medida que Lloyd se acercaba al momento de su jubilación como docente nos mudamos varias veces intentando buscar una casa que cumpliera con sus requisitos de seguridad. Quería que estuviera en una calle sin salida, con la residencia en alto a modo de fortaleza, para que pudiera

defenderla uno solo. Al final dimos con una propiedad situada en el norte de California, cerca del monte Diablo, con las características que él buscaba.

—Ahora sí que hay alguien de verdad en nuestro jardín todas las noches. —Me refería a la presencia de una familia de ciervos encabezada por un macho de más de doscientos kilos con una cornamenta tan alta como un árbol pequeño.

Aquellos rumiantes se comían cualquier cosa verde que hubiera a la vista, incluido todo lo que yo plantaba. No necesitaba hacer ejercicio porque me pasaba el día subiendo y bajando por la ladera para ahuyentarlos. Arrancaban de raíz las tomateras y destrozaban el césped. Se sentaban junto a la ventana de la cocina a tomar el sol. Me sobrecogía su belleza, pero no me gustaba que los árboles se murieran porque los dejaban sin corteza. Lo único que se les resistía eran los robles tricentenarios, los cuales servían de refugio a una bandada de pavos salvajes. Cada día, al caer la tarde, acudían volando treinta o cuarenta aves cuales negros helicópteros silenciosos y se posaban en la copa de los árboles para pasar la noche. Al amanecer volvían a alzar el vuelo sin hacer ruido para adentrarse en el bosque circundante. Era una imagen increíble. Los pavos salvajes eran mi despertador natural. Era precisamente con las primeras luces cuando los machos y las hembras iniciaban sus cantos de cortejo; formaban una orquesta magnífica, aunque muy poco grata si te habías acostado tarde.

A veces, en plena noche, nos despertaba el sonido de una lucha, de algo revolviéndose entre la maleza. Se trataba de los ciervos machos, que se enfrentaban entre ellos en el jardín, enzarzándose en un combate duro y brutal. Se les oía pasar entre la vegetación y entrechocar sus cornamentas con gran estrépito. No era extraño ver al día siguiente a un joven ciervo paseando por los alrededores con un asta menos.

Contraté los servicios de una empresa de vallado a fin de que colocaran una cerca de un metro ochenta de alto alrededor de la finca para que pudiéramos dormir. De ese modo, logramos que los ciervos vivieran fuera de la valla, pero los pavos salvajes ocuparon su lugar casi de inmediato. Se trasladaron al terreno cercado, donde se dedicaban a peinar la ladera en busca de gusanos. Las ardillas recorrían la linde escarbando la tierra en busca de frutos secos mientras los ciervos observaban con envidia desde el otro lado de la valla.

Lloyd se construyó un despacho en el sótano a modo de búnker, orientado hacia el camino de entrada y la calle, desde donde a través de un ventanuco podía ver a cualquiera que entrara en la propiedad. Asimismo, construyó cajones secretos donde escondía sus armas. Tenía obsesión por las cerraduras, y las instalaba por todas partes. Cada puerta de casa tenía tres clases distintas de cerraduras. Con el paso del tiempo, las renovaba. Se desprendía de puertas y ventanas cuando le parecía que las cerraduras estaban muy gastadas, habían pasado de moda o no tenían un buen diseño. Colocaba puertas y ventanas nuevas con diseños de cerradura más resistentes. Estaba al corriente de las últimas novedades tecnológicas en dispositivos de bloqueo. No dudaba en gastarse el dinero que hiciera falta. Se convencía a sí mismo de que era absolutamente necesario para nuestra seguridad. Acabé hasta la coronilla de verme fuera de casa cada dos por tres sin poder volver a entrar. En cuanto pisaba el jardín, iba a recoger el correo o simplemente salía un momento a respirar aire fresco, Lloyd cerraba la puerta a mi espalda. No le importaba subir las escaleras corriendo para volver a abrírmela con una sonrisa de disculpa en la cara. Al final opté por llevar siempre encima una llave cuando abandonaba la casa por algún motivo.

Este es un mundo de hombres —le había dicho a Lauryann desde su más tierna infancia—. Ser niña es una desventaja, pero no significa que estés condenada a una vida triste. Tu condición de americana te da derecho a invertir tu mal destino.

Durante nuestra visita a China, no pude impedir que Lauryann oyera comentarios negativos acerca de sus «malas pintas». A sus parientes, sobre todo su abuela paterna, Nai Nai, no le gustaba su piel oscura bañada por el sol. «¿Por qué quiere Nai Nai que tenga la piel blanca como la leche?», me preguntaba Lauryann. También me contó que los vecinos le hacían corro y cantaban «La pobre niña de una familia divorciada», lo cual le disgustaba. Tuve que explicarle que en China la gente creía que un niño de una familia divorciada era «porcelana rajada».

Me sentía afortunada de que Lauryann no viviera en China. Una familia divorciada no era ningún problema en la sociedad estadounidense. Lauryann estaba orgullosa del tono aceitunado natural de su piel oscura. En Estados Unidos se consideraba atractivo; algunas de sus compañeras incluso pagaban por ir a un solárium a broncear su piel blanca.

Estando Lauryann en Shangai un verano, Nai Nai la llevó a que se midiera en el «predictor de altura». La máquina predijo que el crecimiento de Lauryann sería el de un enano. Nai Nai se quedó abatida. La altura de su nieta siempre le había preocupado, ya que ella no llegaba al metro veinte. Temía haber pasado su «gen corto» a Lauryann. Me rogó que «reforzara» la dieta de la niña para ayudarle a romper el «maleficio».

Creyendo que Estados Unidos era lo mejor del mundo en todos los aspectos de la vida, decidí cambiar la dieta de Lauryann por una rica en proteínas:

Lunes – McDonald's
 Martes – Burger King
 Miércoles – Kentucky Fried Chicken
 Jueves – Domino's Pizza
 Viernes – Jack in the Box
 Sábado – Wendy's o Fatburger
 Domingo – Bagels, queso y helado

Lauryann se puso mofletuda y le salió papada, lo cual hizo feliz a Nai Nai. Sin embargo, noté que mi hija se cansaba con frecuencia y tenía que acostarse. No acababa nunca de curarse de los resfriados. Cada vez que tenía fiebre, no le quedaba más remedio que tomar antibióticos para que le bajara. Los intervalos entre enfermedad y enfermedad comenzaron a acortarse. Cada dos meses se ponía tan mala que necesitaba antibióticos. Lo que más me asustaba era que parecía recaer justo después de haberse recuperado.

Lauryann era un saco de antibióticos, y los fármacos dejaron de hacerle efecto. El médico me advirtió que los antibióticos habían llegado a su límite. La siguiente vez que Lauryann enfermara, no habría una medicina eficaz para ella.

Si no hubiera sido por Lloyd, jamás habría relacionado la «superdieta» con el mal estado de

salud de Lauryann. Lloyd me pidió que dejara de alimentarla con comida basura americana.

—Confía en mí —me suplicó—, ¡esta superdieta no tiene nada de nutritiva!

Vi que Lloyd tenía razón. Yo me había criado jugando con niños campesinos chinos que eran demasiado pobres para poder comer carne, y aun así nunca estaban enfermos. Se alimentaban de ñames, soja y verduras, y estaban sanísimos y llenos de energía.

Volví a la cocina casera china. Lloyd se convirtió en nuestro policía alimentario particular.

—¡Más vale que llenemos a Lauryann antes de que la máquina de refrescos del cole la atrape!

Todas las mañanas Lloyd preparaba unos batidos con fruta y frutos secos, a los que llamaba «sol para el cerebro».

Antes de que Lloyd apareciera en mi vida, me gustaba el modo en que los estadounidenses cuidaban de sus hijos. Nunca dudé que los programas infantiles que emitía la televisión pública fomentaran la bondad. No fue hasta que vi *Beavis and Butt-Head* cuando me di cuenta de que los americanos no siempre protegían a sus hijos. El gobierno hacía la vista gorda frente a los anuncios de la televisión destinados a los menores. Los patrocinadores y productores parecían pensar únicamente en índices de audiencia. Al igual que la comida con aditivos, aquel tipo de series estaban concebidas para aprovecharse de los vulnerables. Beavis y Butt-Head se convirtieron en nuevos modelos de conducta para los más jóvenes. A los niños les encantaba ver que aquellos personajes desafiaban a la autoridad. Insultaban al presidente dejándolo como un bobo.

Yo era testigo del poderoso efecto que tenían en Lauryann. Aquella serie la condujo a un paraíso en el que los niños vivían para desafiar a los adultos. Lauryann comenzó a dar muestras de falta de respeto. Adoptó el lenguaje de los personajes de los dibujos animados y comenzó a hablar con frases del estilo «Mi vida es mi vida, y mi vida no es tu vida».

Al igual que la industria de la comida basura, la cultura popular americana se apoderaba de sus pequeños por las papilas gustativas estéticas antes de que ellos desarrollaran el gusto por la comida de verdad. Simplemente era «divertidísimo», en palabras de Lauryann. Sabía que si dejaba que mi hija se criara con aquellas series la perdería en un abrir y cerrar de ojos.

Le hacía ver lo que en mi opinión eran programas de calidad, como *People's Court*, *Judge Judy*, *60 Minutes*, *20/20* y *The Magic School Bus*. Solo el día de su cumpleaños le permitía elegir lo que quería ver.

Justo cuando creía que había logrado enseñar a Lauryann a diferenciar el bien del mal, un día recibí una llamada de su escuela para informarme de que mi hija de seis años tenía dolores estomacales. Dejé de escribir y fui a recogerla.

Los «dolores» de Lauryann desaparecieron como por arte de magia en cuanto traspasamos el umbral de la verja del colegio. Se pasó el resto del día jugando por la casa y haciendo lo que quiso. A la mañana siguiente, poco después de dejarla en la escuela, recibí otra llamada de la misma cuidadora para comunicarme que a mi hija volvía a dolerle el estómago.

—¿Puedo ir esta tarde? —pregunté.

—No. No nos responsabilizamos del cuidado de un niño enfermo. Tiene que venir a recogerla.

Tenía la sensación de que Lauryann mentía. Ella había visto cómo sufría yo de dolores de estómago. Decidí ponerla a prueba.

—Lauryann, cariño, ¿qué te ha pasado? ¿Otra vez te duele la barriga? ¡Oh, pobrecita! Vamos a casa y así podrás descansar.

Y, cogiéndola de la mano, nos dirigimos a casa.

Lauryann no tardó mucho en ponerse en evidencia. Olvidó el supuesto dolor que tenía y se

puso a cantar «Zip-a-Dee-Doo-Dah». Yo canté con ella hasta que cruzamos la calle.

Me quité la máscara de felicidad y, agarrándola con fuerza por los hombros, la miré a los ojos y le dije:

—No te duele la barriga, ¿verdad?

Como un ciervo iluminado de repente por unos faros, Lauryann se quedó paralizada. Luego admitió su culpa.

Cuando llegamos a casa, le dije que debía cumplir con mi obligación como madre.

—Esta no es la primera vez que mientes.

La primera vez fue cuando no le gustaba el almuerzo que le preparaba para el colegio. Lauryann tiraba a la basura el sándwich de mantequilla de cacahuete y hacía cola para que le dieran de comer en la escuela. Le contaba a la maestra que su madre no le había puesto nada de comer en la mochila.

Al cabo de diez días recibí una llamada de su profesora.

—¿Tiene dificultades económicas? En tal caso, debería solicitar una beca de comedor para que su hija pueda comer.

—Si le pongo cada día un sándwich en la mochila para el almuerzo —contesté.

Cuando Lauryann regresó del colegio, la sometí a un interrogatorio. Prometió no volver a mentir nunca más.

—Unos azotes te ayudarán a recordar —le dije—. Mi madre me pegaba cuando yo mentía de pequeña. Le sisé tres centavos para comprar una torta porque me moría de hambre. Yo no tenía nada de comer, no como tú, que tenías un sándwich. Me levantaba todos los días a las cuatro de la madrugada, lloviera o tronara, para ir al mercado. Cuando volvía a casa cargada con el cesto de la comida, estaba muerta de hambre. Mi madre me decía: «El hambre no debería ser razón para robar. El honor es lo que diferencia a los humanos de los animales». Mi madre me pegó con un tubo de goma que sacó del grifo.

Le conté a Lauryann que me desmayé en pleno castigo. Recordaba que al despertar me sorprendió ver una taza de leche junto a mi almohada. Cuando mi madre me dijo que me la bebiera, me eché a llorar. Yo sabía que la leche no era algo que mi madre pudiera permitirse.

Lauryann me dijo que estaba preparada para el castigo. Corrí las cortinas mientras ella se inclinaba boca abajo sobre mi cama. En cuanto le di el primer azote, se le quedó marcada en las nalgas la huella de mi mano. Rompí a llorar.

Lauryann me compadeció.

—Mamá —me dijo—, ¿por qué no coges una toalla y me la pones encima para que no se vea la señal de tus dedos?

Cuando le tapé las nalgas con una toalla, me dio mucha pena.

Lauryann no se movió mientras esperaba en silencio a que yo continuara.

Me obligué a seguir. Con cada azote, mi hija soltaba un grito sordo. Me dije que tenía que llegar hasta el final con mi misión.

Una vez que terminé, la abracé, y lloramos las dos. En aquel momento entendí cómo se habría sentido mi madre y lo que había tenido que superar para enderezarme.

Lauryann recordaría aquella azotaina siendo ya una jovencita. Me diría lo mismo que yo le había dicho a mi madre, que agradecía que hubiera cumplido con mi deber.

«Tú lo pasaste peor que yo —me diría Lauryann—. Yo sabía que tú me querías tanto que no soportabas no hacer lo correcto.»

Laurynn no tenía interés en hablar de mi divorcio de Qigu, pero quería saber qué era lo que más recordaba yo de mi vida con él.

—Recuerdo nuestra visita al consultorio dental de Bridgeport, en Chicago —comencé—. Era la primera vez que nos sobraba algo de dinero, sesenta dólares, después de pagar todas las facturas. Decidimos cuidar de nuestros dientes y fuimos a ver a un dentista por primera vez en nuestra vida. No queríamos acabar como nuestros padres, que habían perdido todos los dientes, y por treinta dólares podrían hacernos una limpieza dental a cada uno.

—¿Quién fue el primero? —preguntó Laurynn.

—Qigu. Al cabo de diez minutos lo vi salir corriendo de la consulta como si hubiera de un incendio. Limpiándose la boca ensangrentada, me contó que se había ido resbalando poco a poco de la silla mientras el dentista trabajaba con la fresa. Al final acabó en el suelo. Me dijo que el dolor era totalmente insoportable. No entendía cómo los estadounidenses podían pasar por aquello cada seis meses.

»Yo no quería pasar por el mismo dolor, pero si me iba perdería el dinero. Quizá mis dientes estén mejor que los de Qigu, pensé. Puede que el dentista lo tenga más fácil conmigo por ser yo una mujer, me dije.

—¿Y fue así? —inquirió Laurynn.

—En absoluto. Aguanté el dolor, pero no pude resistirlo ni un segundo más de lo necesario. Salí corriendo detrás de Qigu, que estaba en la sala de espera, sujetándose la boca con la mano.

—¡A ti también te sangra la boca! —exclamó—. ¡Ya te he dicho que no entraras!

—¡Lo he hecho por los treinta dólares! —le contesté entre dientes.

—¡No vendremos nunca más! —juró Qigu.

—¿Y qué te ha dicho el dentista de tus dientes?

—Me ha dicho que tengo treinta y cuatro años de suciedad acumulada como una fortaleza a lo largo de las encías. ¡Y que cuando sea viejo me quedará sin dientes!

A pesar de que las diferencias culturales y las barreras idiomáticas seguían provocando malentendidos, Lloyd y yo intentábamos cantarnos armoniosas melodías.

Una conversación típica entre nosotros podía discurrir de la manera siguiente:

—¿Me comprarás insecticida para obispos? —le pedía, al ver que se disponía a ir a Home Depot.

—Ah, vale, insecticida para avispas.

Lloyd ya no se molestaba en corregirme porque entendía exactamente lo que quería.

Tuve dos abortos después de que nos casáramos. Mi cuerpo no se había recuperado del trauma de dar a luz a Laurynn. Teniendo en cuenta mi salud, Lloyd sugirió que lo dejáramos. Me sentí triste por no poder darle un niño.

—Tenemos a Laurynn —dijo él.

Lloyd tenía una filosofía de la crianza de los hijos distinta de la de Qigu. Se definía a sí mismo como un «padre estadounidense atípico», del mismo modo que Qigu se consideraba un «padre chino atípico».

Qigu, que en la actualidad es profesor universitario de la Escuela del Instituto de Arte de Chicago, le decía a Laurynn que el sentido de la vida radicaba en «descubrir, explorar y entenderse a uno mismo». Lloyd, en cambio, creía que los estadounidenses se habían dejado llevar por el propio yo. «En Estados Unidos —decía— la vida gira única y exclusivamente en torno a complacer al propio yo!»

—¡Lauryann tiene derecho a expresarse! —insistía Qigu por teléfono—. ¡Hay que darle la libertad y la oportunidad para que lo haga!

Lloyd se negaba a ceder.

—¡A los parásitos no habría que darles derecho a expresarse o vivir como quieren a costa del dinero de los contribuyentes!

Puede que fuera el aire seco de California lo que provocó que la piel de los pies se me agrietara allí donde tenía las viejas cicatrices del campo de trabajo. Cuando al llegar la noche me miraba los pies y veía las uñas torcidas y la piel agrietada, recordaba aquellos tiempos en el campo en los que me pasaba meses enteros con los pies metidos en un barro lleno de estiércol, fungicida y pesticida durante la siembra del arroz.

Lloyd decía que mi vida anterior me perseguía. Yo respondía que eso no me incomodaba. Ahora disfrutaba rememorando el pasado. En mi mente veía la lluvia neblinosa calándome hasta los huesos. Recordaba cuando mis compañeras y yo nos quitábamos la ropa de trabajo mugrienta y llena de barro al final del día y la tendíamos en cuerdas en medio de la habitación para que se secara. Luego dejamos de molestarnos. La ropa no se secaba, y no nos quedaba energía para lavarla. Tampoco tenía mucho sentido, pues al cabo de unas horas debíamos ponérsela de nuevo. Así pues, nos pasábamos mojadas la temporada entera de plantación. Qué afortunada me sentía de haber dejado atrás semejante vida.

Lloyd me compró vitaminas y crema hidratante e insistió en que me pusiera crema en los pies todas las noches.

—Siendo marines, nos enseñaban a cuidar de nuestros pies —me dijo—. Antes que nada, tienes que ser capaz de caminar y correr.

Mientras Lloyd dormía a pierna suelta a mi lado, yo le remindaba los tejanos. Bajo la luz de la lámpara le cosía rodilleras con parches de tela mientras mi mente se distraía pensando: ¿cómo fui tan tonta en el campo de trabajo de no haber caído en ponerme un remiendo de tela gruesa bajo la ropa de trabajo para protegerme el hombro? En lugar de ello, siempre tenía ampollas en el hombro de la pértiga de bambú y a veces se me infectaban. Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, dije para mis adentros.

—Perdona —masculló Lloyd en sueños—, no me ha llegado la traducción.

Lloyd era testigo del esfuerzo que me exigía escribir. Sabía lo que quería, pero me costaba dar con las palabras que se ajustaran a lo que veía en mi mente y sentía en mi corazón. «Escritura muerta» era como llamaba yo a lo que me salía cuando carecía de poesía, de magia, de vida. Tenía que escribir muchos pasajes de aquellos para llegar a redactar algo que me pareciera aprovechable. A veces tardaba semanas o meses incluso en encontrar el flujo de palabras apropiado. Lloyd pensaba que contar con un entorno mejor para escribir me sería de ayuda.

—¿Por qué no conviertes el cobertizo de las herramientas que hay en la ladera en una cabaña para escribir? —me sugirió—. Así podrás tener soledad.

Lloyd se pasó el verano entero construyendo una escalera serpenteante y un camino pavimentado hasta la cabaña. Me recordaba las sinuosas escaleras que había en las colinas situadas detrás de la Ciudad Prohibida imperial de China. Ahora tenía vistas a las montañas del norte de California. Me hallaba rodeada de robles, camelias, magnolias y de ciervos, pájaros, pavos y ardillas. Por la mañana y por la noche pasaban volando las ocas de un lago cercano. Mi escritura floreció.

Me di cuenta de que escuchaba más música y óperas chinas. Comencé a permitirme añorar China, aunque no sabía precisar qué era lo que más echaba de menos. Se trataba de un dolor interno. No echaba en falta mi yo pasado. Sospeché que debía de tratarse del engaño de la distancia. El tiempo cura todas las heridas; cabía tener en cuenta además el modo en que la memoria se conservaba, reinventaba y representaba a sí misma. Con los años China se había convertido en mi Shakespeare. Mi China era hermosa, trágica y dramática.

Eran las anécdotas cotidianas de Lloyd lo que daba a mi vida una dimensión real. A través de él vivía Estados Unidos de una forma que de otro modo nunca hubiera llegado a conocer. Un día estábamos en el jardín, arreglando mis herramientas de jardinería rotas, un rastrillo y una horca. Lloyd abrió un paquete de JB Weld, un pegamento para metales, y me observó mientras yo aplicaba la pasta en los utensilios.

—El hecho de que a tus herramientas de jardinería se les caiga el mango una y otra vez pone de manifiesto cómo funciona el capitalismo —comentó—. Estados Unidos tiene la capacidad de construir naves espaciales que viajan alrededor de la Tierra y llegan hasta la Luna y Marte. Los fabricantes podrían mejorar el diseño defectuoso de estos sencillos utensilios, lo que ocurre es que no quieren. Lo que quieren es que gastemos dinero y compremos nuevas herramientas cada vez que se nos rompe una. Me alegro de que tengamos JB Weld. ¡Su rápida soldadura en frío lo pega casi todo!

Le dije a Lloyd que aquel momento me recordaba un famoso cuadro estadounidense.

—¿Qué cuadro? ¿Cómo se titula? —me preguntó él—. Te lo buscaré.

A Lloyd se le daba bien indagar y descubrir material para mí, por muy difícil que fuera encontrarlo. En una ocasión necesitaba información sobre el nombre de la cueva donde se hallaba la sepultura del emperador chino Qianlong de la dinastía Qing (que reinó entre 1735 y 1796), y Lloyd dio con ella.

—No sé cómo se titula —dije—. ¿*La jardinera y su marido*? Bueno, es un cuadro muy famoso.

La obra que Lloyd localizó por mí era *Gótico americano*, de Grant Wood, pintada en 1930.

—Sí, somos tú y yo —dije—. Aunque nosotros pondríamos otra cara. Deberíamos hacernos una foto posando igual después de arreglar la horca. Quiero que salgas con una gran sonrisa, enseñando todos los dientes. ¿Y si nos vestimos como la pareja del cuadro para Halloween?

El trastorno por estrés postraumático de Lloyd iba a peor. Teníamos peleas por ello. Lloyd insistía en que oía a alguien subiendo por las escaleras en plena noche. Ya no podía dormir tranquilo. Cuando yo le decía que eran alucinaciones suyas, él perdía los estribos. Se ponía a despotricar y aseguraba que encontraría a quien estuviera rondando por allí fuera y le pegaría un tiro. Comencé a temer por él. Salí de casa y estuve dos días sin hablar con él. El tercer día Lloyd acudió a la clínica más cercana para veteranos de guerra en busca de ayuda psicológica. Tras varias visitas con doctores y evaluaciones realizadas por tres terapeutas distintos, se llegó al diagnóstico de que Lloyd tenía una invalidez del treinta por ciento debido al TEPT. Volvió a casa con instrucciones de guardar bajo llave las armas y medicarse.

—No creo que estés tan mal —dije quitándole los medicamentos—. Los efectos secundarios de estos fármacos harán que enfermes. Todos los chinos que hemos sobrevivido a la Revolución Cultural tenemos TEPT. Si tu invalidez es del treinta por ciento, la mía es del sesenta.

—Pero te has puesto furiosa conmigo —repuso Lloyd—. No quiero hacerte enfadar.

—Para animarme solo tienes que comprarme un saco de abono.

—¿Abono? ¿Por qué no flores? Me encantaría comprarte flores.

—Necesito abono para el jardín.

—Las flores son mejores.

—Un saco de abono es mejor. Pensaré que son flores tuyas.

A partir de entonces, cada vez que nos peleábamos, Lloyd cogía el coche y regresaba con un saco de abono. Lo subía por las escaleras y lo dejaba en la terraza, apoyado en la barandilla que daba a la cocina, donde sabía que yo lo vería.

Lloyd tenía por costumbre comenzar a dar consejos cuando practicaba ejercicio, ya estuviera tumbado en el suelo sobre una esterilla o montado en su bicicleta estática mientras leía una revista o miraba los anuncios.

—Sé estricta desde el principio —le decía a Lauryann para cuando fuera madre—. Muéstrate tan dura como puedas aunque no te guste ser mala. Hay que dar amor con firmeza, como yo hago. No dejes que tus hijos elijan lo que comen o la ropa que se ponen, ni les des dinero ni regalos. Introduce faenas domésticas y tareas del jardín en su rutina diaria. Sé justa pero estricta. Y consecuente con tus decisiones. Siempre. No puedes castigar a un niño y luego echarte atrás si se queja. Cuando eso ocurre, pierdes tu autoridad... Pero ¡mira qué precio! ¡Si solo cuesta cuarenta dólares! ¡Tengo que mirar el tiempo que va a hacer!

Al cabo de un instante, Lloyd seguía hablando.

—Anoche me llamó una madre para preguntar cuándo acabaría la fiesta. Por detrás se oía a la hija diciendo: «¡Pronto!». La madre insistía: «¿A qué hora?». Y la chica: «¡Pronto!». ¡Yo habría explotado si hubiera sido mi hija! ¡Menudos fiesteros...! ¡Anda, en Target hacen un cuarenta por ciento de descuento por liquidación...! Lo que quiero decir es que puedes criar a un niño dándole todo tu amor, pero sin dejar que se desboque. ¡Los padres crean monstruos! Lo que necesitan esos niños mimados es un instructor de los marines... Un momento, aún tengo que mirar el tiempo. ¡Qué fuerte, hay un tipo que vive solo en un rancho, está divorciado y tiene sesenta y cuatro perros!

Llamábamos a esos momentos «monólogos de Lloyd». Lauryann y yo éramos sus apasionadas admiradoras. Lloyd me fascinaba no solo por su particular mentalidad americana, sino también por el impacto que tenía sobre mi hija. Influiría en la persona en la que ella se convertiría. Lauryann estaría una década entrenándose con Lloyd, además de aguantar sus explosiones. Yo era una esposa agradecida que cantaba en armonía con la tonada desafinada de mi marido, disfrutando de cada nota.

—Qué bien que a partir de ahora pueda llevar unas gafas de sol de verdad —dijo Lloyd después de que le corrigieran la miopía mediante una operación quirúrgica con láser—. Siempre he querido llevar unas gafas de sol como las del general Douglas MacArthur... Menudo imbécil. A lo mejor debería ponerme un par de estrellas en la gorra de béisbol. La gente me preguntará si soy un oficial. Responderé que sí, en vista de la cantidad de gente que miente hoy en día, aunque si me piden que les diga la verdad responderé que no.

Lloyd me hacía reír cuando decía algo que sería inaudito oír en boca de un chino, como por ejemplo «¡Mira ahí fuera, el bambú se te está poniendo duro!» o «No me gusta llevar bóxers porque la sensación de que los huevos me queden sueltos no resulta agradable. Una vez intenté ponerme unos calzoncillos de esos porque leí que eran más sanos, pero la polla me iba dando coletazos y las pelotas me colgaban hacia las rodillas».

En Lloyd veía lo que definiría como «un modelo de estadounidense seguro de sí mismo» para

que me entendiera un chino. Era una persona a gusto consigo misma. «Estoy clínicamente muerto. ¡De eso no hay duda!», me decía cuando perdía el mando a distancia de la tele por quinta vez en el mismo día.

Cuando Lauryann quería hacer algo que yo desaprobaba, me soltaba: «Mamá, tú no lo entiendes. En Estados Unidos funciona así». Por ejemplo, un día Lauryann volvió del colegio emocionada con la idea de hacerse una limpieza de cutis. Su mejor amiga, cuya madre tenía un salón de belleza especializado en tratamientos faciales, le había dado un vale de regalo. Cuando me enteré de que el tratamiento incluiría una depilación del vello corporal, me quedé horrorizada. Había visto las máquinas de afeitar eléctricas, y sus versiones femeninas hacían que rasurarse pareciera sexy. Nadie advertía a las chicas que una vez que empezaban, ya no podían dejar de hacerlo, ya que el pelo volvía a crecer más grueso y oscuro.

—¿Para qué necesitas una limpieza facial? —le pregunté—. ¡Solo tienes once años!

—¡En Estados Unidos se hace! —contestó Lauryann.

Yo agradecía mucho poder recurrir a Lloyd. Él era americano y sabía exactamente lo que pensaba Lauryann. Se le adelantaba antes de que ella abriera la boca. Le rebatía la excusa de lo que supuestamente «en Estados Unidos se hace» terminando la frase con un: «¡No te preocupes por si me vuelvo loco, porque ya lo estoy!».

No estaba preparada para enterarme de que Lauryann había sacado una puntuación por debajo de la media en el examen estandarizado para la escuela intermedia, los dos cursos previos al instituto que se realizaban entre los doce y los catorce años. Cuando llegaron las notas por correo, me las quedé mirando con incredulidad. En un intento de buscar una explicación, se me ocurrió que mi hija podría tener más desarrollado el hemisferio derecho del cerebro. Destacaba en muchas cosas; yo sabía que no era tonta. Aprendía los pasos de ballet sin esfuerzo y era capaz de memorizar *El lago de los cisnes* entero después de ver una sola representación. Cantaba canciones pop con solo oírlas unas cuantas veces en la radio. Hablaba chino con fluidez sin haber ido a una sola clase. Mis amigos chinos se quedaban atónitos al verla cantar canciones populares chinas y óperas del campesinado. No sabía leer música, pero aprendió ella sola a tocar el piano viendo vídeos en YouTube. Imitaba a la perfección acentos diversos, como el inglés británico más refinado, el de vaquero y el de indio. Se le daba bien dibujar, pintar e incluso bordar.

Yo habría animado a mi hija a explotar su vena artística si no hubiera tenido los pies planos, o de haber observado en ella una capacidad vocal superior, con la potencia necesaria para alcanzar al menos tres octavas. Compré cintas de casete de Whitney Houston, Mariah Carey y otras cantantes consumadas para que pudiéramos comparar el registro de Lauryann con el de ellas. Lauryann llegó a la conclusión de que era buena, pero nunca lograría ser lo bastante buena como para conquistar el mundo de la música.

Lloyd, por su parte, estaba impresionado con las llamativas improvisaciones que Lauryann hacía en el salón. A él le parecía que era una artista nata de talla mundial.

—Eres igual que el personaje de la madre de tus relatos —le decía Lauryann.

—¿Qué madre? —preguntaba Lloyd.

—La que compra los libros autopublicados escritos por su hija.

Yo expresaba mis opiniones y dejaba caer mis comentarios con cuidado, asegurándome de que Lauryann no sintiera que la menospreciaba. Veía que aquella era una cuestión delicada y la clave radicaba en mantener un equilibrio. Nutrir la confianza de Lauryann en sí misma siempre había sido mi prioridad, pero me negaba a dar, o alimentar, falsas esperanzas. Me parecía que mi deber

era cultivar la capacidad de mi hija para ver sus virtudes y aceptar sus defectos. Debía aprender a reorientarse y partir de cero de nuevo ante una situación en la que no dejaba de chocarse contra una pared.

Mis amigos habían tenido una actitud sensible y protectora para con Lauryann cuando ella era más pequeña. Muchos de ellos les decían a sus hijos que fueran amables con ella cuando jugaban con la consola. A Lauryann no se le podía desafiar. A primera vista, aceptaba su condición y parecía cómoda. Se hacía la tonta, pero en el fondo estaba decidida a superarse. Le garanticé mi apoyo en su lucha.

Cuando mi hija tenía unos cinco años, me la llevé a una firma de libros en una librería del sur de Los Ángeles. Sentada tras pilas de libros míos, aguardé durante tres horas. No se acercó ningún cliente. Al final apareció una señora que me pidió un autógrafo.

No me fijé en que Lauryann fue después tras ella. Cuando regresó, me susurró al oído:

—Mami, esa señora no es una clienta. Es la cajera de la librería.

Me volví hacia el mostrador y vi que era cierto; se trataba de la mujer a la que le había firmado un autógrafo.

—Si fuera tan buena como el autor que escribió..., ¿cuál es tu libro favorito? —le dije a Lauryann.

—Los de Dr. Seuss.

—Vale, Dr. Seuss, ¿vendría la gente a comprar mi libro?

Lauryann asintió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

A los pocos meses de casarnos, a Lloyd se le reventó el apéndice. Todo comenzó con unos retortijones de estómago después de la cena. Él lo achacó al estrés derivado de su trabajo como profesor. Se tomó un analgésico y se acostó temprano. A medianoche se despertó con un ataque de dolor. Como no quería molestarme, se aguantó. El dolor no desapareció. Al final salió a rastras de la cama, se hizo un ovillo en el suelo y se obligó a quedarse quieto sin hacer ruido.

A eso de las tres de la madrugada me despertó.

—Llama a una ambulancia —me dijo.

Aún casi dormida, marqué el número de teléfono de urgencias.

Cuando llegó la ambulancia, un enfermero le preguntó:

—Señor, dígame con qué número describiría su dolor, del uno al diez, siendo uno el más leve y diez el más intenso.

—¡Once! —respondió Lloyd.

Cuando me reuní con el médico que lo había atendido en el hospital, me enteré de que el apéndice le había reventado, y que eso le había provocado una infección. Me sentí fatal por no haber llevado a Lloyd al hospital antes. Él había soportado un gran dolor para no perturbar mi sueño.

El médico me explicó que había tenido que abrirlo para «limpiarlo por dentro». Al día siguiente, después de que lo operaran, llevé a Lauryann a que lo viera. Lloyd estaba entubado por todas partes, entre otras cosas a un frasco de suero que pendía de un pie. Horas antes le habían administrado un enema de bario para hacerle después una radiografía del intestino grueso. Con ello esperaban que evacuara.

Cuando le entraron ganas, Lloyd salió de la cama de un empujón y arrastró los tubos y el pie con el suero hacia el baño. Los cables eléctricos y los tubos le entorpecieron el paso.

—¡Maldita sea, no voy a llegar! —dijo—. ¡Me voy a cagar encima!

Miré a mi alrededor a toda prisa y vi una cuña cerca de la ventana. La cogí. Como si Lloyd fuera un bebé, tiré de él y volví a meterlo en la cama. Me puse su pierna al hombro, hice rodar su cuerpo a un lado y le coloqué la cuña bajo el culo a tiempo para recoger los residuos del enema de bario que expulsó a chorro.

Fui al baño y, tras vaciar la cuña en el retrete, la limpié y la llené de agua. Llamé a Lauryann para que me ayudara.

—Vamos a lavarlo.

—¡No! —gritó Lloyd tirando de la sábana para taparse las extremidades desnudas.

Sin hacerle caso, me volví hacia mi hija.

—¡Venga, manos a la obra!

Lauryann movió la cabeza de un lado a otro como el tambor de un mercader chino.

—Aguanta las sábanas —le ordené—. Vamos.

—No puedo —dijo Lauryann.

—¿Por qué no? —repliqué disgustada—. ¿Qué ocurre?

—Nunca he visto el pene de un hombre —contestó Lauryann.

—No pasa nada —dije. Y, volviéndome hacia Lloyd, añadí—: Perdona, tengo que pedirte prestado tu instrumento un momento.

Antes de que a Lloyd le diera tiempo a quejarse, arrastré a Lauryann hasta la cama y le metí la cabeza bajo la sábana.

—Ya has visto uno —dije—. ¿A que no da miedo? Estás en un hospital, se supone que solo tienes que pensar en ayudar.

Lauryann me escuchó con la vista fija en el pene.

Caí en la cuenta de que mi acción podría asustar a mi hija y perjudicarla de alguna manera imprevista. Para aplicar un control de daños, le pedí:

—¿Me dices lo que ves?

Tras un breve silencio, Lauryann contestó:

—Un pájaro en una bolsa.

—¿Un pájaro en una bolsa? —Intenté no echarme a reír—. ¡Bueno, más o menos es eso!

Pobre Lloyd, pensé.

—Siento la molestia —dije dirigiéndome a mi marido—. Solo pretendía ayudar.

Mientras mi hija sostenía la cuña, yo limpié los excrementos de Lloyd y le lavé el culo.

Al mirar atrás, me doy cuenta de que aquella fue la primera lección de la vida real que recibió Lauryann sobre fisiología humana en un entorno hospitalario. Para Lloyd fue su primera experiencia con la terquedad y locura de una mujer china. Tuvo que reconocer que fui útil y eficiente.

—De lo contrario habrías tenido que dormir cagado —dije—, o te habrías caído en el baño. Se te habrían saltado los puntos antes de llegar al váter.

El sueño comenzó con una imagen. Me vi a mí misma estancada una vez más. Volvía a estar en China, en la fábrica de ladrillos, que hacíamos con barro. Primero moldeábamos este en forma de torta y luego dejábamos secar al sol las piezas antes de enviarlas a que las cocieran en el horno. Mi carretilla de metal se había salido de su vía y no podía levantarla para ponerla de nuevo en su sitio. La llevaba cargada de tortas de barro; pesaba más de quinientos kilos. Yo estaba agachada, con la parte inferior de la espalda apoyada en la estructura metálica para empujarla con todas mis

fuerzas, pero la carretilla no se movía. Comenzó a diluviar. Me metería en una buena si no conseguía salvar aquel cargamento. Me responsabilizarían de acabar con el objetivo de producción de la fábrica.

Fue un sueño extraño, porque yo estaba despierta. Sabía en qué cama yacía y era consciente de que no me encontraba en China. Veía la luz de la luna reflejada en la pared y la cortina. Estaba en mi casa de Estados Unidos. Aun así, no podía despertar de aquel «sueño». Mi memoria se hallaba atrapada en el pasado mientras mi mente observaba sus intentos por salir del apuro. Con los ojos abiertos, grité sin voz y lloré sin lágrimas. Vi aterrorizada e impotente cómo la lluvia comenzaba a disolver las tortas de barro.

Rugiendo como un león, empujé la carretilla. Esta se movió, deslizándose, pero no llegó a colocarse en la vía, que para entonces estaba cubierta por un río de fango.

Fue entonces cuando oí el sonido del teléfono. Salí del sueño de golpe, me incorporé y cogí el auricular.

Al otro lado de la línea estaba mi padre. Que llamara desde China a aquellas horas de la madrugada hizo que me dieran escalofríos.

—Anchee —dijo mi padre con voz grave.

Enseguida intuí que había ocurrido algo terrible.

Como si recitara un antiguo poema, mi padre añadió:

—Tu madre se ha quedado dormida para siempre. Nos dejó anoche a las diez en punto.

—¿Dónde está? —Mi voz sonó fría e irreconocible.

—Está durmiendo. —Las palabras de mi padre se ahogaron en llanto—. Durmiendo para siempre.

Me entraron ganas de gritarle que dejara de utilizar la expresión «durmiendo para siempre». ¿Por qué no podía decir que estaba muerta sin más?

—¿Dónde está su cuerpo? —le pregunté; me resultó difícil pronunciar la palabra «cuerpo». Deseaba llegar hasta ella, abrazarla, yacer a su lado. Pero sabía que era demasiado tarde. Había perdido la oportunidad de despedirme de ella.

—Los vecinos me han ayudado. Han venido los del crematorio y he firmado los papeles. Tu madre ya está preparada para abandonar la tierra. No sé qué hacer. ¿Vas a venir? Tu hermano y tu hermana están en camino.

—¿Cómo murió? —quise saber—. ¿Era consciente de que se iba? ¿Pudo decir algo? A los setenta años se es muy joven para morir. ¿Sufrió? ¿Dio alguna señal? ¿Luchó contra ello?

Mi madre me había contado que su mayor temor era morir con dolor. Había presenciado cómo sus padres habían muerto sufriendo muchísimo. Me había planteado la opción del suicidio asistido en el caso de que su enfermedad se agravara. Yo le había prometido ayudarla cuando le llegara su hora. Me aseguraría de que no lo pasara tan mal como sus padres. Llevaba tiempo reuniendo información y seguía el trabajo del doctor Jack Kevorkian en la prensa. Asimismo, tenía apuntados Dinamarca y Oregón en la libreta como lugares que debía visitar para ampliar mi investigación.

—No creo que muriera sufriendo —dijo mi padre—. De hecho, estábamos esperando llevarla al hospital el lunes, que es hoy. Estaba débil, pero no había ningún indicio claro de que estuviera a punto de irse.

Me sorprendió que me diera miedo acudir junto a mi madre muerta. No estaba preparada para aceptar su muerte y no quería afrontarla. Deseaba verla viva, aguardando mi llegada como siempre había hecho. Había dado por sentado que mi madre siempre estaría allí, y que volvería a

verla cuando regresara a China. En todos aquellos años que llevaba intentando sobrevivir en América apenas la había visitado. En mi búsqueda de una vida más feliz, había olvidado lo que importaba de verdad. Me di cuenta de ello de repente, justo después de oír a mi padre pronunciando las palabras «dormida para siempre».

Había pasado demasiados días de Acción de Gracias y demasiadas Navidades sola en Estados Unidos, trabajando. Y lo pagué caro. No podía arriesgarme a que me denegaran el visado de regreso. No podía permitirme comprar un billete de avión. Solo podía soñar con nuestro encuentro. Una agradable escena de felicidad se representaba una y otra vez en mi mente. Siempre rebobinaba y reproducía cuando quería mi parte preferida, aquella en la que veía a mi madre apoyada en el alféizar de la ventana, esperándome. Y entonces un día aparezco como por arte de magia. La saludo con la mano. Ella no me devuelve el gesto, porque no sabe si son alucinaciones suyas. Tratándose de su vida, ella nunca había esperado que le sucediera algo tan maravilloso.

Me veía corriendo hacia ella con mis tejanos, mi jersey y mis zapatillas de deporte de factura americana. Tras recorrer el estrecho camino, atravesar el jardín comunitario, subir las escaleras inclinadas y llegar al fondo del oscuro pasillo, me lanzaba a los brazos abiertos de mi madre. Una y otra vez.

Aquel era mi día de Acción de Gracias, mis Navidades. El regalo que me hacía a mí misma, la promesa de que algún día iría a ver a mi madre cuando lo deseara. Pasaría todo el tiempo que quisiera con mi madre. Laurynn le ofrecería un espectáculo en el que bailarían y cantarían canciones americanas para ella. Yo estaba segura de que a mi madre le encantaría. Antaño era ella quien agasajaba a sus invitados y amigos con mis bailes y canciones. «El hecho de ser pobre no quita para hacer grandes regalos», solía decir.

Ahora todo se había detenido en el «dormida para siempre».

No quería ver el rostro de mi madre fallecida. Tenía miedo de mi propio pesar y remordimiento. Era abrumador. Había previsto viajar a China y visitar a mi madre antes del verano, pero sufrí varios desmayos. Me puse nerviosa porque no sabía a qué se debían. Tuve que dejar de conducir por temor a perder el conocimiento en cualquier momento. Era consciente de que arrastraba falta de sueño. Para descartar la posibilidad de un tumor cerebral, mi médico insistió en que me hiciera una resonancia magnética. En aquel momento estaba esperando los resultados.

Me llamaron de la consulta del doctor. Aún estaban analizando la resonancia que me habían hecho la semana anterior.

—Los resultados pueden llegar en cualquier momento —dijo el médico—. Es importante que se quede donde está para que pueda ocuparse del problema a la mayor brevedad, ya se trate de una oclusión o de un tumor cerebral.

No asistí al entierro de mi madre. Vi las fotos que hizo mi padre. La persona muerta que aparecía retratada no se parecía a ella, por lo menos no a la imagen que yo recordaba de ella. Intenté no contar los días que había pasado con mi madre desde mi llegada a Estados Unidos. Era lamentable.

Ser inmigrante significaba dejar atrás a tus seres queridos, dejar una parte de ti misma «dormida para siempre».

Me encantaba ver a Lauryann y Lloyd jugando al ajedrez. Me deleitaba con las pequeñas tácticas de mi hija que ella había aprendido del propio Lloyd. Para distraerlo, Lauryann le preguntaba sobre temas con los que sabía que le tiraría de la lengua.

—Me chiflan las golosinas —decía ella—. A todo el mundo le chiflan.

Lloyd se picaba y se ponía que echaba humo.

—Las golosinas te destrozan el sentido del gusto y te impiden disfrutar de los sabores naturales de los alimentos. Además, causan diabetes y cáncer...

Antes de que terminara su diatriba, descubría que Lauryann le había arrebatado los caballos y los alfiles.

—¿Y qué me dices del listillo del monopatín, Lloyd? —le preguntaba Lauryann—. ¿Puedes contar otra vez esa historia? Mamá no la conoce.

Lloyd caía en la trampa de nuevo.

—Pues resulta que estaba yo esperando a que el semáforo se pusiera en verde, y vi a ese joven cruzando la calle con la luz roja. Era el típico gilipollas quinceañero, ya sabes, de esos que flipan consigo mismos. Iba con la cabeza rapada, gafas de sol, anillos y cosas por todas partes. Me cabré porque pensé en cómo había arriesgado mi vida en Vietnam defendiendo a hijos de puta como él.

—Eh, Lloyd, te toca. Por cierto, ¿y la camiseta menguante de Walmart?

—No me provoques con eso. Para empezar, la tela es superfina. Cuando lavé la única camiseta que he comprado en Walmart, se encogió tanto que se quedó del tamaño de un pañuelo.

—¡Jaque mate! —anunciaba Lauryann.

Le enseñé a Lloyd un poema chino. Se titulaba *Lluvia*. El autor era Du Fu (712-770), de la dinastía Tang.

*La buena lluvia sabe cuándo caer.
Se presenta solo cuando la primavera la invita.
Dejándose llevar por el viento, humedece la noche.
Y cuida de la tierra en un silencio discreto.*

—La lluvia representa el amor de los padres —interpreté—. «Cuando la primavera la invita» se refiere al momento en que el niño está preparado, y «silencio discreto» significa hacer el trabajo de un modo ingenioso. Es decir, ser estratégico.

Aunque yo le decía a Lauryann que lo único que le pedía era que se esforzara al máximo, ella sabía que yo no me refería a que se conformara con sacar bienes o notables. No me perdonaría a mí misma no ser capaz de poner de manifiesto el verdadero potencial de mi hija. Había presenciado el desdichado resultado del amor con firmeza que había aplicado Lloyd con su único hijo.

Yo no quería seguir el mismo camino. Desde el nacimiento de Lauryann, había deseado ser la

discreta lluvia que empapara y nutriera la tierra. Quería ser la primavera en sí. En el espejo del baño tenía un letrero en el que ponía CONTROLAR LOS IMPULSOS. Sin embargo, a menudo no podía evitar actuar de un modo impulsivo. Por ejemplo, cuando Lauryann tenía unos tres años, le picó un bicho. Se le hinchó un lado del labio. No tenía sentido ponerle un vendaje, pero ella insistió. Quería que le vendaran toda la boca. No había duda de que no estaba preparada para hacerme caso.

Decidí complacer su deseo y le vendé toda la boca. Al cabo de una hora, presa de la frustración por no poder hablar, me pidió que le quitara el vendaje. Entonces le restregué por las narices su insensatez.

Otro ejemplo tuvo lugar en Arizona, adonde me invitaron a asistir como oradora en un festival literario. Me llevé conmigo a Lauryann, que en aquel momento tenía unos siete años. En el hotel donde nos alojábamos había una piscina al aire libre. Mientras mi hija se ponía el bañador, fui a comprobar la temperatura del agua de la piscina. Estaba helada. Cuando regresé, le dije que darse un baño allí no era buena idea. En lugar de hacerme caso, Lauryann echó a correr hacia el agua. Yo la seguí, gritando:

—¡No te metas en el agua, por favor! ¡Está fría!

Podría haberla alcanzado sin problemas y detenerla, pero dejé que cogiera ventaja a propósito. Siguiendo su estela de regocijo, fingí no poder alcanzarla.

Lauryann logró llegar hasta el borde de la piscina y saltó. Se llevó una impresión con el agua fría. Cuando volvió a salir a la superficie, gritó:

—¡Mami! ¡Mami!

Dejé pasar unos instantes para que se diera cuenta de la situación antes de ayudarla a salir del agua. La envolví en una toalla y la abracé. Cuando paró de tiritar, le pregunté:

—¿Qué has aprendido?

—A esc... escuchar a mamá.

En otra ocasión Lauryann se adentró en una zona plagada de mosquitos cuando visitamos una aldea de la China rural. Además de ir con pantalones cortos, se negó a ponerse el espray antimosquitos. Tuve que obligarme a no interferir en su decisión para dejar que aprendiera la lección por sí misma. Y así lo hizo. Nunca más volvió a salir del motel sin el repelente de mosquitos. Debo admitir que me atormentó pensar que mi hija pudiera exponerse a la malaria.

Constantemente tenía que recordarme a mí misma que no debía cortarle las alas. Cuando Lauryann me dijo que estaba harta de practicar ballet en el aparcamiento de la iglesia, le permití que lo dejara. Como consecuencia de ello, los pasos no le salieron del todo bien en el Concurso Estadounidense de Danza y por unos puntos se quedó sin la medalla de oro. Su profesora de ballet, que se había formado en China, se negó a creer que Lauryann se había esforzado al máximo.

—Si hubieras practicado lo suficiente —le dijo—, habrías clavado los pasos. Los movimientos te habrían salido con total naturalidad, y habrías ganado.

Lauryann rompió a llorar y reconoció que la profesora tenía razón.

Para mi cuadragésimo sexto cumpleaños le pedí un regalo a mi hija. Quería que aprendiera a cambiar un neumático. Lauryann tenía once años. Saqué la idea de un relato de prensa acerca de una madre que, a punto de morir de cáncer, había grabado unas cintas de vídeo para preparar a sus hijos. Yo le dije a Lauryann:

—Si mañana me muerdo en un accidente, me gustaría saber que he hecho todo lo posible por

prepararte.

Me senté a su lado para retirar juntas el neumático del coche. Lauryann no estaba contenta, pero lo hizo para complacerme. Le dije que era el mejor regalo de cumpleaños que había recibido aquel año.

Yo había estado aprendiendo de mi hija estadounidense desde que ella empezó el parvulario. En una reunión de padres y maestros, la profesora comentó:

—Lauryann no tiene un solo hueso de maldad en su cuerpecito.

Mi hija fue elogiada por hacerse amiga de un niño discapacitado llamado Wilson, que sufría una grave deformación de la cabeza.

—Había otros niños que ni se le acercaban, pero Lauryann se hizo amiga de él —me informó la maestra—. Está siempre a su lado, y lo hacen todo juntos.

—Eres muy amable por haberte hecho amiga de Wilson —le dije a mi hija—. Estoy orgullosa de ti.

—Mamá, ha sido Wilson —contestó Lauryann.

—¿A qué te refieres con que «ha sido Wilson»?

—Que el amable ha sido Wilson, no yo.

Me sorprendió descubrir que nadie jugaba con Lauryann. Wilson era el único que le había ofrecido su amistad.

Una tarde como otra cualquiera, a su regreso del colegio, Lauryann anunció que le encantaba la biología. Iba a cuarto de primaria.

Deseé presentarme a su profesora y agradecerle que hubiera ayudado a mi hija a creer en sí misma. Llevaba años preocupada ante el hecho de que a Lauryann se le resistieran las matemáticas y las ciencias. Nada podía sonarme más dulce que oírle decir: «¡Me encanta la biología!».

Yo veía que podía llevar la vaca hasta el río, pero que no podía obligarla a beber. Si había algo que me apasionaba y en lo que ponía todo mi empeño era en presionar a Lauryann todo lo posible sin quebrantar su espíritu.

«A ver si sabes instalar el sifón en P. ¡Me temo que este es un trabajo para un maestro fontanero!», le decía a Lauryann repitiendo la frase que me había inventado y había ensayado tantas veces.

Otro ejemplo: «¡Menudo progreso en la ascensión al Everest de las matemáticas! ¡Yo en este examen habría sacado un cero patatero!».

Cuando Lauryann intentó decidir cuál era su ámbito de interés, yo le «aconsejé» en un tono animado: «A ti te pegaría ser vendedora. ¿Biología? ¿Medicina? ¡Eso es demasiado duro!».

Me hizo mucha ilusión cuando mi hija me lanzó una mirada de «Cierra el pico y lárgate». Era justamente la reacción que esperaba de ella, y me puse contentísima cuando me desafió matriculándose en todas las asignaturas que yo le había «sugerido» que evitara, como matemáticas, informática e ingeniería mecánica. Aunque no le fueron bien, se trató de una experiencia inestimable.

En la misma época en la que Lauryann conoció la existencia del doctor Frankenstein, le leí el relato chino «El matrimonio del dios del río», una historia sobre la lucha de un viejo juez chino contra la superstición. El anciano puso fin a la práctica de ahogar a niños como ofrenda al dios del río. Mientras se lo leía, me imaginaba a Lauryann en una misión como profesional de la medicina. La veía caminando en medio de la oscuridad, atravesando el desierto en una noche sin

luna para llegar a un rincón perdido del mundo para salvar vidas. No podía evitar distraerme con aquellos pensamientos.

Lloyd, por su parte, decidió adoptar el papel de poli malo. Cuando Lauryann le pedía que fuera a recogerla a algún evento deportivo y se retrasaba unos minutos, él se marchaba aunque por el retrovisor la viera aparecer saltando y haciéndole señas con la mano. Lloyd se negaba a ponérselo fácil. «En la vida real el tren no espera —le decía él—. Tenías un móvil, así que podrías haberme avisado con tiempo de que te retrasarías.»

La táctica de Lloyd resultó ineficaz cuando Lauryann se convirtió en una adolescente. Instaló un mecanismo de bloqueo en la puerta principal para que ella no pudiera entrar en casa aun teniendo llave. Él esperaba que Lauryann estuviera de regreso a la hora convenida. Los fines de semana no se le permitía llegar más tarde de las diez y media de la noche. En varias ocasiones se retrasó y no avisó por teléfono. Lauryann llamó a la puerta, pero Lloyd se negó a abrirle. En pro de un frente unido, sentí que no me quedaba más remedio que apoyar a Lloyd, aunque mi corazón estaba con mi hija.

En lugar de suplicar, Lauryann llamó a sus amigas. Al final pasó la noche en casa de una de ellas, de cuyos padres «normales» recibió comprensión y un cuenco de palomitas.

Cuando Lauryann tenía dos años la llevé a China, con la esperanza de que aprendiera a valorar su vida en Estados Unidos. Se lo pasó tan bien que se enamoró de China. En los dieciséis años siguientes regresó allí cada año.

Mi tierra natal se había transformado en la década que yo llevaba fuera. En Shangai, un perfil arquitectónico espléndido, boutiques de moda y restaurantes de lujo habían sustituido la vieja zona residencial donde yo me crié. El moderno sistema de metro de alta tecnología era más eficiente que el de Europa. Todos los parientes y amigos a los que visitamos llevaban una vida próspera. Aunque se quejaban del estrés laboral, el creciente coste de la comida y los suministros, la burocracia gubernamental y la escasez de ahorros en el banco, todos ellos tenían un techo bajo el que cobijarse, el estómago lleno, una vivienda privada y un váter propio.

En comparación con el número de personas sin hogar que poblaban las calles de Bombay, Nueva York y San Francisco, en Shangai no parecía haber indigentes. Un mendigo ciego me engañó en una estación de tren. Yo pretendía darle a Lauryann una lección de compasión y le pedí que sacara cinco yuanes, pero ella se dio cuenta de que se trataba de un timador profesional. No solo no era ciego —luego lo vimos contar el dinero—, sino que además era un ladrón que al día siguiente andaba ocupado en la esquina de un cruce abarrotado robándoles la cartera a los transeúntes.

Lo mejor de las vivencias de Lauryann en China era que le permitían tener una visión más ecuánime del país que la que se enseñaba en los colegios de Estados Unidos. Los telediarios y los libros de texto retrataban una China propia del pasado, una nación atrasada. Los compañeros de clase de Lauryann le preguntaban incluso:

—¿Ya te han buscado marido?

De nada servía que ella les explicara:

—¡Los chinos ya no llevan trajes Mao, no están en campos de trabajo y no se ven privados de libertad!

La clase entera, incluida la profesora, se negaba a creerla.

Lauryann decidió hacerse oír. Se propuso hacer cada día un desfile de modas con ropa

comprada en China. Se convirtió en la envidia de sus amigas del instituto, para las que la moda era lo más importante. Todas soñaban con llevar conjuntos tan sexis como aquellos que ella llevaba. Lauryann se deleitaba con ello y siguió con su plan. Le encantaba contarles a las chicas que se compraba todas las prendas y complementos en la «China comunista asolada por la pobreza» a un precio que equivalía a la décima parte de lo que costaban en Estados Unidos. Al final la profesora le comentó en tono burlón: «Pero, Lauryann, ¿cuándo vas a acabar con este desfile de modas?».

Lloyd pensaba que Lauryann necesitaba «corregir» y «mejorar» la lente a través de la cual veía su felicidad.

—Fíjate en los anuncios de la tele —le decía—. Los productos están concebidos para resultar de lo más tentadores, atractivos y adictivos para los niños. Tu generación se ha criado con el mensaje de que si quieres de verdad a alguien, ¡tienes que comprarle cosas! Los anuncios dicen: «¿Quieres a tu bebé? Pues cómprale leche con calcio. ¿Quieres a tu hijo adolescente? Pues cómprale un coche. ¿Quieres a tu novia o esposa? Pues cómprale una joya. ¿Te quieres a ti mismo? Pues cómprate un lifting o una liposucción. ¿Quieres a tus nietos? Pues compra un seguro de vida. ¿Quieres a tu familia? ¡Pues compra unas vacaciones organizadas!». ¡Y los niños se sienten «castigados» si sus padres no les compran «cosas»!

Me maravillaba ver cómo Lloyd intentaba abrirle los ojos a Lauryann ante la realidad.

—Tendrás suerte si acabas haciendo aquello que no soportas —añadía—. Solo en la tele ocurre que la mayoría de la gente hace lo que parece apasionarles. Fíjate, el repartidor sonriente, el portero sonriente, el vendedor del supermercado sonriente, el guardia de seguridad del turno de noche sonriente. Sí, está contentísimo por no poder cenar con su familia... No es que tu madre sea tan tonta que no sepa cómo premiarse y gastar el dinero. Anchee, cuéntale a tu hija cuáles son tus sueños aparte de convertir la terraza en un jardín chino lleno de flores.

—Pues me gustaría ir a clases de piano —comenzaba yo—. Me gustaría reunir una colección de libros de arte, construirme un estudio de pintura con un caballete de ruedas enorme y una paleta a juego, vestir con ropa de diseño, aprender a bailar, apuntarme a un gimnasio y mantenerme en forma...

—Ya. Y en lugar de eso, mamá está ahorrando para que yo vaya a la universidad —decía Lauryann.

—Está dispuesta a renunciar a todos sus sueños por ti —replicaba Lloyd.

—¡Yo soy su gran sueño! —exclamaba Lauryann.

—Así es. Pero ¡lo que quiero decir es que no pienses ni por un instante que lo único que tu madre ha sabido ser y ha querido ser era una rueda más del engranaje!

Agradecía que Lloyd expresara en voz alta mis pensamientos. Además de contarle a Lauryann infinidad de historias sobre Alejandro Magno, Sócrates, Platón y Aristóteles, Lloyd me ayudaba a inculcarle a mi hija la ambición de volcarse tanto en los estudios como en el deporte.

—Tu vida depende de ti —decía él—. A mi madre le dijeron que yo nunca sería capaz de leer ni escribir debido a mi dislexia. Sin embargo, ella me contó que ya había perdido a mi hermano a manos del analfabetismo y no estaba dispuesta a que yo le fallara. Me pegaba con una percha y me obligaba a aprender a leer, y lo logró.

—Tú no vas a utilizar una percha conmigo, ¿verdad, Lloydie? —bromeaba Lauryann—. Eh, ¿qué me dices de la convivencia pacífica?

—¡Jamás!

En 2003 Lloyd contrajo una serie de infecciones sinusales graves que se prolongaron en los años siguientes. Siguió dando clases mientras se medicaba con antibióticos. El virus invadió sus pulmones, y le diagnosticaron bronquitis. El aire del aula le molestaba tanto que le costaba respirar. El médico le dio un inhalador que contenía esteroides. En casa no dormía bien. Se pasaba la noche resollando. Yo tenía poca idea de la gravedad de la afección de Lloyd. Lo animaba a que continuara trabajando porque solo le quedaban dos años para jubilarse. Pero un día lo llamé al término de su última clase y apenas lo oía.

—¿Por qué susurras? —le pregunté.

Lloyd intentaba hablar, pero no le salía la voz. Entonces me di cuenta de que el aire del aula estaba acabando con él. Cada día impartía cinco clases, una detrás de otra, con una pausa de cinco minutos. Lloyd estaba tan agotado que su cuerpo era incapaz de curarse. La infección respiratoria fue a peor, pero él siguió yendo a clase. Me dijo que no tenía más remedio; los alumnos abusaban de los profesores sustitutos.

—Saben que el suplente no se va a quedar.

Presa de la preocupación, fui a verlo un día hacia las seis de la tarde, después de que se hubieran marchado los estudiantes. El campus estaba vacío y en silencio. Llamé a la puerta de su aula y descubrí que no estaba cerrada con llave. La empujé para abrirla y me quedé horrorizada al ver a una persona con la cabeza de una fiera sentada detrás de la mesa principal.

Se trataba de mi marido; llevaba una máscara de gas que le tapaba la cara.

Lloyd se la quitó y dijo que le ayudaba a filtrar lo que fuera que hubiera en el aire del aula que le hacía enfermar. Con la máscara puesta, podía respirar sin resollar. Como no quería asustar a los estudiantes, se la ponía únicamente cuando estaba solo en la sala. Había estado corrigiendo trabajos y preparando las clases del día siguiente.

Le rogué que lo dejara. Insistí en que se jubilara de inmediato. Habíamos visto morir de cáncer a dos de los mejores amigos y colegas de profesión de Lloyd poco después de que se retiraran. Prefería que mi esposo perdiera parte de su pensión a que perdiera la vida en su puesto. Tras su jubilación en 2005, Lloyd dejó de sufrir infecciones respiratorias y sinusales.

—¿Salto con qué? ¿Con pértiga? ¿Qué es eso de salto con pértiga? —le pregunté a Lauryann—. ¿Es un deporte reglamentario? ¿Cómo es que nunca lo he oído?

Lo único que podía relacionar con una pértiga era la que utilizaba para transportar estiércol en el campo de trabajo.

—Mamá, es lo que he escogido porque Lloyd y tú os habéis empeñado en que practique algún deporte para así poder demostrar que soy una estudiante «completa» en las solicitudes de ingreso en la universidad.

Me sorprendió que su entrenador, Randy, creyera sinceramente que Lauryann merecía su atención. La entrenaba como si tuviera aptitudes para ir a las olimpiadas.

—Esto nunca ocurriría en China —le comenté a Lloyd—. Los niños que no tienen la complexión y resistencia de un atleta jamás recibirían la menor atención por parte de un entrenador.

Bajo las órdenes de Randy, Lauryann, que tenía miedo hasta de una mosca, acabó sonriendo después de muchas lágrimas y moretones. En menos de tres años se convirtió en una atleta que competía a nivel estatal. Ganó el primer puesto en varias ocasiones y batió el récord en los Campeonatos de la Sección de la Costa Norte. Alcanzó los tres metros sesenta y ocho centímetros.

Me enteré por un vecino que me dio el periódico en el que salía una foto de Lauryann saltando por encima de la barra.

Vi el vídeo que Randy envió vía YouTube. La grabación captaba el momento en que Lauryann batía el récord. Al reproducirla a cámara lenta se apreciaba cómo volaba por el aire. El salto y el giro en las alturas parecían propios de una coreografía. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras observaba las imágenes. Una vez más recordé lo que hacía grande a Estados Unidos, que cualquier persona normal y corriente tenía la posibilidad de luchar y ganar.

Me llevé un disgusto al descubrir que Lauryann, a sus dieciséis años, veía las cosas de otra manera. Ella se definía a sí misma como alguien dulce, alegre y obediente por fuera y deprimida por dentro, situación que atribuía en parte al hecho de que nunca hubiera superado mi divorcio. La separación de su padre biológico la había dejado con un sentimiento persistente de abandono. Yo había compartido con ella en muchas ocasiones mi visión del asunto: que mi matrimonio con su padre estaba destinado al fracaso, que no estábamos hechos el uno para el otro y que lo mejor que había salido de aquello era nuestra hija, es decir, ella. Sin embargo, aquella no era la historia que Lauryann parecía necesitar, y seguía sufriendo.

Con el fin de compensar la pérdida de Qigu y ayudarla a tender un puente, la llevé a China para que pudiera establecer vínculos afectivos con sus padres. Durante quince años cruzamos el océano Pacífico religiosamente en un viaje de ida y vuelta. Aun así, la herida de Lauryann no cicatrizó. Por muy estrecha que fuera mi relación con mi hija, no supe ver los indicios del gran dolor que sufría a nivel psicológico. Como ella no quería herir mis sentimientos, siempre mostraba su lado amable.

La explosión se produjo a su regreso de un campamento de liderazgo. Lauryann me contó que había compartido con sus compañeros sus emociones más profundas, y que por primera vez se había venido abajo y había expresado su dolor.

—¿Qué dolor? —pregunté, sorprendida.

—El dolor de que me abandonaran —contestó.

Fue entonces cuando me di cuenta de que todas las conversaciones que había tenido con ella a lo largo de los años no habían servido de nada. Con su revelación vi que me acusaba de haber sido egoísta y cruel al optar por el divorcio. Yo no podía evitar sentir que el problema era Qigu. Él había dejado de pagar la pensión de manutención, pero no de ejercer influencia sobre Lauryann. En las contadas ocasiones en las que había hecho el esfuerzo de ver a su hija, intentó convencerla de que la irresponsable era yo. Provocó en Lauryann el síndrome de que «la hierba al otro lado del monte es más verde». Cuando yo dejaba que ella lo visitara durante los veranos en China, Qigu la colmaba de afecto y regalos. Le compró un iPod cuando «molaban». La alojó en un hotel de cinco estrellas de Pekín que pagó uno de sus admiradores. La invitó a exóticas fiestas y banquetes donde Lauryann conoció a sus estudiantes, coleccionistas, críticos y otros artistas colegas suyos.

Lauryann se dio cuenta de que se había perdido muchos buenos momentos con Qigu. Aunque lo cuestionaba, pues criticaba su holgazanería y sus malas costumbres, se consolaba con él. Posteriormente reconoció haber fantaseado con la idea de llevar una vida distinta con Qigu.

El sentimiento de inadecuación de mi hija me llenaba de inquietud. Me disgustaba oírle decir que «la versión de Qigu de la historia le cuadraba». Yo me había afanado en controlar los daños causados por el divorcio, pero a Lauryann le bastaba pasar unos días con su padre para caer en un pozo de autocompasión y aversión hacia sí misma.

—En vez de compadecerte de ti misma, deberías sentirte agradecida por haber escapado del desastre que era nuestro matrimonio —le decía yo levantando la voz—. ¿Por qué no puedes ver la verdad tal como yo la veo? ¿Por qué no puedes aceptar la vida tal como es y enfrentarte a ella como lo hago yo? Cuando yo llegué a Estados Unidos...

—¡No empieces, mamá, por favor! Ya sé lo que vas a decir. Que no sabías inglés, y que no tenías dinero ni conocías a nadie... Me consta por lo que has tenido que pasar, mamá, pero lo que yo estoy viviendo es distinto..., lo mío es un dolor de otro tipo. No creo que puedas entenderlo. De hecho, no creo que quieras entenderlo. Sé que no debería sentirme así. No dejo de recordarme que lo tengo todo, gozo de buena salud, no tengo leucemia ni el VIH, no sufro ninguna deformación y mi cuerpo no presenta ninguna disfunción. Me he dicho a mí misma que debo salir de este estado de tristeza, o lo que sea que me provoca este puñetero dolor psicológico. He intentado convencerme de que no estoy destrozada. Pero ¡así es como me siento por dentro!

Ver a Lauryann de aquel modo me aterraba.

—Mamá, ojalá pudiera entender por qué siento esta necesidad, esta inseguridad, esta dependencia de la aprobación de los demás. Me digo a mí misma que no es así como soy. Me veo atrapada en este agujero negro que me está volviendo loca. Estoy harta de fingir que soy perfecta. ¡Quiero dejarlo! He estado lanzándome contra un muro de acero una y otra vez, pensando que el muro se convertiría en una cortina de flores. No sé si algún día llegarás a aceptarme tal como soy. He visto ese vídeo en YouTube del chico que se suicidó y he pensado: «Bueno, al menos él ha puesto fin a su sufrimiento».

Si tuviera que señalar un momento en el que tuve la sensación de estar a la altura como madre, diría que fue aquel. Sentí que tenía lugar el gran salto, el paso de una madre china con recursos limitados a una madre estadounidense tocada por el poder del amor y la comprensión del arte de amar. La información y los conocimientos estaban a mi alcance, a partir de lo que había aprendido en mi propia vida y de los demás, pero la transformación en sí no se había producido hasta aquel momento. Oí el sonido espléndido del clic imaginario. No podía cambiar el pasado o convertir a Qigu en un padre más atento, pero podía resistir a la tentación de culparlo y apelar en cambio a mi propio papel en la vida de Lauryann. Aprovecharía la oportunidad que mi madre nunca había tenido, la oportunidad de sintonizar de verdad con mi hija. No sentí duda ni temor. En ningún momento me planteé un «y sí», un «tal vez» o un «quizá más adelante», sino que actué movida por un sentimiento de absoluta certeza.

—El amor de una madre puede contaminar, envenenar, dañar y destruir tanto como fortalecer y proteger —comencé.

Un tanto sorprendida, Lauryann apartó las mantas que le tapaban los hombros desnudos. Se sentó en el sofá y se inclinó hacia mí.

Le conté que si bien yo nunca había sido cruel en mi vida, sí que había tratado con crueldad a mi madre tras mi llegada a Estados Unidos.

—Al mirar atrás, aún me pregunto si el sacrificio no fue demasiado grande —dije. Fue un acto de liberación, una necesidad por mi parte, como retirar las tiras de tela con las que tantas mujeres chinas tenían los pies vendados. Sentía que debía dar la talla—. La educación estadounidense me había cambiado el carácter. Me veía lo bastante fuerte como para expresarme por primera vez con mi propia voz, la voz de mi yo más sincero, ante mi madre, la persona a la que yo más amaba en el mundo y que menos me conocía.

Comencé a escribirle cartas para acabar con la imagen ideal que mi madre tenía de mí. Había llegado un punto en el que me indignaba mi propia falta de honradez. Estaba más que harta de que

mi madre fingiera no ver mis defectos. Le escribía diciéndole que nunca había sido perfecta. Su niña modélica, su bandera, nunca había existido. Yo le había robado y había vendido los libros de mi padre para comprarme un caramelo. Había mentido a mi madre siendo ya adulta. Le había contado que todo iba bien cuando en realidad las estaba pasando moradas y tenía una aventura amorosa. Me sentía abatida por no ser capaz de solucionar mis problemas. No se me ocurrió pensar que había alterado mi propia realidad.

—Mi madre no quería darse por enterada de que Qigu y yo estábamos divorciados —proseguí—. Pero yo seguía relatándole lo que quería hacerle oír. Me había propuesto llegar hasta el fondo de ella, desmontarla, obligarla a aceptarme tal como yo era. Le conté lo mal que me iba en Estados Unidos, que trabajaba de criada y limpiadora en obras, que no podía encontrar un empleo normal que me permitiera conseguir la ciudadanía estadounidense. Quería que mi madre apreciara mi yo que estaba esforzándose al máximo por desarrollar todo su potencial. Necesitaba su apoyo y aprobación.

»Pero ella no se dignaba dármelos. Se negaba a aceptar mis fallos. Mi verdadero yo la indignaba. Cerraba los ojos y miraba a otro lado. Mi padre dijo que en el pasado mi madre esperaba mis cartas con impaciencia, y que se ilusionaba cuando oía el timbre del cartero a primera hora de la mañana. Pero ahora tenía miedo. No quería abrir mis cartas. «¡No!», decía cuando mi padre se ofrecía para leérselas.

»Cuando visité China, le revelé lo peor. Le mostré la cicatriz, le conté lo de la violación y lo del intento de suicidio fallido que había llevado a cabo en el pasado.

La imagen de mi madre tapándose los oídos se me quedó grabada en la memoria. Tenía los ojos cerrados con fuerza. Le temblaba todo el cuerpo mientras me suplicaba:

—No sigas, por favor. No sigas.

Recuerdo que seguí hablando, escupiendo palabras hirientes a voz en grito mientras sollozaba.

—Estás matando a tu madre —me dijo mi padre—. No lo merece.

Fuera el sol comenzó a ponerse. Al caer la tarde, la oscuridad convirtió los árboles en dibujos recortados en papel negro.

—Hasta que no te tuve a ti no comencé a entender a mi madre —le dije a Lauryann—. Mi madre vivía para protegerme incluso cuando me decía algo tan hiriente como «Debería darte vergüenza». Su filosofía de que el amor no hace daño fracasó. Yo hice todo lo que pude para ir en contra de sus intereses. «No es el arroz sino la falta de leña lo que hace que el arroz quede medio cocido», dice un proverbio chino. Mi madre no tenía leña suficiente; murió sin conocer mi verdadero yo. Si algo lamento, es eso precisamente. La quería muchísimo y deseaba que me conociera, pero mi madre nunca me permitió llegar hasta ella. Por eso te agradezco la oportunidad que ahora me brindas. Quiero conocer tu verdadero yo. Lo es todo para mí.

A Lauryann se le llenaron los ojos de lágrimas. Tendió las manos para coger las mías.

—En el momento en que hice añicos el espejo en el que mi madre veía mi yo perfecto —continué—, ella se rompió por dentro. No me cupo la menor duda. Pero mantuvo la calma y no mudó el semblante. Así fue como se enfrentó a ello. Se aferró en silencio a su convencimiento día tras día, mes tras mes, año tras año. Debía de creer que merecía ser castigada, que no me había criado bien. En una ocasión me dijo que consideraba su vida un fracaso por no haber llegado a ser la profesora que quería. Era una maestra que nunca había logrado contener a una clase. Yo era su única oportunidad de demostrar al mundo que no era una «Maestra Idiota». Yo era su orgullo, su creación, su única obra de arte. Yo era su integridad y su dignidad. Mi éxito sería la prueba de que

ella no había desperdiciado su vida. Yo era la personificación de su valía. Sin embargo, no podía dejar que se vanagloriara de ello.

»Ahora que está muerta, y que entiendo su amor, me odio a mí misma por haberle hecho sufrir. Vivo con el pesar de haberle fallado, y no quiero que tú sientas un remordimiento tan espantoso. Quiero que sepas que no deseo tener una hija perfecta. Porque ese no sería tu verdadero yo. Imposible. Sería una farsa. Puedes ir a una tienda de trofeos y comprar una pared entera de premios y estandartes. Engañarías a todo el mundo menos a ti misma. Yo amo tu yo verdadero, el que se lanza contra un muro de acero una y otra vez con la esperanza de que se convierta en una cortina de flores. Creo que tú eres perfecta. Tu valentía y coraje para ser quien realmente eres hacen de ti la hija perfecta. Me has complacido durante todo este tiempo, y tienes mi aceptación y aprobación.

—¿De todos mis defectos y dudas y toda mi confusión? —preguntó Laurynn secándose sus lágrimas primero y luego las mías.

—De todos tus defectos y dudas y toda tu confusión —respondí con una sonrisa acercándola hacia mí para abrazarla como solía hacerlo cuando era pequeña.

SEXTA PARTE

Las puntuaciones que obtuvo Lauryann en el PSAT —el examen preliminar de aptitud académica que suele realizarse en Estados Unidos en mitad de la educación secundaria— se consideraban bajas en comparación con las de otros estudiantes de familias asiaticoamericanas. Hacía unos años me había dedicado a investigar sobre dicha prueba con el mismo afán que había empleado cinco lustros atrás para conseguir el visado estadounidense. Lo que descubrí fue que en las oficinas de admisión a las universidades, en especial a las de élite, compararían las puntuaciones de Lauryann con las de otros aspirantes asiaticoamericanos. Aunque mi hija era una de las mejores estudiantes de su instituto público, los resultados que obtuviera en aquellos exámenes podrían frenarla.

Por muy valiente que Lauryann fingiera ser, el miedo y los nervios paralizaban su capacidad para sacar el máximo rendimiento de sus aptitudes en las pruebas.

Lloyd la animaba.

—El miedo es la mejor motivación —le decía—. Yo dejé de mordermelas hasta que me sangraban, pero en los marines me enderezaron. En cuanto el instructor me vio hacerlo, me dijo: «¡Para ya, gusano!». Y paré. Debes aprender a mirar al miedo de frente y decir lo mismo.

—Sí, como si decir «Para ya, gusano» funcionara en mi caso —repuso Lauryann—. Ni que fuera una varita mágica.

Si en el SAT, la prueba de acceso a la universidad, sacaba una puntuación inferior a dos mil doscientos, significaría que tendría muy pocas posibilidades de que la aceptaran en una universidad de élite. En el seno de la comunidad asiaticoamericana, la barrera de la desigualdad racial era una realidad implícita aunque conocida. Las familias de origen chino aceptaban lo que no podían cambiar y se esforzaban más si cabe.

Al igual que otros padres chinos, yo le repetía a Lauryann una y otra vez:

—América te acogerá y te ofrecerá lo mejor si demuestras que eres un material de medalla de oro. Todo se basa en lo que tú puedes hacer por América.

Le sugerí que se considerara una ciudadana de segunda.

—Más vale que sepas la verdad. Si en Estados Unidos se aceptara una competición sin distinción de raza, las universidades de élite del país estarían llenas de los asiáticos que más se esfuerzan. ¿No has oído a los americanos decir «Tienes menos posibilidades que un chino»? Pues eso es lo que eres tú, un chino.

Le pedí a Lloyd que trabajara conmigo para ayudar a Lauryann a mejorar su expresión escrita. Si bien su nivel de lectura y escritura se consideraba excelente en el instituto, en el examen del PSAT sacó una puntuación baja, sobre todo en la prueba de redacción: seiscientos veinte sobre ochocientos.

Lloyd se ofreció a ayudarme con mucho gusto, pero puso una condición.

—Solo utilizaré un bolígrafo rojo —dijo.

—¿Qué clase de condición es esa? —quise saber.

Lloyd me explicó que en Estados Unidos, con el fin de proteger la autoestima de los estudiantes, se animaba a los profesores (por lo menos en el instituto donde él trabajaba) a no emplear un bolígrafo rojo para corregir los trabajos de los estudiantes. A estos no les gustaba ver los comentarios de los profesores escritos en rojo, según les comunicó a los docentes en una ocasión un administrador de distrito en una reunión de personal. Los padres se habían quejado de que a sus hijos les incomodaba la tinta roja.

—Pues en China, durante miles de años, los profesores no han empleado otra tinta que no fuera roja —observé.

—¡Me enfadé tanto que compré dos docenas de bolígrafos rojos cuando me dijeron que dejara de utilizarlos! —exclamó Lloyd.

—¿Y los has usado? —preguntó Lauryann.

—No. No quería quedarme sin trabajo.

—Tu boli rojo será bien recibido por mi parte —dijo Lauryann.

Lloyd consultó en internet y encontró más de cuarenta propuestas que podían servir como temas sobre los que escribir en el SAT. Con eso bastaba para que Lauryann pudiera realizar un ejercicio de redacción cada semana durante todo el curso escolar.

Antes de comenzar la práctica, Lauryann se ponía el despertador para que sonara al cabo de veinticinco minutos. Le costó acostumbrarse a escribir una redacción en tan poco tiempo. Cuando terminaba, se la entregaba a Lloyd, quien la corregía y le ponía nota. Si en alguna ocasión contada conseguía un seis sobre seis, lo celebrábamos. Cuando sacaba un cinco, nos sentíamos bien, pero si no pasaba de un cuatro o un tres, nos sentábamos a hablar de cuál era el problema. Lauryann y yo analizábamos las críticas en rojo de Lloyd y luego ella volvía a escribir la redacción entera, en ocasiones varias veces, hasta que llegaba a un seis. De vez en cuando yo discrepaba de la opinión de Lloyd. Entonces repasábamos los tres juntos la redacción y decidíamos cuál era la manera de enfocar la corrección.

Tras un año de prácticas, Lauryann consiguió sacar un cinco o seis en cada redacción. Lloyd y yo teníamos plena confianza de que estaba preparada. Era capaz de plantear un punto de vista único y ecuánime acerca de cualquier tema y podía escribir una redacción en veinticinco minutos, el límite de tiempo que se daba en una prueba del SAT. Lauryann tenía un buen dominio del inglés y unos conocimientos de gramática sólidos. Lloyd se había pasado nueve años regalándole solamente libros con los que pensaba que se lo pasaría bien y aprendería, iniciativa que había surtido el efecto deseado. Lloyd le prestó su *El señor de los anillos*, y yo le presté mi *Jane Eyre*, además de proporcionarle una amplia variedad de citas que me habían servido de inspiración en mi propia vida. Me sorprendió no solo la rapidez con la que Lauryann mejoraba, sino también la madurez de sus opiniones. Ella también parecía estar segura de que le iría bien en la prueba de redacción.

Tras esperar con impaciencia los resultados del SAT, nos llevamos un gran chasco al ver que Lauryann no había logrado mejorar de forma significativa. Sacó seiscientos cincuenta sobre ochocientos, solo treinta puntos más que en el examen anterior. Ateniéndonos a la explicación de Lauryann de cómo se había manejado en el ejercicio, Lloyd y yo no entendíamos por qué le habían puesto una nota tan baja en la redacción. ¿Qué había ido mal? ¿Habría sido porque le habíamos enseñado a no tener miedo de intentar exponer sus ideas de un modo creativo? Según ella, se había sentido cómoda durante la prueba, sin miedo, sin nervios.

Yo me quedé más abatida que Lauryann. Me tomé sus resultados como una derrota propia.

—En teoría un examinador debería ser imparcial, y la mayoría son justos —dijo Lloyd—,

pero el factor humano siempre desempeña un papel en la nota. Puede que en este caso te haya quitado puntos porque no seguiste la fórmula esperada al escribir la redacción. Lo que pasa es que nosotros no creíamos en esa manera de enseñarte.

Lloyd y yo fuimos incapaces de convencer a Lauryann de que, siempre y cuando pensara que se había esforzado al máximo, lo demás no importaba. Ella debía sentirse orgullosa por el hecho de que nosotros dos le habíamos dado la puntuación más alta. Pero esto no le sirvió de mucho consuelo, y siguió teniendo sus dudas acerca de sus aptitudes para escribir.

«Campo de entrenamiento de mamá», así fue como mi hija definió nuestro siguiente viaje a China. Por mucho que ella se hubiera comprometido a cumplir con un programa de estudio en casa, le resultaba difícil ceñirse a él. Se veía distraída constantemente por invitaciones a fiestas, llamadas de amigos, mensajes de texto, peticiones para chatear por Skype y Facebook y el último vídeo de moda en YouTube. Lauryann estaba enganchada a internet. Cuando la amenazaba con desenchufar el ordenador, me gritaba: «¡Mamá, estoy esperando la respuesta de una amiga que me ayuda con los deberes!».

En cuanto Lauryann acabó las clases, coincidiendo con la llegada del verano, me la llevé a China. No le pregunté si le apetecía venir conmigo, y tampoco le revelé mi plan. Pagando quince dólares al día por una habitación de motel a las afueras de Shangai, creé un entorno en el que Lauryann pudiera concentrarse en sus libros de prácticas del SAT mientras yo trabajaba en mi manuscrito. «No saldremos de esta habitación hasta que alcancemos el objetivo del día», anuncié.

Lauryann sabía que su madre estaba en «modo dictador», y no le quedaba más remedio que obedecer. Debido al jet lag y a la diferencia horaria, nos levantábamos alrededor de las tres de la madrugada y nos poníamos a trabajar de inmediato. Para desayunar y comer, íbamos a Mr. He's Dishes, enfrente del motel, o a la tienda de fideos que había al final de la calle. Para hacer ejercicio, caminábamos hasta el piso de los abuelos de mi hija. Si Lauryann conseguía una puntuación de setecientos veinte tras realizar las prácticas pertinentes, le daba permiso para ir de compras al centro de Shangai.

Las matemáticas siempre habían sido su punto débil. Lloyd y yo no entendíamos sus libros de texto de esta materia. Lo único que podíamos hacer era comprarle más libros de ejercicios. A Qigu, en cambio, no le preocupaba. «¿Qué razón hay para hacerla sufrir con las matemáticas? —decía por teléfono—. Mientras sepa contar dinero, ya le irá bien.»

Yo ya había instruido a Lauryann antes, y el resultado había sido gratificante. De eso hacía mucho, cuando mi hija tenía siete años, con las tablas de multiplicar. Lauryann era muy lenta y, para que fuera más rápida, yo eliminaba las palabras que había entre los números, como, por ejemplo, «por» e «igual a» en «dos por dos igual a cuatro». Lauryann memorizaba la frase como «dos-dos-cuatro» para ahorrar tiempo. Ahora, años y años después, seguimos haciendo ejercicios hasta que consiguió obtener una puntuación media de setecientos veinte en las prácticas.

Los ejercicios agotaban y aburrían a Lauryann. Para que descansara, la llevaba a una peluquería cercana, donde por cinco dólares le lavaban el pelo con champú y le daban un masaje en la cabeza. La chica que lo hacía tenía la edad de mi hija, unos dieciséis años. Era de la provincia de Anhui. Era bonita y muy delgada. Nos enteramos de que había comenzado a trabajar de peluquera a los quince años. Vimos que estaba dolorida. Tenía la piel entre los dedos agrietada. Cuando le pregunté qué le ocurría, me contestó que aquella era la consecuencia de tener las manos mojadas con champú catorce horas al día.

—Mis manos no tienen descanso —dijo.

—Podrías llevar guantes protectores, ¿no? —sugerí.

—Sí, pero a los clientes no les gusta —respondió—. Les gusta sentir la punta de mis uñas masajéandoles el cráneo.

—¿Y si te empeñaras en llevar guantes? —le pregunté.

—Los clientes se irían a otra parte —contestó la muchacha—. Hay muchas chicas como yo intentando encontrar trabajo.

Tras regresar al motel, pensé en la joven y en sus manos dañadas.

—Es hija de alguien —le dije a Lauryann—. Yo no soportaría que trabajaras así. Me mataría.

Al día siguiente, Lauryann madrugó y se puso a hacer los ejercicios de matemáticas sin rechistar.

Cinco meses más tarde sacó un setecientos noventa sobre ochocientos en la prueba de matemáticas del SAT.

Durante sus años de estudiante, Lauryann buscaba desesperadamente la aceptación de sus compañeros. Llegaba hasta el extremo de aparentar ser tonta. Había hecho lo mismo de pequeña. Para mantener su amistad con Foooh-Fann, optó por rebajarse. Verla dudar de sí misma y quitarse mérito me dolía. Me sentía culpable porque creía que esa actitud tenía que ver con mi divorcio.

—Sacas malas notas a propósito —concluyó Lloyd tras interrogar a Lauryann.

Ella confesó que era cierto.

—¡No quiero que me odien!

Algunos de sus compañeros la habían regañado y llamado puta y cabrona porque había hecho los deberes. La acusaban de hacer quedar mal a los demás.

Yo ignoraba el alcance de las batallas de mi hija. Simplemente aquello no me cabía en la cabeza. Algo así sería inconcebible en China. Sus compañeros de clase le exigieron que dejara de levantar la mano para contestar a las preguntas de los profesores. Como no lo hizo, un chico le quitó las gafas y la empujó a empujones con ella entre clase y clase.

Lloyd decidió quejarse al distrito escolar, pero yo lo detuve.

—¡Harás de Lauryann un enemigo público! —Hubiera dejado que Lloyd lo hiciera si quien mortificaba a mi hija hubiera sido un solo individuo—. Pero ¡es la cultura de la escuela entera! ¡Es un temporal que Lauryann no puede capear!

Tras reiterados incidentes, solo quedaba una opción: cambiar de colegio.

Si bien Lauryann tuvo que soportar una vez más la incomodidad de ser una recién llegada, el acoso sufrido en la otra escuela la había curtido y se adaptó con rapidez.

Lloyd se sintió orgulloso de ella cuando en la graduación del instituto la honraron como alumna completa, dotada tanto para los estudios como para los deportes. Lo curioso fue que los numerosos premios que le concedieron no impidieron que Lloyd le escribiera una carta en negrita que decía:

La graduación del instituto significa que:

La ley ya no te protege.

Tienes que empezar a pagar el lugar donde vives.

Tienes que empezar a pagar tu propio seguro médico.

Pierdes la libertad de contestar a tu jefe.

Te pasas el día embolsando alimentos, atendiendo mesas o sacándote un título universitario que te garantice unos ingresos fijos.

Eres responsable de tus préstamos para estudiar y tus deudas.

¡LA DIVERSIÓN SE ACABA A LOS 18!
¡PREPÁRATE PARA SOBREVIVIR EN ESTA VIDA!
¡BUENA SUERTE!

No hay palabras para describir la emoción que sentí cuando mi hija fue admitida en la Universidad de Stanford. Había solicitado estudiar biología. Hasta que Lauryann no imprimió la carta de admisión y no la leí palabra por palabra, no creí que fuera real. Lloyd reaccionó diciendo:

—¡Vaya, al final ha valido la pena que se las hicieras pasar canutas todo este tiempo!

Los tres lo celebramos y reflexionamos juntos sobre lo lejos que habíamos llegado como familia. Compartimos risas y lágrimas. Para asombro de Lloyd, Lauryann y yo le revelamos «nuestros» secretos. Mi hija reconoció haber escrito en el pasado «Odio a mamá» en su diario y yo confesé haber tramado una «conspiración» utilizando a Lloyd como arma. A menudo me aprovechaba de sus malas pulgas para tenderle una trampa. Echaba leña al fuego humeante de Lloyd y luego me cruzaba de brazos para verlo explotar.

—Ahora que soy una chica Stanford, ¿qué me dices, Lloyd?

Lauryann levantó los brazos y ambos chocaron las manos en alto.

—Oh, vas a estar como el pez en el agua —contestó Lloyd riendo—. Te vas a divertir como nunca, y tu madre y yo dejaremos de existir. Serás como un cachorro que menea la cola cuando le hacen cosquillas. Me he fijado en tu lenguaje corporal. Cuando hablas de chicos, te animas. Ayer nuestra vecina Betsy me dijo: «¡Ay, cuánto vas a echar de menos a Lauryann, con lo encantadora que es!». Y yo le contesté: «Pues no». A lo que ella repuso: «Eso lo dices ahora. Ya verás como sí la echas de menos». Y yo pensé, pero ¿qué le pasa a esta mujer americana? Los críos tienen que irse de casa. Yo me fui a Vietnam con su edad. Pero Lauryann se va a Stanford... ¡a pasárselo en grande!

—Eh, Lloyd, no te dejes llevar demasiado por tu amor con firmeza —dijo Lauryann riendo—. No te contesto porque quiero que chochees a gusto. Eso sí, recuerda que un día puede que necesites que te dé de comer con cuchara cuando cumplas los ciento treinta años. Sé buen chico, Lloyd, compórtate y sé razonable.

Sonreí de oreja a oreja a mi hija, convertida en una joven de metro sesenta y ocho y cincuenta kilos rebosante de salud y belleza. Su abuela estaba contentísima de que hubiera superado la altura anunciada por el predictor. Lauryann estaba lista para salir al mundo. Al cabo de unos meses nos llamaría para agradecernos que la hubiéramos preparado tan bien; sacaba sobresalientes en las clases de redacción. «Por lo visto, los profesores de aquí piensan que sé escribir», comentó, aunque le importaba más subir las notas en matemáticas, física y química hasta alcanzar «el nivel de Stanford».

Han pasado veinte años desde la publicación de mi primer libro, *Azalea roja*. Sandra Dijkstra, mi agente, sigue siendo la misma a la que conocí en Chicago, una mujer llena de entusiasmo, hermosa, eternamente joven y superior en lo que hace. Se la conoce como el Tigre de la Puerta, alguien que ha logrado catapultar a autores desconocidos a la fama. Ha sabido causar furor una y otra vez en el panorama literario y es una leyenda en sí misma.

Mi editor de tantos años, el señor Anton Mueller, es responsable del éxito de mis libros desde *Madame Mao*. Mi primera editora fue la señorita Julie Grau, que se encargó de la edición de *Azalea roja* y que en la actualidad es una profesional extraordinaria. Todavía recuerdo el día en que conocí a Julie. Acudió a Chicago en avión desde Nueva York. Me reuní con ella en su habitación de hotel. Cuando llamé a la puerta, me abrió una joven que no llegaba a los treinta. Miré detrás de ella porque supuse que mi editora sería una mujer mayor de pelo cano y quizá con un cigarrillo en la mano. La juventud y la belleza despanpanante de Julie Grau no encajaban con la imagen que me había hecho.

Anton Mueller y yo tardamos años en desarrollar una relación sólida entre editor y autora. Tuvimos nuestros momentos de choque cultural. Anton aprendió a lidiar con mi tozudez, susceptibilidad y voluntad. Ha sido un copiloto excelente y fue quien convenció a su editorial de que publicara *Madame Mao* cuando nadie más quiso apostar por ello. A Anton no le cabía la menor duda de que dicha obra tenía potencial para convertirse en un best seller, y estaba en lo cierto.

Una psiquiatra me dijo en una ocasión que la razón por la que yo escribía acerca de China era que echaba de menos mi país. Me convenció de que escribir me ofrecía la manera de sobrellevar mi añoranza. En un principio negué dicho análisis, pero después de veintisiete años me di cuenta de que la psiquiatra no se equivocaba.

Con el tiempo llegué a identificarme con Pearl S. Buck, la novelista estadounidense que ganó un Premio Nobel por su obra *La buena tierra*. Entendía su grito: «¡Mis raíces deben morir en China!». Pearl Buck sufría por ser incapaz de desprenderse de China, su hogar durante cuarenta años, y su amor por China la acompañó hasta la tumba. En su lápida solo había una inscripción con tres caracteres chinos, su nombre en chino. Eso era todo. Lloré de la emoción cuando visité su sepultura en su casa de Pennsylvania.

Yo no tenía necesidad de hablar de mi añoranza porque China nunca había abandonado mi mente. Amaba mi país con toda mi alma y todo mi corazón, aunque me sentía afortunada de haber escapado de él. Consideraba que el hecho de que a veces me sintiera desarraigada, desorientada y aislada formaba parte de ser estadounidense. El hecho de poder entender el sufrimiento causado por el sentimiento permanente de pérdida y desplazamiento me hacía mejor escritora.

Escribir acerca de China me ha permitido mantenerme en contacto con mis raíces. Tras *Madame Mao*, continué con *Wild Ginger*, *La ciudad prohibida*, *La última emperatriz* y *La perla de China*. Mi objetivo era establecer una «galería de retratos literaria» que mostrara a las mujeres más destacadas de la historia de China desde la antigüedad hasta nuestros tiempos.

Si bien catalogaba mis novelas históricas como ficción, me tomaba muy en serio la veracidad de mis narraciones. *La ciudad prohibida* era una historia real sobre una muchacha llamada Orquídea de una aldea de la provincia más pobre de Anhui que se convirtió en la última emperatriz de China y gobernó durante cincuenta años. Evitaba alterar en exceso mis personajes.

Cuando escribí *La última emperatriz*, la continuación de *La ciudad prohibida*, se me planteó un dilema. Me di cuenta de que el argumento sería más atractivo si me tomaba ciertas licencias creativas con los personajes y reinventaba determinados sucesos. Pero decidí no hacerlo. Me parecía importante que mis lectores obtuvieran un conocimiento sólido de China. Mi interés se centraba en la lucha de Orquídea por mantener China unida durante la peor etapa de su historia. El entretenimiento no debía ser mi único objetivo. Temía engañar a mis lectores. Me he topado con numerosos libros y artículos que falsean la realidad de China. Si optaba por manipular la historia en pro de una historia más comercial, le estaría haciendo un flaco servicio a Estados Unidos.

No podría estarle más agradecida a Anton Mueller por apoyarme y mantenerse a mi lado. Trabajar con él y Sandra Dijkstra ha sido lo más importante de mi vida. Me constaba que Anton estaba sometido a mucha presión, pero su compromiso inquebrantable y su fe en mí han quedado más que patentes.

Cuando Anton dejó Houghton Mifflin Company y se pasó a Bloomsbury Publishing, me vi ante la disyuntiva de seguirlo o cambiar de editor. Sandra Dijkstra analizó conmigo los pros y los contras, como hacía siempre. Se trataba de un momento crítico en mi carrera. Al final decidí seguir a Anton. La relación que habíamos desarrollado a lo largo de los años era insustituible. Bromeé con Sandra Dijkstra acerca del motivo que me había llevado a seguirlo hasta su nueva editorial: «Anton es lo malo conocido».

No tengo quejas sobre la manera en que mis libros han sido publicados salvo por un detalle que se ha repetido en mi biografía. En ella se decía que fui «reclutada» para interpretar un papel protagonista en las películas de madame Mao. Dicho dato simplifica en exceso mi historia y da una impresión equivocada. El concepto de «reclutamiento» no existía. Por aquel entonces China se hallaba bajo la dictadura de los Mao. Yo trabajaba en el campo y estaba pasando la azada por un algodón cuando los cazatalentos de propaganda de Shangai de madame Mao se fijaron en mí. Buscaban individuos que poseyeran la «belleza proletaria» para protagonizar los filmes de madame Mao por toda China. En ningún momento me preguntaron si quería ir o no al Estudio de Cine de Shangai y participar en las películas de propaganda de madame Mao, que eran como los anuncios de campaña actuales y que en última instancia perseguían allanarle el terreno para que sucediera a su marido en la presidencia del país. Simplemente me dieron una orden que yo debía acatar. Mi voluntad y mi talento no contaban; yo era la rueda que encajaba en el engranaje.

Estaba tan centrada en arar mi campo literario que no prestaba atención a cómo estaba cambiando el mundo de los lectores. Cuando recibí la noticia de que *La ciudad prohibida* había sido seleccionada como candidata a los Premios Británicos de Literatura de 2006 en la categoría de Mejor Lectura del Año, pensé que sería como los otros premios que había recibido, en los que no había tenido que hacer nada. Tiré a la basura la pila de tarjetas de vivos colores que venían con la carta de notificación del premio.

Lauryann recuperó la carta y las tarjetas de la basura. Me dijo que mi libro figuraba en la misma lista que *Harry Potter*. Y que además había una invitación a una cena de gala.

—Mamá, ¿vas a ir a Inglaterra para asistir a la ceremonia de entrega de los premios? —me preguntó Lauryann.

—No lo creo —contesté—. Ya sabes que me mareo en los viajes. No me apetece volar.
—Pues esta vez vas a ir, mamá.
—¿Por qué?
—Vas a estar con J. K. Rowling.
—¿Quién es J. K. Rowling?
—La autora de *Harry Potter*.
—¿Y por qué habría de molestarla?
—Porque quiero que le pidas un autógrafo para mí.

Oí que anunciaban mi nombre, seguido de una música. Al levantar la mirada, vi la portada de *La ciudad prohibida* proyectada en una pantalla gigante. A continuación, pusieron una grabación que un equipo de televisión británico había filmado unas semanas atrás. Salían escenas tomadas en mi casa, seguidas de unas imágenes mías en San Francisco con el puente Golden Gate al fondo, y otras en el Jardín de Té Japonés del parque Golden Gate. Enfocándome con los objetivos, las cámaras me hicieron un primer plano final. El resto de los invitados de la mesa se volvieron hacia mí, incluida J. K. Rowling.

¡Este es el momento!, pensé. ¡Pídele el autógrafo! Antes de que pudiera abrir la boca, J. K. Rowling señaló hacia la pantalla con la cabeza y me preguntó:

—¿Esa chica tan guapa es su hija?

Era la imagen de Lauryann vestida como la joven Orquídea. Al productor le pareció una buena idea contar con una «ayuda visual» y ella aquel día estaba disponible. Se mostró encantada de echar una mano. El equipo la disfrazó y la paseó por el Jardín de Té Japonés con una sombrilla china de color rosa en la mano. Tenía un aire de princesa innato.

—Sí, es mi hija, Lauryann. Y... ella me pidió que le preguntara... si podría firmarle un autógrafo.

—¡Por supuesto! —J. K. Rowling cogió la tarjeta que le di y la firmó.

Respiré aliviada y pensé ¡Misión cumplida!

Al regresar a casa, le entregué la tarjeta a Lauryann, que la leyó en voz alta con acento británico: «¡Ha sido una verdadera maraviiiilla conocer a tu madre! J. K. Rowling».

De repente sentí que nunca había alcanzado cotas tan altas a juicio de mi hija.

Volví a China en el verano de 2010. Lloyd y Lauryann me acompañaron.

—¡Vamos a explorar mi tierra natal para el blog ilookChina.net de Lloyd! —anuncié.

Desde que lo había creado, Lloyd había recibido varios cientos de miles de visitas. Quería dedicar más tiempo a conocer China en profundidad. Esta vez tenía previsto visitar la zona sudoeste del país y ver el gran río Yangtsé y la presa de las Tres Gargantas. Yo deseaba estar de vacaciones, relajarme y pasarlo bien. Hacía más de veinte años había estado en muchos lugares de China trabajando con equipos de rodaje, pero lo único que recordaba era una estampa de sufrimiento y desesperación. Ahora quería dar las gracias por lo que tenía visitando de nuevos aquellos lugares.

Mientras tanto, siguiendo la tradición china, fui a «devolver» a Lauryann a su abuelo Viejo Frank y su abuela Nai Nai, los padres de Qigu. Con ello pretendía decirles: «He cumplido con mi cometido como nuera». La admisión de Lauryann en la Universidad de Stanford ya les había hecho sonreír en sus sueños. El abuelo Frank comentó que Lauryann había glorificado a los grandes antepasados de la familia Jiang. Americanizada como estaba yo, aún me sentía en contacto con mi

yo chino. Para mí era importante ser una buena nuera. Buscaba la aprobación de mis suegros, y me complació poder reportarles una gran alegría.

Después de que Qigu y yo nos divorciáramos, mis suegros me prohibieron visitarlos. Temían los cotilleos de los vecinos. Preferían que no me acercara a su casa cuando iba a dejar a Lauryann. Hasta al cabo de dos años, con Qigu feliz ya en su segundo matrimonio, no me permitieron entrar en la vivienda cuando se ponía el sol. Aunque la situación me resultaba incómoda, entendía los sentimientos de aquel par de ancianos. Por el bien de Lauryann, intentamos llevarnos bien.

Con los años me gané el respeto y la confianza de mis suegros, hasta que al final levantaron la prohibición. No solo les contaron a los vecinos que yo era su hija adoptiva, sino que además me invitaron a visitar su casa a cualquier hora, del día o de la noche. Había logrado su afecto siendo una nuera obediente. Lo cierto era que no podría haberme importado menos lo que pensarán de mí. El motivo de mi «buena conducta» era que yo creía que Lauryann tenía derecho a conocer a sus abuelos. Les agradecía su amor y cariño; Lauryann había llegado a ser todo para ellos.

Justo cuando Viejo Frank se disponía a recibirnos, sufrió un infarto. Tuvo suerte de que iba en un taxi. El conductor lo llevó hasta el hospital local. Lauryann estaba a su lado cuando Viejo Frank abrió los ojos. Al recibir un beso y un abrazo de su nieta, el anciano se echó a llorar. Cancelamos todos nuestros planes y pasamos los diez días siguientes junto a su cabecera.

—Lloyd ha venido a viajar y conocer China —me dijo Viejo Frank—. ¡Estará aburriéndose y pensando que está perdiendo el tiempo!

—¿Te aburres, cariño? ¿Sientes que estás perdiendo el tiempo? —le pregunté a Lloyd.

—¡Todo lo contrario! —contestó él—. Tengo la sensación de que me han dado la gran oportunidad de conocer a los chinos y la importancia que tiene para ellos la familia. Estoy orgulloso de Lauryann porque parece saber cuál es el verdadero valor de la vida.

—Es una chica sensata —coincidió Viejo Frank—. Un divorcio es algo difícil en China. Rompe la familia entera y perjudica al menor. Es una batalla, una guerra espantosa que saca lo peor de cada cual. No soy tonto. En el pasado Lauryann se empeñaba en quedar con Qigu en mi casa. Quería que yo viera que tiene una buena relación con mi hijo, su padre. Anchee y tú la habéis educado muy bien, y os lo agradezco de verdad...

Así fue como se entabló el diálogo entre Lloyd y Viejo Frank, es decir, entre el ex marine estadounidense y veterano de Vietnam y en aquellos momentos bloguero americano y un chino que era además miembro del Partido Comunista chino desde hacía sesenta años. Lloyd había tropezado sin querer con una mina de oro; tenía a su alcance la respuesta a todas las preguntas habidas y por haber para su blog sobre China. Desde Mao hasta Chiang Kai-shek, desde la Revolución Cultural hasta el Dalai Lama y el Falun Gong —ya fuera este una secta o una religión—, desde la dictadura del proletariado comunista hasta la transformación de un partido democrático, Viejo Frank se aseguraba de que yo tradujera sus palabras con exactitud y corrección.

—Mí voto cuenta, aunque soy un miembro más del partido —dijo Viejo Frank—. Debes saber que durante la Revolución Cultural los que más sufrieron y lo perdieron todo fueron los miembros del Partido Comunista. Hoy en día somos ochenta millones. Mao desafió al partido. Mao no representaba al partido. El partido ha aprendido la lección. Desde entonces ha abolido las políticas que puedan conducir a la corrupción y la dictadura. Los miembros de alto rango del partido están sujetos a una auditoría anual. Se les exige presentar informes contables y someterse a una investigación independiente y transparente y a una disciplina. Los miembros del Congreso

Popular están limitados a dos mandatos de un período de cinco años. En China las mujeres deben jubilarse a los cincuenta y cinco años y los hombres, a los sesenta. Desde finales de los noventa se ha aplicado la jubilación obligatoria a todos los miembros del Politburó de sesenta y ocho años de edad. Sin excepción. De este modo la Revolución Cultural no volverá a darse jamás.

Viejo Frank se negaba a tomarse un descanso. Se quedaba sin aliento, pero estaba disfrutando.

—¿No le molesta el hecho de que las casas que tenía en Hangzhou y la montaña Mogan fueran confiscadas por Mao y nunca se las devolvieran? —le preguntó Lloyd.

Viejo Frank se recostó en la almohada y permaneció en silencio unos segundos antes de contestar.

—He hecho las paces conmigo mismo. Todo tiene un precio. Antes de afiliarme al Partido Comunista, ya sabía que me esperaba un camino lleno de baches. Tenía la cabeza atada al cinturón, por así decirlo. No luchaba en busca del placer, luchaba por los pobres. Me sentía afortunado por haber sobrevivido. ¿Y qué si las mansiones construidas por mi padre habían desaparecido? Sigo teniendo mi fe. Sigo expresando mi opinión y seguiré haciéndolo mientras viva. Nai Nai, mi esposa, la abuela de Laurynn, es una de las incontables víctimas de la Revolución Cultural. Fue denunciada y encarcelada. Sufrió una crisis nerviosa. Su mente continúa atrapada en aquel acto en el que la denunciaron. Sigue dando vueltas sin parar en la vorágine de sus espantosos recuerdos.

—Es el TEPT —dijo Lloyd, y me pidió que se lo tradujera.

Viejo Frank se impacientó y me interrumpió.

—En fin, que si me preguntas si me he arrepentido en algún momento de haberme afiliado al Partido Comunista, mi respuesta es no. Soy y seré un idealista hasta que me muera.

Yo estaba cansada de traducir, pero ninguno de los dos hombres quería dejarlo. Le pedí a Laurynn que me relevara, pero su chino no era lo bastante sofisticado. Al final apareció un médico, quien le dijo a Viejo Frank que debía parar de hablar por el bien de su corazón.

Volviéndose hacia Lloyd, el médico le preguntó:

—¿Quién es este extranjero?

Sin vacilar un instante, Viejo Frank respondió:

—¡Es mi yerno!

—¡Me ha encantado la conversación que hemos tenido! —dijo Lloyd al despedirnos de Viejo Frank.

—¡Ya seguiremos otro día! —exclamó el anciano diciéndonos adiós con la mano, sonriente.

Invité a mi padre a vivir conmigo tras la muerte de mi madre. Me constaba que sería un reto para Lloyd. Los americanos no estaban acostumbrados a la idea de que tres generaciones convivieran bajo un mismo techo.

—Si me amas, aguantarás a mi viejo —le dije.

Antes de su llegada, Lloyd cambió la ventana de su habitación por una Milgard de doble cristal y compró una televisión digital de pantalla plana. Una vez que mi padre se mudó a casa, Lloyd rociaba su dormitorio a diario con ambientador. También le recogía la colcha, las sábanas, la funda de almohada y la ropa para lavar y le hacía la cama. Mi padre me preguntó si Lloyd quería que se fuera, porque en la tradición china era así como uno se deshacía de un invitado. «¿Más té?» significaba «¡Largo de mi casa!» en la antigua China. Tuve que pedirle a Lloyd que se tomara las cosas con más calma.

El verdadero motivo que tenía para invitar a mi padre a venir a Estados Unidos era ponerle

una dentadura nueva. Llevaba años sin poder comer sólido. Mi dentista, el doctor Ronald Barbanell, afincado en Downey, California, le examinó la boca y me informó de las opciones que tenía. Me alegró saber que las mandíbulas de mi padre eran lo bastante fuertes como para servir de sujeción a los implantes. Más tarde me reuní a solas con el doctor Barbanell para comunicarle mi intención de pagarle a mi padre una dentadura completa. Le pedí si podía cobrarme los implantes a un precio asequible y así lo hizo. Le estuve muy agradecida por ello, ya que sabía que él era el mejor dentista que podía encontrar en Estados Unidos. Tres años atrás me había realizado con éxito una cirugía periodontal en toda la boca con la que logró salvarme los dientes. Le avisé de que mi padre no debía enterarse del coste real de su trabajo, pues de lo contrario se negaría a acudir a su consulta. El doctor Barbanell dijo que lo entendía.

La víspera de la intervención para su primer implante, encontré a mi padre sentado en su cama. Me contó que le incomodaba que yo me gastara tanto dinero en él. La cantidad de dólares, ya mermada, que tenía en mi haber seguía siendo para él una cifra astronómica. Lo animé a que durmiera un poco. Me preguntó si podría hablar con el doctor Barbanell al día siguiente.

—A ver si puede ponerme implantes parciales, no toda la boca.

—Tiene que ser la boca entera —insistí—. Es como construir un dique. Unas pocas rocas no soportaran toda la presión.

Con Lloyd como acompañante, que lo llevaba religiosamente en coche a todas sus visitas con el dentista, y gracias al doctor Barbanell y su socio, el doctor Delacruz, mi padre acabó luciendo una dentadura completa nueva. Volvía a ser un muchacho. No podía creer que pudiera comer lo que comía de niño en su aldea, cosas como habas fritas y peras secas. Le encantaba mordisquear las mazorcas de maíz. Estaba contento y preocupado al mismo tiempo. Cuando mostraba sus dientes a sus amigos de China, decía: «¡Lo que tengo en la boca vale como una casa! Ahora no me puedo morir, porque la inversión de Anchee morirá conmigo».

Con su salud y energías renovadas, mi padre se sentía más activo que nunca. Comenzó a echar de menos su trabajo en China. Aunque ya era casi un anciano octogenario, Naishi Min seguía estando considerado uno de los expertos más destacados en la educación de la astronomía en China. Antes de jubilarse, era director del Planetario del Centro Infantil de Shangai. Su labor consistía, entre otras cosas, en organizar concursos de astronomía. El más importante que celebró contó con sesenta mil participantes. Mi padre era el juez decano y gozó muchísimo de su estatus e influencia. Mientras tanto, se convirtió en columnista de la *Revista de Astronomía de China*. Durante su estancia en Estados Unidos a la espera de que se le curaran las encías y se le fijaran los implantes, diseñó libros de astronomía con ilustraciones en relieve que fueron publicados por editoriales chinas de divulgación científica y el Planetario de Pekín. Lloyd entendía el deseo de mi padre de regresar a su país. «El hombre tiene que dar muerte al dragón», decía. Mi padre quería sentirse útil y necesitado.

Acabó volviendo a China. Desde entonces vive feliz.

—Nadie me toma por la edad que tengo —contaba—. ¡No con toda la dentadura nueva! Me hace parecer joven, aunque no tiene por qué ser algo bueno que ande ahora con líos de faldas.

A sus ochenta años, mi padre recibía invitaciones para dar conferencias sobre astronomía en escuelas de primaria y secundaria y universidades de China. Sus nuevos libros se vendían tan bien que ya iba por la segunda edición.

—¿Has ido al dentista para que te hagan una limpieza? —le pregunté cuando lo llamé por teléfono.

Mi padre se quedó callado.

—No has ido, ¿verdad? —insistí.

El silencio persistió.

—¡Tienes que ir!

—Me cepillo los dientes después de cada comida —dijo.

—Pero es necesario que te hagan una limpieza profesional. El dentista llegará donde tu cepillo no llega.

Mi padre volvió a quedarse callado.

—Sigues teniendo miedo, ¿no? —le pregunté.

—Es que los dentistas chinos son capaces de destrozarme los implantes. Para ellos la odontología consiste en arrancar muelas.

—Los tiempos han cambiado, papá. Los dentistas chinos han pasado por la universidad y tienen un título médico.

—Hablas como una americana, Anchee. Eres demasiado confiada. En fin, yo creo que tengo dientes para rato.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La dentadura que llevo está hecha en Estados Unidos. El doctor Barbanell me construyó una fortaleza en la boca. Aunque perdiera la mitad de los dientes, podría seguir masticando.

—Me parece que no sabes de qué hablas.

—Claro que lo sé. Créeme. Soy yo quien sabe lo que es no poder masticar arroz.

Al mirar la foto reciente de mi padre, en la que salía posando junto a una línea de tren Maglev de alta velocidad, mi corazón rebosaba de alegría. Su sonrisa se veía libre... libre de preocupaciones y pesares. Recordé lo apenado que estaba cuando yo no podía levantarme de la cama debido a mi lesión de espalda. Lo impotente que se sentía cuando yo tosía sangre y mi vida se marchitaba ante sus ojos. También recordé el pánico que le entró cuando se enteró de que tenía intención de ir a América. «¡Nunca lo lograrás! ¡Solo conseguirás que te condenen y te castiguen por intentar escapar a un país enemigo!»

Hoy en día la vida significa para mí profundizar en el conocimiento personal, estar en contacto conmigo misma, superarme día a día y, sobre todo, disfrutar de la vida. La semilla seca ha germinado. Mis raíces se han regenerado, esparcido y hecho más profundas. He florecido y crecido con fuerza hasta convertirme en un árbol de los grandes.

Cada mañana, al levantarme, doy las gracias por todo lo que tengo:

Tengo la suerte de poder ducharme con agua caliente dos veces al día si quiero.

Tengo la suerte de poder lavarme los dientes de verdad.

Tengo la suerte de poder cambiarme de ropa, incluyendo una muda y unos calcetines limpios.

No tengo que hacer cola para ir al retrete; tengo mi propio váter, mi propio baño, un dormitorio, un salón y una cocina.

Puedo decir «¡Lo dejo!» y buscar otro trabajo si quiero.

No tengo la preocupación de pensar qué me llevaré a la boca cuando tenga hambre.

Los martes se dibuja una sonrisa en mi cara cuando Lloyd va a hacer la compra de lo que cree que necesito. Llena la cocina con frutas y verduras frescas de mercados agrícolas. Compra paquetes de hilo dental y papel higiénico, sacos de tierra abonada y cajas de pilas recargables. En caso de terremoto, hay purificadores de agua, alimentos secos y enlatados y un botiquín de primeros auxilios.

La mayor recompensa llegó de donde menos me lo esperaba. Lauryann vino a casa para

Acción de Gracias. Actualmente cursa su tercer año de carrera en la Universidad de Stanford. Me quedé sorprendida e impresionada ante el pensamiento tan independiente que había desarrollado.

—Mamá, tienes el deber de escribir tus memorias —me dijo—. Tu editor tiene razón: debes ahondar aún más. Lo que se te da bien no es analizar tu dolor, sino aliviarlo. ¡Vale, no quieres rememorar tu pasado, pero se lo debes a tantas y tantas mujeres en el mundo que se ven atrapadas en una situación parecida a la que tú viviste y que no tienen voz ni una tribuna desde la que hacerse oír!

Laurynn nos sentó a Lloyd y a mí y nos explicó lo que había estado aprendiendo y haciendo en Stanford. Se expresaba de forma apasionada y centrada, con ímpetu y determinación.

—Queremos cambiar las cosas —dijo en un tono apremiante—. Y pensamos que podemos hacerlo, porque nos importa.

Nos habló de un proyecto que estaba desarrollando con sus compañeros de clase.

—Nuestro lema será: PRODUCTIVIDAD \neq \$. —Nos contó que había recibido clases para prepararse—. Estoy decidida a formar parte del cambio. Hay que cambiar el sistema. Me gustaría averiguar, por ejemplo, por qué tantos médicos de cabecera han abandonado a los pacientes que más los necesitan en favor de las especialidades. Quiero descubrir qué falla y ayudar a arreglarlo.

Le dije a mi hija lo contenta que me sentía y que ella estaba haciendo mi sueño realidad. Laurynn era la recompensa que yo ofrecía a Estados Unidos en pago de lo que aquel país había hecho por mí.

—Mamá, ¿recuerdas el documental *Médicos sin fronteras* que me obligaste a ver cuando tenía quince años? —prosiguió Laurynn sonriendo—. Mi falta de entusiasmo se debía a que no fui yo quien lo eligió. No estaba segura de que la asistencia médica fuera una profesión que me llamara. No quería hacer algo simplemente porque mi madre lo quisiera. Quería hacer lo que yo quisiera. Gracias por respetar mi espacio, mamá. Pero ¿no te alegras de que tus deseos se hagan realidad? Esto es lo que quiero hacer con mi vida. Me siento comprometida con ello. Y necesito tu ayuda en esta andadura que he comenzado. Deseo contar con tus aportaciones. ¿Querrías ser mi asesora? Me gustaría poner a prueba mis ideas y cambiar impresiones contigo. Tú eres sensata y exigente. Por eso te quiero a mi lado. Pero no vayas a por mí a la primera de cambio. Antes pule tus escritos. Y llega hasta lo más hondo. Sé que puedes.

Después de acabar de escribir, doy largos paseos por el monte. Mientras subo por la ladera este de una colina, el sol de la mañana me baña de pies a cabeza. Siento el aire puro en mis pulmones. Tengo la espalda recta y no me duele. La felicidad inunda cada célula de mi cuerpo. Acuden a mi mente unas frases, mis preferidas de *Jane Eyre*:

¡Tengo tanta alma como pueda tenerla usted, y un corazón igual de grande! [...] No le estoy hablando ahora por medio de los convencionalismos, las costumbres sociales o siquiera la carne mortal; es mi espíritu el que se dirige a su espíritu; exactamente lo mismo que si habiendo pasado por la tumba nos encontráramos a los pies de Dios como dos iguales, pues jeso es lo que somos!

* No quiero parar *Hasta llegar a lo más alto* Uououo... (N. de la T.)

* Hay verdes pinares por toda la colina *Hay inmensos cultivos por cosechar* Es maravilloso destruir al antiguo sistema y cambiarlo por uno nuevo / Es maravilloso que los campesinos se conviertan en los maestros de la universidad. *(N. de la T.)*

Anchee Min nació en Shangai y a los diecisiete años fue enviada a un campo de trabajo como tantas otras jóvenes que debían ser «reeducadas» en el nuevo orden maoísta. Pero gracias a su talento artístico fue rescatada por una productora cinematográfica para trabajar en sus estudios de Shangai, donde conoció a la esposa de Mao Zedong, que estaba realizando sus películas de propaganda del Régimen. En 1984 se trasladó a Estados Unidos y empezó su carrera como escritora con el libro de memorias *Azalea roja* (Debolsillo, 2011), que fue traducido en más de veinte países y la situó firmemente en el panorama internacional. Años más tarde publicó una biografía novelada titulada *Madame Mao* (Grijalbo, 2000), fruto de una minuciosa investigación sobre la fascinante figura de la esposa del dirigente chino. Sus últimas obras, tres novelas históricas, *La ciudad prohibida* (Grijalbo, 2004), *La última emperatriz* (Grijalbo, 2008) y *La perla de China* (Grijalbo, 2012), inspirada en la figura de la escritora Pearl S. Buck, tuvieron también una excelente acogida del público y de la crítica.

Título original: *The Cooked Seed*

Edición en formato digital: enero de 2015

© 2013, Anchee Min

Publicado por primera vez en Bloomsbury © 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona ©2015, Ángeles Leiva Morales, por la traducción Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez Imagen de portada: © Vivienne Gucwa

ISBN: 978-84-253-5316-1

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La buena lluvia sabe cuándo caer

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Tercera parte

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Cuarta parte

Capítulo 28

Capítulo 29

Quinta parte

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Sexta parte

Capítulo 35

Capítulo 36

Notas

Biografía

Créditos